

MÉXICO, HABANA Y GUATEMALA
NOTAS DE VIAJE

ALFRED DE VALOIS

VIAJEROS

COLECCIÓN OSA MENOR

3

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES
Y EN CIENCIAS SOCIALES

Alfred de Valois

MÉXICO, HABANA
Y GUATEMALA
NOTAS DE VIAJE

Prólogo, revisión y anotaciones
de Arturo Taracena Arriola
Traducción y anotaciones de Antonio Casas



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Mérida, 2015

Mexique, Havane et Guatemala. Notes voyages, París, 1861

Primera edición en español: 2015

Fecha de término de edición: 3 de septiembre de 2015

D. R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. Del. Coyoacán,
C. P. 04510, México, D. F.

Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., col. Industrial
Mérida, Yucatán. C. P. 97150
Tels. 01 (999) 9 22 84 46 al 48
Fax: ext. 109
<http://www.cephcis.unam.mx>

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio
sin la autorización del titular de los derechos patrimoniales

ISBN 978-607-02-7140-3

Impreso y hecho en México

Índice

Prólogo

Alfred de Valois: La mirada liberal de
un diplomático francés en tierras hispanoamericanas. 9

PRIMERA PARTE

I. En el mar	39
II. En la Mancha. El capitán termina por contarme su historia.	49
III. Veracruz. Aspecto general de la ciudad. Edificios. Primeras impresiones	59
IV. La sociedad mexicana	65
V. Los alrededores de Veracruz	73
VI. El castillo de Ulúa. El Norte. El señor Levasseur. Los <i>toros</i> . Los ladrones	81
VII. Minas, comercio, agricultura	85
VIII. El gobierno. El espíritu nacional de los mexicanos. Su carácter, sus costumbres, sus gustos, sus divertimientos	89
IX. Últimos comentarios sobre México. Partida de Veracruz	95
X. A bordo del Great Western. Aparición amorosa. Devoción de los ingleses. Llegada a la isla de los Gatos. La limosna de un beso	99
XI. La Habana. El general Tacón	105
XII. La esclavitud en la isla de Cuba. Discusiones. Lo que hay que hacer para abolir la esclavitud	111
XIII. Los empleados. Los ladrones honrados. Los españoles de La Habana	123
XIV. Las casas particulares. Los edificios públicos, las alamedas, etcétera	127

XV. Las habaneras, los perritos habaneros	133
XVI. Comercio. Productos del país, precios de las cosas en La Habana. Despedidas. Partida	137
XVII. Belice. El rey de los <i>mosquitos</i>	139

SEGUNDA PARTE

I. Livingston. El gobernador de este pueblo. Los caribes. Historia de un francés. Partida	149
II. El río de Izabal	159
III. Izabal. Los escritores que hablaron de Centroamérica. Descubrimientos por hacer. Plantas medicinales. Una serpiente hidrópica. Una autoridad guatemalteca	163
IV. Estudios históricos	171
V. Emancipación de todas las provincias de Centroamérica	179
VI. El camino de Izabal a Zacapa. Un tigre y un oficial francés. Las distintas especies de madera que se encuentran en la montaña	191
VII. El camino de Izabal a Zacapa. Primera parada en un rancho indio. Conversación con Reymundo. La hospitalidad de los indios. Noche pasada con mucha compañía	197
VIII. El camino de Izabal a Zacapa. Parada en la finca de Iguana. Llegada a Gualán. Los políticos de esta ciudad	201
IX. Un indio precavido. Llegada a Zacapa. Encuentro con el señor Cloquet	207
X. Pepa. Entrada de los <i>lucios</i> en Zacapa. Su general don Vicente Cruz. El cura nombrado ministro de la guerra. Importunidades de los <i>lucios</i> . Les hago un discurso. Visita a Vicente Cruz	213
XI. El camino de Zacapa a Guatemala. Paisajes. Los indios. El cura de G.	223
XII. El camino de Zacapa a Guatemala. Un indio ebrio. Historias de bandoleros. Un alcalde. Una linda muchacha. Parada en la finca de la Sabaneta. Llegada a Guatemala	229
XIII. La ciudad de Guatemala	233
XIV. Los habitantes de Guatemala. Los españoles, los <i>ladinos</i> , los <i>zambos</i> , los indios, los extranjeros	237
XV. Comercio, industria y bellas artes	241

XVI. Clima. Enfermedades. Árboles, flores, frutas.	
Animales, pájaros, insectos	245
XVII. El supremo gobierno	251
XVIII. Las fuerzas de la República. Ejército. Finanzas.	261
XIX. Acerca de la red viaria	267
XX. Las distintas clases de la sociedad	269
XXI. Diversiones. Costumbres. Usos.	
Carácter de los habitantes, etcétera	273
XXII. Enseñanza. Periódicos. Escritores, etcétera	277
XXIII. Política del gobierno guatemalteco	281
XXIV. Viajes tierra adentro. El camino de la Antigua Guatemala.	
El precio de un almanaque para un indio	283
XXV. Un encuentro desagradable. El sentido común	
y la sangre fría de Máximo.	289
XXVI. La Antigua. El señor Pivaral. Arresto de mi criado	295
XXVII. Los volcanes	301
XXVIII. Estancia en <i>Ciudad Vieja</i>	305
XXIX. Las nopaleras	311
XXX. Amatitlán. La <i>laguna</i> . Los indios.	
Una confesión inoportuna	313
XXXI. Carreras a la aventura	317
XXXII. Escuintla. Cantantes indios.	
Traducciones de sus canciones. <i>El Salto</i> . Baños magníficos	323
XXXIII. El puerto de Iztapa	331
XXXIV. Regreso a Guatemala. La ciudad de Mixco.	
Dama Honorata. El cónsul general de Francia y el señor Carrera.	
Un francés fusilado por órdenes del excelentísimo presidente.	
El coronel Mercher. El señor Vinchon de Quémont.	
Una ejecución en Guatemala, etcétera	333
La colonia belga de Santo Tomás	339

Alfred de Valois: La mirada liberal de un diplomático francés en tierras hispanoamericanas

Arturo Taracena Arriola

Cuando Alfred de Valois se embarcó en el puerto de Brest el 18 de agosto de 1848 rumbo a Guatemala, con el fin de asumir el puesto de canciller del gobierno francés, jamás pensó que el viaje representaría una etapa azarosa de su vida. Por razones sentimentales estaría privado varios años de poder ejercer como funcionario en el servicio exterior francés, al mismo tiempo la experiencia le brindaría material para escribir una novela: *Henri le chancelier. Souvenirs d'un voyage en Amérique centrale* (1857),¹ publicada más tarde bajo el pseudónimo de Joseph Sue; y, sobre todo, su crónica de viaje *Mexique, Havane et Guatemala. Notes voyages* (1861).² Dos obras complementarias sobre sus experiencias y reflexiones en torno a su estadía americana que permiten al lector conocer la estrecha relación comercial, cultural y política establecida en aquella época dentro del espacio geoestratégico conformado por el golfo de México y el golfo de Honduras, cuya puerta de entrada para el continente europeo era la isla de Cuba. Ya Humboldt lo recordaba en su *Ensayo político sobre el Reino de*

¹ Joseph Sue, *Henri le chancelier. Souvenirs d'un voyage en Amérique centrale*, publicada en París el año de 1857 por la imprenta propiedad de Laurent-Antoine Pagnerre (1805-1854), cuya traducción al castellano fue publicada como parte del Proyecto “La reinención decimonónica de Yucatán (1821-1915)”, financiado por CONACYT (CB. No. 101623): Joseph Sue [pseudónimo de Alfred de Valois]. *Henri, el canciller. Recuerdos de un viaje a América Central*. Abdiel Macías, traducción; Arturo Taracena Arriola, prólogo, revisión y notas. Mérida: UNAM-CEPHCIS, 2012.

² Alfred de Valois. *Mexique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*. Paris: Imprimerie d'Eugène Dentu, 1861.

la Nueva España, publicado en París 26 años antes de la partida de Alfred de Valois hacia América, en donde destacaba como un elemento de presión para esos tres países la presencia inglesa en Belice, colonia del país europeo en aquella época.³ Una realidad geopolítica que el diplomático francés no dejó de comentar y, aún más, de implicarse en ella a través de una postura a favor de los intereses franceses en un área donde Inglaterra, Estados Unidos y, en menor medida, Francia, se disputaban el dominio imperial a nivel mundial, sobre todo el del centro del continente americano, para poder llevar a cabo la construcción de la vía interoceánica que uniera el Atlántico con el Pacífico.

Tres años antes de su viaje, respondiendo a los primeros impulsos como escritor, De Valois solicitó en 1845 al gobierno francés la suma de 1000 francos para editar un poemario de su autoría.⁴ En 1881, ocupando el cargo consular en Lisboa, pidió autorización a través de una carta enviada al ministro francés de Relaciones Exteriores para publicar un libro de historia contemporánea europea titulado *Mémoires sur les événements accomplis dans les duchés de l'Elbe, de 1864 à 1870*, así como un libro de notas de viaje sobre Brasil y La Plata, calificado por el mismo autor como un “cuadro, muy exacto”, de la situación comercial, industrial y financiera de estos países todavía mal conocida por nuestros negociantes que comercian con ellos. Desafortunadamente no existen testimonios de dichas obras, aunque en 1889 fue editada de manera póstuma en París la *Guia internacional da Europa, no Brazile e ao Rio da Prata... Guide international d'Europe au Brésil et à la Plata...*, posiblemente la obra mencionada a su superior en 1881.⁵

³ Alejandro de Humboldt. *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Sepan cuántos..., 39. Juan A. Ortega y Medina, estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos. México: Porrúa, 1973: 31-2 y 173.

⁴ Hasta hace poco, el sitio de ventas por internet Amazon vendía un ejemplar de la obra, no registrada en la Bibliothèque Nationale de Paris: Alfred de Valois. *Papier perdu. Contes intertropicaux, Martha, Jeddab, Songeries, Esquissesmarines, Poésies diverses, Fables, Chansons, Scanderberg...* [¿Kiel?], 1863.

⁵ Alfred de Valois. *Guia internacional da Europa, ao Brazile ao Rio da Prata... Guide international d'Europe au Brésil et à la Plata...* Paris: Éditeur scientifique. Loiseau-Bourcier, 1889.

Una vida dedicada a la diplomacia

Alfred Isidore de Méroux de Valois, miembro de una familia importante de la región de la Somme, nació el 19 de diciembre de 1819 en el poblado de Flixecourt. Debido a que era el único varón de la familia, el 13 de noviembre de 1845 escribió al primer ministro François Guizot (1787-1874) solicitándole el puesto de cónsul de Francia en las islas Sándwich, el cual no le fue otorgado.⁶ En aquella época De Valois vivía en la ciudad de Boves, cerca de Amiens, con el propósito de lograr entrar al servicio diplomático francés se acercó al célebre compositor Pierre-Jean de Béranger (1780-1857). Dos años y medio después, el 10 junio de 1848, fue recompensado por decreto con el nombramiento de canciller del consulado general de Francia en Guatemala. La travesía del Atlántico la hizo en el navío mercante L'Étoile, su fecha de arribo al puerto de Veracruz fue el 23 de octubre del mismo año, donde fue recibido por Francis Lavallée, vicecónsul francés en el puerto mexicano, quien le hizo conocer la ciudad y sus alrededores. Después se embarcó hacia La Habana, Cuba, con el propósito de continuar hacia Guatemala en una embarcación cuyo trayecto comprendiera el puerto de Belice. De esa forma primero abordó la goleta inglesa El Malibrán, para luego trasladarse desde la colonia británica hasta el puerto lacustre de Izabal, Guatemala, en la goleta sin gavias La Aurora.

De Valois viajaba solo. El nuevo cónsul francés, Dagobert Fourcade, se dirigió al país centroamericano en agosto de 1849, lo cual significó que nuestro personaje estuviera a cargo de los asuntos franceses en Guatemala durante los primeros seis meses de ese año. Con la llegada de su superior, su libertad de acción habría de sufrir restricciones, hecho del cual deja un amargo testimonio tanto en su novela como en su crónica.

Luego de dos años de servir como canciller en Guatemala, el 6 de diciembre de 1850 De Valois fue puesto en *disponibilité*, viéndose obligado a regresar a Francia y a dejar el servicio diplomático. Gracias a las cartas del cónsul general Fourcade enviadas al ministro de Relaciones Exteriores francés se sabe que la decisión fue tomada a raíz de que De Valois estableció extraoficialmente una relación amorosa con una viuda, con el

⁶ Ministère des Affaires Étrangères. Archives Diplomatiques. *Personnel. Ire série. 4018. Valois Meroux, Alfred Isidore de*. París, Francia.

agravante de que la dama había quedado embarazada, razón suficiente para solicitar, por parte de la familia de la mujer, la formalización de la relación. Se trataba de Luisa Meany Saldas, hija del súbdito español Carlos Antonio Meany Charras y Fons, hacendado y comerciante canario establecido en la Baja Verapaz.

Luisa Meany Saldas era viuda del actor español Francisco de Aréizaga y Pineda, mejor conocido como Francisco Pineda, fallecido en 1847; anteriormente había mantenido una relación sentimental con el poeta guatemalteco José Batres Montúfar, con la cual rompió para casarse con el comediante peninsular. Esta situación inspiró el afamado poema del guatemalteco “Yo pienso en ti”. Para Fourcade lo más importante era que las personas llamadas “en Guatemala la aristocracia” consideraban a Pineda un comediante mal afamado y a Meany Charras y Fons un agente británico, pues como comerciante representaba los intereses de Gran Bretaña.⁷

En esa situación nace en 1850, en la ciudad de Guatemala, Alfred-Louis Charles Gontran Meroux de Valois, quien al igual que su padre siguió la carrera diplomática, y fallece en la ciudad de Trieste, Italia, en los primeros días de abril de 1926.⁸ Durante su periodo como cónsul de Francia en Praga, entre el 26 de abril de 1897 y el 26 de febrero de 1906, escribió un importante ensayo monográfico sobre la realidad checa.⁹ Sin embargo, luego del nacimiento de su primogénito, los De Valois Meany no tardaron en embarcarse hacia Francia, donde procrearon siete hijos más.

El 9 de enero de 1852, Alfred De Valois escribió a Fourcade desde su residencia ubicada en el paseo parisino de Passy, quien después de servir en Guatemala había sido llamado a trabajar en la Cancillería francesa, con la intención de pedirle una recomendación para poder solicitar su reintegración al servicio diplomático francés, ahora bajo el imperio de Napoleón III. Su antiguo jefe le respondió que lo haría, pues si bien consideraba un error haberse saltado una norma protocolaria al casarse

⁷ Ministère des Affaires Étrangères. Archives Diplomatiques. *Personnel 1ère. Série. Valois Meroux, Alfred Isidre de, 4018*. Paris, Francia. Cartas del 4 de enero y del 24 de agosto de 1850 de Fourcade a sus superiores en París.

⁸ *ABC* [Madrid] 11 abr 1926: 46.

⁹ Véase Yvon Lacaze. “La nation tchèque vue par le premier consul de France à Prague, Alfred-Louis Méroux de Valois (1897-1907)”. *Revue d'Histoire diplomatique*. 113.1 (1999): 45-73.

en secreto, su trabajo como canciller era intachable. Asimismo, De Valois solicitó cartas de recomendación a varios personajes centroamericanos destacados, entre las más importantes que le fueron otorgadas están las del ex presidente costarricense José María Castro Madriz (1847-1849) y las de varios funcionarios de gobierno de El Salvador, Honduras y Nicaragua, quienes abogaron abiertamente por su causa, subrayando sus buenos servicios como diplomático.

En agosto y septiembre de ese año, De Valois volvió a solicitar a la Cancillería francesa considerar su caso, alegando que el castigo infligido tenía como propósito crear un precedente oficial, y reiteraba su disponibilidad inmediata para servir a los intereses de Francia en el extranjero. Como consecuencia de la nula respuesta a sus cartas enviadas al secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores, Anatole Brénier de Renaudière, el 23 de enero de 1853 De Valois insistió solicitando ser enviado a un puesto en el Oriente. Para tal efecto, pedía tomar en cuenta el delicado estado de salud de su esposa Luisa, consecuencia de su inadaptación al clima francés.

Gracias a una nueva intervención de su protector Béranger ante el ministro de Relaciones Exteriores, Edouard Drouyn de Lhuys, fue finalmente reintegrado al cuerpo diplomático y destinado, el 13 de julio de 1853, al puesto de canciller de primera clase en el consulado de Trebizonde (actual Trabzon), ciudad del Imperio otomano en el Mar Negro, cargo que cubrió hasta enfermar de gravedad. El 21 de agosto de 1854, el cónsul Alfred Charles Du Port Poncharra escribió al Ministerio pidiendo la repatriación de De Valois por motivos de salud, en su misiva el funcionario señalaba que durante su estancia en Trebizonde De Valois había demostrado un destacado interés por recabar información acerca de la situación de Anatolia. En efecto, y como más tarde el propio De Valois informaría a través de una carta al emperador Napoleón III, había tomado la iniciativa de recorrer esta región del Imperio otomano para hacer un balance de las fuerzas militares del sultán; desde Trebizonde hasta Kars, ciudad turca de la Armenia oriental. El 19 de septiembre de ese mismo año, De Valois mismo pidió su repatriación por motivos de salud.

Instalado en Francia, el 15 de julio de 1855 fue nombrado canciller de primera clase en Varsovia, pero no pudo llegar a su destino debido a la guerra iniciada recientemente en Rusia, por lo cual decidió permanecer en su

casa familiar de Boves. El 3 de mayo de 1856 fue asignado a la cancillería francesa en Santo Domingo, esta decisión lo tomó por sorpresa. De Valois pidió tiempo para embarcarse, pues antes debía resolver algunos problemas familiares. Más tarde, adujo no haber cubierto su puesto en Santo Domingo porque, por una parte, ningún banco quiso cubrir el seguro para él y su familia en una región tan malsana como las Antillas; y, segundo, porque estando en Guatemala había comprobado que el salario de un canciller en regiones de la América central no cubrían los gastos del puesto. En esa circunstancia, pidió ser puesto nuevamente en *disponibilité*. El 24 de mayo de 1856 fue nombrado su reemplazante en Santo Domingo.

Béranger abogó una vez más por su protegido ante el Ministerio, objetando sus dos estadias anteriores lejos de Francia para cumplir con las responsabilidades diplomáticas asignadas, por lo cual respaldaba su demanda de ser trasladado a un país cercano. Bajo estas circunstancias, a través de una carta expone a Napoleón III la defensa que llevó a cabo en Guatemala sobre los intereses de los ciudadanos franceses y europeos residentes en Centroamérica; asimismo, argumentaba que si bien había cometido el error de casarse sin autorización, lo había hecho con la hija de una de las familias españolas más “distinguidas” de aquel país. Indudablemente, tal falta seguía pesando en su expediente. La intervención de su protector permitió el ascenso De Valois a vicedónsul francés en el puerto prusiano de Kiel el 9 de enero de 1858, principal base naval alemana a partir de aquella época. Allí permaneció durante varios años, los cuales aprovechó para redactar el libro de viaje *Mexique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, dedicado a su protectora la condesa Waleska, Marianne Ricci Poniatowska (1843-1923), esposa del conde Alexandre Florian Colonna Walewski (1810-1868).

En los archivos diplomáticos franceses se encuentra una carta de De Valois con fecha del 11 de diciembre de 1857, dirigida de forma directa a la condesa, en ésta explica haberse permitido dicha libertad como consecuencia del fallecimiento de su protector Pierre-Jean de Béranger el 16 de julio de ese año. La condesa, quien ya había intercedido en 1855 por él a demanda del compositor, ordenó a la Cancillería reasignar a De Valois dentro del cuerpo diplomático francés. Cinco días después se le notificó el gesto de la condesa Waleska, así, el 9 de enero de 1858 pudo leer el decreto oficial mediante el cual se le delegaba la ciudad de Kiel.

El 18 de mayo de 1864, en la misma ciudad de Kiel, De Valois recibió por parte del gobierno imperial francés la Legión de Honor, el 20 de julio de 1867 fue ascendido a cónsul de segunda clase. El cargo lo ocupó hasta el 13 de noviembre de 1871, fecha en que fue asignado con el mismo cargo a Río de Janeiro, capital del Imperio de Brasil. El 30 de octubre de 1877 fue trasladado a Buenos Aires y el 1º de febrero ascendido a cónsul de 1ª clase. Finalmente, el 18 de septiembre fue trasladado a Lisboa, Portugal, donde el 4 de agosto de 1881 por fin resultó nombrado cónsul general. El 1º de octubre de ese mismo año solicitó su jubilación, falleció en Francia el 26 de febrero de 1888 a la edad de 69 años.

Crónica de un viaje de trabajo

De Valois nos ha dejado su visión sobre América gracias a las experiencias adquiridas en Veracruz, Cuba, La Habana y, sobre todo, Guatemala, de su geografía y su sociedad a mediados del siglo XIX. Es la perspectiva de un liberal francés, la de un diplomático de carrera, que sirve perfectamente tanto a los intereses de la República como al imperio conducido por Napoleón III; igualmente expresa una mirada etnocéntrica y sus convicciones antiesclavistas en favor del liberalismo como doctrina social. En pocas palabras, es un hijo de su tiempo, un reproductor de los prejuicios y visiones despectivas comunes en los viajeros europeos del siglo XIX en Hispanoamérica. Su visión muestra una preocupación por la capacidad de participación de los diferentes grupos étnicos, sociales y económicos en el progreso pregonado por los países industrializados, cuyo punto de partida, señalado por Carolina Depetris, se concentra en un doble *dictum*: el de orden cognitivo, profundamente arraigado en los viajeros ilustrados, capaz de establecer jerarquías de valores entre las “razas”, es decir, una escala de superioridad; y el de orden político, con el cual se justificaba el comportamiento imperialista de las potencias europeas en ciertas regiones del mundo.¹⁰

Como señala Mary Louise Pratt, para mediados del siglo XIX, una “crítica a la zona de contacto” desde la vanguardia capitalista, en la cual

¹⁰ Carolina Depetris. *El héroe involuntario. Frederick de Waldeck y su viaje por Yucatán*. Mérida: UNAM, 2014: 126-9.

los viajeros europeos libran una desigual batalla contra las penurias del nuevo continente por el conjunto de obstáculos logísticos enfrentados; al mismo tiempo, el exotismo cultural y la magnificencia de la naturaleza permiten loar el esfuerzo realizado.¹¹ En ese sentido, en el texto de De Valois encontramos pasajes notables, los cuales destacan la superioridad de la civilización europea productora de modernidad en torno a temas como el impulso de la agricultura en colonias de inmigrantes del viejo continente; el refinamiento de la cultura y la música occidentales frente a la ausencia de bailes, ritmos y música locales; el desprecio de los fenotipos producidos por el mestizaje como los zambos y los ladinos; y el legado de la herencia cultural española producida durante la Colonia: las corridas de toros, las manifestaciones religiosas católicas, la simplicidad del patrimonio arquitectónico, sin dejar de mostrar su admiración por la arquitectura española con influencia árabe. En resumen, De Valois no es capaz de apreciar en su justa dimensión el conjunto social de los países visitados, aunque encuentra virtudes y cualidades en los “nativos”, quienes fungieron como sus empleados y le ayudaron a tener éxito en su empresa diplomática.

Linda Lendford-Miller ha considerado el libro de viaje de De Valois, en cierta medida, una novela, pues en ella se utilizan las convenciones de la narrativa literaria de la época, por ejemplo la transición elíptica de un texto a otro. A diferencia de la mayoría de los escritores de viaje hace uso frecuente de diálogos para reforzar el peso de sus personajes y su papel testimonial. Asimismo, como ocurre con un gran número de textos del mismo género, De Valois es responsable de ofrecer una visión pintoresca y folklórica de los indígenas¹² y, por lo tanto, etnocentrista de los países hispanoamericanos.

Su mirada ambivalente frente a México

El contacto con México lo realizó durante su breve estancia en el puerto de Veracruz, en su trayecto a Guatemala. La ciudad-puerto no

¹¹ Mary Louise Pratte. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997: 253-300.

¹² Linda Ledford-Miller. “Voice to the visted: indigenous presence in the Guatemala travel wraitting of de Abbot Brasseur de Bourbourg and Alfred Valois”. *Monographic Review: Hispanic Travel Literature*. XII.2 (1996): 286-300.

le impresionó favorablemente. Consideró triste su arquitectura, independientemente de ser considerada el centro principal del comercio mexicano. La comparó con una ciudad Siria, gracias a sus construcciones macizas y a la suciedad que la rodeaba por todas partes, aunque no dejó de admirar el entorno geográfico: un mar rodeado por un extraordinario cinturón de arrecifes y, a lo lejos, la larga cadena de cordilleras coronada por el Cofre de Perote y el Pico de Orizaba. Para entonces, el espectador en Veracruz se quedaba impresionado ante la cantidad de barcos encallados entre el puerto y la *Boca del Río*, hecho que obligaba a las embarcaciones (bergantines, goletas y barcos de tres mástiles) a permanecer varadas en alta mar, a 500 pasos de distancia entre cada uno debido a la violencia del viento norte. Veracruz era “el verdadero almacén de México” y su rada ostentaba buques con todas las banderas del continente europeo. Además, estaba el fuerte de Ulúa, con salidas al mar por sus cuatro costados y considerado inexpugnable durante mucho tiempo.

La ciudad de Veracruz la describió como correspondía: una planta urbanística española, con calles tiradas a cordel, un gran número de iglesias y conventos, casas provistas de azotea y de grandes ventanas dotadas de ostentosos barrotes de hierro desde donde las damas observaban a los transeúntes y atendían todo tipo de relaciones. Sin embargo, sus calles no estaban nada limpias, en estas condiciones resultaba normal ver un semblante enfermizo entre sus habitantes, culpa de la suciedad y de la temida fiebre amarilla.

Menospreciando la importancia de los comerciantes locales y renegando las trabas impuestas por los funcionarios locales a los inmigrantes —los archivos de la delegación estaban llenos de reclamos de franceses residentes en el país, los cuales sirvieron de pretexto para que el almirante Baudin bombardease el fuerte de Ulúa—, De Valois se centró en alabar la diligencia de los comerciantes galos, lo mismo ocurre con el gerente del consulado de su país, Francis Levallé, y el cónsul norteamericano en el puerto, Jean-Marie Pommarés, de origen francés y comerciante de profesión. De paso, no desperdició espacio para dejar constancia de la situación precaria de los diplomáticos franceses en el extranjero como consecuencia de la imposibilidad de vivir holgadamente con su salario de funcionarios. Un tema que habría de obsesionarlo toda la vida.

Sin embargo, su opinión de la sociedad veracruzana resulta interesante a pesar de los clichés eurocéntricos de la época vertidos en ésta. Así, para De Valois en ese momento la presencia de negros en el puerto no era de mayor relevancia, posiblemente gracias a la abolición de la esclavitud hacía más de veinte años atrás. La Plaza o mercado era el punto más atractivo por el numeroso grupo de indígenas quienes llegaban de los alrededores para vender animales, frutas y verduras, y en donde los marineros de la costa vendían un “excelente pescado”. De Valois no dejó de maravillarse por la variedad y riqueza de las aves y de las mariposas, así como por la gran cantidad de especies de frutas que crecían sin la menor atención en aquel estado mexicano: plátano, guayaba, zapote, aguacate, mango, chirimoya, nueces de coco y coyol.

Todas las familias de la sociedad local querían parecer europeos, se dividían entre quienes seguían la moda inglesa y quienes optaban por la francesa. Le sorprendía ver a las damas fumar cigarrillos y abanicarse sin cesar, además sabían tocar bien la guitarra, un instrumento que suplía al piano e insípido para su gusto. Mientras los hombres mostraban poco entusiasmo por el baile, las mujeres se apasionaban por esta actividad. En un rincón de las casas siempre había jugadores de cartas; mientras que el juego de naipes preferido era el monte. Ni siquiera los curas se libraban de tal pasión. Por su parte, la mayoría de la población masculina vestía con sencillez: pantalón de algodón blanco, camisa almidonada, faja roja y un sombrero de paja; mientras las mujeres portaban camisa adornada con encajes, enaguas de tela de algodón y cabello en trenzas enroscado con ayuda de una cinta alrededor de la cabeza. Ambos sexos llevaban el cigarrillo en la boca.

En materia económica quedó impresionado, pues en 1848 ya había sido construido un tramo de ferrocarril, cuyo destino trazado por el Estado mexicano era la ciudad de México, venciendo las altas cumbres que separaban el altiplano de la costa del Golfo, una empresa imposible tanto para De Valois como para el cónsul americano. En las afueras de la ciudad, aún quedaban los restos de la intervención norteamericana de 1846, conflicto que le permitió a Estados Unidos conservar Texas y apoderarse de la Alta California y de Nuevo México como indemnización bélica.

Para De Valois si bien los indígenas que trabajaban en las haciendas eran libres, su libertad no era completa pues debían de conceder a los

propietarios varias jornadas de trabajo gratuito, además sumaba la presencia de los capataces, quienes los obligaban a hacer cualquier tipo de trabajo. A ello se agrega el hecho de que en varias haciendas existían cepos para castigar la vagancia y las supuestas transgresiones de los peones. Las haciendas eran de caña de azúcar, tabaco, cochinilla y maíz. En las primeras se destilaba aguardiente. Además de ser alimento básico para los humanos, las mulas y los caballos consumían también el grano primigenio en cantidades abundantes. A pesar de ello, De Valois consideraba mediocre la agricultura de la región veracruzana en general. Por otra parte, el comercio de exportación era inferior al de importación.

Los capitanes de las naves extranjeras conseguían abundantes cargas de palo de tinte, maderas finas provenientes de Tampico y Campeche, cochinilla, cajas de vainilla, pieles de buey, zarzaparrilla y caparazones de tortuga. Sin embargo, el gran escollo para los comerciantes extranjeros eran las elevadas tarifas aduanales impuestas por el gobierno, las cuales normalmente se reducían mediante el pago de cantidades apreciables de dinero a los empleados públicos, por lo cual nadie dudaba en “trapichear” para obtener su colaboración, abusos ignorados por un gobierno incapaz de eliminarlos.

A pesar de esta mirada negativa sobre la sociedad veracruzana, De Valois nos ha dejado un inestimable testimonio del surgimiento del nacionalismo mexicano en los primeros años de vida independiente. Consideraba que, a pesar de los pronunciamientos y las revoluciones el sistema republicano implantado en 1824 funcionaba como un sistema con posibilidades de construir una Nación. Para entonces, reflexionaba, no existía un verdadero ejército en México debido a la poca profesionalidad de los oficiales y la tropa. Tal ausencia había permitido la victoria de los norteamericanos durante su invasión y la captura de la ciudad de México. Todos los generales aspiraban a ser presidentes, Santa Anna era el único cuyo nombre era conocido hasta ese día en Europa. El gobierno se seguía apoyando en el clero, una institución rica, numerosa e influyente en el país. A pesar de ello, los mexicanos no carecían de patriotismo, en la medida en que “su nación es, a sus ojos, la más gloriosa que existe sobre la faz de la tierra”. Esa percepción nacionalista generaba, en caso de una amenaza a la patria por parte de una nación enemiga, la congregación masiva de mexicanos procedentes de todos los rincones de

la nación, blandiendo sus armas, “cantando, con versos llenos de energía y belleza, la gloria de sus antepasados y de los héroes mexicanos”. Hasta ese momento, no había existido un jefe capaz de catalizar “el entusiasmo de este pueblo, valiente hasta la locura y feroz hasta la bestialidad”.

Adelantándose al análisis de la psicología y la moral del mexicano, realizado por Octavio Paz en su obra el *Laberinto de la soledad* (“la preocupación por el sentido de las singularidades de mi país”). El funcionario francés afirmaba hace cien años que el mexicano “es orgulloso y engreído. Le gusta ser y sobre todo parecer magnífico” (Paz: “tejido de ilusiones para deslumbrar al prójimo”); “siempre está enamorado” de mujeres “hermosas, enamoradizas y celosas” (Paz: “la mujer es fiera domesticada”); “ama el juego con furia” y “le encantan las peleas de gallos y los toros” (Paz: “el mexicano considera la vida como una lucha”, “ama las fiestas y las reuniones públicas”); e, igualmente, es “apasionado por los espectáculos [...] el humo del incienso y la pomposidad de los sacerdotes” (Paz: “las formas nos ahogan”). Por ello, “Hay rasgos quijotescos en el carácter mexicano, pero su locura no está desprovista de poesía” (Paz: “defensa ante el exterior y fascinación ante la muerte”, “la poesía al alcance de todos”).¹³

Durante su estancia en Veracruz pensó dirigirse hacia Guatemala por tierra; debido a las posibles adversidades por sortear, pues había escuchado tantas historias de ladrones y de peligrosos precipicios, decidió hacer escala en La Habana con el objetivo de conseguir una goleta para recorrer el camino real hacia su destino.

Cuba: una mirada antiesclavista

La Habana le pareció una bella ciudad, dominada por las cúpulas de las iglesias y las copas de las palmas reales. Desde el barco la bahía habanera ofrecía una de las vistas más encantadoras que un ser se podía imaginar. A través de ella surcaban toda suerte de barcos de vapor, éstos transportan miles de viajeros a los pueblos erguidos sobre las colinas y las planicies de alrededor. Un paisaje recortado por imponentes fortalezas armadas de grandes cañones y de una variedad de soldados, lo cual evidenciaba la importancia

¹³ Todas las citas de Octavio Paz se encuentran en: *El Laberinto de la soledad*. 2^{da} ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1959: 10, 28, 29, 32, 36, 39, 42 y 67.

mostrada por España sobre la reina de sus colonias, una región codiciada por los Estados Unidos. Decenas de buques mercantes permanecían anclados en la bahía con todas las insignias del mundo flameando al viento.

Sin ser una ciudad de construcciones esplendorosas, La Habana le debía su belleza a la obra administrativa del gobernador Miguel Tacón y Rosique (1775-1855), quien durante su periodo de gobierno impulsó el desarrollo de la urbanidad de la isla. Sin embargo, la ciudad estaba marcada por la impronta esclavista. Los esclavos eran demasiados en la isla, al grado que la capital podía contar con una cantidad oscilante entre los 28000 y los 30000. Los esclavos mucamos eran menos desafortunados que quienes trabajaban en los campos del interior, aunque no por ello dejaban de vivir en condiciones lamentables. La mayoría trabajaban en las haciendas de caña de azúcar y de tabaco, donde si bien las máquinas hacían el trabajo pesado, los esclavos desempeñaban la tarea del trabajador ordinario cortando la caña. En esos lugares se exponían a todos los castigos sin recibir recompensa alguna. Estaban mal alimentados, mal vestidos y dormían en galpones mal ventilados. “Un buen negro vale todavía hoy [...] entre 500 y 600 piastras”, para emanciparse, el esclavo debía conseguir una suma imprecisa no superior a 1000 pesos.

Por su parte, los libertos, aquellos negros que habían podido emanciparse luego de acumular dinero empleando sus horas de asueto en un oficio, no eran totalmente libres. Si bien podían tener ciertos privilegios como trabajar por su cuenta, arrendar una tienda, casarse y acumular dinero, les estaba prohibido entrar en los cafés, los teatros, algunas alamedas y barrios, y algunas iglesias. De hecho, en aquellas donde asistían a realizar el culto contaban con un espacio segregado exclusivo para ellos. Por este motivo, el número de suicidios entre éstos era mayor en comparación con los cometidos por los esclavos. “Esos hombres son libres y felices en la medida en que pueden serlo”, afirmaban sus ex amos, quienes a continuación justificaban la situación de esclavitud argumentando que como colonia Cuba no podía existir sin esclavos.

De Valois describió la situación de los europeos y los criollos habaneros con precisión. Bastaba con haber nacido en Barcelona, Cádiz o Sevilla para tener supremacía sobre los criollos isleños. Las casas de comercio peninsulares gozaban de gran reputación en ultramar. Los jóvenes de la élite sentían la pasión de los empleos públicos, pues no había un

funcionario, aún del rango más insignificante, que no se considerase un personaje importante. Los habaneros eran sensibles al arte, las alamedas eran encantadoras por su hermosos árboles, las principales casas cumplían con la regla de oro de guardar el frescor para combatir el clima tropical de la isla; su ciudad se caracterizaba por elegantes cafés y confiterías en donde las damas iban a tomar jarabe y a degustar helados. Indudablemente, el ser considerada una de plazas comerciales más importantes del mundo a mediados del siglo XIX, agregaba la cualidad de ciudad cosmopolita.

La dama habanera nunca salía a pie, acostumbraba acudir a cualquier cita en una volante para evitar el fango de las calles. Era bella, blanca de tez y de ojos negros y grandes. Además, con el pretexto del clima, normalmente se mostraba muy escotada y con los brazos cubiertos para evitar el sol. Además, había inventado el lenguaje telegráfico: su abanico, por medio del cual transmitía sus emociones a los amantes y amigos. De esa forma, “Mordisquea caramelos como una cotorra y bebe agua de chocolate, el *tiste* como un polaco bebe *aguardiente*”. Bastante instruida, la habanera canta bien, toca arpa y guitarra, pero sobre todo vive enamorada de las fiestas y de los espectáculos. Al teatro acude cubierta con una lujosa mantilla de encaje negro sin perderse una sola mirada de sus pretendientes.

En resumen, La Habana era una tierra admirable, de no ser por la esclavitud y la fiebre amarilla hubiera sido un paraíso terrenal. Se encontraba, además, acinturada por hermosos pueblos como los de Regla, El Cerro y Puentes Grandes. En un artículo reciente, el historiador cubano Jorge Karel Leyva señala la manera en que el credo liberal de De Valois le permitió exponer en su crónica de viaje sus propuestas para una abolición gradual de la esclavitud.¹⁴ Propuestas poco comunes en aquel entonces, tiempos todavía marcados por la búsqueda de sueños imperiales.

Su severa mirada sobre la sociedad guatemalteca

Hoy en día, en Guatemala se desconoce el contenido de la obra *Mexique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*, sobre ella apenas se afirma que es

¹⁴ Jorge Karel Leyva. “Notas contra la esclavitud de un viajero francés en La Habana”. *Cubarte. El portal de la cultura cubana*. Web. <<http://www.cubarte.cult.cu/periodico/opinion/8749/8749.html>>.

un “libro bastante mordaz y crítica desfavorablemente no sólo muchos de los hechos y costumbres de Guatemala, sino también a los principales funcionarios de la época, en especial al Presidente Carrera”.¹⁵ Más allá de sus prejuicios anticlericales y antihispanoamericanos, la mirada de De Valois debe ser leída con mucha atención por lo agudo de sus críticas y la validez, todavía vigente en nuestros días, de muchas de sus observaciones de carácter social sobre el país centroamericano.

Como toda crónica de viaje, la parte referencial sobre la historia del país en el cual De Valois había sido un destacado diplomático, cobra gran importancia como resultado de la lectura de aquellas obras clásicas sobre Guatemala y Centroamérica consultadas por el autor, entre ellas se pueden mencionar las obras de viajeros como Alexandre von Humboldt, Jacob Hafkens, John L. Stephens y Arthur Morelet; de historiadores guatemaltecos decimonónicos como Domingo Juárez, Alejandro Marure y Francisco de Paula García Peláez; los informes del funcionario belga Remi De Puydt, del norteamericano George E. Squier y del inglés John Baily; los testimonios de compatriotas establecidos en el país como Jean Capuron y Charles Mercher; o los artículos leídos en la *Gaceta de Guatemala*.

De esa manera, en la parte informativa sobre Guatemala De Valois se esforzó por describir la historia local inmediatamente anterior a su llegada: a partir de 1821, cuando el país consiguió su independencia y pasó a formar parte de la República Federal de Centroamérica, hasta 1847, fecha en que fue declarada República centralista bajo el liderazgo del general Rafael Carrera y sus aliados los conservadores. Por ello, en su obra no sólo aborda la personalidad y el papel desempeñado por el mencionado caudillo guatemalteco. También incluye aspectos concernientes a su rival político, el presidente unionista general Francisco Morazán. Paralelamente, el diplomático francés deja constancia de los principales personajes políticos, colaboradores de Carrera, quienes si bien eran capaces de identificar los problemas que aquejaban a Guatemala, no aportaban ninguna solución debido al número reducido del grupo dominante conformado por españoles y criollos, a quienes se les imposibilitaba conformar una nación. Para que esto ocurriera era necesario admitir a los indígenas como ciudadanos, pero su falta de educación y, sobre todo,

¹⁵ *Diccionario histórico biográfico de Guatemala*. Guatemala: Asociación de Amigos del País-Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 914.

“los prejuicios de raza, persistentes y muy poderosos en Guatemala” descartaba su admisión como parte del país. “Los gobernantes buscan una nación y no pueden encontrarla”, 165 años después esta sentencia del viajero francés sigue vigente en Guatemala.

De esa forma, la coyuntura experimentada a su llegada, enfrentó a De Valois con el levantamiento de los *lucios*, un nuevo intento de separación de la región occidental de Los Altos. Las proclamas de caudillos como los generales Vicente y Serapio Cruz, Mariano Paredes, José Dolores Nuño y Manuel Bolaños expresaban la inestabilidad producida en el país al poco tiempo de ser declarado República soberana e independiente de cualquier país extranjero, aún de sus antiguos socios centroamericanos. Guatemala carecía de un ejército profesional capaz de jugar el papel de cohesionador del país como ocurrió en otros Estados hispanoamericanos, el reclutamiento era forzado y afectaba a campesinos ladinos e indígenas, quienes formaban grupos de soldados con carencias importantes: no contaban con calzado, estaban mal armados, eran mal pagados, y estaban dirigidos por una oficialidad ladina y por coroneles y generales pertenecientes a la entonces denominada “clase española”.

De Valois también nos deja un retrato de la importancia de los comerciantes extranjeros, en especial de sus compatriotas Jean Capuron, Charles Vinchont de Quémont y el coronel Charles Mercher. También expresa su opinión en torno a la labor de los diplomáticos franceses en los inicios de la vida republicana del istmo, entre quienes se encuentran Auguste Mahélin, Raymond Baradère y Dagobert Fourcade. Su obra, dirigida fundamentalmente a sus compatriotas, buscaba corregir las deficiencias del servicio diplomático galo para atraer la inversión francesa a Guatemala y al istmo centroamericano.

Su primer contacto con Guatemala se estableció a través del pueblo garífuna de Livingston, grupo étnico de origen africano-arawako establecido en la entrada del lago de Izabal y al borde del mar Caribe, al cual De Valois dedicó varias notas de suma importancia —tanto en su novela como en su relato de viaje—, a las cuales se suman las escritas por su compatriota Arthur Morelet en su libro de viaje.¹⁶ En conjunto, los testimonios proporcionan datos fundamentales sobre el asentamiento de

¹⁶ Arthur Morelet. *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'Île de Cuba et le Yucatan*. Paris: Gide et Baudry, Libraires-Éditeurs, 1857.

los garífuna en las costas de Belice, de su vida en sociedad en Guatemala y Honduras, a raíz de su traslado ejecutado por los ingleses en 1797 desde la isla de San Vicente. Entre los testimonios destaca el del fundador de Livingston o La Buga, Marco Sánchez Díaz —Tata Marco—, proveniente de Haití junto con algunos de los oficiales y soldados rebeldes deportados debido a la lucha antiesclavista, personaje al cual conoció a pesar de su centenaria edad.

Del oriente del país centroamericano nos ha dejado un retrato sobre la importancia que esta vía comercial representaba para el comercio local a mediados del siglo XIX, en donde se describe el papel de los arrieros, de los hacendados establecidos a lo largo del camino real que unía el lago de Izabal con la ciudad de Guatemala. Describe la magnificencia de la selva y del río Dulce encerrado entre farallones, así como la importancia del caudaloso río Motagua. También nos ofrece una descripción de los diversos pueblos y personajes conocidos en su trayecto, entre quienes se encuentran el general liberal, Vicente Cruz, y el representante de Bélgica en Guatemala, Martial Cloquet, de quienes hace excelentes retratos. Asimismo, describe el papel desempeñado en la vida pueblerina y en los avatares políticos por los sacerdotes como el de Zacapa, el español Jaime Gomila, en momentos en que Cruz se perfilaba como candidato a la presidencia en el marco de un levantamiento campesino, el de los *lucios*, en contra del general Rafael Carrera y de los conservadores; campesinos insurrectos en contra de los privilegios que la ciudad de Guatemala y sus habitantes brindaban a los “chapines”.

El trayecto por tierras orientales sirvió a De Valois para dejar una descripción de la vida de los pueblos de indios, de los ranchos y de sus habitantes. Campesinos que crían gallinas, cerdos, cortan leña en el bosque aledaño y completan la dieta cazando para ganarse el dinero necesario y para pagar al Gobierno y a la Iglesia. Los campesinos comen tortillas de maíz, cazuelas de cecina, frijoles negros y plátanos cocidos con grasa de cerdo. Son hombres en calzones, camisa de tela gruesa de algodón y con sandalias de cuero. Mujeres con su refajo de estopilla azul —el corte— de anchas franjas coloradas y transversales, y el cabello sostenido con cordoncitos de lana teñidos de *grana* por el efecto de la cochinilla. Niños completamente desnudos. Algunos remanentes de población de origen castizo estaban igualmente empobrecidos. Campesinos, indígenas y

ladinos portaban siempre un machete para cortar madera y para defenderse, aunque en ocasiones también poseían viejas escopetas de pedernal.

En su primer descubrimiento de Guatemala, su guía, un indígena llamado Máximo, “un indio bueno y honrado a quien siempre quise llevar conmigo de acompañamiento en otros viajes”, arriero de profesión y posiblemente nativo de la región central, con quien estableció una profunda relación y llegó a apreciar su generosidad, sus conocimientos botánicos e ingenio práctico; y el oficial de origen colombiano, Antonio Morales, encargado de custodiarlo a lo largo de la ruta desde la costa caribe hacia la ciudad de Guatemala; fueron sus primeros maestros de la realidad social guatemalteca.

Uno de los principales objetivos de De Valois fue dejar un análisis de las relaciones interétnicas presentes en Guatemala a mediados del siglo XIX. Su punto de estudio más importante se encuentra en la ciudad de Guatemala, su opinión aborda los habitantes y los grupos sociales que la habitaban, una mirada en gran medida actual. De Valois señala que los pocos españoles y los criollos residentes en la ciudad se consideraban “nobles”, como consecuencia de su origen. Estos grupos poseían comercios, eran altos funcionarios del Estado y dirigentes políticos, y se percibían a sí mismos como la gente “decente” del país. En contraparte, a su juicio habían perdido la vivacidad, la energía y la alegría característica de los españoles. Los jóvenes de familias privilegiadas iban al teatro, fumaban cigarrillos, tomaban chocolate y, por la tarde, salían a “comer hierro”, es decir, a pelar la pava frente a las rejas de las casas de sus amadas. De esa forma, no se casaban antes de los treinta y cinco años y las señoritas debían de esperar los veinticinco para obtener la bendición paternal.

Los ladinos, pertenecientes al grupo de los “decentes” gracias a su posición social privilegiada, se consideraban a su vez españoles. Eran negociantes, pero sobre todo desempeñaban profesiones liberales (médicos, abogados, magistrados y sacerdotes). Ejercían en gran medida el poder político, aunque los criollos ostentasen los principales cargos públicos. El viajero francés describió a los ladinos de baja estatura, cabellos y ojos muy negros, manos y pies perfectos, labios carnosos y mucha parsimonia en los movimientos. Sus mujeres eran por lo general de tez un tanto morena, de talle fino y ojos encantadores.

Por otra parte, comenta la existencia de un grupo de zambos de rostro negroide, cabello lacio y piel color cacao, al cual califica como carente de belleza. Este mismo grupo se empleaba en los mercados o en las afueras de la ciudad. Los indígenas de la ciudad le parecían más agraciados en comparación con los de las montañas. A pesar de que en general los primeros eran bebedores frecuentes, De Valois rechazaba considerarlos una raza desprovista de inteligencia, pues en el pueblo de Jocotenango, tributario de la capital y en la ciudad de Antigua, pudo constatar su habilidad como negociantes, cultivadores de cochinilla y excelentes artesanos (carpinteros, albañiles, orfebres y escultores), cualidades que desmentían los comentarios vertidos sobre ellos por varios viajeros anteriores a De Valois y por los propios guatemaltecos. Los indígenas eran también grandes textiles, buenos alfareros y artesanos de fibras y cortezas con las cuales elaboraban sombreros, esteras, hamacas, canastas y cestas para uso propio y para su venta. Poseían una gran habilidad para manufacturar casas, puertas, balcones, gracias a su dominio del arte de la madera, del adobe, de la hojalatería y del hierro. También fabricaban estatuillas religiosas e instrumentos de música, pues entre ellos había buenos músicos. Por su parte, los ladinos de extracción humilde competían con ellos en oficios como sastrería, zapatería, orfebrería, carpintería, albañilería y el pequeño comercio. En resumen, “El pueblo guatemalteco no carece de inteligencia”, por lo tanto, debía de favorecerse la “emulación de todos esos buenos trabajadores”.

Finalmente, en la capital también vivían súbditos extranjeros (españoles, franceses, ingleses, alemanes, belgas y suizos en su mayoría), dedicados al comercio, quienes “se esfuerzan por hacer fortuna tan pronto como puedan para regresar a Europa”. Por supuesto, De Valois consideraba a la mayoría de éstos “gente muy honorable y trabajadora”. Durante las largas guerras federales centroamericanas, desarrolladas durante el periodo de 1826 a 1842 y en los diversos levantamientos campesinos, un número importante de extranjeros fueron víctimas de robo y de los impuestos de guerra, en el caso de los de origen francés consiguieron el resarcimiento de las pérdidas por parte del gobierno guatemalteco en 1855, gracias a los buenos oficios de la diplomacia gala. Por otra parte, las penas inscritas en el código civil guatemalteco de aquella época eran la muerte por fusilamiento, los trabajos forzados y el encarcelamiento, aunque en “las galeras

sólo se ve gente del pueblo; indios, *zambos* o pobres *ladinos*. A los ladrones de la alta sociedad —y los hay—, se les castiga siempre, siempre, siempre con multas, en el peor de los casos”.

De Valois constató con agudeza una tradición de suma importancia aún en nuestros días en Guatemala, tal vez por sus elementos religiosos y cosmogónicos: en las fiestas de los santos y las procesiones, la capital de “Guatemala quizá sea la ciudad de América donde se consume más pólvora... en fuegos artificiales”. Una religiosidad cuya máxima expresión se encuentra en las procesiones de Semana Santa y Corpus Christi. En aquellas ocasiones las damas de la sociedad vestían a las Vírgenes y a los santos, y los hacían desfilar en andas lujosamente decoradas. Las procesiones eran acompañadas de cuadrillas de religiosos, de estudiantes con togas, personajes vestidos de Santo Oficio llamados *cucuruchos* por su sombrero cónico. Además, cada cofradía portaba su estandarte y los músicos tocaban himnos mientras las campanas repicaban.

La aspiración principal de De Valois era escribir una guía para aquellos inversionistas o profesionales que decidieran establecerse en Guatemala. Para ello, la obra deja un registro de árboles útiles para la exportación: maderas duras y menos duras, para muebles y marquetería, y de uso medicinal. Asimismo, establece una lista de los frutos nativos más comunes, más sabrosos y de aquellos, aunque no de origen guatemalteco, fáciles de cultivar. No falta la lista de verduras y granos de gran calidad, además del maíz y el frijol. Destaca la baja estatura de los caballos comunes del país y su empleo, al igual que las mulas, para la carga. De hecho, el oficio de los arrieros era de suma importancia a lo largo del territorio nacional. Ahora bien, los caballos de monta y de tiro provenían de México y su precio resultaba elevado. El balance general de la agricultura guatemalteca es severo, a su juicio el ausentismo de los propietarios de las haciendas y la mala administración de los capataces producía mediocres resultados en las cosechas, los obrajes y los potreros, aún en las grandes haciendas como las de San Jerónimo, Capetillo y El Naranjo.

Al igual que otros viajeros en el país, De Valois visitó la Antigua Guatemala donde a mediados del siglo XIX todavía eran visibles los efectos del violento terremoto ocurrido en 1773, este suceso obligó el traslado de la capital al valle de la Ermita. Pero lo que más retuvo la atención de

De Valois durante dicha visita, fue la majestuosidad de los volcanes, en especial el de Agua, cuya cima inspiró la descripción siguiente:

El cuadro desplegado ante nuestros ojos es de una grandeza indescriptible. Al norte, se encuentra la cadena de cordilleras, la cual atraviesa esta región de América desde el istmo de Tehuantepec hasta el istmo de Panamá. Al sur, la vista abarca toda la extensión azul del océano Pacífico y, gracias a un catalejo potente, se pueden contar las naves con dirección hacia las Indias o provenientes de California similares, en la distancia a pájaros marinos batiendo sus alas sobre el liso oleaje.

De su descenso al pueblo y la *laguna* de Amatitlán, el viajero francés nos ofrece una descripción interesante sobre la producción de cochinilla y sobre el trabajo indígena en las nopaleras realizados en ambos valles.

Un indio toma algunos insectos y los envuelve en un trozo de gasa, la cual sujeta sobre una hoja de cacto con la ayuda de una espina de dicho arbusto. Al cabo de 8 a 10 días, las hojas se cubren de un polvo blanco; son los huevos del insecto. La eclosión tiene lugar 12 o 14 días más tarde. Entonces el polvo blanco desaparece y se pueden ver sobre la planta millones de pequeños grumos negros agitándose; es el insecto que se ha multiplicado y cuyo engordamiento se llevará a cabo alimentándose de la hoja de cacto. Al cabo de un mes o 6 semanas, alcanza el tamaño de un chícharo; se ha vuelto transparente, de un color violáceo y blando como una pulpa de medusa. Cuando se estima que alcanzó el término de su crecimiento, los indios lo recogen en canastas, cepillando ligeramente las hojas sobre las cuales está adherido. Una vez cosechado, se coloca en hornos para secarlo lentamente.

El tiempo de la cosecha debe ser elegido con riguroso criterio. Si se recoge demasiado temprano, da una cochinilla seca y de mala calidad, pero si se espera demasiado, se cae de las hojas y se aplasta sobre el suelo. La lluvia o un golpe de viento pueden arruinar una nopalera entera tirando los insectos a la tierra. Por ello, los cultivadores siempre viven con mucha emoción la época de recolección. Es necesario inspeccionar sus nopales hora tras hora, estar pendientes del clima y estar listos para ordenar la cosecha en tiempo de tormenta.

El libro finaliza su recorrido con el viaje de De Valois a la costa del pacífico, incluida una escala en la ciudad de Escuintla, lugar frecuentado por los guatemaltecos adinerados quienes eran atraídos por el clima

costeño del lugar. Sin embargo, el aspecto que más llamó la atención de De Valois fueron las canciones ejecutadas con guitarras por los trabajadores indígenas en sus ratos de descanso. Melodías transcritas por De Valois al francés a partir de la versión en español proporcionada por Máximo, con algunos estribillos aproximados a la versión original. Las canciones tienen como tema el campo, los mágicos tigres y lo preciado de su piel; o hablan de hermosas jóvenes seducidas y abandonadas por hombres blancos, una evidente referencia a la lógica profanadora del inicio del mestizaje en América. Poca atención puso De Valois sobre el mundo prehispánico, pues su condición de diplomático no le permitía una curiosidad antropológica o de anticuario. Su descripción de Quiriguá es limitada y con una fuerte influencia de Stephens, en ella demuestra un acotado interés por el sitio arqueológico.

Para concluir con este apartado es importante, por su carácter comparativo, señalar que, similar a la opinión emitida sobre el carácter de los mexicanos, De Valois se atrevió a hacer un retrato psicosocial del guatemalteco. De esta manera, la ciudad de Guatemala era el paraíso del chisme; por lo general, los guatemaltecos se lisonjean, se expresan zalamerías, ofrecen favores e inventan fórmulas de cortesía. De ahí su carácter difícil de discernir. “Se les ve corteses, sonrientes, precavidos, complacientes, obsequiosos, también se percibe en el fondo de sus miradas, en el pliegue de sus sonrisas y en la timidez de sus gestos un no se qué, algo que nos sugiere que la franqueza no es su cualidad dominante”. Así, “El guatemalteco tiene una confianza sin límites en su persona; cree en su talento, en su ingenio y siempre está dispuesto a poner en duda el de su prójimo”. A pesar de ello, el guatemalteco es “muy... prudente. Tiene desarrollado en sumo grado el instinto de conservación”.

Cien años después, al igual que Octavio Paz en México, Luis Cardoza y Aragón abordó la caracterización de los suyos en la obra *Guatemala, las líneas de su mano*: “No se conversa; sólo hay monólogo. En las conversaciones en realidad no existe el diálogo, obseso cada uno por sus preocupaciones. No rompemos abiertamente el encierro, la condición introvertida, desconfiada, oculta”.¹⁷

¹⁷ Luis Cardoza y Aragón. *Guatemala, las líneas de su mano*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005: 375.

El alter ego literario: *Henri, le chancelier*

De Valois no asumió en vida la autoría de *Henri, le chancelier*, una novela que funciona como un complemento de su libro de viaje, en donde presenta la diversidad de sectores populares hallada a lo largo de su periplo y en donde aborda abiertamente la realidad geopolítica de Centroamérica como región en el marco de la disputa de la emergente etapa imperialista mundial. La diplomacia francesa precisaba de una mayor actividad en el istmo centroamericano por razones del cada vez más claro “destino manifiesto”, producto de la novedosa doctrina Monroe implementada por los Estados Unidos y sus posibles repercusiones en la supuesta construcción de un paso interoceánico planeado por Francia. La novela le permitiría con más facilidad “llamar la atención” de Francia hacia América central, con el propósito de, junto con Inglaterra, proteger la región contra las intervenciones de América del Norte, y de proteger a sus súbditos de una manera más eficaz.

A su vez, De Valois ofrece en su novela el testimonio directo de los ex esclavos, los rebeldes campesinos, los guías indígenas contratados por él mismo y las mujeres del pueblo que admiró. Entre éstos sobresalen las circunstancias bajo las cuales conoció a León Raymundo, uno de los líderes más connotados de la revuelta de los *lucios* destada en Guatemala durante el periodo de 1847 a 1852.

Como ya se ha señalado, a pesar de la visión de De Valois de los hispanoamericanos permeada por el etnocentrismo del siglo XIX, es destacable la crítica severa realizada al régimen conservador guatemalteco, develando así el trasfondo de subordinación bajo el cual se desenvolvía la sociedad, cuyas relaciones sociales y clasistas estaban profundamente marcadas por la etnicidad y los prejuicios generados por ésta. Una realidad que poco ha cambiado en este país centroamericano.

Palabras finales

En esta ocasión nos toca agradecer la excelente traducción de Antonio Casas Aragón, la cual permite al lector hispano acercarse por primera vez a la crónica de viaje escrita por Alfred De Valois sobre México, Cuba y

Guatemala, a finales de la década de 1840. Casas Aragón aporta algunos comentarios explicativos sobre algunos términos y conceptos de la época y del idioma francés. Nuevamente, agradezco la generosidad de Claire Panijel, de Juan Carlos Sarazúa y de Clara Pérez Fabregat, quienes proporcionaron información y material complementarios a los consultados en los archivos diplomáticos franceses, los cuales han servido para elaborar las notas que acompañan el texto de De Valois para su mejor comprensión. Por último, agradezco a los dos dictaminadores anónimos de la obra, cuyos comentarios han sido útiles no sólo para lograr una mejor precisión de análisis en el texto introductorio y mejorar el contenido de los conceptos empleados, sino también para corregir las inevitables erratas.

La presente obra es la primera de una serie de crónicas de viaje decimonónicas francesas, editada por el Proyecto Ciencia Básica No. 101623 “La reinención decimonónica de Yucatán (1821-1915)”, con el apoyo financiero del CONACYT, como parte de las actividades editoriales del Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Referencias

ABC

[Madrid] 11 abr 1926: 46.

CARDOZA Y ARAGÓN, LUIS

2005 *Guatemala, las líneas de su mano*. México: Fondo de Cultura Económica.

DEPETRIS, CAROLINA

2014 *El héroe involuntario. Frederick de Waldeck y su viaje por Yucatán*. Mérida: UNAM.

DICCIONARIO HISTÓRICO BIOGRÁFICO DE GUATEMALA

2004 *Guatemala: Asociación de Amigos del País-Fundación para la Cultura y el Desarrollo*: 914.

HUMBOLDT, ALEJANDRO DE

1973 *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Sepan cuántos..., 39. Juan A. Ortega y Medina, estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos. México: Porrúa.

KAREL LEYVA, JORGE

“Notas contra la esclavitud de un viajero francés en La Habana”. *Cubarte. El portal de la cultura cubana*. Web. <<http://www.cubarte.cult.cu/periodico/opinion/8749/8749.html>>.

LEDFORD-MILLER, LINDA

1996 "Voice to the visted: indigenous presence in the Guatemala travel wraitting of de Abbot Brasseur de Bourbourg and Alfred Valois". *Monographic Review: Hispanic Travel Literature*. XII.2: 286-300.

MINISTÈRE DES AFFAIRES ÉTRANGÈRES

Archives Diplomatiques. *Personnel. 1re série. 4018. Valois Meroux, Alfred Isidore de*. París, Francia

PAZ, OCTAVIO

1959 *El laberinto de la soledad*. 2^{da} ed. México: Fondo de Cultura Económica: 10.

PRATTE, MARY LOUISE

1997 *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

VALOIS, ALFRED DE

1861 *Mexique, Havane et Guatemala. Notes de voyage*. Paris: Imprimerie d'Eugène Dentu.

PRIMERA PARTE

México, Habana y Guatemala
Notas de viaje

Alfred de Valois

Señora Condesa:¹

Si hubiese podido escribir un libro, creo que habría tenido la osadía de solicitar de usted, apelando a su bondad, el permiso de ponerlo bajo la segura y encantadora protección de su nombre; pero lo que publico hoy no es sólo una sencilla recopilación de notas de viaje y ofrecérselo humildemente, a escondidas, es lo único que me atrevo a hacer.

Kiel, agosto de 1861.

¹ Condesa Juliane von Brockdorff, esposa del conde Hermann August zu Rantzau, regente del estado de Schleswig [N. del E.].

I

En el mar

El 18 de agosto de 18... me embarqué en Le Havre a bordo del buque mercante *L'Étoile*.² El buque transportaba un gran cargamento hacia Veracruz. La travesía debía realizarse en cuarenta o cuarenta y cinco días; sólo desembarcamos después de sesenta y seis.

El capitán de *L'Étoile*, el señor Darvis, era un marinero en la plena acepción del término. Se esforzó en lograr que tan larga travesía fuese lo más agradable posible y no le he guardado rencor alguno por el ayuno forzado que se vio obligado a imponernos. El armador había ahorrado en víveres y abastecido su buque en virtud de aquel principio digno de Harpagón: Cuando hay para dos, hay para diez.

Salimos de Le Havre hacia las diez de la mañana, el viento de frente nos obligó a bordear sin perder de vista el muelle durante varias horas. El armador y algunas personas del gran comercio de Le Havre habían subido a bordo para tener el placer de almorzar sobre el mar. Esos señores reían, conversaban, fumaban y se extasiaban sobre las diversas voluptuosidades suscitadas por un largo viaje marítimo. Tenía motivos para creer que esos habladores baladíes jamás habían salido de sus mostradores, y este viaje por la rada era el primero al cual se enfrentaban sobre el océano. Yo sabía a qué atenerme acerca de los futuros placeres de nuestra navegación, y dejaba a esos mercaderes entusiastas ensalzar al mar y sus encantos, mientras miraba la tierra con esa emoción grata y triste presente cada vez que se deja algo conocido para adentrarse en lo desconocido. Ya he navegado mucho, he recorrido por lo menos veinte mil leguas sobre el mar; no obstante, jamás he dejado la tierra sin sentir una

² Todas las palabras cursivas en el texto lo están en la versión francesa [N. del E.].

tristeza profunda. Lo que me mortifica no es el temor a peligros intuidos ni la perspectiva de un cautiverio fastidioso; más bien es, así lo creo, esa poderosa atracción que la tierra ejerce en mí, cada vez que debo embarcar, la que me causa cierto desasosiego, de la cual ninguna distracción pudo librarme jamás. Algunos viejos almirantes me han aseverado sentir la misma sensación y, gracias a su testimonio que alivia mi debilidad, me dejo llevar suavemente por mis impresiones melancólicas.

No era yo el único pasajero en L'Étoile. Había otros cinco o seis en el puente, y todos me eran completamente desconocidos. Eran en su mayoría mercaderes de México y empleados de alguna gran casa de Le Havre. También estaba, de pie en los obenques, un joven con blusa a quien el complaciente capitán le había dado pasaje gratis. Al estar yo tan impresionado, intentaba leer en el rostro de mis futuros compañeros las emociones que pudiesen experimentar. Mi mirada se fijaba en ellos con tanta insistencia que pudieron disgustarse en el supuesto de haberme prestado algo de atención. Cada uno de ellos tenía muchas otras cosas por hacer: intercambiaban saludos con quienes paseaban por el malecón o se despedían de las bellas y jóvenes damas, quienes lloraban y reían al mismo tiempo. El joven con la blusa, del cual acabo de hablar, maravillado por la belleza del cuadro desarrollado, por primera vez, delante de él, irradiaba alegría y entusiasmo. El pobre muchacho se sentía feliz por salir de Francia, donde sólo dejaba su miseria, y desde ahora todos los sueños dorados de la fortuna, llevados por una sana esperanza en el fondo de su corazón, le hacían muy feliz, muy orgulloso de sí. Aquel joven era un yesero del sur de Francia. Le llamaban Caraman. Iba a trabajar a México y pensaba, el mancebo bonachón e ingenuo, en una ciudad pavimentada con oro, en donde gracias a su trabajo, no podía sino hacerse millonario. Tal ilusión es siempre el acicate de gente con corazón e inteligencia.

El capitán de L'Étoile debía atender a su armador y a las personas invitadas por éste para el almuerzo. Respondía sonriente a todas las bromas insípidas de sus huéspedes; pero su sonrisa era algo triste y forzada. De vez en cuando se le sorprendía dirigiendo la mirada hacia el puerto, fijándola en un balcón donde estaban tres damas desconsoladas. Esas tres damas eran la esposa y las hijas del capitán.

Un pequeño grumete vino a decirnos que el almuerzo estaba servido. Los invitados del armador bajaron a la sala. Los pasajeros se quedaron en

el puente, pues habían almorzado antes de embarcar. Al poco tiempo oímos descorchar botellas de vino champán y voces brindando por el armador, por el buque, por el palo mayor, por el cargamento, quién sabe porqué más, pero nadie brindó por el capitán. El armador habría derogado esa norma al brindar por la salud del hombre a quien encomendaba su riqueza. ¡El capitán de un buque mercante es tan poca cosa a juicio de un armador! Se le considera más o menos como una parte inherente del barco, se le tiene el mismo aprecio que a una vela mayor, a una utilidad. Aunque no es común imaginarlo como el alma, la inteligencia, la fuerza y la salvación del buque con el cual se le confunde. El señor Darvis volvió a subir al puente, llamó al piloto, y después de haberle ordenado acercar su bote:

—¡Señores —lanzó a los convidados— ya es hora de separarnos!

Los comensales subieron al puente; saludaron a los pasajeros y después de estrechar la mano del capitán y de bromear con el segundo oficial, bajaron a la barca con el piloto.

—¡Por fin! —murmuró el capitán.

A continuación, después de echar una última mirada a su vivienda, invisible para mis ojos, aunque todavía reconocible ante los suyos, ordenó a su oficial, el señor Robert, proceder la orientación hacia el mar.

Bajé a mi camarote para ordenar el equipaje. Llené mis pequeños armarios con toda la ropa necesaria para la travesía; armé una especie de biblioteca sujetando los libros con unos cordeles y, tras cerciorarme de que tanto mis libros como otros objetos estuviesen bien amarrados, volví al puente para conocer a mis compañeros de viaje. La primera necesidad del hombre es crear un afecto, buscarse a un amigo con quien hablar de sus pesares y de sus esperanzas. Dicha necesidad es tan imperiosa que se ha visto a presos amar a su carcelero y hasta a los animales más repugnantes. Pellisson amaba a su araña casi tanto como había amado a sus queridas.³

En el mar, las personas se conocen rápidamente. Al cabo de un cuarto de hora de conversación, ya me sabía los nombres de mis compañeros, sus cualidades y el motivo de su viaje a México. Al cabo de otro cuarto de hora, supe que me encontraba solo en L'Étoile. Mis compañeros eran mercaderes, y sólo mercaderes. Regresaban a México, donde habían dejado

³ Paul Pellisson, hombre de letras y académico francés del siglo xvii. Fue encarcelado en la Bastilla durante cuatro años y, para sobrellevar su cautiverio, intentó y consiguió amaestrar una araña [N. del T.].

esposa, hijos, amigos y, sobre todo, su negocio. Sólo les oía hablar de sumar, restar, todo eso no era precisamente de mi agrado.

Entristecido por encontrarme solo, me acerqué al capitán Darvis. Aquel hombre de complexión robusta tenía una de esas fisionomías leales, capaz de atraer y generar simpatía. Platiqué mucho tiempo con él, rápidamente me enteré de que era un hombre rico, y ese viaje a Veracruz era el último que quería hacer. Me habló de su esposa, de sus hijas, de su padre, muy mayor, de su jardín de Ingouville⁴ y finalmente de todo aquello que había dentro de su corazón.

...Dieron las cinco.

—¡Grumete! —gritó el capitán—, dile al *maitre* que puede servir.

Los pasajeros bajaron a la sala. El capitán designó el lugar de cada uno. Me sentó a su derecha.

La cena fue excelente. Todos creímos contar con un Vatel⁵ en la cocina; pero nuestra admiración duró poco. Aquella gran cena se preparó en Le Havre y el único mérito de nuestro cocinero fue calentarla.

El yesero aceptado por el señor Darvis a bordo no comía en el gran salón sino con los marineros, por lo cual éramos unas ocho o diez personas en la mesa: el capitán, el señor Robert, segundo a bordo, los mercaderes y yo.

La conversación fue poco animada: sólo se trataron lugares comunes. Nadie se conocía. Los franceses residentes en México habían tenido poca relación y, viéndoles tan corteses unos con otros, se podía pensar que se inclinaban más por odiarse que por amarse. Cada uno llevaba su pacotilla a bordo de L'Étoile, esa pacotilla los convertía en rivales. Se veía con claridad.

El segundo oficial de L'Étoile le gritó mucho durante la cena al pequeño grumete que nos servía; le amenazó con ordenar que le diesen unos latigazos y, mientras tanto, se entretuvo tirándole de las orejas. Esa gran ira intempestiva del señor Robert sólo tenía el propósito de demostrar a los pasajeros cuán grande era la autoridad del segundo oficial del buque. Sin embargo, como nadie entre nosotros estaba dispuesto a cuestionar dicha autoridad, el pobre mozalbete padeció a cambio de nada los gritos y las maldiciones del oficial. Me percaté de que el señor Darvis arrugaba

⁴ Población de la Alta Normandía, departamento francés de la Seine-Maritime [N. del E.].

⁵ Alusión a François Vatel, célebre chef de la corte de Luis XIV, rey de Francia [N. del T.].

el entrecejo durante esa estúpida escena; pero no abrió la boca, y lo confieso: su silencio me desagradaba en gran manera. Tomamos café en la chopa, sentados sobre las jaulas de gallinas. El señor Darvis, después de vaciar su taza, la llenó con café y *aguardiente*,⁶ añadió un gran terrón de azúcar y, mezclando todo con su cuchara, le dijo al marinero encargado del timón:

—¡Toma, hijo, bebe esto!

—¡Gracias, capitán! —respondió el timonel con sonrisa alegre.

Estuvimos fumando y parlotteando. Uno de los pasajeros cantó varios aires de ópera; otros hablaron de negocios mercantiles; el capitán dio algunas órdenes a su segundo de a bordo; invité a pasar al señor Caraman, el yesero, después de obsequiarle cigarros, le pregunté por el verdadero motivo de su expatriación.

El buen mozo me contó su historia con una sencillez conmovedora. Su historia era la de todos los obreros en general: una ardua labor por un pequeño sueldo, una vida miserable y con privaciones. Caraman, merced a algún dinero ahorrado, tuvo la mala idea de trabajar por su cuenta; a continuación, con su proyecto en marcha, se quedó sin trabajo, llegaron las deudas y al poco tiempo se vio en la necesidad de vender todos los materiales y todas las herramientas del oficio para poder pagar sus deudas. Entonces, como por una coincidencia providencial, en algún viejo libro de la familia pudo leer que México era un país donde la gente más pobre tenía una vajilla de plata, una casa confortable y un buen caballo para pasear por la montaña, y así fue como llegó a preguntarse porqué no intentar ir allí y colocar rosetones en los techos de los palacios de México; parecía natural que el menor detalle de ornamentación, en un país donde abundaban el oro y la plata, se pagase generosamente. Aquellos dulces sueños habían ido tomando consistencia y aunque a veces la cordura viniese a batirlos en brecha, se apresuraba a forjar otros, más sugestivos todavía. Al faltar el trabajo y con la bolsa cada día más vacía, resolvió ponerse en camino hacia Le Havre. Allí vio L'Étoile lista para zarpar en dirección a Veracruz; dispuso aguardar al capitán y le pidió el favor de viajar sin pagar, es decir, a cambio del trabajo que prometió desempeñar sobre el navío. El capitán pidió ver sus pasaportes; felizmente estaban en regla, así como su cartilla, exenta de cualquier tipo de falta y,

⁶ En español en el texto original [N. del T.]

después de algunas preguntas intrascendentes y algunos consejos razonables que escuchó aunque no pensaba seguirlos pues contradecían sus dulces sueños, luego de haber reiterado su compromiso de trabajar con los marineros, se le admitió como pasajero en L'Étoile.

Cuando dejó de hablar el señor Caraman, le pregunté si disponía de algún dinero para, estando en México, poder encontrar un trabajo.

—Llevo siete francos y veinticinco centavos —me contestó con una sonrisa.

—Pero, insensato, ¿cómo llegará a México desde Veracruz si sólo dispone de esa cantidad?

—Cada día me esfuerzo por conseguir lo necesario.

—¿Y cree que lo va a lograr?

—¡Sí, señor! Dispongo de un tiempo más que suficiente.

—¡Bien! Ya se verá.

Se puso el sol. Nos despedimos de tierras francesas por última vez. Caraman empezaba a marearse; le convencí de tenderse en su hamaca y yo bajé a la sala común. Los pasajeros estaban sentados a la mesa y jugaban una partida de piquet⁷ por turno con el señor Robert. El capitán ordenaba su camarote; agarré un libro y me puse a leer. Al poco tiempo oí un ruido sordo y seco a mi lado, entonces sentí algo moviéndose entre mis pies. Ese “algo” era el joven grumete de la sala común; el ruido que había escuchado era la bofetada propinada por el señor Robert al pobre. Los pasajeros y el señor Robert seguían con su partida de cartas. El capitán vino a sentarse a mi lado y pareció interesarse por el juego de los señores; después de recogidos los naipes y de que cada jugador hubiese echado cuentas y anotado los puntos ganados:

—Señor Robert —dijo refrenándose un poco—, permítame contarle una breve historia; estoy seguro que le parecerá interesante.

El señor Robert dejó sus cartas sobre la mesa y se dispuso a escuchar las palabras de su jefe.

“Hará como unos treinta años —dijo el señor Darvis—, la fragata francesa *** partía de Brest en dirección a Bourbon⁸ con el fin de transportar a

⁷ Juego de naipes antiguo. Fue muy popular en Francia, Inglaterra y Alemania a lo largo del siglo XIX [N. del T.].

⁸ Se trata de la isla de la Reunión, territorio francés situado en el océano Índico [N. del T.].

doscientos soldados. El comandante de ese navío era un valeroso y noble oficial fallecido cuando era almirante de Francia hace pocos años, cuyo gran recuerdo sigue vivo en la armada y en la marina mercante...”

—Pero —dijo un pasajero—, podríamos seguir jugando mientras le escuchamos, señor Capitán.

—¡Por supuesto, señor!, —respondió el señor Darvis—; la historia que voy a contar sólo se dirige a mi teniente —y volviéndose completamente hacia el señor Robert, retomó su discurso con voz entrecortada.

“En la fragata habían embarcado jóvenes oficiales muy gallardos y talentosos. Los marineros sentían veneración por la mayoría de ellos, menos por uno a quien odiaban y a quien terminaron por maldecir. He aquí de qué manera. Llevábamos mucho tiempo en alta mar; el calor era sofocante, con ráfagas de viento, el buque se tambaleaba, se estremecía, hacía las mil y una. El oficial de cubierta exclamó: ‘¡Grumete!’.

”De inmediato, un niño de doce años se le acercó, sujetando su sombrero con la mano.

”‘Ve y tráeme mi sextante’, le dijo el oficial.

”El grumete se dirigió a su habitación, tomó el instrumento y volvió a cubierta, esa parte se había vuelto resbaladiza con el agua introducida por los bandazos del buque. Dio un paso hacia el oficial de cubierta; pero de repente, perdiendo el equilibrio fue a parar contra él, provocó su caída y rompió el instrumento con el peso de su cuerpo. El oficial se puso en pie enfurecido y con voz estentórea llamó al capitán de armas diciéndole:

”Bájele los pantalones a este b... y propínele doce azotes para enseñarle a ser más hábil en otra oportunidad.”

—El capitán de armas dio un paso hacia el niño, pero antes de poder agarrarlo, éste se había arrojado al mar por una porta... Cuando volvió a la superficie, vio a su alcance una jaula de gallinas; se aferró a ella... Entonces le lanzaron un cable con un travesaño de madera y en poco tiempo le subieron a la cubierta, rodeado por la tripulación y el estado mayor completo. El oficial de cubierta recibió la orden de ponerse bajo arresto... Pues bien, señor Robert, añadió el señor Darvis tras una pausa, aquel niño que había preferido morir antes de ser golpeado, aquel niño se ha convertido en un hombre, en un oficial, un jefe y, recordando sus miserias pasadas, no permitirá la infelicidad de aquellos niños bajo su responsabilidad.

—¡Está bien, capitán! —dijo el señor Robert conmovido—, recordaré esta historia.

—Eso espero, señor —contestó con severidad el señor Darvis.

El capitán se retiró a su habitación, y no pude resistir al deseo de seguir sus pasos.

—Capitán —le dije cerrando la puerta de su camarote detrás de nosotros—, ¿su historia debe de tener un final?

—Sí —respondió con una sonrisa—; sólo que el final habría estado de más.

—¿Me lo puede contar?

—Si realmente insiste.

—Ciertamente —le dije.

—¡Pues bien! Permítame dar una vuelta por la cubierta; bajaré en seguida y entonces, fumando un cigarro y bebiendo nuestra botella de cerveza Porter, concluiré mi historia, así llamada por usted, la cual no es sino un pequeño episodio de la misma.

Y el señor Darvis se retiró para ir a inspeccionar el velamen del buque.

Con mar agitada y ráfagas de viento, empezábamos a tambalear horriblemente. Muchas personas ya estaban mareadas. Los animales a bordo también. Las ovejas balaban con lamento, las gallinas se ajetreaban cacareando en sus jaulas. Mandé llevar al señor Caraman un poco de licor de Kirsch. El Kirsch, cuando se toma en pequeñas cantidades, es a mi juicio el mejor remedio para aliviar las primeras dolencias producidas por el mareo en alta mar. He visto a muchas damas que al tomar unas gotas de este *aguardiente* dejaban de sufrir al poco rato. El médico de un buque inglés, ante quien yo alababa con énfasis las virtudes terapéuticas del licor de Kirsch, me explicó con gran erudición su efecto en los nervios gástricos; además, me dijo, aconsejaba a mujeres y niños aplicar unas compresas humedecidas con esa bebida sobre el epigastrio y aspirar fuertemente su olor. Les corresponde a quienes sufren de mareos en el mar probar ese remedio.

El señor Darvis regresó empapado de agua del cielo y del mar. Sacó unos cigarros, agarró su chaquetón de tela encerada y me dijo riendo:

—Lamento muchísimo no poder terminar de contarle mi historia por ahora, pero el mal tiempo exige mi presencia arriba.

—¡Váyase pues, estimado capitán! Mientras usted vele por nuestra seguridad, yo haré todo lo necesario para poder dormir. Este balanceo se hace intolerable y mis piernas no son tan resistentes como mi estómago. ¡Buenas noches!

Le estreché la mano al capitán y me retiré a trompicones hasta mi camarote. Imagínense una lata de seis u ocho pies de longitud por cuatro o cinco de ancho, y tendrán una representación acertada de lo que es, generalmente, una habitación de pasajeros a bordo de un buque mercante; y en ese exiguo habitáculo hice sitio para mis libros, mis cajas de cigarros, mi ropa de viaje, mis armas y demás objetos de primera necesidad.

Me acosté. Llovía a cántaros, el viento hacía crujir la arboladura y se oía, cubriendo el estruendo del mar y de la tempestad, la voz estentórea del capitán dando órdenes con sangre fría a la tripulación. Sacudido, revolcado, traqueteado y zarandeado en la cama, me levanté y al ver que habíamos arriado velas comprendí que nos habíamos puesto a la capa.

¡Vaya manera de iniciar un viaje!

II

En la mancha.

El capitán termina por contarme su historia

Hace 12 días dejamos Le Havre y todavía estamos a 45 o 50 leguas de dicha ciudad. La tormenta no da tregua. Navegamos sin izar velas. 100 buques mercantes se tambalean sobre este mar verdoso, intentando alcanzar las costas de Inglaterra para poder reparar en algún puerto las averías sufridas durante la noche. Vemos llegar pilotos ingleses quienes se ofrecen para conducirnos a algún puerto vecino, a Portsmouth, me parece. Pilotos belgas u holandeses aparecen muy de vez en cuando, acechando los buques que regresan de las Antillas o de los Estados Unidos para llevarlos a su destino.

El capitán Darvis no desciende jamás. Come en la cubierta, duerme en la cubierta sobre su asiento piloto y envuelto en su chaquetón. ¡Qué salud de hierro se debe tener para aguantar las fatigas del mar!

Mis compañeros de viaje permanecen en la sala y se pasan el tiempo jugando o discutiendo. Nada pone tanto de los nervios y amarga el carácter como el mal tiempo. Siempre he visto a los hombres más pacientes tornarse insoportables en tiempo revuelto. Por pequeñeces se fastidian, se ofenden, se enfrentan, y es de agradecer que no lleguen a zarandearse. A sabiendas, por fortuna, del poder del aburrimiento y del cansancio del mar sobre mis nervios, he resuelto vivir solo, en estos tiempos de tormenta, y me alegra haber tomado tal decisión cada vez que oigo cómo riñen mis compañeros.

El señor Caraman se ha repuesto totalmente de su mareo. Vino a verme esta mañana y sin rodeos me habló de sus secretas ilusiones.

—Querer algo enérgicamente —me dijo—, casi siempre es poder.

De hecho, el deseo del señor Caraman es ganar suficiente dinero en México como para poder regresar a Francia, comprar una granja y casarse con su prima, una bella rubia quien al parecer comparte sus proyectos de riqueza y de ambición.

Iba a prolongar mi conversación con el señor Caraman cuando un choque horrible nos derribó. Un ruido de vajilla rota resonó con fuerza entre los muebles y la voz del capitán en la cubierta me hizo salir de mi camarote.

El señor Caraman me siguió. Todos los marineros andaban atareados recogiendo los restos del palo de juanete mayor cortado por una violenta ráfaga de viento.

—¡Vaya! —le dije a Caraman—, si empiezan las averías no llegaremos a Veracruz antes del próximo año... si llegamos.

—¡Paciencia —dijo—, tras la tormenta llega el buen tiempo!

Y se fue a ayudar a los marineros a desenredar las cuerdas.

Caraman era un hombre valiente y fuerte. Yo seguía con la vista sus osados movimientos. Nada lo asustaba, ni el balanceo que lo hacía caer a cada paso, ni las olas que se estrellaban sobre la cubierta. Su energía parecía invencible y su valor inquebrantable. Se podía verle correr por todas partes, allí donde pudiese ser útil el refuerzo de sus sólidos brazos. Los marineros lo guiaban, lo aconsejaban y era notable el respeto mostrado hacia él. El mismo señor Darvis había felicitado con entusiasmo y en varias ocasiones al joven y él, orgulloso de ser útil, mostraba gratitud a todos y redoblaba su actividad. ¿Cómo es posible que haya hombres tan favorecidos con aptitudes para cualquier cosa? Ese joven, que nunca había dejado su país natal, había sido lo suficientemente fuerte como para superar los mareos causados por el mar, adaptándose en tan sólo unos días. Yo, a pesar de estar acostumbrado a las largas travesías, nunca tuve madera de marinero y temía, viendo correr a Caraman, que se partiese la cabeza contra alguna caja o que el mar lo arrastrase en uno de los bandazos.

La tempestad duró tres días. Se hablaba de hacer escala en la isla de Wight, cuando de repente el clima mejoró y el viento se tornó favorable. El señor Darvis hizo rumbo y tras diecisiete días de extenuante navegación logramos salir del canal de la Mancha.

Estábamos cruzando las Azores, el clima era magnífico, la brisa fresca, el mar estaba en calma, avanzábamos a una velocidad de diez o doce

nudos; los pasajeros fumaban y cantaban, sentados en la chopa; Caraman leía, apoyado sobre el cabrestante. Bajé al camarote del capitán y lo encontré ocupado escribiendo su diario.

—Mi querido capitán —le dije—, siento molestarlo; mas no saldré de aquí hasta que me cuente el final de la historia del otro día.

—¡Ah! —dijo—, ¿todavía piensa en ello?

—¡Por supuesto que pienso en ello!

—Bien, tome un cigarro y suba a cubierta, lo alcanzaré en el asiento piloto.

En un abrir y cerrar de ojos, el capitán vino junto a mí.

—Tenemos un tiempo magnífico —dijo.

—El cual le permitirá...

—Es cierto, debo cumplir... ¡Bien!, escuche pues:

“Hace diez años me encontraba en la isla Bourbon, listo para abordar y regresar a Francia. Iba a dar la orden de levantar las anclas cuando un edecán del gobernador me entregó una carta en la cual se me exigía diferir mi partida unas horas y presentarme inmediatamente ante su Excelencia. Al llegar al palacio, me llevaron ante el almirante ***...,⁹ quien, sentado en su escritorio, firmaba algunas cartas mientras conversaba con un oficial superior al parecer muy enfermo.

”—Señor Darvis —me dijo el gobernador—, le rogué venir a verme para preguntarle si sería de su agrado aceptar a bordo al señor capitán de navío *** aquí presente.

”Al oír pronunciar el nombre del oficial, sentí un escalofrío recorrerme todo el cuerpo; vi mi rostro palidecer en el espejo y algo frío, doloroso, me apretó el corazón. Mis ojos, fijos en el oficial superior, acababan de reconocer a aquel hombre quien, veinte años atrás, había ordenado azotarme porque lo había hecho caer de su asiento piloto y había roto su sextante. El gobernador se impacientaba por mi silencio; pero yo, preso de una viva emoción, no podía articular palabra para responderle.

”—¡Y bien! —dijo—, ¿acaso no me escuchó, señor Darvis?

”—¡Perdón! —balbuceé—; pero...

”—¿Pero qué?...

⁹ Generalmente, el gobernador de Bourbon no es más que un capitán de navío [N. del A.].

—Quisiera saber, señor Gobernador, si, suponiendo que no fuese de mi agrado recibir al señor capitán de navío a bordo, tendría su Excelencia la intención de ordenármelo...

—¡Evidentemente, señor! —respondió el almirante mirándome con extrañeza.

—Entonces obedeceré su orden, mi almirante.

—Eso espero y le pido no olvidar que, siendo el señor Comandante jerárquicamente su jefe, le debe todo el respeto...

—¡Perdón, Excelencia! —dije frunciendo el ceño, lo cual no pasó desapercibido por el gobernador—; cuando me encuentro a bordo, no tengo jefe. Soy el amo a cubierta y no hay almirante ni capitán de navío con el poder de considerarse mi superior... En cuanto al respeto hacia mis pasajeros, sean quienes sean, es un deber de hospitalidad, de cortesanía, al cual nunca he faltado, y es totalmente inútil inscribirlo en mis instrucciones de a bordo.

—Estaba en un estado de irritación extrema. El buen gobernador me miraba fijamente como averiguando si no había perdido el juicio; finalmente, me dijo:

—Le advierto que sus deberes para con sus pasajeros...

—Mis deberes para con mis pasajeros son los siguientes: darles de comer y de beber, curarlos o hacerlos curar si están enfermos, salvarlos en caso de naufragio, sepultarlos si mueren, y arrojarlos al mar con grilletes atados a los pies, rezar una breve oración, reunir su sucesión, hacerla llegar a su familia o al Estado, en el supuesto de carecer de familia... Como puede ver, mi almirante, conozco bien mis deberes.

—Pero, señor, debe también, además de todos esos cuidados enumerados por usted tan brutalmente, debe también a sus pasajeros, sobre todo cuando pertenecen a la clase alta de la sociedad, respeto, cortesía y las atenciones que todo hombre bien educado está en derecho de esperar de otro hombre bien educado.

—Almirante —dije—, a mí me han educado muy mal.¹⁰ La educación con base en golpes recibida por parte de sus señores colegas me exime de ser un caballero cortés con mis señores pasajeros. Una vez a

¹⁰ Hasta hace treinta años, la vida del marinero era dura. Hoy en día, cuando un oficial golpea a un marinero o a un grumete sería severamente castigado. La ley, en Francia, es igual para todos [N. del A.].

bordo, no permitiré la desobediencia y ordenaría arrojar por la borda al Gran Mogol o al Sha de Persia si uno u otro de tan augustos personajes no reconociese que, estando a bordo de mi buque, no hay mayor majestad que la mía. —Y preso de una loca e insolente ira, agregué:

—Usted trata al capitán de un buque mercante como si fuese un conductor de diligencias... pero se equivoca al hacerlo. Al envilecer a la marina mercante cuando, sea dicho de paso, es por lo menos tan útil como la armada, al envilecerla, al ofenderla, usted ultraja al país entero.

—Señor —dijo el gobernador con tono glacial—, no quise interrumpirlo... Quise ver hasta dónde lo llevaría su espíritu de insubordinación... Sabré en tiempo y lugar recordar sus palabras; mientras tanto, preséntese a bordo y considérese bajo arresto. ¡Vaya! Recibirá ulteriormente mis órdenes.

”Mi actitud, lo reconozco, había sido no sólo inadecuada con el honorable gobernador de Bourbon, y todavía hoy no soy del todo consciente de la bondad que tuvo conmigo. Podría con toda certeza haberme suspendido y retirado el mando del buque. Fue indulgente y benigno, y se lo agradezco de corazón.

”Saliendo del gabinete del gobernador, le lancé una mirada furtiva a mi futuro pasajero. Su aspecto deplorable me hizo estallar de risa. Sin duda no sentía un gran deseo de estar a bordo de un buque, cuyo capitán le parecía una especie de ogro hambriento de oficiales de la armada del estado.

”Al llegar a bordo, mi teniente me entregó una lista de todas las pertenencias del señor *** y al cabo de dos horas, éste llegó en uno de los botes del gobernador.

—Capitán —me dijo con una risa irónica y casi insolente—, aunque le resulte considerablemente antipático debemos convivir lo mejor posible hasta nuestra llegada a Francia. He aquí, por cierto, un comunicado de su Excelencia el gobernador; tendrá tiempo para meditar su contenido.

”Tomé el sobre que me tendía el señor *** y sin más respuesta que un frío saludo, le ordené a mi teniente indicarle su camarote.

”Poco tiempo después, levantamos las anclas y partimos.

”Llevábamos veinte días navegando con mal tiempo. Acababa de bajar a mi camarote para descansar un poco cuando escuché el ruido de una

maniobra ejecutada sin haber dado yo la orden. Subí corriendo a cubierta y encontré al señor *** sobre mi asiento piloto dictando al segundo oficial una orden muy militar y, por tanto, difícilmente ejecutable a bordo. Fue evidente que el capitán de navío me creyó dormido para actuar así. En cuanto a mi teniente, un joven ingenuo y bonachón, había creído actuar correctamente al esforzarse por seguir los consejos del oficial superior, supe más adelante que éste le había prometido su protección si lo dejaba tomar el mando durante mi sueño. Mi primera decisión fue poner a mi teniente bajo arresto; después invité al señor *** a bajar a su camarote, lo cual hizo sin decir una palabra. Sin duda había entendido, al menos eso pensaba yo, la gravedad de su error, y me sentí completamente desarmado ante el aire sumiso con el cual abandonó el asiento piloto.

”Tras amonestar duramente a mi teniente, lo liberé y lo amenacé con someterlo a un consejo de disciplina en caso de volver a desconsiderarme como su único capitán y si volvía a olvidar que a bordo no había otra autoridad ni responsabilidad sino la mía. El pobre infeliz me respondió que no pudo resistir las peticiones insistentes del capitán de navío, para conseguir el perdón me confesó que el capitán se divertía criticando mi conducta y mis maniobras ordenadas, y, en varias oportunidades, las palabras dirigidas a los marineros pudieron hacerlos desconfiar de mí. Tras comprobar la veracidad de esos detalles, bajé a mi camarote y solicité al señor *** acudir a mi encuentro.

”—Señor —le dije fríamente—, ¿sabe usted que estaría en mi derecho volarle la cabeza?

”—¡Usted, señor! —dijo el comandante con su malvada sonrisa—, ¿y quién le daría tal derecho?

”—La necesidad de oponerme a sus proyectos...

”—¿Y cuáles son esos proyectos?

”—Usted intenta pervertir el espíritu de disciplina necesaria entre los hombres de este buque...

”—¡Ah bueno! —dijo el señor ***, en un tono harto impertinente.

”—Señor —le contesté con una expresión de voluntad que lo hizo pali-decer—, sobre mi honor de marinero impoluto le declaro que si se permite alguna observación sobre el manejo de mi buque, si le dirige la palabra a mis marineros, lo trataré conforme a mi derecho y a mi deber.

”Salí, dejando al capitán riendo sarcásticamente tras las palabras dichas, y lo escuché gritar a través de la puerta de mi camarote:

”—Puede usted asesinarme o mandarme asesinar, lo reconozco; pero tal derecho, mi querido capitán, no está mencionado en los códigos marítimos, y es más propio de salteadores de caminos y de piratas.

”—Señor —contesté desde lejos—, los códigos marítimos poco me importan, se lo aseguro; le volaré la cabeza si insiste en revolucionar a toda mi tripulación, y sus consejos de guerra harán después conmigo lo que les plazca.

”Los esfuerzos realizados para parecer tranquilo me habían cansado; entré al salón, donde tomé un gran vaso de agua; pero al sentirme mal regresé a mi camarote y me tiré sobre la cama rezando a Dios apagase en mi corazón ese viejo odio de mi infancia, reavivado con la presencia del señor ***. Acababa de adormecerme cuando el ruido de una voz arengando me despertó con un sobresalto. Creía estar soñando y debí frotarme los ojos repetidas veces para sacudirme el sueño. El señor *** estaba en el asiento piloto; había reunido a mis hombres y se esforzaba por convencerlos de mi incapacidad náutica. Sin vanidad le digo, señor, era una tarea difícil la que se había impuesto el comandante. Toda mi tripulación me conocía desde hacía mucho tiempo; conmigo había dado la vuelta al mundo dos veces; habíamos enfrentado cien tormentas y ellos sabían que su capitán no se dormía cuando había peligro. Todas las bellas palabras del señor *** eran, por lo tanto, bastante mal recibidas por mis hombres, quienes, sin duda por respeto a sus charreteras, se limitaban a emitir tan sólo unos murmullos en torno a él. Escuché por un momento su discurso anarquista dirigiéndose a mí: ‘¡Vaya! Parece que Dios quiere la muerte de este pobre hombre. ¡Hágase su voluntad!’.

”Subí a cubierta, frío, sin la frente enrojecida y sin sentir latir mi corazón con más fuerza que de costumbre. Estaba tan convencido de estar en mi derecho y de mi pronta victoria, y en el momento de condenar a mi enemigo, sentí esa serenidad de conciencia, lo cual me volvió, por así decirlo, indulgente y compasivo hacia él. Iba yo, un simple oficial mercante, a condenar a un oficial de la armada real. Había en la sentencia que me disponía a pronunciar no sólo una satisfacción personal: era un triunfo fomentado por el espíritu de cuerpo. El mercante castigaría la charretera, *el conductor de diligencias* le daría un golpe letal a una

aristocracia.¹¹ Sobra decir que no estaba razonando como un hombre de leyes y la pasión nublaba mi juicio. ¡En fin!... Me detuve en la entrada de la chopa, el señor *** me vio. Palideció, pero no por ello puso fin a sus acusaciones contra mí. Me crucé de brazos y lo miré fríamente sin interrumpirlo. Mis marineros no chistaban; pero me era fácil observar, por su calma y sus murmullos, que la elocuencia del comandante no los convencía demasiado. Él, molesto con mi presencia y queriendo quemar sus últimos cartuchos, terminó su alocución con la propuesta de arrebatarme el mando del buque y se ofreció, naturalmente, para suplirme.

”—¡Esto es demasiado! —gritó uno de mis viejos gaveros—, ¡debemos avisar al capitán!

”—¡Aquí está! Lo oyó todo —respondió un novicio señalándome ante toda la tripulación.

”—Así es, hijos míos —dije entonces avanzando sobre la cubierta—, lo oí todo. Qué bonita revuelta hacia su capitán les predica el señor ***. Están aquí todos reunidos, muchachos, y ustedes son quienes deben responderle.

”—¡Viva nuestro capitán! ¡Al mar el comandante!— vociferaron mis hombres.

”—Señor —le dije entonces al comandante—, ya ha escuchado a mis marineros; me proponen arrojarlo al mar.

”—¡Hágalo! —replicó—, sus hombres son unos imbéciles.

”—Bien, hijos míos —proseguí dirigiéndome a toda la tripulación—, ¿juzgan ustedes que quien les ha instado a una revuelta contra su capitán merece un castigo?...

”—¡Al mar! ¡Al mar! —respondió todo el mundo.

¹¹ Es harto evidente que un capitán de la armada o de la marina mercante no tiene derecho de vida y de muerte sobre su cubierta. Puede tomar todas las medidas posibles para impedir el cuestionamiento de su autoridad por parte de sus pasajeros; pero siempre se hace responsable de su conducta hacia ellos y es indudable que cualquier acto de violencia por su parte sería severamente castigado.

Para comprender el relato del señor Darvis, es necesario darse cuenta del estado de sobreexcitación en el cual se encontraba y no olvidar el temperamento de los hombres de mar, muy diferente al de los burgueses.

La historia relatada es perfectamente auténtica y el señor *** en persona me proporcionó los detalles de la misma, con una franqueza capaz de honrarlo en gran manera. El señor *** sigue siendo hoy el amigo del señor Darvis [N. del A.].

”—Señor —dije acercándome al comandante y obligándolo a bajarse del asiento piloto—, usted, un oficial de la armada real, usted ha faltado a todos sus deberes de oficial, ha querido rebelar a estos hombres contra su jefe natural... merece usted la pena capital...

”—¡Al mar! ¡Al mar! —repitieron en una sola voz los marineros—. ¡No hay indulto posible para este hombre! ¡Que muera como se merece! ¡Viva nuestro capitán!

”—¿Usted me permitirá sin duda —me dijo en voz baja el señor ***—, volarme la cabeza? Con tal de librarse de mi presencia, el medio poco ha de importarle...

”—Señor —contesté—, voy a darle una prueba de mi soberanía aquí, la cual no ha querido usted reconocer pero que en un momento no podrá negar —y volviéndome hacia la tripulación, agregué:

”—Hijos míos, este hombre no es su enemigo. Su sentido común, su espíritu de justicia y de lealtad les ha hecho rechazar con desprecio sus odiosas propuestas. Al condenarlo, fueron justos y apruebo su decisión. Sin embargo, debo decirles que este hombre es mi enemigo y sólo yo tengo derecho a perdonarle la vida... Les ordeno, pues, regresar a sus puestos y dejarme entrar con este señor a la zona de pasajeros.

”Todos los marineros se retiraron en seguida, algo contrariados tal vez por la modificación aportada al resultado esperado.

”Hice pasar al señor *** a mi camarote, mostrándole un asiento:

”—Comandante —le dije casi con júbilo—, ¿quiere conversar sobre nuestro tiempo de juventud?

”—Le escucho, señor —respondió, siempre tan desdeñoso y frío.

”Le narré entonces, en pocas palabras, lo que le conté a usted al principio de esta singular historia; le hice ver que yo era aquel pobre grumete de la fragata a quien había querido infligir un injusto castigo, y tras haberle dicho que ya me había vengado suficientemente y, convencido de su impotencia para perjudicarme, le dejaba plena y entera libertad a bordo, vi al pobre y altivo señor *** secarse las lágrimas y arrodillarse para pedirme perdón.

”—Comandante —le dije entonces—, me conmueve cruelmente un hombre llorando. ¡Seque sus lágrimas y abraceme!... Mi corazón está tan enfermo como el suyo, ¡puede estar convencido de ello! —Y como dudaba en acercarse, lo atraje hacia mí y lo abracé cordialmente...—. Tengo aquí

—agregué riendo—, un excelente vino de Tenerife; ¿le gustaría tomar una copa a la salud de mi tripulación y de nuestra próxima llegada a Francia?

”—Es usted bondadoso y generoso —me respondió el comandante con profunda emoción—, y sin querer parecerle demasiado ambicioso, tras lo ocurrido entre nosotros, le pediría otorgarme, no importa cuán pequeña sea, una parte de su amistad...

”—Comandante —dije—, usted ha cometido un error conmigo, pero yo también con usted. Mi brusquedad en el palacio del gobernador de Bourbon lo convirtió en mi enemigo... Olvidemos para siempre esas miserias que nos han hecho tan desdichados a ambos.

”—¡Es usted un noble corazón, mi querido capitán! —murmuró el señor ***.

”—¡Bueno! —exclamé tendiéndole la mano—, en todo este largo y viejo odio lo único interpuesto entre nosotros fueron... sus charreteras.

”Subimos tras un instante a cubierta provocando el asombro de los hombres.

”—Amigos míos —dijo el comandante—, no se admiren de lo que ven. Saben de mi enfermedad... todo lo que me han oído decir es resultado de la fiebre. Estaba loco, delirando y deben perdonarme así como su buen capitán me ha perdonado.

”Mis marineros creyeron las palabras del comandante y gracias a las virtudes del vino de Tenerife, olvidaron pronto las extrañas escenas presenciadas por ellos.

”Llegamos con fortuna a Francia. El señor *** partió a París y gracias a sus gestiones y a su esmero en hacer valer mis humildes servicios, el ministro de la marina me envió la cruz de honor.”

El capitán había terminado su historia; saltó de su asiento piloto y corrió hacia la proa para respirar el aire fresco.

III

Veracruz. Aspecto general de la ciudad. Edificios. Primeras impresiones

Escribí los dos capítulos anteriores sólo para otorgar a mi corazón la dulce satisfacción de hablar del valiente y humilde capitán Darvis, lo hice no sin cierto escrúpulo, debo reconocerlo. Conociendo la gran modestia de aquel hombre excelente, de aquel bondadoso y hábil marinero, todo me hace creer que no me perdonará mi indiscreción, pero si se enoja demasiado lo amenazaré con narrar toda su vida y publicarla a modo de noble ejemplo de abnegación y valor, y entonces guardará silencio. Podré decirle además que su noble y digno amigo, el señor ***, ha leído mis dos capítulos y me ha dado plena autorización para publicarlos. Pues el señor *** es igualmente un hombre con un gran corazón y un noble carácter.

Un largo viaje por mar, ahora que todo el mundo es peregrino, sólo puede suscitar el interés de las sirvientas, de los curas o de los conserjes. Sería ocioso, por cierto, hablar de las cinco o seis tempestades padecidas. Hay sobre la faz de la tierra huracanes más temibles en comparados con los que hacen bramar las aguas de los océanos y cuando uno piensa en las tempestades políticas capaces de azotar aún a nuestra vieja Europa, resultan bastante miserables y hasta pueriles los enconos del mar. Tampoco contaré nuestros éxitos en la pesca del tiburón, de la marsopa o del besugo, ese camaleón de las altas latitudes; ni la burlesca ceremonia del bautizo de los trópicos celebrado a bordo con gran pompa y durante la cual el pobre señor Caraman casi se ahoga; no describiré las uvas del mar del Trópico, ni los lindos pececitos voladores, triglas lucernas o exocetos pasmados abatiéndose sobre la cubierta para morir. Todos los viajeros han narrado con mayor o menor extensión esos detalles.

El 23 de octubre, exactamente sesenta y seis días después de nuestra salida de Le Havre, echamos anclas en la fea bahía de Veracruz, a cuatro o cinco cables del famoso castillo San Juan de Ulúa.

Veracruz, vista desde la bahía, ofrece un aspecto de lo más triste, asentada al pie de altas dunas de arena rojiza, sin un solo árbol ni una mata de verdor para refrescar la aridez de su horrendo paisaje. Para encontrar algún rastro de vegetación se debe extender la mirada un poco a lo lejos. Ésta se detiene con gusto sobre la pequeña isla de los Sacrificios,¹² muy verde y orgullosa de mostrar un pequeño fuerte en torno al cual algunas tumbas blancas se elevan en honor a pobres europeos, víctimas del flagelo de tan siniestra playa. Veracruz cuenta, como todas las ciudades de las colonias españolas, con muchas iglesias y conventos. Se ven algunos pesados campanarios y algunas cúpulas grisáceas dominando las azoteas de las casas y, sobre todos esos puntos culminantes, miles de *zopilotes*,¹³ una especie de buitres negros y feísimos que se pasean brincando de manera cómica. Esta ciudad, centro principal del comercio mexicano, está defendida por el castillo de Ulúa, del cual hablaremos más adelante, y por una sencilla fortificación almenada. Un hermosísimo espolón, adosado sobre el edificio de la aduana, se adentra hacia el mar y sirve de corredor para los negociantes y los observadores de buques.

El aspecto general de Veracruz es desagradable; se parece mucho a una ciudad de Siria, con sus construcciones macizas y con la suciedad que la rodea por todas partes. Además del castillo de Ulúa y de algunos fortines dañados y esparcidos alrededor de sus murallas, está protegida del lado del mar por un extraordinario cinturón de arrecifes, los cuales emergen a ras de agua y presentan las más temibles asperezas para los buques que quisieran acercarse.

Al pie de las dunas se vislumbran algunas plantas de cacto espinoso y a lo lejos, velada por una nube rosada, la larga cadena de las cordilleras con su *Cofre de Perota* y su *Pico de Orizaba* cubiertos de nieve.

¹² Era en esta isla donde los sacerdotes mexicanos sacrificaban víctimas humanas a sus horribles ídolos [N. del A.].

La isla fue utilizada por los tonacas para efectuar adoraciones y ceremonias como lo atestiguan los entierros y basamentos piramidales que se han hallado y documentado [N. del E.].

¹³ En español en el texto original [N. del T.].

Bajé con mis compañeros en la barca del piloto, y mientras los aduaneros hacían el inventario de nuestros baúles, yo fijaba con extrañeza la mirada en la ciudad.

Al salir de la aduana distinguimos el inmenso hotel llamado Gran Sociedad¹⁴ y nos apresuramos en ir a ocuparlo con nuestros equipajes. En aquel entonces administraban el hotel dos franceses, los hermanos Galice,¹⁵ de Burdeos. Me dieron sólo una habitación con tres camas, larga y alta como una catedral, blanqueada con cal y amueblada con unas cuantas sillas de madera, unas mesas y unos lavamanos. Si se busca aire y frescor, se prescinde de edredones, de tapices y de alfombras.

El señor Lavallée,¹⁶ gerente del consulado de Francia, vino a verme por la noche y me informó acerca de los últimos eventos en Europa. Nuestra larga travesía había envejecido mis noticias; en vez de contar, hice que me contasen.

Al día siguiente fui a visitar a los señores Adoue y Garrust e,¹⁷ negociantes franceses establecidos en Veracruz, para quienes me habían entregado algunas cartas en Le Havre. Estos señores me recibieron bajo su puerta de entrada, en el *zaguán*,¹⁸ como se dice en México. Ahí es

¹⁴ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁵ Se trata de los hermanos gemelos Henri y Jean Galice, nacidos en Burdeos, Gironda, de oficio comerciantes. Eran dueños del hotel y café La Gran Sociedad y de una mercería, actuaron bajo la razón comercial Galice Hermanos. Para mayor información sobre los comerciantes franceses en el puerto de Veracruz, véase: Gerardo Manuel Medina Reyes. *Venidos de allende del Atlántico. Inmigrantes franceses en Veracruz, 1821-1861*. Tesis de Maestría en Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014: 97, 227 [N. del E.].

¹⁶ Francis Lavallée, vicecónsul de Francia en Veracruz de marzo de 1848 a 1852. Anteriormente había cubierto el mismo cargo en La Habana, Cuba, a partir de enero de 1846, aunque residía en la isla desde 1820 [N. del E.].

¹⁷ Guillaume Adoue, nacido en Pau, Pirineos Atlánticos. Llegó a México en 1824, junto con su hermano, Jean-Baptiste, fundó la sociedad mercantil Adoue Hermanos. La empresa cubría funciones en el puerto de Veracruz y la ciudad de México, era experta en asuntos mercantiles y en empréstitos. Jean Garruste, junto con algunos compatriotas formó la sociedad Juan Garruste y Compañía, la cual más tarde cambió a Juan Garruste, Labadie y Compañía, al igual que la primera cubría funciones tanto en Veracruz como en la ciudad de México. En 1833 fue cónsul interino de Francia en el puerto, en 1848 se casó con su compatriota Angèle Desgarenes. Véase: Gerardo Manuel Medina Reyes, *op. cit.*: 52, 232-249 [N. del E.].

¹⁸ En español en el texto original [N. del T.].

donde se encontraban sus oficinas y gran parte de su mercancía; el mejor motivo para haber elegido este sitio es que se trata del único lugar en toda la casa donde se puede hallar un poco de frescor.

Al despedirme de los señores y aunque el calor fuese horrible, no pude resistir el deseo de pasear por la ciudad. Las calles de Veracruz están alineadas a cordel; todas las casas tienen azotea y en cada ventana del medio un pesado balcón de madera enlucida, con una cortina ancha de tela extendida de manera oblicua. En esos balcones vienen a airearse las damas mexicanas. Se las puede ver ahí, a cualquier hora del día, peinándose, arreglándose el cabello, fumando y mirando perezosamente a los transeúntes, con el rostro parcialmente disimulado detrás de un gran abanico. Las veredas, construidas con piedras madreporicas, son bastante anchas pero se ven muy descuidadas. Todo el día se ven dormir ahí, bajo los rayos de un sol feroz, a hombres del pueblo pertenecientes a todas las razas americanas, cuya tez varía entre el ocre y el ébano. No hay muchos negros de pura sangre en Veracruz; esto se debe, sin duda, a la abolición de la esclavitud en México. Todos los cargamentos provenientes de la costa africana se dirigen hacia la isla de Cuba o hacia algunos lugares de la Unión Americana, paraje donde el negro de buena salud sigue valiendo poco más que un buey y poco menos que un caballo inglés.

Entre los edificios más destacados de Veracruz cabe destacar la catedral, más parecida a una mezquita y menos a un templo cristiano. En casi todas las construcciones españolas prevalece el estilo mudéjar, con un resultado afortunado. No hay nada más estético que esas cúpulas rodeadas de balaustradas recortadas en forma de trébol, esas pequeñas y ligeras columnas sosteniendo pesados soportales o rodeando altas ventanas ojivales; nada encanta más la mirada que esas cornisas donde la fantasía del escultor cinceló todo un mundo de seres fantásticos, y no se cansa uno de admirar magníficos rosetones y esbeltos balcones trabajados como encaje. Me gusta la ornamentación árabe porque es luminosa, llena de vida y de expresión. La poesía de un pueblo privilegiado parece escribirse ahí con páginas imborrables.

Después de la catedral viene el palacio de gobierno. Aquel lugar es muy elegante: en un jardín sería un pabellón chino; a orillas del Bósforo, un quiosco; en París, un establecimiento de aguas y baños; en Veracruz representa todo aquello que debe representar. Desde el palacio del

gobierno me fui hasta la *Plaza*.¹⁹ La *Plaza* o mercado es un gran edificio cuadrado construido alrededor de una explanada en medio de la cual se eleva una pequeña fuente. Ahí es donde los indios de los pueblos vecinos traen sus gallinas y verduras y donde los marineros de la costa vienen a vender su excelente pescado.

Muchas calles se ven atestadas de balas de cañón y esquirlas de artefactos explosivos, pero nadie piensa en retirarlas. Uno diría que los mexicanos se pretenden mostrar frente a los europeos como gente aguerrida y un bombardeo a la ciudad no es algo suficiente para conmoverlos demasiado.

Ya hablé de la prodigiosa cantidad de *zopilotes* existente en Veracruz. Esos horribles pájaros son muy familiares; difícilmente se apartan para dejarnos pasar. Caminan cojeando y volteando la cabeza, emitiendo una especie de cloqueo particular. Se les trata con cierta condescendencia. Se volvieron los barrenderos de la ciudad y el gobernador, para demostrarles su gratitud, los protege con edictos y castiga con una multa de veinticinco piastras²⁰ a quienes por curiosidad maten a uno para estudiarlo.

Lo más sorprendente de mis recorridos por la ciudad era el semblante enfermizo de sus habitantes. En Veracruz sólo los indios gozan de buena salud. Todos los europeos y hasta muchos mexicanos del interior tienen el rostro lívido y un andar lento como el de los convalecientes. Todos los franceses que conocí me parecieron personas ya muertas, que han regresado para morir por segunda vez.

El clima del país es espantoso. Mata como un veneno de los Borgia. Jamás sentí un calor tan sofocante ni respiré un aire tan caliente y tan maligno como el de esa playa horrible. En Veracruz nada resiste al clima. Los hierros terminan carcomidos en dos años. He visto barrotes de ventanas, en hierro grueso, corroídos como si hubiesen sido calcinados. El aire apestado de este país lo destruye todo, hombres, vegetales y metales.

Cansado, no sin razón, por un recorrido de varias horas por el pavimento de Veracruz, me dirigí hacia el puerto para poder ubicar mi hotel con más facilidad. Mi ropa estaba empapada en sudor, tenía la frente chorreando y los ojos inyectados de sangre. Al regresar a casa, me encontré con el señor Galice, el mayor, quien me dijo:

¹⁹ En español en el texto original [N. del T.].

²⁰ Una piastra era equivalente al peso de plata de ocho reales [N. del E.].

—Si usted sigue paseando de este modo en pleno día por las calles de esta horrenda ciudad, debo advertirle, señor, que no seguirá siendo mi huésped por demasiado tiempo.

Tomé un baño y me acosté. Mi paseo me había enfermado.

IV

La sociedad mexicana

Recibí muchas visitas durante mis días de reposo. El señor Darvis, mi buen y amable capitán, venía todas las noches a hacerme compañía y el señor Caraman, mi compañero de viaje, se instaló junto a mí, en calidad de enfermero y de inteligente secretario.²¹ El señor Francis Lavallée, gerente del consulado de Francia en Veracruz, tuvo la bondad de dedicarme todo su tiempo libre, y debo a su complacencia muchos datos útiles que mi corta estancia en Veracruz no me hubiese permitido recolectar. El honorable francés se quejaba mucho del elevado costo de las cosas en el país. Había vivido mucho tiempo en La Habana y consideraba de mejor calidad la vida en aquella ciudad con su modesto sueldo de canciller, que en Veracruz con su sueldo de gerente.

—Aquí —me decía riendo—, todo es excesivamente costoso: una col cuesta tres reales, y con un real tan sólo se consiguen dos cebollas.

Estos detalles rutinarios eran rigurosamente ciertos. El señor Lavallée tenía una familia a cargo y, para vivir decentemente, debió someterse a muchas privaciones. La situación de casi todos los agentes de Francia en el extranjero siempre es muy precaria. Nuestros diputados no han viajado mucho y son muy parsimoniosos cuando se trata de sufragar los gastos de representación del país en el extranjero. Cometen el error de fijar el sueldo de los agentes en función del precio de las cosas en Francia. Podría profundizar

²¹ Caraman partió a México con una pequeña bolsa de dinero que el capitán y yo le habíamos preparado. Recibí una carta suya en Guatemala, fechada en San Francisco. En ella me hacía una descripción aterradora de aquella extraña ciudad.

El señor Caraman empezaba a perder sus ilusiones de riqueza. ¡Ojalá haya tenido la dicha de volver a Francia! [N. del A.].

mucho más en esta grave cuestión de la remuneración de nuestros cónsules en el extranjero y aportar pruebas, con cifras, de la imposibilidad en la que se encuentran de vivir de su sueldo; pero no es éste el lugar para sermonear a nuestros ahorrativos diputados. Nuestros cónsules, en su gran mayoría, viven con pocos recursos y no se tienen suficientemente en cuenta los esfuerzos realizados para ocultar esa realidad a los ojos de los extranjeros.²² Son pobres, pero gozan en todas partes de una consideración más que merecida, envidiada a menudo por los agentes de otros países.

Cuando pude salir, fui introducido con algunos ricos negociantes del país. El gran comercio está casi exclusivamente en manos de los europeos. Los mexicanos, muy perezosos por naturaleza y también muy poco capaces de iniciar grandes negocios, dejan al cuidado de los extranjeros la tarea de proveerles de todos los objetos necesarios a su ostentosa y frívola existencia, y la mayor parte lo único capaces de hacer es criticarlos y tenerles envidia si han tenido la dicha de hacer una fortuna. No se entiende bien, en Europa, el grado de coraje, de inteligencia, de perseverancia que debe tener un negociante para lograr el éxito en un país donde la ley existe sólo en el papel, con un gobierno que parece no saber usarla sino para entorpecer el comercio y para ofender, extorsionar y desangrar a los audaces hombres dedicados a esa actividad. Los archivos de nuestra legación en México están llenos de reclamaciones de franceses residentes en México. En algunas ocasiones, el gobierno impone a una familia una contribución de guerra, cuya cifra se decide siempre de forma arbitraria; otras veces un corregidor cierra el camino hasta recibir un regalo por parte del negociante; o llega un jefe de ladrones y secuestra un convoy entero de mercancías; o hay un director de aduanas que infla sus tarifas o desautoriza todo el cargamento de un buque. El negociante es engañado y, haga lo que haga, siempre debe dejar una parte de su ganancia a la improbidad mexicana.

La sociedad de Veracruz es bastante reducida. Sólo se reside en la ciudad para hacer una fortuna. En cuanto alguien consigue amasar unas veinte mil piastras, se pone en camino hacia Jalapa, ciudad muy fresca, muy salubre y a donde jamás ha llegado la fiebre amarilla. Ésta, el terror de los extranjeros, es una enfermedad menos terrible de lo que se dice, si lo afirmado por los

²² Francia puede sentirse orgullosa de sus representantes en el extranjero. Instruidos, trabajadores, pacientes, sirven al país con esmero, sacrificando casi siempre su fortuna personal para honrar su posición [N. del A.].

indígenas es veraz. Según ellos, en cuanto se sienten los primeros síntomas, es preciso acostarse, armarse de valor y de paciencia y, antes de mandar buscar un médico, tomar un litro de aceite de oliva mezclado con jugo de limón y unos puñados de sal de cocina. Esta enfermedad no es, según los nativos, *más peligrosa comparada con las fuertes fiebres tifoideas*. Debo agregar, para ser justo con esta plaga, que no siempre mata. He conocido a varios franceses con este padecimiento y no fallecieron.

En un salón de Veracruz, todas las damas fuman cigarrillos, conversan y se abanicán. El lujo no existe; el calor proscribió cualquier amueblamiento que pueda obstaculizar la circulación del aire. Las damas mexicanas tocan casi todas, y muy bien, la guitarra. Ese instrumento insípido suple en casi todas partes al piano, no es un instrumento mejor, pero hace más ruido.

Fui conducido al baile en casa de una de las celebridades financieras del país. No me produjo ninguna satisfacción. Era una triste copia de nuestras fiestas parisinas, sin el encantador brío ni la graciosa amabilidad de las damas de mi país. Las mexicanas son, sin embargo, muy bonitas. Tienen todas unos pies pequeños y encantadores, para los cuales el zapatito de Cenicienta sería demasiado grande; tienen una mirada dulce como el terciopelo, unos labios frescos y colorados como la flor del granado; cabello largo, sedoso y negro como el azabache; una cintura admirable; pero (¿acaso no hay siempre un pero?) a todos estos atributos, a todos estos encantos detallados fríamente, les falta ese no sé qué, el complemento o más bien el resplandor de la belleza.

En la alta sociedad mexicana no se encuentra nada nacional. Hombres y mujeres, todos quieren parecer europeos. Es el defecto de todos los semicivilizados, el querer imitarnos burdamente. No se dan cuenta de que, al hacerlo, borran en ellos la gracia natural y sólo imitan nuestro lado ridículo. Hay salones en los que el *estilo inglés* está de moda. El amo de la casa se presenta vestido como John Bull, y se esfuerza en deformar su propia lengua para imitar mejor el acento británico. En otros, se quiere ser *francés*. Habitualmente, la dama es la encargada de desempeñar tan difícil papel. Su vestido es una copia de las virtudes de la *rue* de Bréda,²³ y su conversación está adornada de despropósitos y de retruécanos.²⁴

²³ Calle parisina, famosa en aquella época por sus talleres de artistas y sus prostitutas (*lorettes*). Actualmente se llama Henri-Mornier [N. del E.].

²⁴ Los viajantes le hacen un daño considerable a nuestro país. Se imaginan en el

Un baile en Veracruz es, lo repito, un divertimento sumamente fastidioso. En primer lugar, hace demasiado calor para bailar; en segundo lugar, es poco agradable ver chorrear el sudor sobre la frente y el pecho de las bailarinas. Los hombres muestran poco entusiasmo por el baile; dejan, sin piedad, aburrirse a sus damas sentadas en sus sillas, mientras ellos se dedican a su infernal amor por el juego. No es raro ver, sentados en una mesa, en un rincón del salón, a dos hombres empedernidos jugándose en una carta toda su fortuna. Primero se juega lo que se lleva en la bolsa, luego siguen las apuestas empeñando la palabra, vaciando de ese modo la caja; luego le toca su oportunidad al negocio; y cuando ya se ha perdido todo lo contenido en él, se apuesta el cargamento del buque que está por llegar. Para muchos mexicanos, el juego es realmente una industria. He conocido a un *arriero*²⁵ que había perdido cien mil piastras jugando al *monte*.²⁶ Un negociante de Veracruz apostó una noche su casa, tras perderla apostó a su mujer, a la cual conservó, pues es cierto que hay en el juego malas rachas interminables. Ni tan siquiera los curas se libran de tan horrible pasión. No es extraño encontrarlos en cualquier casa donde el juego es la actividad principal. La gente del pueblo no es más razonable, y aunque apuesten sumas más modestas a las de los negociantes, no son menos apasionados por el *monte*. Frecuentemente entre ellos, el cuchillo pone fin a las peleas generadas alrededor del tapete verde del *estanco*²⁷ y, más de una vez, un real en disputa ha servido de pretexto para asesinar a uno de los jugadores.

Regresé muy disgustado de mi velada y muy decepcionado por las observaciones hechas durante el transcurso.

Al día siguiente, el señor Delpont,²⁸ un francés establecido en Veracruz desde hacía varios años, perfecto conocedor de toda la República, vino a verme y me propuso conducirme a un baile ofrecido por uno de sus empleados en honor a la boda de su hijo.

extranjero que su burdo ingenio es el ingenio de todos los franceses, he aquí una gran desdicha para los viajeros que no son viajantes [N. del A.].

²⁵ En español en el texto original [N. del T.].

²⁶ Juego de naipes de origen español. En español en el texto original [N. del T.].

²⁷ En español en el texto original [N. del T.].

²⁸ No ha sido posible encontrar datos sobre este comerciante francés, aunque se deduce que se estableció en la ciudad-puerto de Veracruz desde la década de 1830 [N. del E.].

—Le aseguro —le dije—, que no estoy de buen ánimo para ir a un baile hoy.

—¡Bah! —me contestó—, el baile a donde quiero llevarlo no se parecerá en nada al de ayer.

—Entonces iré —dije con indiferencia.

—Bien, pasará a buscarlo a las ocho.

—Me vestiré a las siete y media para no hacerlo esperar.

—Mejor no se moleste en vestirse. Al lugar donde vamos, no se apreciarían demasiado sus guantes claros y su traje negro. Póngase un chaqué de tela y deje en sus baúles sus bonitas corbatas parisinas.

—¿Pero a dónde diablos pretende llevarme?

—A un mundo muy correcto, en el seno de una de las familias más honorables del país.

—¿En serio?

—¡Claro que sí!

—¡Adiós pues! Me encontrará aquí a las ocho con la vestimenta indicada.

El señor Delpont se fue riendo y prometiéndome una velada muy placentera.

...Llegó a la hora acordada.

—Venga —me dijo—, tenemos cinco minutos de retraso y no debemos hacer esperar a los novios.

Pronto llegamos al frente de una pobre casa edificada al final de una oscura calle del puerto. Algunas virutas de abeto ardían frente a la entrada, en señal de alegría, y el ruido de varias guitarras, chirriando bajo los dedos de indios medio desnudos, retumbaba en las ventanas del primer piso. Tras una señal del señor Delpont, la puerta de la casa se abrió y encontramos sobre el primer escalón a dos niños sosteniendo una bandeja de plata sobre la cual había un pastel, una botella y un vaso. Ella tendría entre diez y doce años, y él, catorce o quince. Delpont besó a la niña, tomó el vaso lleno que ella le tendía, lo vació, y le dijo un cumplido que no logré escuchar. Luego me tocó a mí beber y besar a la joven, rápidamente. El señor Delpont le dijo otro cumplido de mi parte y, al terminar, subimos las escaleras precedidos por los dos niños.

En un largo salón lleno de flores se hallaban, alineadas contra las paredes, unas cincuenta personas de ambos sexos. Los hombres vestían solamente una camisa ancha y un pantalón de calicó blanco; calzaban

zapatos de piel de venado y usaban sombrero de fieltro y borde amplio. Las mujeres iban vestidas como muñecas: su vestimenta, muy original, se componía de una camisa transparente, adornada con encaje sobre el pecho y bordada con seda de colores; unas enaguas con grandes volantes, muy apretadas de la cintura, cubrían sus piernas hasta los pies, calzados de finos zapatos de satén blanco o rosado. Toda esta sociedad pertenecía a la casta de los *ladinos*.²⁹

El señor Delpont distribuyó cigarrillos a todo el mundo; un anciano, quien parecía ser el amo de la casa, ordenó a los músicos tocar una contradanza y el baile comenzó.

Me acerqué al señor Delpont y le pregunté cuál de las damas era la novia.

—Pero —dijo—, ya lo sabe, pues usted la besó.

—¡Cómo! —exclamé—, ¿esos dos niños que nos recibieron son los novios?

—Ciertamente.

—¿Pero qué edad tiene la niña?

—Once años.

—¿Y su... marido?

—Catorce.

—¿Y a esa edad se casan en este país?

—Sí, por lo general, los de esta casta.

—Pero el marido y la mujer son niños. Véalos: la *mujer* come dulces y juega con una muñeca y el *marido* se divierte contando las monedas de plata cosidas a sus pantalones. ¡Esta boda es una cosa abominable!

—Es posible.

—¿Y cuál es la razón que fuerza a los padres a casar a sus hijos tan jóvenes?

—No creo que encuentren una mejor razón que el placer de dar una fiesta. De hecho los curas están aquí presionándolos para deshacerse de sus hijos, y la oportunidad de divertirse ofrecida por una boda siempre se aprovecha con agasajo.

²⁹ En español en el texto original [N. del T.].

Sinónimo de mestizos en el siglo XIX, sobre todo en Guatemala [N. del E.].

Nuestra conversación fue interrumpida por un ruido de voces al fondo del salón. Dos *mozos*³⁰ declamaban versos improvisados en honor de los jóvenes esposos, y todo el mundo los escuchaba encantado.

Los bailes mexicanos no tienen mucha gracia. Los hombres rodean a las bailarinas dando saltitos y ellas pisotean muy rápidamente sus faralás.³¹ Había algunos bonitos rostros de mujer en ese baile. La *ladina*,³² aunque muy morena, no está desprovista de belleza. Su cintura es esbelta, tiene bellos dientes blancos, grandes ojos negros, pequeños pies, más aptos para el baile que para la marcha, los cuales todas las damas de esta clase calzan cuidadosamente con zapatitos de satén. El hombre es generalmente menos atractivo en comparación con la mujer. De baja estatura; su cabello es negro, espeso, duro; sus labios son gruesos; su piel del color del cacao. La mezcla entre blanco e indio forma lo considerado como una raza *ladina*; la mezcla entre negro e indio produce la raza *zamba*,³³ la más repugnante de todas las razas humanas.

La estrechez del apartamento en el cual nos encontrábamos, la falta de aire, el olor del sudor asfixiante, el humo de los cigarrillos, de los cirios resinosos, el alboroto infernal de la orquesta discordante, todo esto sumado a las tristes reflexiones inspiradas por esta boda nos forzó, al señor Delpont y a mí, a abandonar el baile, dando por hecho que nuestra presencia era para los invitados motivo de molestia y de decoro forzado. Me despedí de los padres, creo haber besado de nuevo a la novia y, tras desearles mucha felicidad a ella y a su esposo, salí.

No me había divertido más en ese baile de *ladinos* que en el de la noche anterior en casa de uno de los magnates del país. Esos niños recién casados me habían entristecido.

³⁰ En español en el texto original [N. del T.].

³¹ Listones [N. del T.].

³² En español en el texto original [N. del T.].

³³ En español en el texto original [N. del T.].

V

Los alrededores de Veracruz

El Día de Todos los Santos es en Veracruz, como el día del Año Nuevo para nosotros, la fiesta de los aguinaldos. En esa fecha se distribuyen caramelos y juguetes a todos los ahijados y a todas las primitas que uno pueda tener. En la *Plaza*³⁴ se abigarran carpas, tiendas, tenderetes llenos a rebosar de caramelos, pastelillos, dulces y juguetes. Al atardecer, hombres y mujeres, ciudadanos y *léperos*³⁵ (gente del pueblo), todas las clases y todas las edades se mezclan y se confunden para tocar el silbato. Los ladrones, muy numerosos en México, sacan un gran provecho del alboroto general.

El cónsul de los Estados Unidos, el señor Pommarès,³⁶ vino con el señor Delpont y me invitó a dar un paseo a caballo alrededor de la ciudad; acepté con alegría su amable invitación. El señor Pommarès es francés; es un joven muy instruido y con una generosidad sin límites. Le ha hecho muchos favores a sus compatriotas y ha tenido el placer de no encontrarse con ningún ingrato. Todos los franceses que he conocido en Veracruz han alabado siempre el carácter noble y caballeresco del señor Pommarès, y yo mismo he podido apreciar en varias ocasiones el mérito de ese excelente hombre.

Delante de la puerta del hotel, unos *mozos* sujetaban tres magníficos caballos mexicanos. El caballo mexicano es, por lo general, pequeño, de

³⁴ En español en el texto original [N. del T.].

³⁵ El autor utiliza en español y en cursiva la palabra “lépero”, aparentemente sin darle el significado habitual de “soez, ordinario, poco decente” [N. del T.].

³⁶ Jean-Marie Pommarès, nació en Camblong, Pirineos Atlánticos. Fue negociante de profesión [N. del E.].

pecho ancho, patas finas y nerviosas y ojo en llamas. Tiene algún parecido con el caballo árabe y, sin embargo, su estructura es esencialmente diferente. Es más corto, más metido en carnes y no tiene la particular nobleza de los caballos de la llanura de la Mitidja.³⁷ Lo alimentan con maíz, con *alfarfa*³⁸ y algunas veces también con paja picada y mojada con agua de salvado. El precio de un hermoso caballo en México varía entre 800 y 1000 piastras. Hay mulas de silla que no se venden más baratas.

Cruzamos al paso la calle principal de la ciudad molestando a los *zopilotes* y a los indios, unos y otros nos maldecían. Salimos por la puerta de *Tampico* y el señor Pommarès, al ver que quería lanzar mi caballo, me rogó esperar a pasar la vía del ferrocarril para hacerlo.

—¿Hay aquí un ferrocarril? —pregunté con asombro.

—Ahora lo verá —me contestó con seriedad.

Llegamos pronto ante una calzada cubierta con rieles de mala calidad, mal ajustados y rotos.

—¡Y bien! ¿Qué le parece? —dijo el señor Pommarès—. Ustedes los recién llegados nos toman un poco por salvajes y, sin embargo, puede observar que los seguimos muy de cerca en cuanto a civilización y progreso se refiere...

—Si con este ferrocarril pretende usted alcanzarnos —le contesté riendo—, es posible, querido compatriota, verlo reunido con nosotros sólo en el otro mundo. ¡Vamos! —añadí, bromas aparte...—, ¿es esto un ferrocarril... mexicano?

—¡Pues sí! Ya ha costado cuatro o cinco millones de piastras, sin poder extenderse más allá de dos o tres kilómetros. Para construir un ferrocarril desde aquí hasta México haría falta una eternidad, y todas las minas de oro y de plata de las Américas no bastarían para pagarlo. Usted no tiene idea de lo difícil que resulta aceptar algo nuevo aquí. Le falta dinero al gobierno, pues sólo dispone de los recursos del producto de sus aduanas; los capitalistas de este país carecen de confianza y patriotismo para emprender grandes proyectos; el pueblo es estúpido y perezoso, además le tiene horror a los inventos europeos. Los indios y los *ladinos* se creerían arruinados y perdidos si viesen un convoy cruzar el país, y para oponerse a la realización de lo considerado por ellos como una señal del

³⁷ Llanura situada en el interior de Argelia [N. del E.].

³⁸ En español en el texto original (variante popular del término alfalfa) [N. del T.].

fin del mundo, para combatir el *monstruo* (así es como llaman a una locomotora), no dudarían en desbaratar su país y echar abajo cualquier régimen con intenciones de favorecer tan infernal empresa. El engendro que está observando ya ha provocado dos o tres *pronunciamientos*³⁹ y ha desbancado a dos o tres presidentes.

Bordeamos unos instantes el ferrocarril, y mientras platicábamos nos adentramos en el campo. Es imposible ver un árbol en este lugar: algunos vegetales enanos como nopales, áloes, cardos espinosos y algunos setos de volúbilis de todos los colores son los únicos arbustos capaces de crecer alrededor de la ciudad. El soplo mortal del viento del norte no deja elevarse ningún árbol a más de dos metros de altura.

Recorrimos al galope todo el campamento de los americanos. El lugar ocupado por ellos aún estaba cubierto por balas de cañón, piquetes de carpas, restos de arneses, esquirlas de obuses, etcétera. Caballos muertos yacen abandonados en ese lugar, sin que nadie piense en despojarlos. Se cuenta con el apetito de los *zopilotes* para hacer desaparecer los cadáveres, pero éstos complacientes barrenderos no siempre se imponen la obligación de devorarlos todos. Es como si se empeñasen en dejar una parte en el suelo para apestar el aire y no quitarle al clima de Veracruz su detestable reputación.

Regresamos al paso por el *Paseo público*.⁴⁰ Es sencillamente una alameda pavimentada con asfalto y con bancos de piedra de cada lado. Unas cuantas tristes acacias, desmedradas y moribundas, hacen su mejor esfuerzo para ofrecer al paseante algo de sombra y de frescor. Al final de ese *Paseo* se concentran unas chozas, indios bailando, unas pobres vaquerías y unas *carnicerías*,⁴¹ de cuyas puertas cuelgan como festones rojos toda clase de carnes cortadas en tiras y secadas al sol. Todo esto compone una especie de pueblito, separado del *Paseo* por un pequeño puente sobre un charco de agua podrida, y dominado por una mísera iglesia, medio arruinada por los cañones norteamericanos.

Luego pasamos delante del *camposanto*.⁴² El cementerio está rodeado por una muralla pintada de blanco y negro. Una pequeña capilla de arquitectura mudéjar se eleva en el centro y una gran cantidad de

³⁹ En español en el texto original [N. del T.].

⁴⁰ En español en el texto original [N. del T.].

⁴¹ En español en el texto original [N. del T.].

⁴² En español en el texto original [N. del T.].

sepulcros dorados y pintarrajeados la rodean por todos lados. En el camino nos encontramos con varias mujeres jóvenes, sobre sus cabezas ellas llevaban niños fallecidos cuidadosamente acostados en una cesta y adornados con flores y cintas. Los niños, a quienes se hubiera podido confundir con figuras de cera, iban a ser sepultados por sus madres. No había ningún sacerdote para rezar. En toda la América española los sacerdotes son siempre negociantes, venden sus oraciones y el agua bendita como se vende madapolán y vino; no saben rezar a crédito.

Me aseguraron que muchas mujeres del pueblo abortan o ahoga a sus recién nacidos. En México no se tienen en cuenta esos accidentes y el gobierno nunca pensó en abrir, en los pueblos y en las ciudades, registros donde los nacimientos y las defunciones deben ser registrados por las autoridades civiles.

Me acompañaron de vuelta al hotel.

Al día siguiente, los señores Delpont, Roland,⁴³ Perret⁴⁴ y otros franceses residentes en Veracruz vinieron a buscarme para dar un paseo por la *Boca del Río*, un pequeño pueblo indio edificado sobre la orilla derecha del río Medellín y distante de unas cinco o seis leguas de Veracruz. Tras hacer provisión de víveres en el hotel, nos fuimos en un pesado carruaje enganchado a cuatro vigorosos caballos andaluces. El señor Delpont nos acompañaba a caballo. Salimos por la puerta de la Merced y bordeamos el mar durante tres cuartos de hora. Sobre esa horrible playa se puede apreciar la violencia del viento del norte: bergantines, goletas y barcos con tres mástiles permanecen varados a unos quinientos pasos de distancia unos de otros. Cuando el viento del norte sopla con fuerza, los capitanes no tienen mejor alternativa que la de estrellarse contra la costa. Es el único recurso a su alcance para salvar a sus tripulaciones. Entre la ciudad de Veracruz y la *Boca del Río* se pueden contar por lo menos cien barcos encallados.

El camino, fácil en un principio, empezó a ser menos llano y pronto se tornó infranqueable. El mar subía, subía rápidamente, y para huir de él debíamos escalar enormes bancos de madréporas con nuestro carruaje y sus cuatro caballos, y dadas las circunstancias eran suficientes a duras

⁴³ Tampoco ha sido posible encontrar datos sobre Roland [N. del E.].

⁴⁴ Victor Perret, originario de Besançon, Doubs. Dueño en Veracruz del almacén Victor Perret & Cia, activo desde 1840 y especializado en géneros. Perret fue también apoderado general de Leverger Hermanos. Gerardo Manuel Medina Reyes, *op. cit.*: 224 y 250 [N. del E.].

penas para arrastrarnos. El cochero, al ver el agua llegar al pecho de los caballos, tomó una decisión desesperada, y azotando a derecha e izquierda, lanzó el vehículo sobre las rocas. Resulta imposible narrar el efecto producido por tan peligrosa ascensión totalmente imprevista. Estábamos encomendando nuestras almas a todos los horribles dioses de México cuando nuestros caballos, chorreando sudor, espantados y muy sorprendidos por lo que se les había exigido, volvieron a pisar la arena fina y dulce. El señor Delpont nos seguía con la mirada, nos alcanzó estremecido y pálido, exagerando bajo el efecto de la emoción los peligros de los cuales acabábamos de librarnos. Jamás habría pensado en la posibilidad de naufragar en un carruaje.

Finalmente, dejamos atrás la isla de los *Sacrificios* por buen camino y al cabo de una hora al trote llegamos a la *Boca del Río*.

Ese pueblito encantador se ha edificado sobre una pequeña meseta arbolada, a la derecha del hermoso río de Medellín. Todas sus casas han sido construidas con juncos, cañas o briznas de caña de azúcar, con el fin de dejar penetrar fácilmente el aire y el frescor; el techo en forma de V invertida se arma con hojas de palmera y de plátano. Una pequeña iglesia, mudéjar como las demás, se erige en medio de un cementerio alegre y florido, protegido por un muro blanqueado con cal: es un pueblo muy pintoresco.

Llevamos nuestras cestas y nuestras botellas bajo el pasillo de la *posada*⁴⁵ y mientras preparaban el almuerzo, estuvimos paseando con el señor Delpont en torno a las chozas. Bajo el pretexto bastante entrometido de conseguir fuego para encender nuestros cigarros, entrábamos en las casas. Delpont, muy versado en la lengua del Quijote, felicitaba a los habitantes, mientras yo me divertía, a falta de otra cosa, inventariando el mobiliario: un espejo, una imagen de la Virgen, unas medicinas en frascos, una estera de junco para dormir, una hamaca y unos escabeles de madera de cedro eran los muebles que se hallaban en casi todas las casas donde entrábamos. Los indios siempre nos recibían con grandes agasajos; sus mujeres se reían en mi cara cada vez que hacía el intento de chapurrear su idioma, pero recuperaban súbitamente la seriedad al ver el trato deferente de sus maridos. La vestimenta de esa buena gente es muy sencilla: un pantalón de algodón blanco, una camisa almidonada, un cinturón de crespón rojo,

⁴⁵ En español en el texto original [N. del T.].

un sombrero de paja, ¡eso es todo para los hombres!; una camisa adornada con encajes, unas enaguas de tela de algodón, ¡eso es todo para las mujeres! Ellas no llevan ningún peinado; su cabello está arreglado en trenzas y enroscado con una cinta de colores alrededor de la cabeza. Los hombres, las mujeres y los niños siempre están con el cigarrillo en la boca.

Dimos la vuelta al pueblo y nos adentramos en el bosquecillo que lo rodea. Ahí vi, por primera vez y con esa alegría tan propia del recién llegado, pájaros mosca vivos. Aleteaban y chirriaban las lindas avecillas, y mis ojos maravillados las seguían de hoja en hoja, de flor en flor. El señor Roland me invitó a regresar y tuvimos que volver al lugar del almuerzo; pero al llegar a la *posada* todos hicieron énfasis en la necesidad, para aumentar nuestro apetito, de dar un paseo por el río. Llamamos a unos indios, tomamos una piragua y con unos músicos del pueblo subimos a una atrayente embarcación hecha con un solo tronco de cedro.

El río Medellín es admirable: sus verdes y florecidas orillas son un alivio frente a la horrenda sequía de la ciudad. Resulta incómodo que estén invadidas por un gran número de caimanes. Sobre pequeños islotes verdes elevados sobre el agua, se ven unos pájaros encantadores, pertenecen a la familia de las aves zancudas, la gente del país los llama *garzas*;⁴⁶ papagayos, pájaros de todas las formas y de todos los colores pasaban silbando por encima de nuestras cabezas, y admirables mariposas, anchas como las dos manos, con alas de oro y fuego, se posaban a veces como una rica y deslumbrante escarapela sobre los sombreros de los barqueros.

Sin embargo, nuestros dos músicos hacían chirriar sus viejas guitarras y cantaban versos indios con una voz temblorosa y gutural que me causaba un profundo fastidio. Nuestros amigos cantaban también, pero eran las canciones de Béranger⁴⁷ y de Alfredo de Musset.

Al cabo de una hora, llegamos por la orilla izquierda del río al pie de un ingenio azucarero perteneciente a un español residente en Veracruz. El establecimiento, edificado sobre una altura y de estilo medio europeo y medio asiático, rodeado de cañaverales y sombreado con árboles de todas las especies, ofrece el aspecto de una estancia deliciosa. Curiosos como los franceses, por no decir como los ingleses, todavía peores a nosotros en sus ansias por verlo todo y en su insolente indiscreción, entramos en

⁴⁶ En español en el texto original [N. del T.].

⁴⁷ Pierre-Jean Béranger, poeta francés, autor de canciones del siglo XIX [N. del E.].

el ingenio azucarero; visitamos las bodegas, los destiladores, las prensas, y tras haberlo visto todo, nos introdujeron en un salón con vista sobre el río. El capataz nos ofreció *aguardiente* de caña, un licor repugnante con sabor a ginebra que les encanta a los indios. Nuestros músicos tocaron la guitarra, y pronto todos los *mozos* de la hacienda se pusieron a ejecutar danzas furibundas.

Como ya he mencionado, la esclavitud no existía en México. Los indios que trabajan en las propiedades son libres pero su libertad, sin embargo, no es tan completa como uno podría suponerlo. Ninguna familia de indios viviendo en una propiedad puede librarse de efectuar para sus amos cierta cantidad de jornadas de trabajo. El capataz tiene la facultad de imponer a cualquier indio el trabajo que se le antoje y no duda en infligir un castigo a quienes no satisfagan las exigencias de su déspota. He visto en varias *haciendas*⁴⁸ un extraño instrumento de suplicio. Se compone de un madero muy grueso y muy pesado partido por la mitad. Las dos piezas unidas y apretadas con clavijas forman en el medio tres agujeros en los cuales se aseguran la garganta y las manos del infeliz culpable de haber desatado la ira del capataz. Ese horrible instrumento de tortura se llama el *cepo*.⁴⁹

Salimos del ingenio azucarero y volvimos a bajar el río. Nuestro almuerzo estaba listo y todos pudimos disfrutarlo.

⁴⁸ En español en el texto original [N. del T.].

⁴⁹ En español en el texto original [N. del T.].

VI

El castillo de Ulúa. El norte. El señor Levasseur. Los toros. Los ladrones.

El señor Manuel Robles,⁵⁰ gobernador militar de Veracruz, me había concedido el permiso para visitar la fortaleza de Ulúa. Tomé un barco para trasladarme hasta allí con unas cuantas personas.

...La fortaleza de Ulúa, considerada inexpugnable durante un largo tiempo, da sobre el mar por los cuatro costados. Bien abastecida y bien defendida, podría resistir los innumerables asaltos de una escuadra. Dispone de polvorines fuera del alcance de las bombas, arsenales, amplios espacios cuadrados para la maniobra y el uso de las piezas. Desgraciadamente, se halla en un estado de conservación deplorable: resulta imposible describir la suciedad de su faro; sus escaleras, totalmente obstruidas por inmundicias, son oscuras y apestan. Viendo la fortaleza de Ulúa se puede apreciar el grado de apatía y de imprevisión de los mexicanos. No tienen más puerto que el de Veracruz, pues los del Pacífico son poco visitados por los barcos europeos. Veracruz resulta ser el verdadero almacén de México, la fuente de su riqueza, su única plaza bélica del lado del mar y, sin embargo, no hacen nada para conservarla. Sería tan poco lo que debería hacerse: Veracruz se protege ya muy bien con su mar deleznable, sus arrecifes y su espantoso *vómito negro*.⁵¹

Al salir del castillo de Ulúa, acudimos a bordo de un buque francés donde nos esperaban para el almuerzo. Nuestro almuerzo duró tres días. El viento del norte soplabla toda su rabia sobre la rada y se nos hizo

⁵⁰ Manuel Robles Pezuela, militar de carrera, participó en la guerra contra Estados Unidos entre 1846 y 1848. Fue presidente interino de México de 1858 a 1859 [N. del E.].

⁵¹ En español en el texto original [N. del T.].

imposible volver a tierra. Nuestro capitán echó anclas, fijó fuertes rezones sobre varios salvavidas y gracias a tan sabias precauciones pudimos considerarnos un poco en seguridad. Los pequeños buques amarrados alrededor de nosotros no tardaron en desanclar, contamos hasta seis que fueron arrastrados hacia la costa. Al tercer día, el viento decayó un poco y resolvimos afrontar el fuerte y persistente oleaje para volver a la ciudad. Al tocar el embarcadero, dos de nuestros marineros cayeron al agua; pero pudimos fácilmente ayudarlos a subir de nuevo. Pisamos tierra sin más accidentes.

En el transcurso del día, el buque correo inglés llegó, transportando entre otros pasajeros al ministro de Francia en México, el señor Levasseur.⁵² El señor Levasseur desembarcó con su dama y sus criados, empapado por el agua del mar; la primera palabra pronunciada por él al entrar al hotel fue para preguntar si alguien podría prestarle una camisa. Todos los baúles del señor Levasseur se habían quedado a bordo del buque.

La llegada del diplomático revolucionó todo el hotel. Las damas iban vestidas como madonas y no se alejaban de los corredores, con la esperanza de encontrarse con el señor Levasseur, rectifico, su Excelencia, el Señor ministro de Francia. En todos los lugares se establece una gran diferencia entre la persona y el personaje, entre el hombre y el título atribuido a éste, no se observan menos esas distinciones en los estados republicanos.

El señor Delpont llegó.

—Hoy —me dijo—, es día de *toros*.⁵³ ¿Quiere usted venir? Hay un *banderillero*⁵⁴ habanero que, según dicen, es más diestro y más osado que Montes.⁵⁵

—¡Vayamos pues a ver los *toros*! contesté pasando mi brazo debajo del suyo.

Llegamos al ruedo. Dos o tres mil espectadores, entre los cuales más de la mitad eran mujeres con sus mejores vestidos, ocupaban todas las gradas.

⁵² André Levasseur, ministro francés en México, ocupó el cargo de noviembre de 1848 a julio de 1853 [N. del E.].

⁵³ En español en el texto original [N. del T.].

⁵⁴ En español en el texto original [N. del T.].

⁵⁵ Alusión a Francisco Montes Reina, “el Napoleón de los toreros”, gran innovador de la lidia en el siglo XIX [N. del T.].

Todas las descripciones leídas sobre ese feroz espectáculo y todos los horrores escuchados se plasmaron ante mis ojos. Vi caballos destripados, arrastrando sus entrañas y desgarrándolas bajo sus patas, toros horriblemente torturados, hombres muertos o medio muertos y bellas damas, graciosas señoritas, desmayándose de tanto placer y aplaudiendo como caníbales ante semejantes atrocidades. Debo confesar, quizá para mi vergüenza, que durante esos combates desiguales se me ocurrió más de una vez estar a favor de los toros. Salí asqueado, saciado de sangre, de carnes palpitantes, y ensordecido por los rugidos del vulgo estúpido y feroz.

—¡Y bien! —me dijo el señor Delpont cuando habíamos salido del ruedo—, ¡espero que se haya divertido!

—¡De un modo horrible! —le contesté.

Un pueblo con la necesidad de tales espectáculos para conmoverse, es un pueblo condenado por Dios. Considerando que fue España, la España católica, la responsable de traer a estos países divertimientos tan espantosos, uno no tiene en absoluto la tentación de hacerse español.

El buque correo inglés había zarpado hacia Tampico. Me tocaba esperar su regreso para ir a La Habana, empleé los dos o tres días restantes en Veracruz para volver a visitar las tiendas, los paseos, la catedral con su gran Cristo Negro, un medroso halago hecho por los sacerdotes a los hombres de color;⁵⁶ sus vírgenes adornadas con tocados de encaje y hasta con sombreros de paja y todas las pequeñas figuritas de cera colgadas por centenares de todos los santos con fama de curar cualquier enfermedad.

Son muy devotos en este país. Los habitantes siempre tienen en la boca los nombres de Jesús y de María; pero esas piadosas invocaciones no les impiden robar ni asesinar.

Había tenido la intención de cruzar México para ir a Guatemala; pero me contaron tantas historias de ladrones y me hicieron ver tantos precipicios por la carretera a través de los cuales debía transitar, que decidí, a pesar mío, cambiar el itinerario.

Anoto a continuación, sin ordenarlos, diversos hechos relativos a ladrones de México.

1. Una dama inglesa, procedente de Veracruz para ir a México con su marido y su doncella, fue detenida a unas cuantas leguas de Puebla.

⁵⁶ El autor parece ignorar el origen de la tradición del Cristo Negro de Veracruz, la cual no tiene relación con “los hombres de color” [N. del T.].

Le robaron todas sus posesiones, mataron a su marido, violaron a su doncella, tras lo cual iban a permitirle a la dama seguir su viaje cuando un bandido se dio cuenta de que llevaba en el dedo un anillo de gran valor. En seguida le ordenó entregarle la joya, pero la pobre mujer, a pesar de todos los esfuerzos realizados para satisfacer la codicia del desalmado, no pudo lograr sacar la sortija de su dedo. Las carnes estaban hinchadas en su alrededor; le enseñó su mano magullada diciendo:

—Usted bien ve que no puedo entregársela.

—Espere —respondió el monstruo—, voy a ayudarle a retirarla.

Y agarrando su puño, sacó su cuchillo y le cortó el dedo, el cual le devolvió tras haber arrancado el diamante.

2. Una famosa bailarina italiana, volviendo de México, fue detenida a diez leguas de esta capital. Los ladrones la desnudaron totalmente y le exigieron bailar ante ellos. La pobre italiana se vio forzada a satisfacer el capricho de los bandoleros, y muchos otros todavía más difíciles. Fue hallada al día siguiente, en la carretera, en un estado penoso.

3. El señor Adoue, negociante francés, fue detenido y totalmente desvalijado. Un ladrón quería partírle la cabeza porque el señor Adoue había guardado un doblón en uno de sus bolsillos.

No acabaría si debiese enumerar todos los robos y todos los asesinatos cometidos casi todos los días en la carretera de Veracruz a México. Debido a esa situación, los negociantes que no pueden contar con la protección del gobierno han acordado tratar con los salteadores. Hay jefes de bandoleros a quienes se les paga una especie de contribución para escoltar los convoyes de mercancías. Me señalaron a un tal don Pablo, a quien el comercio le dio el título de *Protector de la carretera*. El distinguido malandrín es muy estimado entre los negociantes y hasta se disputan el honor de sentarlo a su mesa.

La justicia en este país es una verdadera chanza. El dinero redime todos los crímenes y sólo siguen en las cárceles los ladrones sin los recursos necesarios para corromper a los jueces; los falsos testigos, los malhechores y los asesinos de toda clase circulan libremente por las calles, recibiendo siempre los saludos de las autoridades, las cuales carecen de la fuerza y quizá también de la probidad necesarias para mandarlos arrestar.

VII

Minas, comercio, agricultura

México es una de las comarcas más ricas de América. Dios derramó ahí con abundancia múltiples dones: hermosos árboles, hermosas flores, hermosos pájaros por tierra y aire, el oro y la plata en las entrañas del suelo y en la arena de los ríos; sólo se le olvidó una cosa: hacer que ahí naciesen hombres.

En el interior se explotan varias grandes minas, casi todas entre las manos de extranjeros. En comparación con las minas de oro, las minas de plata son mucho más productivas; el filón es más estable, más constante y los mineros deben retirar menos escombros para extraerlo. Varias compañías, compuestas por ingleses y alemanes, sacan cada mes de las minas un valor de entre 80 000 y 100 000 piastras. Además de las minas de oro arruinadas por los españoles, también hay quebradas auríferas reservadas para los indios. ¡Desdichados los europeos que intenten acercarse! No tardarían en ser descuartizados por los lavadores de arena.

México exporta un millón de piastras todos los meses. La plata destinada al exterior paga un derecho de salida muy elevado, pero cada negociante se las ingenia para eludirlo.

La agricultura está totalmente descuidada. Se encuentran en el interior del país fincas con una extensión de veinte o treinta leguas. Su fruto, dada la fertilidad y la importancia del suelo, es casi insignificante. Consiste en azúcar y cochinilla. Todo el azúcar se consume en el país, pero la cochinilla se vende en Londres y en otras plazas de Europa. Varias *haciendas* fabrican el *aguardiente*, esta bebida se consigue con la destilación del azúcar de caña de baja calidad. El consumo de ese licor es altísimo en toda la República, el indio se sacude en parte su pereza y se

decide a trabajar para obtenerlo. El *pulque*⁵⁷ es, después del *aguardiente*, la única bebida fabricada en México. Se extrae el *pulque* de una planta grasa perteneciente a la familia del *áloe*. Se trata de un licor blanco como la sidra de pera; fresco, un poco dulce, va tomando un sabor ácido y ligeramente vinoso cuando se deja fermentar. Para conseguirlo, basta con extraer las hojas de la parte interior de la planta y recoger su jugo con una pequeña vasija.⁵⁸ Se llenan después unos jarrones de barro, los cuales se cubren cuidadosamente con un paño húmedo.

Todavía se cultivan el tabaco y el maíz en las haciendas. El tabaco es de calidad mediocre y sólo lo consumen los indios. El maíz es muy hermoso: cada mazorca puede pesar entre 400 y 500 gramos. Sirve para la alimentación de los indios, quienes la cuecen hasta formar una pasta, de la cual resulta una masa que sirve para hacer lo que llaman *tortillas*.⁵⁹ Las mulas y los caballos consumen también mucho maíz.

Miles de especies de frutas sabrosas crecen sin la menor atención. Entre las más provechosas y agradables se encuentran el plátano, la guayaba, el aguacate, el zapote, la chirimoya, el mango, la naranja, el limón, la lima, la toronja, las nueces de coco y de coyol. La nuez de coco encierra un licor dulce y fresco, del cual no se debe abusar. La naturaleza, en este país del sol, ofrece sus tesoros con generosidad. Hay miles de indios que toman su sustento de los frutos de los árboles del bosque y de los caminos; de cierto modo, esa facilidad para vivir en cualquier lado explica su pereza y casi justifica su repugnancia inspirada por el trabajo.

El comercio de exportación es inferior al de importación. Los capitanes de buques europeos cargan maderas de tinte y de ebanistería adquiridas en la bahía de Campeche o de Tampico, este material lo dan a serrar en pequeños maderos para poder estibarlos como parte del lastre en sus calas. Generalmente vuelven a Veracruz para completar su cargamento con bultos de cochinilla, bolsas de piastras, cajas de vainilla, pieles de buey, algo de zarzaparrilla, caparazones de tortugas y otros objetos de mayor o menor valor.

⁵⁷ En español en el texto original [N. del T.].

⁵⁸ En realidad, el néctar se extrae del interior de la penca y no de las hojas [N. del E.].

⁵⁹ En español en el texto original [N. del T.].

El comercio de importación es muy considerable. Londres, París,⁶⁰ Burdeos y todas las ciudades manufactureras y vinícolas de Europa inundan México con sus diversos productos. Los Estados Unidos lo proveen de harina, productos de salazón y carruajes de lujo.

La pésima rada de Veracruz se ve siempre obstruida con buques que ostentan todas las banderas del continente europeo. El dinero corre a raudales. Recién desembarcada la carga de un buque se vende muy cara a los negociantes de Veracruz o de México. Si el gobierno no paralizase el comercio con sus altas tarifas en la aduana, el volumen de facturación aumentaría el doble en poco tiempo; pero además del alza del derecho pagadero, los capitanes deben aguantar todo tipo de humillaciones y extravagancias por parte de los oficiales de la aduana. Lo cierto es que llegan a menudo a un acuerdo con ellos, pues mediante la oferta de una cantidad apreciable de dinero, se allanan los riscos muy rápidamente. No existe un aduanero capaz de resistirse a un regalo, es un hecho comprobado por todos los capitanes y comerciantes de Veracruz. Es tan conocida la venalidad de los empleados, que nadie duda en mercadear para obtener su colaboración. En los hoteles o en los cafetines se suelen planificar con ellos los desembarcos clandestinos. Todos esos abusos no los ignora el gobierno, pero es incapaz de reprimirlos.

Un negociante me decía: “El día que no haya más ladrones en México, no habrá más mexicanos”.

⁶⁰ He escuchado con frecuencia a algunos parisinos lamentar que París no sea un puerto. Por mi parte, no me gustaría que lo fuese. Si un día se convierte en un lugar de comercio, perdería su verdadera grandeza. Es la capital de la inteligencia, de la ciencia y no tiene nada que envidiarle a Londres [N. del A.].

VIII

El gobierno. El espíritu nacional de los mexicanos. Su carácter, sus costumbres, sus gustos, sus divertimentos

Desde que México se sacudió el yugo de España ha experimentado diversas formas de gobierno. Naturalmente, tomando como ejemplo a los Estados Unidos, se adoptó la forma republicana; pero al poco tiempo el general Iturbide se hizo proclamar emperador. El imperio mexicano fue casi inmediatamente derribado, y el pobre emperador fusilado. Tras varios años de luchas sangrientas, se volvió al gobierno republicano, el cual continúa vigente, a pesar de los *pronunciamientos* y las revoluciones sucesivas de este extraordinario Estado.

Entre los numerosos presidentes que han gobernado México, Santa Anna es el único cuyo nombre ha tenido alguna resonancia en Europa. Aunque sigue desterrado en el momento en que escribo estas líneas, cuenta aún con muchos partidarios entre los indios y los *ladinos*. Algunos europeos alabaron en mi presencia la firmeza de ese jefe de estado. Santa Anna tenía cierto talento militar propio de la guerra de guerrillas de la cual era partidario, pero era un político y un administrador pésimo. Mientras ostentaba el poder, el señor almirante Baudin⁶¹ vino a bombardear y a tomar el famoso castillo de Ulúa. El príncipe de Joinville,⁶² simple capitán

⁶¹ Se refiere al oficial de la marina francesa Charles Baudin, quien ordenó bombardear el fuerte de San Juan de Ulúa el 27 de noviembre de 1838 bajo el pretexto de reparar los actos de violencia cometidos por México contra los comerciantes franceses instalados en el país [N. del E.].

⁶² François-Ferdinand d'Orléans, príncipe de Joinville, hijo de Louis-Philippe I, rey de Francia [N. del E.].

de corbeta en aquel entonces, lanzó más de una vigorosa andanada contra la vieja fortaleza y tuvo el placer de causarle tantos daños como lo deseaba su juvenil osadía.

El general Santa Anna, al enterarse de la llegada de nuestra escuadra a Veracruz, había acudido trayendo con él unos regimientos del interior destinados a reforzar el ejército sitiado, y persiguiendo a nuestros marineros en el embarcadero una bala de cañón le alcanzó la pierna.

Esa pierna cortada fue conservada en un relicario de oro, paseada procesionalmente por todas las calles de México y depositada por fin en una capilla de la catedral hasta el día en que Santa Anna perdió el poder. Los *léperos*, quienes habían ido a adorar la pierna del presidente, fueron los primeros en arrastrarla por las calles, vengándose de ese modo del despotismo de su antiguo caudillo.

Como presidente de la República, a ese general le llamaban Alteza. Actualmente vive en una pequeña isla de las Antillas y hace todo lo posible para conseguir el retorno a su patria. No dudamos que logre volver al poder para venirse abajo por segunda vez.

El gobierno de México tuvo un ministro muy hábil. Era el señor de la Peña y Peña.⁶³ Ese hombre de estado publicó algunas obras de derecho internacional y sostuvo una muy larga discusión diplomática con el ministro de Francia, el señor barón Alleye de Cyprey.⁶⁴

Después de Santa Anna, diez o doce presidentes han intentado sucesivamente hacer la felicidad de la República. Aparecieron y desaparecieron como meteoros y sin darle a la historia tiempo suficiente para grabar sus nombres en su libro de oro.

No existe, por así decirlo, un ejército en México. El gobierno saca fuerza de algunas bandas de indios a las cuales intenta regimenterar y que, cuando se presentan días agitados, no vacilan casi nunca en tomar partido a favor de la sedición. Sus oficiales, con escasas excepciones, son poco instruidos, poco militares. Su naturaleza siempre los arrastra hacia el lado de donde viene el disturbio. Los generales aspiran a ser todos presidentes y pelean unos contra otros en los días de peligro. Esa ausencia

⁶³ Manuel de la Peña y Peña, político y jurisconsulto mexicano, en 1845 fungía como ministro de Relaciones Exteriores y ministro del Interior de México. En 1847 fue nombrado presidente de la República [N. del E.].

⁶⁴ El barón Isidore Alleye de Cyprey fue nombrado ministro de Francia en México en enero de 1840, permaneció en su cargo hasta mediados de 1845 [N. del E.].

total de disciplina y de aptitud ha llevado a la victoria a los norteamericanos en la capital de México. La mente experimentada del general Taylor⁶⁵ sabía concebir un plan y hacerlo ejecutar por sus audaces aventureros.

El soldado mexicano no carece de valentía; pero le falta ese valor frío que forma la solidez de los ejércitos europeos. En una llanura es incapaz de aguantar una hora el choque de un ejército, aunque éste sea muy inferior al suyo en cantidad, lo aquí afirmado ha sido demostrado cien veces durante la última guerra entre México y los Estados Unidos. El señor conde Raousset Boulbon pudo él mismo, con un puñado de insurgentes, poner en jaque a las tropas del gobierno durante muchos meses.⁶⁶ Quien haya leído la encantadora novela *Una conversión*⁶⁷ no puede evitar sentirse profundamente afligido al pensar en el desgraciado fin de un escritor, cuando bajo el impulso de un espíritu aventurero y un carácter caballeresco había ido a guerrear contra los mexicanos, sin objetivo ni razón, por el único placer de deparar a su alma de poeta intensas emociones, que ya no podía sentir en su patria. Los mexicanos son excelentes jinetes, idóneos para perseguir a un ejército derrotado y, sobre todo, para la guerra de guerrillas; pero no se podría emprender con ellos una guerra agresiva.

El gobierno se apoya todavía en el clero, rico, numeroso e influyente entre las poblaciones de indios y *ladinos*. Gracias a sus malabarismos, logra fanatizar y corromper el espíritu del pueblo y mantenerlo en un estado de dependencia, lo hace dócil a la voz del monje o del sacerdote, y lo dispone a ser el instrumento ciego de sus pasiones. La inmoralidad

⁶⁵ Durante la guerra de Estados Unidos en contra de México, el general Zachary Taylor ocupó la ciudad de Monterrey, en septiembre de 1846; luego, durante la batalla de Buena Vista, en febrero de 1847 enfrentó al general López de Santa Anna, de la que sale victorioso. De esa forma, se le abre la puerta para alcanzar la presidencia de Estados Unidos en el año de 1849 [N. del E.].

⁶⁶ Se refiere al filibustero francés Charles René Gaston Gustave de Raousset Boulbon, en 1850 desembarcó en la costa de California con el fin de buscar oro; en Sonora fundó la Compañía Restauradora del Mineral de Arizona. En 1852 proclama la República de Sonora, luego de batir al gobernador Miguel Blanco en Hermosillo. El 4 de noviembre de 1852 el gobierno mexicano disuelve la compañía y Raousset Boulbon se ve obligado a regresar a California. En 1854 se enfrenta nuevamente por el control del territorio con el nuevo gobernador, el general José María Yáñez, es derrotado, hecho prisionero y fusilado el 12 de agosto de ese mismo año [N. del E.].

⁶⁷ Se trata de la novela del conde De Raousset Boulbon, *Une conversión*. Paris: Librairie Nouvelle, 1857 [N. del E.].

del clero mexicano es indiscutida. Es poco frecuente ver a un sacerdote sin una amante, y con menos frecuencia ver a uno con sólo una. En cada población donde hay un cura, se puede ver varios niños de diferentes mujeres a quienes llaman con naturalidad *los hijos del padre*.⁶⁸ Los sacerdotes, especulando sobre la credulidad de un pueblo poco ilustrado y apasionado por los espectáculos, inventan fiestas y forman aglomeraciones, cuya finalidad siempre es llenar sus baúles con piastras. El pobre indio no sabe decir no a su cura. Siempre está dispuesto a comprarle su agua bendita y sus absoluciones; pero su devoción no le inculca moralidad. Cree en el poder del *padre*⁶⁹ para absolver de todos los crímenes, y con unas piastras siempre podrá comprarle un pasaporte hacia el paraíso. Su creencia lo pone atrevidamente a los pies del sacerdote, llevando en una mano su cuchillo ensangrentado y en la otra el poderoso puñado de piastras necesarias para permitirle obtener el perdón por el asesinato cometido.

El gobierno, para contar con el apoyo del clero, se ve obligado a cerrar los ojos sobre sus vicios y a permitir la perversión y la fanatización del espíritu del pueblo. Es un intercambio de favores.

Tendré más de una vez, a lo largo de mis apuntes, la oportunidad de volver a hablar de los sacerdotes de la América española, y debo limitarme a expresar que todo gobierno responsable de tomar por auxiliar a un clero corrompido y ambicioso sólo puede arrastrar a su país hacia la anarquía y la depravación.

Los mexicanos, pese a la frecuencia de sus revoluciones, no carecen de patriotismo. Su nación es, a sus ojos, la más gloriosa que existe sobre la faz de la tierra. Si un poderoso enemigo amenaza su patria, los veremos acudir desde todas partes, blandiendo sus armas, engrasando sus *lazos*⁷⁰ y cantando, con versos llenos de energía y belleza, la gloria de sus antepasados y de los héroes mexicanos. Pero tan bello arrebato popular resulta siempre vano. No existe un jefe con la capacidad de aprovechar el entusiasmo de este pueblo, valiente hasta la locura y feroz hasta la bestialidad.

El mexicano es orgulloso y engreído. Le gusta ser y sobre todo parecer magnífico. El oro y la plata relucen sobre su traje; cose a lo largo

⁶⁸ En español en el texto original [N. del T.].

⁶⁹ En español en el texto original [N. del T.].

⁷⁰ En español en el texto original [N. del T.].

de sus anchos pantalones de terciopelo todas las monedillas de oro que puede conseguir; su levita luce muy corta y muy abierta, engalanada con bordados; su sombrero, de fieltro amarillo, viene adornado con un ancho galón de oro y cascabeles del mismo metal de cada lado; siempre viste una camisa muy hermosa y blanquísima; sus larguísimas espuelas, muy pesadas, siempre son de plata. No vayan a imaginar que sólo los ricos llevan una indumentaria tan teatral. El simple *arriero* se impone todos los sacrificios para conseguirla, mediante el robo e incluso mediante el trabajo. Nada lo detiene cuando de conseguir un hermoso traje se trata.

El mexicano siempre está enamorado. Mientras recorre los antros de perdición, recita madrigales a su amada. Ella suele ser una bella dama de México que consiguió cautivarlo; él pasa delante de su balcón, suspira, seduce con la mirada, se atreve a veces a tocar una melodía con la guitarra y a cortar un trozo de su mantilla cuando ella se arrodilla en las iglesias. Desgraciado ha de ser su afortunado rival cuando una noche, en alguna encrucijada de *la alameda*,⁷¹ se deje sorprender por él; un buen navajazo pondrá súbitamente fin a su felicidad.

El mexicano ama el juego con furia; jugando al *monte* apostaría su lugar en el paraíso. Siempre se le ve entregarse a su terrible pasión en la parte trasera de un *estanco* mugriento. Sentado en un banquillo de madera, siente cómo late su pecho a punto de estallar, con la mirada despavorida puesta en el movimiento de los naipes, sumido en espantosas emociones y dispuesto a lanzarse como un tigre sobre el amigo que haya tenido la indelicadeza de hacerle una mala jugada.

También le encantan las peleas de gallos y los toros. Ver la sangre derramada y todavía caliente le regocija el corazón. Se embriaga con el dolor de las bestias derrumbadas sobre el ruedo; su agonía, sus convulsiones le causan arrebatos y exaltado arrojará su bolsa, llena o vacía, a los pies del valeroso *torero*⁷² que más le haya divertido. Le gustan igualmente los espectáculos religiosos. La música del órgano, el humo del incienso, la pomposidad de los sacerdotes, el oro cubriendo a los santos y a las santas, los ojos negros y radiantes de las mujeres hermosas bajo sus finas mantillas de encaje, el perfume de las flores y de las frutas que adornan los altares,

⁷¹ En español en el texto original [N. del T.].

⁷² En español en el texto original [N. del T.].

todo eso excita sus sentidos, exalta su imaginación y le proporciona un placer infinito.

Hay rasgos donquijotescos en el carácter mexicano, pero su locura no está desprovista de poesía.

Las mujeres son hermosas, enamoradizas, celosas; aman el lujo con frenesí y todos los espectáculos capaces de despertar en ellas fuertes emociones. Apenas saben hablar correctamente su idioma y es muy dudoso pensar en su capacidad para escribirlo sin deformar la ortografía. Su conversación es deshilvanada, frívola; no hablan, sólo sueltan palabras por la boca; no conversan, cotillean. Coquetas más allá de toda medida, lanzan sus miradas sugestivas y ardientes a todos los apuestos caballeros que caracolean ante sus balcones o por *la alameda*. Sienten más placer en seducir que en dejarse amar genuinamente. La finalidad de toda su vida es la coquetería y la vanidad. No cortejarlas, no quemarles incienso es un crimen imperdonable a sus ojos. Conocí a una dama, una de muy alta alcurnia, mexicana, quien desesperada al ver que un extranjero no se fijaba en ella, fue hacia él y le reprochó en unos términos muy duros su *impertinente desinterés*. El extranjero, quien conocía a la mexicana, fingió indiferencia y mediante ese artilugio alcanzó su meta al entrar en su salón. Cuando ellas han perdido la edad y el poder de seducir, sucumben al desenfreno del juego y de la devoción. Roban a sus maridos para vestir a santos y vírgenes, ofrecen miles de regalitos a sus confesores, sin que a éstos se les ocurra rechazarlos, y terminan siempre introduciendo, de una forma u otra, al diablo en su hogar.

Después de esta exposición, de esta pintura exacta a nuestro juicio, no es justo considerar demonios a todas las damas mexicanas. Al contrario, son mujeres a quienes se podría confundir con ángeles si tan sólo demostrasen su pudor y su encantadora ingenuidad. Por muy imperfectas que sean, y quizá a causa de esa imperfección (moral, por supuesto), despiertan interés, y más de un pobre pájaro de Europa se quemó, por desgracia, las grises alas ante el destello de sus miradas, siempre llenas de un amor no alojado en sus corazones.

IX

Últimos comentarios sobre México. Partida de Veracruz

Haremos aquí un resumen de lo dicho en los capítulos anteriores; pero primero, declaremos que nunca tuvimos la intención de exagerar los detalles aquí relatados. Está muy alejada de nosotros la idea de que no existe en México ningún hombre honorable o ningún ciudadano íntegro y entregado al bien público. Sacar conclusiones semejantes de nuestro relato sería ciertamente un error, pues a partir de los rasgos generales trazados, no dejamos de admitir ciertas excepciones. Para ser justos, deberíamos mencionar tanto las acciones humanas capaces de honrar a un país, así como aquellas que ponen su gloria en tela de juicio; pero resulta casi siempre imposible conocer la virtud porque la virtud verdadera es modesta y se esconde.

Todos los hombres que he conocido en México, todo lo que he podido ver con mis ojos, todos los hechos que me fueron narrados han forjado en mí esta convicción: este hermoso país es un país perdido. Quizá pueda debatirse algunos años más en medio de las convulsiones de la anarquía; pero tarde o temprano, perderá su independencia. No descartaría del todo que, para librarse de los norteamericanos, fuese capaz de entregarse de nuevo a España. La aristocracia y el clero, hastiados de tantas revoluciones y guerras civiles, bien podrían un día querer ampararse nuevamente en la corona española. Quedaría por saber, no obstante, cómo reaccionarían Inglaterra y los Estados Unidos frente a tal resolución.

Cada año, los gastos exceden los ingresos de la República. Los gobernantes saquean a manos llenas los recursos públicos o los dejan ser saqueados por sus agentes, lo cual no cambia nada al triste estado del

tesoro. Cada mes se inician *pronunciamientos*, cuyas consecuencias quitan toda la fuerza y toda la libertad al poder presidencial. El señor José Joaquín de Herrera,⁷³ presidente actual, es un hombre honesto, se dice; pero carece de voluntad, de conocimiento y de audacia para gobernar. Para vencer los abusos que están acabando de arruinar a este hermoso país, sería necesario la aparición de un hombre distinto a los producidos en México. La población se reduce todos los años. Los infanticidios y la guerra civil explican por sí solos este hecho.

Para hacerse con un poco de dinero, el gobierno pone trabas al comercio y aniquila la industria. La aduana está en todas partes, encima de todo y contra todo. La mayoría de las tierras siguen baldías al estar mal repartidas y no se valora el oficio del agricultor. Todo el clero es propietario de terrenos inmensos. Existen conventos cuya extensión de sus *haciendas* suma más de diez leguas de extensión y algunos generales son propietarios de una provincia entera. El general Santa Anna, para nombrar sólo uno, fue dueño de todo el departamento de Veracruz.

Los extranjeros no pueden establecerse en México. Las injusticias y las vejaciones soportadas por ellos no los predisponen a adquirir bienes en un país donde sólo existen leyes para incordiarlos y arruinarlos. No se les perdona su riqueza adquirida gracias a su coraje, su paciencia y su inteligencia. El pueblo mexicano, perezoso y envidioso, no es muy proclive a valorar a aquellos hombres oficiosos que se llevan el oro de sus minas y de sus casas.

El elevado precio de cualquier producto es una cosa increíble. Un metro de muselina cuesta una piastra; un sombrero de paja de Guayaquil, veinte, treinta y hasta cien piastras; por un vaso de agua azucarada, cuando se toma en algunos cafés o en el teatro, no se cobra menos de cuatro reales. Todo lo proveniente del exterior está fuera de precio. Es necesario llamarse Rothschild para poder beber una botella de Burdeos en la cena.

La industria de México está poco desarrollada. Solamente se fabrican en el país *sarapes*⁷⁴ de lana *rebozos*,⁷⁵ una especie de velo de seda o de algodón con el cual se cubren las mujeres del pueblo para ir a la ciudad. Gustan mucho las estatuillas de cera moldeadas en México. Algunos indios

⁷³ José Joaquín de Herrera y Ricardos, militar de oficio, presidente de México en 1844 y de 1848 a 1851, seguido a la guerra con Estados Unidos [N. del E.].

⁷⁴ En español en el texto original [N. del T.].

⁷⁵ En español en el texto original [N. del T.].

imitan de manera excepcional todos los modelos presentes en México. Sus hermosas muñecas se venden entre treinta y cuarenta piastras. Las sillas mexicanas tienen mucha fama, tienen la forma de las sillas turcas o árabes y son muy costosas.

Como ya se mencionó, el pueblo se alimenta con muy pocas cosas. Los árboles de los bosques producen muchas frutas casi suficientes para su sustento; además, comen *tortillas* de maíz, una carne secada al sol llamada *tasajo* o *cecina*,⁷⁶ y unos deliciosos frijoles negros. Los habitantes de las costas atlántica y pacífica pueden comer pescado en gran cantidad. En varias ocasiones he admirado en la plaza de Veracruz magníficos pescados de todas las formas y de todos los colores. El golfo de México es muy rico en peces, también hay muchos tiburones, hasta he visto algunos en el puerto de Veracruz, a dos brazadas del muelle, recogiendo las inmundicias abundantes de los alrededores.

Dado que el buque correo inglés había regresado de Tampico, debí preparar mi partida. Fui a despedirme de todas las amables personas que había conocido y casi todas vinieron a acompañarme a bordo del barco de vapor.

Había entrado en Veracruz como se entra en un sepulcro; la bienvenida ofrecida allí hizo que la ciudad me pareciese casi bonita en el momento de la despedida.

⁷⁶ En español en el texto original [N. del T.].

X

A bordo del Great Western. Aparición amorosa. Devoción de los ingleses. Llegada a la isla de los gatos. La limosna de un beso

Entre los numerosos pasajeros del Great Western se hallaba la señora Tosta,⁷⁷ suegra del ex presidente Santa Anna. Esa señora fumaba un cigarrillo sentada en la cubierta, para llamar la atención se había vestido toda de encajes, con un vestido elegante de baile. Cerca de ella se encontraba un hermoso joven de 20 o 22 años,⁷⁸ de tez rosada y cabello rubio como un hombre del norte, vestido de batista. Era el hijo de la señora Tosta y el hermano de la señora del ex presidente Santa Anna, de quien, dicen, es una de las mujeres más encantadoras del mundo.

El señor Manuel Robles,⁷⁹ gobernador militar de Veracruz, me había acompañado a bordo del barco de vapor y me había presentado a los señores De Garay, tío y sobrino, hombres muy amables, muy distinguidos y tan conocedores de México como de Francia, su patria, su patria querida aún. Los señores de Garay iban a Nueva Orleans y debíamos separarnos en la *isla de los Gatos*.

Mientras paseaba con ellos por la cubierta, una joven de cabello moreno, mirada cariñosa y labios sonrientes apareció escoltada por un anciano más feo que Picio, de ojos inquietos, tripa descomunal y vestido

⁷⁷ María Manuela Sabina Gómez Palomino, madre de María Dolores Tosta Gómez, segunda esposa de Antonio López de Santa Anna, con quien contrajo matrimonio el 3 de octubre de 1844 [N. del E.].

⁷⁸ Se refiere a Bonifacio Tosta Gómez [N. del E.].

⁷⁹ Véase Nota 50 de primera parte [N. del E.].

de la forma más ridícula. La joven fue a sentarse junto a la señora Tosta, quien le extendió su mano y le besó la frente.

El joven señor de Garay, tomando el brazo de su tío, exclamó al verla:

—¡Mira, ahí está Mariana!, vamos a saludarla.

—Es encantadora Mariana —dije, agarrándome a su brazo izquierdo—, lo acompaño.

—¡Venga! —contestó sonriendo.

Mariana se levantó, extendió su pequeña mano de hada al tío y al sobrino, y cuando fui presentado, pude tocar los dos dedos extendidos.

El hombre que la había acompañado hasta la cubierta se acercó en seguida y entendí, por la frialdad de su saludo, su escaso deseo de conocerlos. Conversamos dos minutos con Mariana y volvimos a nuestro paseo por la cubierta.

—Es muy bonita —le dije al señor de Garay—, pero tiene un padre muy feo y muy maleducado.

—¿Quién? —me preguntó.

—¡Mariana!

—¿Conoció a su padre?

—¿No es su padre quien vino hace un momento junto a ella y nos devolvió nuestro saludo como si su sombrero fuese de plomo?

—Ese señor es su marido.

—¡Su marido!... ¡Pero no es posible!

—¿Por qué?

—¡Por Dios! Porque es feo como Quasimodo y ella es bella como Esmeralda. Porque es viejo como Matusalén y ella es joven como Hebe; porque...

—¡Pues!... Cuasimodo-Matusalén es el marido de Esmeralda-Hebe.

—¿Qué edad tiene entonces Mariana?

—Catorce años.

—¿Y él?

—Cincuenta y siete.

—¡Pobre Mariana!

—¿Cree usted que es a ella a quien hay que compadecer?

—Pero yo compadezco siempre a la rosa sobre la cual veo arrastrarse una gruesa y horrible oruga.

Llamaron para la cena.

Bajamos al salón del buque. Los dorados, las esculturas, los espejos abundaban. El mar estaba un poco agitado, las damas se retiraron a su lindo saloncito, en la chopa.

Después de la cena, volvimos a cubierta para pasear y fumar. El tiempo era espléndido y el horizonte aún de color púrpura estaba entrecortado por un centenar de velas similares a gaviotas agitando sus alas blancas sobre el mar. La estela de nuestro navío era luminosa como la cola de un cometa y millones de chispas fosforescentes surgían sobre la cresta de las olas nacaradas. Todos los pasajeros, reunidos en varios grupos en la chopa, platicaban, cantaban, discutían. El capitán daba órdenes a sus oficiales y los marineros se apresuraban para ejecutarlas. El ruido de la potente maquinaria cubría el ruido del mar y de la cubierta, y la enorme chimenea del barco lanzaba al cielo sus negras bocanadas de humo. Era un espectáculo inmenso, hecho para conmover a los corazones y producir admiración. El mar y el cielo revelaban la grandeza de Dios; nuestro magnífico buque, repleto de productos de México, corriendo y saltando sobre el océano, daba a entender la potencia del genio humano.

El día siguiente era domingo. Bajé después del almuerzo al salón, y ahí fui testigo de una extraña disputa.

Había un joven sentado con una anciana y los dos jugaban al ajedrez. El capitán había mandado a advertirles sobre la prohibición de jugar en el salón en domingo. La dama en seguida había apartado el tablero y se había puesto a escribir, cuando un camarero se acercó para decirle, de parte del capitán, que los reglamentos de a bordo no permitían escribir el día domingo.

—Llame a su capitán, amigo mío —dijo la dama.

Cuando el capitán estuvo cerca de ella, se levantó y le dijo con gran dignidad:

—Señor, una madre que escribe a sus hijos siempre hace un trabajo agradable a Dios. Usted me prohibió jugar, le obedecí; ahora me prohíbe escribir, desobedeceré.

—Señora —contestó el capitán—, no me corresponde cambiar nuestros reglamentos, si usted desea trabajar lo puede hacer en su habitación, pero en el salón está prohibido.

—Pero, una se asfixia en la habitación, señor.

—No puedo cambiar los reglamentos.

El capitán iba a retirarse cuando la anciana lo detuvo por el brazo.

—Señor, le dije, yo no soy protestante y usted no tiene derecho a someterme a las exigencias de su religión.

—Los reglamentos, señora —replicó el capitán—, me imponen el deber de rogarle no escribir aquí...

—¡Está bien, señor! —contestó la dama recogiendo sus papeles—, no olvidaré mencionar en todas partes que sus reglamentos sólo autorizan la borrachera.

El capitán hizo un movimiento brusco, pero la dama le lanzó una mirada desdeñosa y se retiró a su habitación.

Definitivamente, no me gusta la devoción de los ingleses. En domingo, para ellos, no está permitido escribir su diario, sólo está permitido beber ponche. La anciana tenía razón y todas las personas, testigos del altercado con el capitán, lo censuraron de forma bastante cruda.

Por la noche, el mar se puso muy agitado. Todas las damas enfermaron. Mariana se había quedado en su camarote y para tener un poco de aire había conseguido el permiso de su marido para dejar la puerta entreabierta. Yo veía, mientras paseaba a lo largo de las habitaciones, reflejarse en el espejo el semblante encantador de la jovencita; estaba muy paliducha y sus grandes ojos de gacela estaban un poco velados. Su marido estaba cerca de ella, sentado en el borde de su litera, incapaz de pronunciar una palabra para distraerla.

El joven señor Tosta, quien paseaba conmigo, afirmaba que Mariana se había mareado al mirar a su marido.

Un señor bastante jovial hizo así el recuento de los pasajeros del Great Western:

Dos cojos, dos locos, dos diplomáticos, dos sacerdotes, dos médicos, dos militares, dos actrices, dos cazadores, dos papagayos, dos mujeres literatas, dos enamorados, dos jorobados, dos capitanes, dos gatos, dos viudas que viajaban para dejar de serlo, dos empresarios, dos sabios discutiendo como dos pancraciastas, dos bailarinas y dos banqueros.

Antes de despedirme de Mariana, quien debía desembarcar al día siguiente con su marido en la isla de los Gatos, quise conversar unos instantes con ella. Tosta había visto alejarse a su cancerbero y vino a ofrecerme sus servicios como traductor. Con su ayuda le dirigí unas palabras y se puso a reír tan fuerte, que su marido la oyó y se apresuró en acudir.

Reanudamos nuestro paseo en cuanto lo vimos. Mariana estaba reclinada sobre el suelo de su camarote, peinando su admirable cabello moreno.

Llegamos al día siguiente a la isla de los Gatos. Un buque a vapor vino a recoger a los pasajeros que iban a Nueva Orleans. Me acerqué a Mariana y le rogué no irse. La loca criatura se reía y me preguntaba porqué deseaba su permanencia en el barco. El marido estaba cerca de ella, me parecía difícil darle una respuesta. Mariana empezaba a cotillear; me hacía preguntas mediante Tosta, pero él le contestaba todo al revés. Mientras tanto, yo invocaba al dios de los mares, le pedía hacer desaparecer el barco de Nueva Orleans que venía a llevarse a Mariana. Al mirarla con pasión, confiaba en hacer reventar de rabia y de celos a su marido; le deseaba todos los ataques de apoplejía posibles; pero se mantuvo firme contra mis deseos, no se murió en absoluto e hizo una señal a su mujer de levantarse. ¡Y desgraciadamente se levantó! Le ofrecí la mano en señal de despedida; su pequeña mano se acercó afectuosamente a la mía, pero el rapaz arrebató su presa y sólo pude rozar la punta del meñique de Mariana.

Después de subir a bordo del buque americano fue a sentarse a cubierta. Le dirigí una vez más un adiós desconsolado al cual respondió con una dulce y compasiva sonrisa. Su marido tomó asiento junto a ella y, para vengarse de mí, la besó como si no fuera su esposo. Dichoso con su triunfo, se levantó y le dio la espalda a su mujer. Entonces, después de haberse asegurado que no la espiaban, ella lanzó un beso con sus labios como se lanza una moneda a un mendigo. El pesado barco zarpó, exhalando sus negros remolinos de humo. Seguí mucho tiempo con la mirada a mi lindo sueño amoroso y, cuando la distancia me lo arrebató, volví hacia la pequeña habitación de Mariana, entré y me senté donde ella se había sentado.

La camarera del buque vino pronto a decirme que los *señores* no podían quedarse en un camarote para damas, aunque estuviese desocupado. Entonces salí, pero al echar una última mirada al espejo donde Mariana había sonreído a su belleza más de una vez, vi metida en el cuadro una pequeña horquilla de oro que le había pertenecido...

Tres días después llegamos a La Habana.

XI

La Habana. El general Tacón

El aspecto general de La Habana, considerado desde un buque anclado en la bahía, ofrece a la vista uno de los más encantadores, de los más deliciosos paisajes que uno pueda imaginar. Las casas a orillas del mar son altas, construidas de madera o de mampostería y cuentan con anchas persianas pintadas de verde o rosado. Las cúpulas de las iglesias y las bellas *palmas reales*⁸⁰ dominan la ciudad, siempre dorada por un sol resplandeciente. Por la bahía surcan barcos de vapor, éstos transportan a miles de paseantes hacia lindos pueblos erguidos sobre verdes colinas o sobre las planicies que bordean el mar. Algunas imponentes fortalezas, armadas con grandes cañones y sobre cuyas murallas se puede ver a los soldados con levitas blancas realizando sus maniobras, muestran la importancia otorgada por España a la reina de las colonias: una reina ardientemente codiciada por los Estados Unidos. Miles de buques mercantes permanecen anclados en la bahía con todas las insignias del mundo flameando al viento.

Tan pronto como fondeó el *Great Western* recibí la visita de un empleado de hotel. Me invitó a hospedarme en el *Hôtel du Commerce*, dándome como mejor argumento que dicho hotel lo administraba una dama francesa. Todo tipo de personajes se habían hospedado allí y, por citar tan sólo a uno, el locuaz empleado me mostró un registro en el cual aparecía el nombre del señor *Levasseur*, nuestro ministro en México, el mismo que acababa de ver en Veracruz. No podía decididamente ser más exigente en comparación con tan honorable funcionario y, para librarme lo más pronto posible del insistente empleado, accedí a hospedarme en el

⁸⁰ En español en el texto original [N. del T.].

Hôtel du Commerce. Este hotel tan encumbrado parecía, como lo había previsto, una horrible fonda, aunque era de hecho uno de los mejores de la ciudad.

Las calles de La Habana son estrechas y muy fangosas. Las veredas que las bordean de cada lado no permiten el paso a dos personas de frente y en cada encuentro es inevitable hundirse en el lodo o embarrar al transeúnte de enfrente. Las *volantes*⁸¹ pasan trotando y salpican el agua negra de los arroyos en el rostro de los caminantes, mientras los negros tropiezan contra los viandantes y los arrollan con sus cargas.

Llegué enlodado y magullado al hotel jurando, un poco tarde, no volver a circular andando por las calles multitudinarias de tan extraña y encantadora ciudad.

Al día siguiente tomé temprano una *volante* en compañía de un hombre muy amable e instruido, llamado señor Bordier.⁸² Recorrimos juntos toda la ciudad y fuimos a almorzar al teatro Tacón.

Todo el mundo tiene presente aquí el nombre de Tacón.⁸³ La Habana debe a ese ilustre gobernador su resurrección. Antes de su llegada, esta bella ciudad estaba bajo el dominio de ladrones y asesinos; nadie se atrevía a aventurarse por las calles sin escolta y sin ir armado hasta los dientes. La nobleza habanera, muy orgullosa y muy corrupta en aquellos tiempos, cometía muchas tropelías; presumía de no pagar sus deudas y trataba a sus acreedores como don Juan trataba a *monsieur* Dimanche;⁸⁴ las leyes de la colonia eran pisoteadas y la anarquía se extendía a todas las clases sociales. Tacón, al llegar, juró poner orden frente a los escándalos de la nobleza y perseguir despiadadamente a ladrones y asesinos de cualquier clase. Su difícil tarea exigía del gobernador tanta energía y tanta probidad. El ilustre Tacón tuvo la gloria de llevar a cabo su audaz proyecto. Comenzó por publicar un *bando*⁸⁵ en el cual instaba a todos los habitantes de las calles donde se hubiese cometido un crimen a salir de sus casas y perseguir sin tregua al ladrón o al asesino. Aquellos ciudadanos

⁸¹ En español en el texto original [N. del T.].

Carruajes tirados por un solo caballo [N. del E.].

⁸² Comerciante francés instalado en La Habana cuya descendiente, Luisa Bordier de Brindou, vivía, en 1870, en esa ciudad [N. del E.].

⁸³ Miguel Tacón y Rosique, gobernador de Cuba entre 1834 y 1852 [N. del T.].

⁸⁴ Alusión a la obra *Don Juan*, de Molière [N. del T.].

⁸⁵ En español en el texto original [N. del T.].

que no cumplieran con estas indicaciones serían condenados a pagar una importante multa y a pasar varios días en la cárcel. Los ladrones y criminales, acorralados en todas partes como bestias salvajes y conscientes de su posible arresto, desaparecieron en muy poco tiempo. En adelante, se vivió con seguridad en la ciudad donde unos días antes de la llegada de Tacón nadie se hubiera atrevido a pasear a plena luz del día sin una escolta tras de sí.

El gobernador no se limitó a castigar a la gente del pueblo cuando era culpable; la nobleza también fue tratada con justa severidad. Cuentan que cuando un negociante denunció a un conde de la ciudad por negarse a saldar una cuenta, Tacón le pagó en el momento y ordenó al negociante avisar a su deudor que había vendido su crédito al gobernador. El conde acudió rápidamente a pagar.

Otro conde de La Habana, culpable de haber mandado asesinar por unos esclavos a una persona desagradable, fue detenido por orden de Tacón y condenado, como el más vulgar de los criminales, a ser colgado en la horca. Cuando lo arrestaron el miserable conde ofreció su considerable fortuna al gobernador y, al ver el rechazo y menosprecio de su ofrecimiento, imaginó otro tipo de corrupción. Tenía una hija de dieciséis años a quien todo el mundo en La Habana consideraba como la más bella entre las bellas, la más agraciada y también la más coqueta de todas las jovencitas habaneras. El conde ordenó ver a su hija y le rogó vender sus encantos al despiadado gobernador. La linda señorita partió, prometiendo a su padre hacer todo lo posible para salvarlo. Llegó a palacio: Tacón la recibió y le dijo, tras haber adivinado qué tipo de negocio le proponía:

—Es usted muy hermosa, señorita; ¡pero en verdad su padre es demasiado culpable!

Y se negó a escribir a la corte de España para obtener una conmutación de pena a favor del condenado; pero el oro del conde habanero tuvo mayor éxito con los ministros de Madrid que con el incorruptible gobernador, y la remisión del criminal no tardó en llegar bajo la forma de un destierro fuera de la ciudad.

Las calles de La Habana casi siempre están encenagadas. Los viandantes tienen derecho de ordenar a los negros, conductores de las *volantes*, detenerse

para evitar ser ensuciados en tan estrechas calles. He aquí una anécdota bastante divertida, en la cual Tacón no interviene sino hasta el final.

En la calle O'Reilly una *volante*, enganchada a dos mulas lujosamente enjaezadas, avanzaba a paso ligero y salpicaba con sus grandes ruedas todas las casas que iba dejando atrás. Nadie se atrevía a quejarse, porque esta *volante* transportaba a las bellísimas y muy orgullosas hijas de un rico marqués del país. Un oficial del gobernador se encontraba por casualidad en el paso del vehículo y, como era su derecho, ordenó al negro detenerse. El negro obedeció, pero las alocadas jovencitas le ordenaron en seguida espolear y azotar a las mulas. El oficial fue cubierto de lodo. Corrió tras la *volante* y, dirigiéndose al cochero, exclamó mostrando una pistola:

—¡Detente o eres hombre muerto!

Cuando se detuvo el carruaje, el oficial se sumergió en el barro hasta las rodillas y, recogiendo el lodo con su sombrero engalanado, inundó el carruaje y enfangó a las dos señoritas; al terminar, les dijo:

—Si tienen hermano o amante, mi nombre es tal y vivo en tal lugar. Ahora —agregó riendo—, voy a tomar un baño y les sugiero, señoras, hacer lo mismo.

El oficial se presentó de inmediato y sin cambiar de ropa ante Tacón, y le contó lo sucedido. Media hora después, el padre de las jóvenes vino a exigir una reparación al gobernador por la afrenta hecha a sus hijas por uno de sus oficiales.

—Marqués —le contestó brutalmente Tacón—, mi oficial actuó bien y lejos de castigarlo por lo hecho con sus insolentes hijas, estoy dispuesto a felicitarlo. Es hora, señor, de que usted y los de su clase pongan un término a sus escándalos. Mi intención es restablecer el orden en este país y sé cómo lograrlo, se lo aseguro.

La firmeza de Tacón hizo convertir a toda la nobleza habanera en su enemiga. Se unieron para sobornar al ministerio español y consiguieron así la partida de aquel hombre austero pero verdaderamente justo, que supo regenerar a la reina de las Antillas. Tacón dejó La Habana llevando consigo toda la decepción de las personas honestas, quienes lo acompañaron junto con los cónsules extranjeros hasta el buque en el cual iba a embarcar. Durante su estancia en la isla de Cuba, el ilustre gobernador había restablecido el orden, fortalecido el valor de sus habitantes, disminuido el orgullo de los nobles, creado monumentos, paseos,

fortificaciones y establecimientos útiles. Su energía y su severa probidad habían conquistado la estima de todos los extranjeros. Sólo dejaba enemigos en las clases donde había hecho valer su autoridad.

Al llegar a España, la hipócrita corte de María Cristina le puso buena cara; fue admitido a los honores del besamanos y se le otorgó el Toisón de oro.⁸⁶ Tacón recibió esa distinción con desdén, pero supo, para evitarle inútiles escándalos a su país, guardar silencio sobre todos los crímenes e infamias presenciadas durante su gobierno en Cuba.

Varios edificios de La Habana llevan el nombre de ese honesto y hábil gobernador. Le han sido dedicados el teatro Italiano y varios paseos.

El gobernador actual de Cuba es el general vizconde Roncali de Alcoy.⁸⁷

⁸⁶ Insigne distinción otorgada por diversas realezas europeas, entre ellas la española [N. del T.].

⁸⁷ Federico Roncali Ceruti, conde de Alcoy, político y militar español, capitán general de Cuba entre 1848 y 1850. En 1846 fungió como ministro de Guerra de España [N. del E.].

XII

La esclavitud en la isla de Cuba. Discusiones. Lo que hay que hacer para abolir la esclavitud

Existen en La Habana tres clases de hombres muy distintas: los hombres libres, los esclavos y los libertos.

Los hombres libres son los europeos o los hijos de europeos.

Los esclavos son muy numerosos en la isla de Cuba.⁸⁸ Se les emplea en las haciendas y en los *trapiches*,⁸⁹ para cualquier trabajo y en cualquier industria. En las pequeñas fincas suelen ser más desgraciados que en las grandes, pues en aquellas deben suplir las máquinas que sus amos no están en condiciones de comprar. Ellos son quienes mueven las ruedas de las prensas, ellos son quienes dan vueltas en la noria, etcétera. En las grandes haciendas el vapor y la mecánica realizan el trabajo pesado, los esclavos sólo desempeñan una labor de obrero ordinario.

En la ciudad de La Habana hay de veintiocho a treinta mil esclavos. Éstos, dicen los amos, viven felices como monjes; están bien alimentados, van bien vestidos, no se les golpea *casi nunca*, su única carga es la de cumplir como cumplen los mucamos en Europa. Se les olvida un poco que los mucamos en Europa son libres y siempre pueden dejar el servicio del amo si no se sienten a gusto con él.

Los libertos son negros que han podido, en sus cortas horas de asueto, ganar algo de dinero para emanciparse. Su tiempo les pertenece, pueden

⁸⁸ La superficie de la isla de Cuba es de 118 809 kilómetros. Su población total es aproximadamente de 1 449 460 habitantes. De cada mil habitantes 445 son esclavos, 157 son mulatos libres y 401 son blancos puros. La diferencia por encima de los hombres de color es de 198 por cada mil habitantes [N. del A.].

⁸⁹ En español en el texto original [N. del T.].

trabajar por su cuenta, arrendar una tienda, casarse y hacerse ricos, pero ahí terminan para ellos los límites de la libertad. Los cafés, los teatros, algunas alamedas y algunos lugares en las iglesias están completamente vetados para ellos. En la calle deben enfangarse y ceder rápidamente la vereda a cualquier hombre blanco; si no lo hiciesen, el blanco tendría el *derecho* y hasta el *deber* de bastonearlos. Esos hombres son libres y felices en la medida en que pueden serlo: esta afirmación de los amos es indiscutible en La Habana y para combatirla es necesario sentirse en un suelo libre, en un país donde se rechaza la hipocresía y donde se honra la verdad. ¡Ah! ¡Esos hombres son libres, los libertos son tan felices como pueden serlo! Esto se dice en voz alta en La Habana: se dice pero todos han presenciado humillaciones, insultos, malos tratos a los cuales han sido sometidos todos aquellos negros con la desventurada ambición de querer emanciparse. Es válido destacar a éstos como los mejores hombres de la Colonia; el esfuerzo invertido para alcanzar sus fines fue enorme, inaudito: debieron doblar las horas de su trabajo para juntar el dinero necesario para su emancipación y cuando, tras mil penas y mil tormentos soportados heroicamente pagaron su libertad, se dan cuenta que sólo compraron una mentira. El orfebre que entregase un anillo de cobre pretendiendo que se trata de una sortija de oro sería llamado ladrón y, como tal, se le condenaría a las galeras; el amo que vende la libertad de su negro sin dar a conocer la falsedad de esa libertad da cobre por oro a ese pobre hombre, ese pobre hombre tendría toda la razón si tratase de ladrón a su amo; si las leyes de la Colonia fuesen regidas ateniéndose a la moralidad. He visto a muchos negros emancipados añorar su primer estado y, decepcionados sus hermosos sueños de independencia e igualdad, formaban siniestros proyectos para poner fin a su miserable existencia. Los suicidios son más frecuentes entre los negros libres en comparación con los cometidos por los negros esclavos. ¿No deberíamos sacar la conclusión de que los negros libres tienen el mismo sentimiento de dignidad humana que los blancos y si se matan es porque sufren demasiado por el estado de infamia en el cual se les mantiene obstinadamente? ¿Cómo puede la católica España conciliar los principios del Evangelio con su horrible legislación degradante de toda una raza de hombres? Sería hora de despojar a una política egoísta y monstruosa del manto religioso con el cual se atavía, y de hacer para Cuba y para Puerto

Rico, lo que la protestante Inglaterra ha hecho con sus colonias, las cuales viven y prosperan sin la esclavitud.

Muchas personas, apiadándose de lo que llamaban mis negras simpatías, me afirmaron que los hombres de color no tienen el sentimiento de la independencia, de la dignidad humana. Les contesté, porque así lo dictaba mi conciencia, lo siguiente: la esclavitud no está en la naturaleza de ningún ser; y estas personas, todas muy honorables pero acostumbradas desde hace largos años al triste espectáculo de la servidumbre y de la degradación, me escucharon cortésmente pero sin comprender realmente, según parece, mis protestas y mis reproches.

—Usted cree —me dijo una de ellas—, usted cree en la esclavitud como un hecho monstruoso y contrario a la religión y a la moral; pero ese vicio de nuestra sociedad, si acaso lo es, no es nuevo. Ha existido en toda las épocas y en todos los países, con la única diferencia que, en tiempos antiguos, no sólo se limitaban a avasallar a una raza de hombres inferiores, a una raza al parecer maldecida por Dios, sino a hombres semejantes en todo a sus amos por el color de la piel y por la inteligencia; y mire, señor “negrófilo”, ahora mismo, bajo el sol del siglo XIX, una buena parte de la raza caucásica permanece en estado de servidumbre.

—Los romanos, los griegos y todos los pueblos de la Antigüedad tenían esclavos blancos, negros, amarillos, según si habían vencido a guerreros del norte o del sur. Esto es un hecho histórico, pero no puede justificar la esclavitud moderna. Usted dice, con razón, que todavía una buena parte de la raza caucásica se halla en servidumbre; eso es cierto, desgraciadamente. Pero si los musulmanes compran sus hijas a los circasianos y a los abjasios para poblar sus harenes, y a sus hijos para convertirlos en bufones o en portadores de pipas, eso, le repito, no podría impedirme considerar la esclavitud una injuria hacia nuestra presunta civilización, una vergüenza deshonrosa para la humanidad. No es necesario demostrarles las diferencias entre la esclavitud de Turquía y la de las Américas. No quiero decirles que allá es dulce, paternal y familiar mientras aquí es dura, cruel y despiadada. Estoy en América, y quiero quedarme aquí y discutir con ustedes de buena fe, si así lo desean. Dicen que los negros y los mulatos, los hombres de color pues, no son hombres como nosotros, sino una raza maldecida por Dios; yo les contesto: Dios no sólo no maldice a nadie, sino además ha inculcado en cada criatura humana el amor por la libertad individual.

—Viva veinte años aquí y cambiará de parecer.

—Usted bien sabe que no.

Mi interlocutor se fue sonriendo, interpreté su retiro como una indisposición a tratar un asunto contra el cual sus principios de equidad no hubiesen podido ayudarlo con buenos argumentos.

Aunque es justo admitir que los esclavos mucamos son menos desafortunados comparados con los trabajadores de los campos del interior de la isla, no por ello se debe concluir que son suficientemente felices y que no hay, como se dice, nada por hacer para mejorar su suerte. Sus amos deben meditar en torno a la esclavitud como una gran desgracia y su deber de hombres libres, de hombres razonables, de cristianos, exige de ellos preparar de forma imperiosa, mediante una buena educación moral y cuidados paternales, a todos estos desventurados para hacerlos gozar de la emancipación, pues ésta es su única esperanza, la finalidad que avistan y ninguna resistencia les impedirá alcanzarla cuando Dios quiera hacer más justa a la raza blanca, más honrada y menos egoísta.

En La Habana los esclavos son casi felices, ¡está bien! ¿Pero acaso se puede decir lo mismo de los esclavos empleados en las fincas y en los *trápicos*? En las fincas y en los ingenios azucareros su trabajo sigue fijado de forma reglamentaria en 16 horas por día. En la época de cortar la caña de azúcar, cuando la prensa está funcionando, deben trabajar, ¡es horrible!, 20 de las 24 horas del día.

Los esclavos se exponen a todos los castigos; no pueden esperar ninguna recompensa.⁹⁰

Generalmente están mal alimentados, mal vestidos, mal alojados.

Su principal alimento se compone de una ración de arroz cocido en agua, una ración de sal, una ración de pan de maíz y unos centilitros de tafia de mala calidad. Dos veces por semana, en las grandes fincas obtienen media libra de chanco o de res seca salada, y una o dos veces al año una ración de carne fresca.

⁹⁰ Si un amo está contento con su esclavo le da unos maravedís para que coma azúcar candi o cualquier otro dulce. Al esclavo siempre se le trata como niño cuando se trata de alabarlo y sólo se le trata como hombre cuando se le castiga.

He escuchado a señoritas españolas muy jóvenes llamar a un viejo negro de noventa y seis años: hijo mío. Esta expresión no es un término de compasión afectuosa como se podría pensar, sino una demostración altiva y de desprecio para con el anciano [N. del A.].

Van vestidos con una tela basta de algodón. Su única ropa son unos calzones que cubren la mitad de las piernas y una camisa (no todos la tienen).

Duermen en galpones mal ventilados, sobre hojas de maíz o sobre deshechos de algodón echados a perder.

Si se enferman, son atendidos por el capataz, quien lleva en el bolsillo un *médico de papel* de donde saca las recetas con las cuales pretende curar a sus negros.

Muchos propietarios alquilan a sus negros a quienes los necesitan. Los hay también quienes *prestan* la libertad a sus esclavos durante cierto tiempo.

—¡Váyanse a trabajar! —les dicen—. Me pagarán tanto por día y si ganan más, ¡mejor para ustedes!

Hay negros con grandes habilidades para ciertas profesiones manuales; se les *presta* la libertad a ellos preferentemente. El amo siempre sale ganando.

Un buen negro vale todavía hoy, en La Habana, entre 500 y 600 piastras. Un negro puede emanciparse mediante la suma de 400, 600 o 1000 piastras. La suma varía según la mayor o menor codicia del amo, y también según la mayor o menor inteligencia del esclavo.

Le pregunté un día a un negro de Bilbao⁹¹ si sabía leer.

—¡No, señor! —me contestó—; pero después de que mi acompañante se hubiese alejado, volvió hacia mí y me dijo: no sólo sé leer, también sé escribir y contar bastante bien. Hablo español, inglés y francés. Ahora bien, señor, se lo ruego, no se lo diga a mi amo, pue me exigiría pagar una suma enorme por mi emancipación.

—¿Tiene usted, pues, la intención de libertarse?

—Por supuesto.

—¿Tiene algún dinero?

—¡Oh, sí!

—¿Pero cómo logra ganar dinero para usted? ¿No está todo su tiempo ocupado por su amo?

—No se trabaja mucho más de *catorce horas por día* sobre esta tierra y el domingo tenemos cuatro horas de descanso. *Nuestro amo es un amo*

⁹¹ Más adelante de Valois aclara que Bilbao es un pueblo vecino de La Habana, aunque no hay constancia de la existencia de algún pueblo con dicho nombre en el siglo XIX. Un error posiblemente cometido por inatención o por la incapacidad del viajero francés de acordarse de los nombres de los sitios visitados, como serían Bacuranao y Berroa, algunos más lejanos como la Playa Baracoa, Bahía Honda, Bauta, Bejucal y Batabanó. Agradezco a la doctora Carmen Barcià el haberme precisado estos datos [N. del E.].

humano y es muy querido por toda su gente. Entonces he podido trabajar tres o cuatro horas por día por mi cuenta y realizar una pequeña labor que se vende bien en la ciudad. Mis cuatro horas del domingo me sirven para vender mi mercancía.

—¿Y qué fabrica usted?

—Peines de concha de carey para damas.

—¿Puede mostrarme uno?

—¡Sí!, siempre llevo uno conmigo, sobre el cual trabajo en cuanto tengo un minuto. Aquí está.

Ese peine de concha de carey era un objeto encantador, estaba tallado, cincelado y recortado como un encaje y de una solidez extraordinaria.

—En cuánto vende sus peines? —le pregunté.

—¡Oh! ¡ Muy caros, señor, muy caros! —contestó.

—¿Cuánto?

—Cuatro o seis piastras cada uno.

—Si todos los que vende resultan tan bien trabajados como el que me mostró, no es demasiado.

—Le pido perdón, señor, vendo muy caro y quizá incluso demasiado caro, es sólo el precio de mi trabajo; mis compradores me proporcionan la caparazón. Cuando esté libre, podré vender mis peines más baratos; pero usted comprenderá... ahora debo vender caro para reunir pronto lo necesario para mi emancipación.

—¿Su amo ha visto los peines?

—Sí —contestó sonriendo el negro—; ha visto una cosa horrenda y abominable confeccionada delante de él, y exclamó: “Este pobre Ramón haría mejor en emplear su tiempo en dormir en lugar de seguir rascando sus escamas”. Estoy seguro de que mi buen amo piensa en mí como un idiota, y quiero que conserve durante mucho tiempo esa creencia tan *útil y valiosa*.

He aquí pues un negro de los más trabajadores, de los más inteligentes, viéndose obligado a esconder sus cualidades como otros esconderían sus vicios.

Estaba en el hotel del Comercio (un hotel no recomendable) vencido por el calor, tendido en un sofá, leyendo los periódicos del país. Los anuncios insertados en la cuarta página llamaron mi atención. Voy a copiar unos cuantos:

1. *Al final de este mes se venderá una negra con su cría, Calle Real No. 12. Sabe coser y entiende bastante la cocina.*⁹²
2. *En casa de don Ramón Antonio López, calle de la Merced No.79, se vende un negrito de ocho años. Es muy vivo y puede divertir mucho a los niños.*⁹³

Estos anuncios resultan sorprendentes sólo a ojos de los europeos.

Las mujeres empleadas como mucamas llevan una existencia bastante dulce. Se les nutre bien, se les viste bien y no se les da latigazos muy seguido. En las fincas son tan desafortunadas como los esclavos varones. Sus embarazos no las eximen de un trabajo siempre largo y penoso. No es necesario recordar que los niños no les pertenecen. El negro no goza ni tan sólo del derecho de los animales más viles, el de la paternidad. No se casan, se aparean.

En comparación con los negros, los mulatos son generalmente menos apreciables. Orgullosos, arrogantes, parlanchines, pendencieros y díscolos, las escasas gotas de sangre blanca que corren por sus venas les dañan tanto la moral como el físico. Tienen casi todos los vicios de los blancos y casi nunca sus cualidades.

Los negros son comúnmente sumisos y mansos. Trátelos bien y serán buenos y abnegados con usted. Para apoyar esta aseveración podría citar unos ejemplos, contar hechos,⁹⁴ pero esas pruebas tendrán su espacio en un libro especial.

He oído a dos de los principales amos de esclavos quejarse amargamente de la ingratitud de sus negros.

—Los negros son desagradecidos y egoístas —decía uno.

⁹² En español en el texto original [N. del T.].

⁹³ Se vende una negra con su cría. Se vende un negrito que puede servir para divertir a los niños. Se habla de la cría de una negra como se diría acerca de un animal. Se dice negrito como se diría cachorrillo: tales denominaciones son repugnantes y ultrajantes para el pueblo civilizado que las emplea [N. del A.].

⁹⁴ Narciso Andreas era un esclavo, compró su libertad a don Pedro G. Su antiguo amo, arruinado, fue alimentado por él durante cuarenta años. Por su parte, Bautista Elías, negro libre, se volvió a vender para permitir a su ama, la dama G., rescatar su negocio.

Se ha visto a negros salvar a sus amos arriesgando sus vidas. En el incendio ocurrido en Santiago, catorce negros perecieron por salvar a los hijos de sus amos. Todos estos hechos son bien conocidos en La Habana [N. del A.].

—No nos quieren, sólo nos respetan porque nos temen —exclamaba otro.

Daba pena oírlos y verlos hacerse, de cierto modo, las víctimas de la ingratitud de los negros.

—¡Por Dios!, señores —se les hubiera podido contestar con razón—, no exijan de esos pobres malditos más de lo que pueden darles y si no les matan, ya hacen mucho por ustedes. No exijan un ardiente reconocimiento por parte de aquellos a quienes ustedes exprimen para satisfacer sus placeres y sus excesos. Los negros les parecen desagradecidos y ciertamente lo son; pero ¡por Dios!, sean justos y díganme si han visto alguna vez al preso querer a su carcelero y a la víctima querer a su verdugo. Pretenden ser buenos y compasivos con sus esclavos; les dan el pan y el agua necesarios para vivir; los visten, los acuestan sobre paja siempre fresca; no los hacen trabajar más de ocho horas los domingos. Todo eso es cierto, pero nada de eso es suficiente. Todo eso no es nada. Aunque alimentasen a sus negros como se alimentan ustedes mismos, los vistiesen como príncipes y les diesen el derecho de no hacer nada, sus negros no sentirían por ustedes ni más ni menos gratitud.

—Bien lo sabemos, respondería uno de los amos. La naturaleza del negro es perversa y por mucho que uno haga, no puede cambiar.

—El negro es todo lo que usted dice porque su condición lo obliga a ello. La esclavitud es una monstruosidad y su raciocinio, su obligación como cristiano, como hombre civilizado y, añadiría incluso su interés, le imponen el deber de terminar con esto.

Tras esta discusión ficticia, he aquí una conversación real. Un terrateniente me dijo una noche en el hotel:

—¿Usted nos sugiere emancipar a nuestros esclavos?

—Sí —le contesté—, pero cuando los hayan preparado para ello.

—Ahora bien, nuestra colonia no puede existir sin esclavos.

—Pues peor para ella si eso es verdad, aunque dudo mucho de ello, se lo aseguro.

—Pero la emancipación de los negros daría lugar a toda clase de desórdenes...

—Por eso no soy partidario de darles inmediatamente su libertad.

—¿Podremos hacerlo más adelante?

—Estoy seguro de ello y hasta le diré que pronto se podrá, si se considera que todo el porvenir de esta colonia descansa sobre la franca y completa abolición de la esclavitud.

—¡Explíquese!

—No pido otra cosa. La esclavitud es, y eso está admitido por todo el mundo, una monstruosidad de nuestro siglo, la vergüenza de nuestros tiempos y una mancha de barbarie extendida sobre nuestra civilización. Pero como todas las monstruosidades vividas durante mucho tiempo, la esclavitud ha engendrado una suma incalculable de abusos arraigados en la sociedad entera. Se deben vencer los abusos y destruir los prejuicios antes de abolir la esclavitud.

—¿De qué abusos y de qué prejuicios habla?

—De los abusos de la fuerza, eso le concierne personalmente, y de los prejuicios de los blancos contra el trabajo, eso le concierne también.

—Debemos ser inflexibles con los negros, de lo contrario no los podríamos hacer obedecer.

—El abuso de la fuerza ha embrutecido a esos desdichados; es necesario devolverles la razón con una educación *moral y doméstica*; casarlos regularmente y no separarlos más de sus mujeres e hijos; dejar de imponerles trabajo más allá de sus fuerzas y evitar el inicio de sus jornadas antes del amanecer y el término de éstas pocas horas antes de finalizar el día. El trabajo debe dejar de ser una ignominia para el hombre libre, y el negro, en cuanto sea dueño de sí mismo, debe dejar de lado ese sentimiento de falsa dignidad sembrado en él, el cual consiste en exclamar: “¡Soy libre, por lo tanto no debo hacer nada!”. Cuando hayan alcanzado esa etapa podrán empezar a emancipar a los esclavos y, entonces, no habrá peligro alguno en emprender este proceso. Desde hoy usted no debe comprar más negros y su gobierno debe promulgar una ley que *declare libres a todos los hijos de esclavos por nacer*. He aquí todo mi sistema para la abolición de la esclavitud. Es bastante sencillo como lo puede ver, y aunque usted no lo quiera, tarde o temprano se pondrá en práctica.

—Su sistema echaría a perder la colonia, por eso mismo lo rechazamos.

—¿Usted cree eso?

—Ciertamente.

—¡Bien!, examinemos esta cuestión.

—Merece la pena hacerlo.

—Dígame primero cuántos negros emplea usted para labrar un terreno de mil metros cuadrados.

—Unos cincuenta aproximadamente.

—Muy bien. ¿Cuántos días necesitan esos cincuenta trabajadores para cumplir con su tarea?

—Cuatro; ¡son tan perezosos!

—Realizan, por lo tanto, un promedio de cinco metros por día. Ahora bien, ¿cuántos vigilantes necesita para sus cincuenta negros?

—Dos o tres, a veces más, depende...

—Esos vigilantes no suelen ser muy indulgentes, no les dejan tiempo ni para secarse el sudor que cae de su frente. Esta mañana he visto un campo lleno de obreros, no se detenían nunca y a pesar de ello el trabajo no avanzaba.

—Le he dicho cien veces: el negro es un abominable perezoso.

—¡Se equivoca!, no es perezoso; actúa con lógica. Piensa el pobre diablo, en su mente pesada: “Son mis brazos lo que quieren que yo mueva, pues los muevo, y no pueden reprocharme nada. Si quisiera hacer uso de mi inteligencia, podría acortar mi trabajo, ¿pero qué interés tendría en terminar este campo hoy? Después de terminar esta tarea, debo empezar otra y resulta en lo mismo para mí trabajar aquí o en otro lugar”. Así razona su esclavo, y su razonamiento es correcto. Ahora, tome a 10 trabajadores libres, entrégueles un campo de 1000 metros cuadrados por labrar y dígales: “Les doy tanto por este trabajo y pueden terminar cuando les parezca”. Mis 10 trabajadores libres pondrán su inteligencia al servicio de sus brazos y, en vez de labrar 5 metros por día, labrarán 20 cada uno. En resumidas cuentas, harán en 5 días lo que sus 50 esclavos hacen en 4. Ya no necesitará tener guardias, el afán de lucro los reemplazará. Usted podrá obtener con 10 hombres libres, prácticamente en el mismo tiempo, una suma de trabajo equivalente a la obtenida con sus 52 o 53 esclavos. Si usted promueve en los negros el valor del trabajo, si los prepara mediante una buena educación doméstica a ser dignos de la libertad, si les hace entender sus deberes de hombres, una vez en libertad le querrán y vendrán a pedirle el favor de ganarse la vida trabajando en sus tierras. Éste es el fondo de mi opinión. Estoy muy convencido de mis palabras y todas sus objeciones no me harán cambiar de parecer.

El buen hacendado reflexionó un momento, luego me dijo:

—¿Comparten muchos de sus compatriotas sus ideas?

—¡Eso espero!, le contesté.

—Entonces —añadió—, un día u otro, ya no habrá más colonias para Europa.

En comparación con los hacendados de los Estados Unidos, los amos españoles son más benignos con sus esclavos. Estoy dispuesto a creerlo, pero esa clemencia tan alabada no impide a los capataces de las fincas derramar la sangre de los esclavos con el látigo. He visto morir ante mis ojos a un negro después de haber sido abandonado durante diez horas en una cloaca, con el agua hasta los hombros.

Tendremos el derecho de creernos gente civilizada únicamente cuando hayamos destruido la esclavitud allí donde exista.

XIII

Los empleados. Los ladrones honrados. Los españoles de La Habana

En La Habana, los jóvenes sienten pasión por los empleos públicos. No hay ningún pequeño escribiente, empleado de la aduana o de policía que no se considere a sí mismo como un personaje importante. No puedo recordar sin reírme el altercado suscitado en la cancillería del gobernador entre el señor Bordier, yo y un pequeño señor de veinte años. Entramos en una oficina y, después de haber saludado muy cortésmente al empleado que allí reinaba, le rogamos hacernos el favor de visar nuestros pasaportes. El joven mirlíflor nos devolvió el saludo con desdén y sin descubrirse; consideramos entonces pertinente no seguir con el sombrero en mano. Pero al ver que volvíamos a cubrirnos, se enojó, se puso colorado como un tomate y en tono imperativo nos dijo:

—¡Quítense, pues, sus sombreros!

—Cuando usted se haya quitado el suyo, señor —le contestó con frialdad el señor Bordier.

—Yo soy una autoridad —replicó el joven—, y nada me obliga a descubrirme ante ustedes.

—¿Acaso es usted un Grande de España, señor? —preguntó el señor Bordier con una risa irónica—. ¡Todo es posible! Por mi parte, estoy tanto más dispuesto a descubrirme cuanto que mi sombrero me molesta en gran medida... hasta me sacaré el pantalón si eso puede complacerlo.

—¿Y usted? —me gritó el joven—, ¿va a permanecer cubierto ante mí?

—Sí señor —le contesté.

—Ya le obligaré a descubrirse.

—¡Veremos!

El iracundo empleado de la oficina de pasaportes se levantó, abrió una puerta y volvió acompañado por un viejo soldado de infantería, curtido y con galones.

—Obligüe —le dijo—, quitarse el sombrero a este señor.

—No haré eso —contestó el soldado, airado al ver que lo habían molestado para semejante tarea, y en seguida se retiró encogiéndose de hombros.

El empleado se encorajinó: agarró su gorra galoneada y la tiró sobre su escritorio.

—Ahora —gritó dirigiéndose a mí—, ¿se descubrirá?

—¡No señor! —le contesté.

—Pero le estoy hablando con la cabeza descubierta, me parece.

—En efecto, me hace usted el honor de hablarme con la cabeza descubierta, pero el tono en el que se dirige a mí empieza a cansarme, se lo advierto.

—¿Quiere usted, señor, visar nuestros pasaportes? —dijo el señor Bordier—. Si quiere, hágalo pues rápidamente...

Un edecán del gobernador entró. Se informó del motivo de tan ruidoso y ridículo debate, y tras haberle ordenado al empleado seguirlo con el gobernador, nos dijo con mucha educación:

—Alguien va a venir a visar sus pasaportes, señores. Siéntense por favor y esperen un momento.

Poco tiempo después salimos del palacio, con nuestros pasaportes visados por un viejo empleado muy ceremonioso y meticuloso, y volvimos a nuestro hotel riéndonos aún de la ridícula disputa ocasionada por aquel joven presuntuoso.

La mayoría de los empleados habaneros son inaccesibles. ¡Ay de aquel pobre diablo obligado a pasar por sus escrituras!

Tuvimos un poco más tarde otra disputa con los empleados de la aduana; pero en ese caso la única finalidad era conseguir de nosotros algunas pias-tras. Lo hicimos de buen grado y pudimos retirar nuestros baúles, sin que los dedos ganchudos de los revisores pudiesen hurgar en ellos. Por una piastra, uno puede cerrarles los ojos a todos los pequeños aduaneros y llevarse sus cigarros y sus mermeladas sin pagar los derechos de salida.

He presenciado todo lo narrado.

Toda la burocracia habanera es de una vanidad totalmente burlesca. Suele tener hermosos trajes, mas no siempre tiene pan para la cena.

Los ladrones honrados pululan en La Habana. Bajo esta denominación se incluye a todos los ayudas de cámara y a todos los entremetidos con la costumbre de agarrar a los extranjeros y, bajo el pretexto de ahorrarles algunos inconvenientes, se encargan de desembarcar sus equipajes, visar sus pasaportes, etcétera... Cuidense de esos sacacuartos con traje negro y guantes helados.

Los españoles de España tratan a los españoles de Cuba un poco como los parisinos tratan a los provincianos. Basta con haber nacido en Barcelona, Cádiz o Sevilla para tener en La Habana derecho de supremacía sobre los colonos. Los españoles se comportan ahí, como en todas partes, con soberbia, están encantados de haberse conocido.

Existen en La Habana bancos y casas de negocios que gozan justamente de una gran reputación de honor. Esas casas son españolas.

XIV

Las casas particulares. Los edificios públicos, las alamedas, etcétera.

Lo que uno desea por encima de todo en La Habana es aire y frescor. Las viviendas se construyen con ese doble objetivo. En la parte exterior ostentan altas ventanas siempre abiertas que descienden a treinta centímetros de la vereda en cuanto a la planta baja. Una gruesa reja de hierro, que avanza sobre la calle, protege la entrada contra los ladrones. La puerta cochera se abre sobre un lindo *zaguán*, embaldosado con mármol o con mosaicos blancos y negros. Ahí es donde tiene su espacio reservado la elegante *volante*. Ese carruaje es simplemente un gran cabriolé montado sobre enormes ruedas muy altas. Algunos alcanzan precios exorbitantes, por los ornamentos de plata que los sobrecargan. Suelen ser tirados por una o dos mulas. Cuando se deja atrás el *zaguán*, se llega bajo un hermoso corredor que da sobre los apartamentos. El corredor desemboca siempre en un lugar encantador llamado *patio*, adornado con árboles y arbustos odoríferos: naranjos, limoneros, granados, jazmines, rosales, etcétera. Una fuente de mármol blanco, de estilo mudéjar, se halla en el centro y da agua en abundancia. Los apartamentos son altos y abiertos con anchas puertas que dejan ver todas las demás salas de la casa. El salón es sencillo, fresco y viene aderezado con canastas de flores magníficas. Quedan descartados los tapices así como las colgaduras y, en su lugar, se encuentran esteras de la China o de la India de lo más llamativas. Sólo los nuevos ricos y los memos advenedizos desean amueblar sus hogares según el estilo europeo. Las casas habaneras disponen todas de una azotea a modo de tejado. Es muy agradable pasearse ahí con la puesta del sol: la vista es admirable y se goza del frescor traído por la brisa del mar a esa hora.

Del palacio de gobierno sólo es notable su magnitud. Es un gran edificio cuadrado, de varios pisos y cuyo único encanto es tener su fachada principal frente a la plaza. Esta plaza, en donde han plantado *palmas reales* dignas de admiración, está adornada en su centro con una estatua bastante mediocre de Fernando VII. Ahí es donde la banda militar toca conciertos cada noche, atrayendo así a todas las bellas damas de la ciudad. A la hora de la música, la plaza luce atestada de paseantes y sus inmediaciones permanecen obstruidas por una triple fila de cabriolés, donde se van las damas de la alta sociedad.

El palacio del arzobispado es un gran edificio y nada más.

Las iglesias son enormes bloques de mampostería, con la pesadez de las mezquitas turcas pero sin la elegancia y esbeltez propias de sus alminares. La catedral hace ostentación de mucha riqueza en su interior. Las imágenes esculpidas de santos y santas se ven recargadas de oro y de pedrería. He notado la presencia de varios cuadros hermosos de maestros españoles, tontamente relegados en los rincones de la nave. Los habaneros no son muy sensibles al arte en general y usted puede ver a más de un nativo adinerado admirar el marco precioso de una pintura, sin dignarse a mirar la obra magistral. En este país el oro, sólo el oro, tiene algún valor. Muéstrela a un bárbaro un jarrón de plata cincelado por Benvenuto Cellini o por Froment-Meurice: ¡le preguntará cuánto pesa!

Me contaron sobre la existencia de varios conventos de monjas donde hay pinturas maravillosas. A menudo he lamentado no poder ir a cerciorarme del mayor o menor valor de las obras allí escondidas; pero para visitar un convento de monjas en La Habana, es necesario ser clérigo o entregar muchas onzas de oro a la monja cancerbera.

En cada iglesia hay un estrado cerrado para los negros. Es curioso, incluso en la iglesia el esclavo no pueda arrodillarse donde le parezca. Para golpear su imaginación hay un gran Cristo negro con sus llagas abiertas expuestas y repugnantemente sangrientas, parece estar ahí para alentar al esclavo a ser paciente y resignado.

Ese bondadoso y gran Dios negro es un engaño repelente y destruirá a la Iglesia española por completo.

En una de las esquinas de la plaza principal hay una pequeña capilla consagrada a Cristóbal Colón. Se asegura que ese devoto edificio ha sido construido en el lugar donde el intrépido genovés desembarcó.

Si la opinión tiene fundamento, lo cual es posible, se debe reconocer que España no merece su fama de ingratitud hacia el ilustre navegante. Él les entregó un mundo y ella le consagró una pequeña capilla, tan sólo le adeuda uno rezos para descansar en paz.

No sé si Cristóbal Colón había leído a Aristóteles, Plutarco y Diodoro de Sicilia; pero si leyó a aquellos grandes doctores de la antigüedad, es de suponer que fueron ellos quienes lo encaminaron hacia su descubrimiento. La descripción ofrecida por Plutarco de su Isla de Cronos y de los grandes ríos que arrastran arena debió de llamar la atención de Cristóbal Colón, en caso de haber leído las obras de aquel filósofo. El señor Ternaux-Compans, en un librito publicado en 1843 sobre la Guayana Francesa,⁹⁵ cita varios nombres de bretones y normandos quienes habían visitado las costas de Brasil a comienzos del siglo XVI. Lamenta, y comparto vivamente sus pesares, “que nuestros asuntos marítimos hayan sido siempre tan desatendidos, que ningún autor francés se haya tomado la molestia de escribir sobre las navegaciones de los bretones y normandos”. Y añade, “solamente hurgando en las obras de historiadores extranjeros podemos encontrar algún rastro de las mismas. J. de Léry, Thévet, Barré, de Thou y todos los que narraron el intento del caballero de Villegagnon de establecer una colonia en Río de Janeiro hablan de Brasil como de un país conocido y frecuentado desde siempre”; pero sin entrar en detalles. El único expositor de datos más explícitos es P. Bergueron, quien menciona en su *Histoire de la navigation*:

Sin embargo, nuestros normandos y nuestros bretones afirman haber sido los primeros en descubrir estas tierras, y desde los más remotos tiempos traficaron con los salvajes de Brasil en un lugar llamado Puerto Real. Pero al no haber registrado eso por escrito, todo terminó olvidándose. Este país fue llamado por los portugueses Tierra de Santa Cruz a causa de una cruz levantada con solemnidad allí por Cabral⁹⁶; pero nuestros franceses le dieron el nombre de Brasil porque esa madera crece en abundancia en algunos lugares. Un argumento más en favor de los franceses es que el nombre de

⁹⁵ Se refiere a la obra de Henri Ternaux-Compans. *Notice Historique su la Guyane Française*. Paris: Chez Fermin Didot Frères, Libraries, 1843 [N. del E.].

⁹⁶ Pedro Alvares de Cabral, navegante portugués, recorrió las costas de Brasil en 1500. Fue reivindicado por los brasileños como su descubridor [N. del E.].

Brasil atribuido a esa tierra, se generalizó en toda Europa y fue definitivamente adoptado.⁹⁷

Finalmente, se lee en la obra de un autor español, Gomara:⁹⁸ un piloto francés de Saint-Malo vino a morir en la casa de Cristóbal Colón, así fue como le reveló el secreto del Nuevo Mundo.

He dedicado muchas páginas a esa pequeña capilla levantada en La Habana en honor del inmortal genovés; pero si Francia pudiese rescatar una pequeña parte de su gloria para alguno de sus hijos olvidados, entonces no lamentaría haberlas escrito.

Las alamedas de La Habana son encantadoras, con sus hermosos árboles y bordeadas por arriates floridos. Al final del paseo principal se levanta el teatro Tacón. Desde fuera, el edificio no ofrece nada digno de ser destacado, su peristilo es mezquino y su frontón es de una pesadez deleznable. La sala es muy hermosa y sus palcos han sido construidos y decorados con exquisitez.

Fuera de la ciudad se encuentran los lindos pueblos de Regla, El Cerro y Puentes Grandes. El campo se ve bien cultivado y bien sembrado. Las *palmas reales*, los cocoteros, los zapotillos, los aguacates, los naranjos, los limoneros y los guayabos se alzan por todas partes y embellecen el paisaje. El relieve es sinuoso: hay hermosas cañadas donde se siembra caña de azúcar, tabaco, algodón, con arroyos serpenteantes de agua viva y diáfana, también hay colinas erizadas por cactus espinosos, bellas montañas pobladas de árboles y profundos despeñaderos donde corren con estrépito varios torrentes. En los pueblos se ven elegantes salones de baile edificados a la intemperie para el pueblo. En el pueblo de Bilbao hay una *posada* muy famosa, donde se come muy mal por un precio muy elevado. En la parte baja de ese pueblo hay un torrente que merece la pena ser visto.

La *quinta*⁹⁹ del gobernador se encuentra a dos o tres leguas de La Habana. Está edificada sobre un jardín encantador.

En La Habana hay hermosos cafés y confiterías donde las damas van a tomar jarabe y a comer helado.

⁹⁷ P. Bergueron. *Histoire de la navigation*. París, 1630, in-8º: 107 [N. del A].

⁹⁸ Francisco López de Gomara. *Historia de las Indias. Medina del Campo*. 1553, in-fº: 10 [N. del A.].

⁹⁹ En español en el texto original [N. del T.].

No hay fieras salvajes en la isla de Cuba, pero se encuentran a menudo en el campo serpientes y alacranes muy peligrosos. Es prudente llevar siempre consigo un frasco de álcali cuando uno pasea por él.

XV

Las habaneras, los perritos habaneros

He tenido en varias ocasiones la oportunidad de admirar a las bellas damas de La Habana. He visto en los bailes del gobernador a todas las bellezas aristocráticas de la ciudad; me han recibido en muchas casas particulares, he asistido muy regularmente a las representaciones del teatro Tacón y, en todos estos lugares, he podido contemplar con regocijo a esas reinas de belleza y de coquetería.

Las damas habaneras son muy bellas. La blancura de su tez es admirable, tienen unos ojos negros grandes y dulces, la boca pequeña, los dientes del más puro esmalte, manos perfectas, los pies...¡ay!, los pies más lindos, más coquetos y más provocadores que se pueda imaginar. Una ligera carnosidad suaviza sus formas y añade blancura a su piel. Sus hombros y brazos son encantadores, y ellas lo saben muy bien. El calor de La Habana es sólo un afortunado pretexto para mostrarse muy escotadas y con los brazos descubiertos en el teatro o en sus casas. Su vestimenta se caracteriza siempre por el buen gusto; se compone de un vestido de batista muy abierto a la altura del pecho y adornado de encajes muy costosos. Sus pies siempre están calzados de seda y su cabello, bien peinado y perfumado, con una única flor natural como ornamento; sus manos se ven siempre desnudas pero cargadas de anillos.

La dama habanera nunca sale a pie. Acude a la iglesia en *volante*, y del mismo modo va en *él* a hacer sus compras. Los comerciantes se acercan al estribo de su vehículo para mostrarle sus mercancías y debatir el precio con ellas. De este modo he visto a varias de esas damas comprar objetos que a mis ojos les quitan no poco encanto.

La dama habanera es perezosa como la pereza. Si está sentada y deja caer su abanico, llamará a una esclava para recogerlo. Pasa horas enteras meciéndose en un sillón americano, medio despierta, medio adormecida, mientras sus esclavos le cuentan historias de fantasmas.

La dama habanera se alimenta con dulces y limonadas. Mordisquea caramelos como una cotorra y bebe agua de chocolate, el *tiste*,¹⁰⁰ como un polaco bebe *aguardiente*. Fuma mucho cigarrillo, pero come pastillas de menta o de cachú para cuidar el aliento. Es devota por naturaleza, quiere a los curas y a los monjes y venera siempre a un santo o a una santa. Acude a las iglesias cubierta con un velo de lujosa mantilla de encaje negro y, aún con los ojos puestos en su libro de horas o en su rosario, no se pierde una sola mirada de sus pretendientes.

Es bastante instruida. Canta bien, toca el arpa y la guitarra. En su conversación emplea siempre metáforas: no tiene ingenio, pero suple esa carencia con mucha malicia. Le encanta gustar a los hombres, pero es poco cariñosa. Muy frívola, muy vanidosa, vive enamorada de las fiestas y los espectáculos. Es muy celosa de los éxitos de sus rivales y su lengua, filosa como una flecha, no perdona nunca a quienes pretenden superarla en elegancia o arrebatarle una conquista. ¿Son estos lindos defectos exclusivamente propios de las habaneras? No me atrevería a responder.

La pereza de la dama habanera se transforma en prodigiosa actividad durante un baile. Mientras haya apuestos caballeros en el salón, nunca sentirá fatiga y querrá pasar la noche bailando con ellos.

—Mi querida amiga —decía una noche el conde de B. a su joven esposa—, ya va a amanecer, me caigo de sueño, debemos irnos.

—¡Ah!, querido —respondió la condesa—, déjame, te lo ruego, embrujar un poco más al señor capitán T.

—¡Embrújalo pues, embrújalo! —dijo su marido regresando filosóficamente al bufé.

La dama habanera es, a pesar de todo, una buena esposa y una buena madre. Ama a su marido con sensatez, fríamente, siempre que éste le permita editar su novelita cada mes. Ama a sus hijos sin entusiasmo; encomienda a los esclavos la tarea de acompañarlos a pasear, a la escuela o a la iglesia; a ella le falta tiempo para atenderlos. Pero por otra parte les

¹⁰⁰ En español en el texto original [N. del T.].

devuelve todos sus besos con ternura, los consiente, acaricia y jamás les corrige sus jóvenes defectos.

La dama habanera ha inventado un lenguaje telegráfico; su abanico es el instrumento con el cual transmite a sus amantes las emociones de su corazón. El abanico balbucea entre sus dedos con extrema locuacidad. Dice todo lo que uno pueda desear que diga: frases tiernas y llenas de besos, amargos celos, reproches llenos de lágrimas, terribles amenazas. Su movimiento es, según lo que se quiera expresar, lento, suave, ondulado, discontinuo, febril o convulsivo. El teatro Tacón es el lugar donde mejor se puede apreciar la elocuencia de los abanicos. Una noche, durante una representación de *Attila* de Verdi, un joven junto al cual me encontraba, me dijo de repente:

—¿Le gustaría venir a saludar a la señora G.? Lo está invitando a su palco.

Volteé la mirada hacia la dama, no me miraba pero agitaba su abanico con fuerza.

—¡Vamos pues! —repitió mi intérprete—. ¿No querrá hacerse esperar...?

Al acercarme a la señora G., me quedé estupefacto al oír:

—¿Acaso está sordo, señor? Hace más de un cuarto de hora le estoy rogando venir a acompañarme.

Desconocía la facultad de la dama habanera de meter su lengua en el abanico.

Pasé media hora con la señora G. La señora Tedesco¹⁰¹ cantaba, y aquella no me perdonó que ésta me pareciese bonita haber destacado su voz deliciosa.

Para terminar, es preciso confesar que las habaneras son adorables y resulta difícil, por no decir imposible, abandonar su ciudad sin dejar una parte del corazón prendido a las puntas de sus lindas espinas. Por lo demás, no sólo las españolas son hermosas, he visto a mulatas muy bonitas y a mestizas muy lindas.

¹⁰¹ Se trata de la soprano italiana Fortunata Tedesco. En 1846 interpretó en Cuba el papel de Elvira en la ópera *Emani* de Giuseppe Verdi. En 1848, con la compañía de ópera de Francisco Marty, interpretó el papel de Gulnara en la ópera *Guinara* de Luigi Arditi [N. del E.].

Lo más encantador de La Habana, después de las damas, son los perritos. Tienen un pelaje blanco como la seda, ojos negros brillantes de malicia, la piel rosada, patitas encantadoras y se les puede transportar en el bolsillo.

XVI

Comercio. Productos del país, precios de las cosas en La Habana. Despedidas. Partida

La ciudad de La Habana es una de las plazas comerciales más importantes del mundo. Debe su riqueza exclusivamente al comercio. Miles de buques de todas las naciones traen los productos de Europa y de los Estados Unidos a esta ciudad que lo recibe todo y lo paga todo muy caro. La aduana es ahí, como en México, la pesadilla y el monstro de los capitanes de buque; éstos, para escapar de las altas tarifas, deben estrechar lazos con los aduaneros y pagarles una buena coima, la cual tiene siempre el poder de volverlos sordos y ciegos.

Todo el mundo sabe que en La Habana se cultiva el tabaco a gran escala, el cual sirve para abastecer a toda Europa con una extraordinaria cantidad de buenos cigarros. El tabaco es la principal industria del país. Pero se cultiva también la caña de azúcar y se pueden expedir cada año a España miles de toneladas de azúcar en bruto. Las mermeladas de guayaba y de piña son muy apreciadas y constituyen otro pequeño ramo del comercio habanero.

Todo está fuera de precio en esta ciudad; una onza de oro se gasta sin el menor esfuerzo. Un pañuelo de batista cuesta 4 piastras; un par de zapatos de charol, 8 piastras; un sombrero de paja común, 30 piastras; un par de guantes, 2 piastras; un pantalón de tela, 10 piastras; se pagan 2 piastras por un corte de cabello. Los buenos cigarros cuestan 50, 60 y hasta 80 piastras el millar.

Al llegar el día de mi partida fui a realizar mis visitas de despedida, las cuales fueron, por desgracia, muy tristes...

Reservé mi pasaje para Belice a bordo del buque correo inglés El Malibran. No se le podía haber dado nombre más encantador a un buque tan horrendo.

El capitán debía zarpar a las 4 de la tarde. Eran las 11 de la mañana, tenía pues 5 horas por delante. Empléé parte de ese tiempo en visitar algunos buques franceses fondeados en el puerto y uno de los capitanes me invitó a almorzar con él. Le dio la orden a un marinero de vigilar El Malibran para poder embarcarme en el momento de su salida, tomada esta precaución nos sentamos a la mesa. El almuerzo se prolongó hasta las dos. De forma natural, mi mirada se fijó en El Malibran y noté que se disponía a salir de la rada. Ese diablo de inglés había adelantado su hora de partida y se llevaba con él mis baúles y mi dinero. El capitán francés lanzó inmediatamente su yola al mar, seis buenos remeros bajaron con nosotros y nos lanzamos a perseguir el buque. Después de tres horas de carrera fuera de la rada y, a pesar de la altura de las olas estrellándose contra nuestra frágil embarcación, lo alcanzamos. El inglés nos lanzó un cable, luego una escalera de cuerdas, y me icé hasta su cubierta. La primera cosa que hice al tocar pie fue saltarle al cuello. Estaba empapado, furioso, y me hubiese gustado estrangularlo un poco; se apartó de mí, un poco ruborizado, y con voz ronca me dijo:

—Yo haber olvidado usted positivamente.

Agradecí al capitán y a los marineros que me habían ayudado alcanzar El Malibran, y tras habernos despedido, los vi alzar su pequeña vela y su linda yola zarpó, inclinándose sobre el mar como una gaviota.

Me quedé en cubierta para ver La Habana por última vez y para imprimir su imagen en mi corazón y en mis ojos.

La Habana es un lugar admirable, podría ser un paraíso terrestre, si no tuviese esclavos ni fiebre amarilla. Los esclavos desaparecerán un día, tengo esa dulce certeza; ¿pero será también el caso de la plaga responsable de que ese hermoso país sea tan temido por los europeos? Es una cuestión cuya resolución sólo depende de Dios.

Llegó la noche, estaba aún en la cubierta de El Malibran, y ya sólo distinguía las luces del faro de La Habana.

—Señor —me dijo el capitán—, ¿no querer venir usted a comer un buena sopa de tortuga que haber hecho yo?

La sopa de tortuga estaba tan sabrosa que logró disipar la poca rabia todavía acumulada en mí contra el buen capitán.

XVII

Belice. El rey de los *mosquitos*

La pequeña colonia inglesa de Belice está situada sobre la costa norte del golfo de Honduras. Su superficie es de 17 000 millas inglesas cuadradas, y se estima su población en aproximadamente 15 000 habitantes.

La ciudad de Belice se parece mucho más a un pueblo suizo que a una ciudad americana; pero esta semejanza desaparece en cuanto se detiene la mirada más allá de las viviendas: toda la vegetación de los trópicos está ahí para hacernos olvidar la fría Helvetia.

Belice está, por así decirlo, edificada sobre el agua. Antes de pensar en construir una casa, es necesario acondicionar su terreno: los guijarros del mar y la arena arrastrados forman siempre los primeros cimientos. Esta ciudad, pues se le considera tal, pertenece a la Gran Bretaña. Está defendida por una lengua de tierra verde como un jardín y encima de la cual se fijaron, sobre malas cureñas, media docena de pequeños cañones. A esta lengua de tierra, armada de tal modo, se le llama El Fuerte, unos veinte negros, con pantalones blancos y levitas del mismo color, forman allí una guarnición.

Al llegar a la plaza de Belice, nos pusimos en busca de un hotel; pero en esta ciudad no los hay. Sólo se pueden encontrar sucias tabernas, donde los negros y los marinos van a embriagarse y a pelear. El capitán de El Malibran, para quedar bien de una vez conmigo, me llevó a casa de su consignatario, el señor Mathe,¹⁰² negociante inglés, quien me recibió con la más exquisita cortesía.

¹⁰² Se trata de Anthony Mathe, quien más tarde será un importante productor de caña de azúcar en el ingenio Regalía State [N. del E.].

Belice, como bien pueden imaginarlo, no cuenta con edificios ni monumentos. Sus casas en forma de chalé están construidas con madera de caoba, desde los suelos de parqué hasta los techos. Están horriblemente pintorreadas, lo cual es, sin duda alguna, prueba del mal gusto de los habitantes, quienes en vez de enlucir sus viviendas deberían limitarse a aplicar una capa de barniz grueso para dejar el color natural de la madera. El resultado sería entonces de lo más agradable y tendríamos una ciudad colorada y reluciente, lo cual, en medio de los árboles verdes y al borde del mar, produciría un cuadro tan bonito como original.

Los apartamentos están, como en México, muy poco amueblados; algunas consolas, algunas mecedoras, algunos sofás de junco, catres de tijera y sus blancas mosquiteras, esteras o pieles de jaguares tiradas por el parqué, eso es más o menos todo lo que compone el mobiliario de un rico negociante. Las viviendas de los obreros solo tienen una hamaca de pita, una rústica mesa cargada de utensilios de cocina y una guitarra colgada encima de la hamaca.

Lo que en Belice llaman el palacio del Gobernador es una gran cabaña de madera plantada en medio de un jardín. La oficina de correos y la iglesia son los dos únicos edificios de piedra. Un puente de madera bastante elevado cruza el río. Desde ahí se puede disfrutar de la vista más linda que uno pueda imaginar.

Las calles de Belice están enfangadas y sucias, pero trazadas con bastante regularidad. Se encuentran en ellas, como en México y en La Habana, numerosas cofradías de *zopilotes*; pero en este caso, esos feos pájaros no son tan familiares como en Veracruz.

La población se compone de negros y de mulatos, y hablan todos un pésimo inglés. La esclavitud se abolió en Belice, como en todas las demás colonias de la Gran Bretaña. Se llama caribes a todos los negros residentes de las costas del golfo de Honduras,¹⁰³ y reconozco que este nombre no me parece fácil de justificar. Los caribes son indios,

¹⁰³ Se trata del pueblo garífuna o garífuna que habita en los estados de Honduras, Guatemala y Belice. Llegó a tierras centroamericanas proveniente de las islas San Vicente y las Granadinas, tras ser deportado en 1797 por los ingleses. Producto de la mezcla entre africanos e indígenas arawakos, un grupo de ellos se asentó en La Boga, hoy Livingston, en 1802 en compañía de algunos de los esclavos libertos originarios de Haití, deportados, asimismo, por los españoles a raíz de la Revolución encabezada por Toussaint de Louverture en la isla de Santo Domingo [N. del E.].

mientras los negros de Belice son de pura raza africana. El número de habitantes de Belice alcanza 4000 almas, de los cuales alrededor de 3000 son negros.

El ejército se compone de ciento setenta caribes y de veinticinco ingleses.

El puerto de Belice es un puerto franco. No se hallan aduaneros ni agentes de policía. Es al almacén general donde llegan los productos de Europa y desde donde se envían a los diversos Estados de Centroamérica. Algunas casas inglesas hacen el comercio de la madera de caoba, muy abundante en otra época por toda la extensión del golfo de Honduras y que ahora empieza a escasear en varios puntos de la costa.

Tras haber dado dos o tres veces la vuelta a la ciudad, fui a visitar al señor coronel Fancourt,¹⁰⁴ superintendente de la Colonia. El señor Fancourt me recibió con esa cortesía digna, distintiva de los altos funcionarios de la Gran Bretaña. Me quedé a cenar con él y me habló tanto de Francia, país al cual conocía bien, que no tuve tiempo de interrogarlo sobre su gobierno.

A las once fui conducido de vuelta a la casa del señor Mathe, quien, para amoldarse a los usos del país, y para ejercer la hospitalidad de la manera más generosa, había salido dejándome su casa con todo lo de adentro, material y personal.

Fue en Belice donde tuvo lugar el prodigioso coronamiento de su Majestad el rey de los *mosquitos*.¹⁰⁵ La historia de esa realeza improvisada por la política británica es muy burlesca. Diremos algunas palabras al respecto.

Los ingleses, todos lo saben inventaron, para disfrazar sus conquistas, toda clase de vocablos ingeniosos incapaces de engañar a gobierno alguno. Todo mundo conoce el significado, en su lenguaje diplomático, de la palabra Protectorado.

Entre los territorios del estado de Honduras y Nicaragua existe una tribu de indios, a quienes nombraron, ignoro porqué, *mosquitos*. Se cree que esos indios son los únicos en Centroamérica cuyos ancestros resistieron a los conquistadores españoles. En el curioso relato del mayor general

¹⁰⁴ Charles St. John Fancourt sustituyó al coronel Archibald Alexander McDonald. Estuvo en el cargo de 1843 a 1851 [N. del E.].

¹⁰⁵ En español en el texto original [N. del T.].

Cood,¹⁰⁶ gobernador de Belice, sobre la ridícula empresa del escocés Gregor MacGregor,¹⁰⁷ los *mosquitos* se llamaban los poyais. Primero voy a copiar el informe del señor Cood:

Investigación del mayor general Cood, gobernador de Belice, junio de 1824 (London, published by Lawler and Quick, Old Broad Street, 1824).

Un escocés, llamado Gregor MacGregor, tras haber recorrido una parte de Centroamérica y en particular la costa de los *Mosquitos*, imaginó en 1822 o 1823 poder recibir del gobierno de España la concesión del país de los poyais, la cual formaba parte de esa costa, comarca a la cual España nunca había podido someter bajo su dominio.

MacGregor era un hombre con imaginación, ambicioso y emprendedor. Al no conseguir la concesión del feudo de los poyais por parte de España, se autoproclamó cacique de ese pequeño país. Adoctrinó en Inglaterra y en Escocia a cierto número de personas, consiguió un adelanto de fondos y, al poco tiempo, expidió a orillas del río Negro (Black River) a dos o trescientos desgraciados sacados de la clase más corrupta del pueblo. Nombró ministros, almirantes, generales y oficiales de todos los rangos para administrar su imperio y mandar sobre sus flotas y sus ejércitos. Unos doscientos súbditos suyos habían llegado a San José (su capital) en febrero y marzo de 1823. Hacia finales de abril, la ciudad de San José contaba ya con una docena de mediaguas hechas con follaje, así como el hospital y el palacio de gobierno. A principios de mayo, entre los 205 individuos que allí llegaron, una duodécima parte había muerto, y 191 se morían de fiebre. Con mucha probabilidad, en el mes de junio San José se encontraba como en el mes de enero, si algunos caritativos pescadores de Belice no hubiesen venido a buscar a los administradores, los habitantes, las tropas y la armada del floreciente imperio de los poyais.

Al mes siguiente, un buque procedente de Inglaterra llevaba a San José un centenar de nuevos súbditos de su Alteza; pero San José había desaparecido.

¹⁰⁶ Edward Cood, superintendente de Belice de 1823 a 1829 [N. del E.].

¹⁰⁷ Aventurero escocés y oficial de la armada inglesa, actuó como oficial en la Guerra de Independencia de Venezuela. Se lo conoció como ladrón e impostor cuando, a partir de 1820, se hizo pasar como “cacique de Poyais”, un país hispanoamericano imaginario, situado en la costa de la Mosquitia, Nicaragua; mentira utilizada para inventar negocios. De esa forma, organizó varias expediciones con el fin de establecer colonos en los confines de dicho reino, quienes fueron abandonados a su suerte al no existir nada de lo prometido. En 1824, la República de Colombia denunció internacionalmente la inexistencia del reino de Poyais [N. del E.].

Las orillas del río Negro habían vuelto a su condición salvaje original y los emigrantes no quisieron desembarcar. Fueron a implorar el auxilio del gobierno de Belice, que los estableció en un islote vecino (la isla de Roatán)¹⁰⁸ y donde, al encontrarse tan incómodos como hubiesen podido estarlo en San José, decidieron desertar todos sin excepción.

De una empresa tan grande y tan noble sólo quedaron unos rangos de almirante, general, coronel y capitán; y unos títulos de conde de río Negro y de barón Tinto, éstos sirvieron para consolar a los hombres confundidos por S.A.S., el gran y poderoso cacique de los poyais.

San José, durante los dos meses de su existencia, fue gobernado por el señor Héctor Hall, antiguo militar patentado por S.A.S., coronel del ejército al mando del cuarto regimiento de línea y nombrado más tarde general de brigada, barón Tinto y teniente gobernador de San José. Era, al parecer, un buen hombre, se había dejado engañar ingenuamente y, para salvar la vida de sus súbditos, fue el primero en destruir el imperio naciente.

Desgraciadamente, la historia no ha podido registrar los nombres de los otros oficiales generales que tuvieron el honor de cooperar en la heroica empresa del cacique MacGregor.

Resulta difícil comprender la existencia de gente lo suficientemente crédula como para unirse a unos aventureros, a menudo sin más fondos que sus extravagantes proyectos. Tendré la oportunidad de hablar de la colonización belga de Santo Tomás: será una interesante comparación con la locura del señor MacGregor.

Pero es hora de volver a la realeza de los *mosquitos*. Bastante antes de MacGregor, la costa de los *Mosquitos* había llamado la atención de los ingleses. Varias pequeñas colonias habían sido fundadas: la primera sobre la bahía de la Griba, la segunda entre el río Cartago y el de Segovia, la tercera cerca de la punta del Gobernador, la cuarta en la parte baja del río de las Perlas. En 1786, esos pequeños establecimientos fueron abandonados. Los ingleses querían ejercer su influencia sobre Centroamérica con el fin de paralizar la acción de los Estados Unidos, siempre dispuestos a apropiarse de las porciones territoriales más ricas y más indefensas contra los audaces aventureros del Norte; pero para asentarse en Centroamérica, Inglaterra necesitaba un pretexto. Lo encontró en el reconocimiento

¹⁰⁸ De Valois confunde a los mosquitos con los garifunas o caribes. Véase más adelante nota 127 [N. del E.].

del cacique de los *mosquitos* como rey de aquella tierra tan codiciada por MacGregor y por los colonizadores que le precedieron.

Órdenes procedentes del Foreign Office llegaron al gobernador de Belice, quien se apresuró a ejecutarlas. Mandaron sacar al cacique de su miserable *rancho*¹⁰⁹ y lo llevaron ante el gobernador. El pobre diablo no sabía qué querían hacer con él y recibir bastonazos lo hubiese sorprendido menos que la noticia de querer proclamarlo rey.

Para terminar con la grotesca ceremonia del coronamiento, redactaron de prisa y corriendo algunos comunicados, balbucearon ante los caribes una especie de proclamación y después de lo que llamaban *cosas serias*, interpretaron la enorme farsa narrada a continuación.

En el salón del gobernador de Belice habían fabricado una especie de trono con un tonel desfondado; se le hizo tomar asiento al rey de los *mosquitos*, vestido con unos calzones nuevos y una camisa limpia, y después de la lectura del acto de investidura por parte del gobernador, le enfundaron en la cabeza una corona de papel dorado. Todos los negociantes de Belice fueron naturalmente invitados a esa parodia y todos me contaron los detalles narrados aquí con la más escrupulosa exactitud. Una vez coronado, el rey de los *mosquitos*, a quien el gobernador había dado algunos reales, invitó gentilmente a los palafreneros, los cocineros y los pocos soldados negros que pudo encontrar en el palacio a emborracharse con él en las horrendas tabernas del puerto. Al día siguiente, hallaron a su Majestad tendido en el suelo delante de la puerta del gobernador, completamente ebrio.

La farsa había sido representada y había dado lugar a esta otra farsa: el Protectorado de Inglaterra sobre el Reino de los *mosquitos*.

No porque no se encuentre al rey de los *mosquitos* inscrito en el *Almanaque de Gotha* se debe concluir que ese soberano no existe. Existe realmente y lord Palmerston,¹¹⁰ quien tuvo la idea de hacerlo coronar por el señor coronel Fancourt, bien sabrá asegurárselo.

Los ingleses, para mantener su protectorado, fueron a establecerse sobre el río San Juan de Nicaragua y eso a pesar de las reclamaciones de

¹⁰⁹ En español en el texto original [N. del T.].

¹¹⁰ Henri John Temple, tercer vizconde Palmerston, conocido como Lord Palmerston. Primer ministro británico de 1855 a 1858 y de 1859 a 1865. Secretario del Interior de 1852 a 1855 y ministro de Relaciones Exteriores de 1830 a 1834, de 1835 a 1841 y de 1846 a 1851 [N. del E.].

ese pobre estado independiente y soberano. Tenían así un pie en Centroamérica y podían ejercer una gran influencia en la región.

Había visto en dos días todo lo que se puede ver en Belice, e iba a recopilar en otro lugar más datos sobre su comercio y su salubridad, los cuales no pude encontrar allí.

Me despedí del señor Fancourt, del señor Mathe e hice reservar mi pasaje a bordo de la goleta *La Aurora*, para zarpar aquella misma tarde con destino a Izabal.

SEGUNDA PARTE

I

Livingston. El gobernador de este pueblo. Los caribes. Historia de un francés. Partida

La Aurora es una embarcación grande como la mitad de una nuez de coco. Un viejo piloto inglés dirige esta linda y pequeña goleta, asistido por media docena de caribes. Con una brisa suave y fresca, nos deslizamos a una velocidad de cinco o seis nudos. Nuestra travesía es encantadora. A medida que avanzamos, el paisaje se ensancha, ofreciendo a nuestras miradas asombradas las más seductoras imágenes. A nuestra izquierda tenemos hermosos montes arbolados, a nuestra derecha lindos islotes verdes, éstos forman una especie de archipiélago en miniatura en esta parte del golfo de Honduras. Nuestros marineros fuman en la cubierta, cantan y soplan en una caracola marina melodías que parecen compuestas a propósito para estos lugares salvajes.

Son las cinco de la tarde. El patrón de la goleta se acerca y me dice:

—¿Quiere usted, señor, saludar a uno de sus compatriotas?

—¿Qué compatriota? —pregunté sorprendido.

—¿Usted ve —siguió el patrón—, esa pequeña piragua desprendida de la isla ubicada justo frente a nosotros? En esa piragua hay un hombre, ese hombre es de su país.

—¿Cómo se llama?

—Se le llama *el francés*; es el único nombre al cual responde.

—¿Lo conoce?

—Cada vez que paso cerca de su isla, sube a bordo para ofrecerme huevos o pescado. ¡Mire, ahí está! Va a amarrar su piragua a la goleta y subir a bordo.

Terminaba su frase cuando un hombre, joven todavía y vestido como los caribes, apareció en la parte trasera del buque, sosteniendo con una sola mano una cesta de plátanos y piñas.

—*¡Aquí estoy, señor capitán!*¹ —dijo acercándose al patrón.

—*¡Bueno!*² —contestó éste—, *¿qué lleva usted en su canasta, señor Francés?*³

—*¡Frutas!*⁴

El patrón, tras una señal mía, le compró la canasta al francés, quien, después de haber cobrado su dinero, se dispuso a regresar a la piragua. Avancé en seguida hacia él, diciéndole en francés:

—¿Ya se va, señor?

—¡Sí!... —dijo mirándome fijamente.

—Puede permanecer a bordo, señor Francés⁵ —dijo el patrón—. Dentro de cinco minutos estaremos en la *Boca del Río Dulce*, donde vamos a fondear, y usted podrá entonces desembarcar más cómodamente.⁶

—Venga por aquí, señor —añadí—. Llego de Francia y podría darle noticias de su país; pues me han dicho que usted es francés...

—Lo fui —contestó el extranjero con una sonrisa apenada—, pero hoy ya sólo soy un caribe blanco. Que tenga un buen viaje —añadió—, y trate de no quedarse demasiado tiempo en Izabal; es un puerto insalubre donde los europeos contraen fiebres incurables. ¡Adiós! ¡Adiós! Ya no soy francés, pero sigo queriendo a Francia... Y si cuando regrese quiere detenerse en mi isla, le mostraré mis riquezas y le daré huevos frescos y plátanos maduros.

Dicho esto, mi extraño compatriota pasó por encima de la borda de la chopa, se deslizó a lo largo de una amarra y cayó en su piragua, la cual dirigió rápidamente hacia su isla.

—Ese hombre está loco —me dijo el patrón de La Aurora—; está enamorado de la Virgen María y pretende poseer todas las estrellas del

¹ En español en el texto original [N. del T.].

² En español en el texto original [N. del T.].

³ En español en el texto original [N. del T.].

⁴ En español en el texto original [N. del T.].

⁵ En español en el texto original [N. del T.].

⁶ La *Boca del Río Dulce* es la desembocadura del río que, desde el golfo de Honduras, conduce los buques al puerto de Izabal, pasando por el lago que lleva el mismo nombre [N. del A.].

firmamento. Reside en su isla desde hace unos doce años; vive del pescado y de la caza, y cuando necesita unos calzones o una camisa se embarca en su piragua y va a vender unas gallinas o unos huevos a Belice o a Santo Tomás.⁷ Si quiere conocer su historia, puede rogarle al gobernador de Livingston contársela. Dicen por ahí que es amigo del francés y éste no tiene secretos para él.

Llegamos pronto a la *Boca del Río Dulce*. El patrón de La Aurora ordenó echar anclas y la goleta se detuvo a cable y medio del pintoresco y lindo pueblito de Livingston. En el mismo instante, vimos llegar una docena de piraguas montadas cada una por dos o tres caribes.

El pueblito de Livingston está edificado sobre un promontorio desde donde se domina el hermoso golfo de Honduras, en la embocadura del *Río Dulce*. Debe su nombre a un momento de entusiasmo. Los habitantes de la antigua capitanía general de Guatemala, tras haberse sacudido el yugo de España, quisieron naturalmente imitar a los americanos del norte, y se apresuraron en adoptar el código filosófico de Livingston, antes de desecharlo y denigrarlo. El pueblito donde nos encontramos ha conservado el nombre del licurgo americano por la sencilla razón de que a los caribes no se les ha ocurrido otro para sustituirlo.⁸

Livingston cuenta aproximadamente con cincuenta casas. Hechas con paja o con follaje, pueden albergar a ciento cincuenta o doscientos habitantes, todos de raza africana, a pesar del nombre de caribes que se obstinan en darles. Esos negros vienen de distintas islas de las Antillas y de distintos puntos de la costa de Honduras. Las revoluciones de Santo Domingo⁹ han traído a un gran número de ellos y se han ido esparciendo por las fronteras de Guatemala, buscando para edificar sus pueblos preferentemente los lugares altos que bordean el mar. Unos se han establecido en Truxillo y en Omoa; otros tomaron posesión de la isla de Roatán, pero en cuanto empezaron a establecerse, el gobierno inglés de Belice vino a expulsarlos,

⁷ Santo Tomás fue fundado en la bahía de Amatique, Izabal, en 1604. Principal puerto en el mar Caribe de Guatemala [N. del E.].

⁸ El nombre atribuido por los garígunas es La Buga. Livingston es el nombre oficial [N. del E.].

⁹ Se refiere a las luchas antiesclavistas desarrolladas en Haití, iniciaron después de la Revolución francesa de 1789 y culminaron con la independencia de este país en 1804, más tarde dieron paso a una sucesión de guerras civiles que llevaron a la independencia, en 1844, de la parte española de la isla, la República Dominicana [N. del E.].

afirmando que la isla de Roatán había sido concedida a la Gran Bretaña por el pequeño estado de Honduras, lo cual era falso en aquel entonces.

Los caribes son trabajadores, pero también muy viciosos. Beben ron en cantidades asombrosas y no es raro encontrarse con ellos tendidos por los caminos en un estado de embriaguez indignante. Hablan inglés y español con acento criollo, por lo cual esos dos idiomas se vuelven casi incomprendibles para los europeos. El idioma propio de estos negros no es el caribe, como lo han afirmado varios viajeros; es simplemente una mezcla de africano y de español.

El número de caribes esparcidos alrededor del golfo de Honduras no pasa de quinientos (sin contar los de Belice).

Son todos católicos, pero unos católicos muy fantasiosos.

Su industria principal es la pesca y la tala de madera de caoba. Todos son buenos marineros. Sus mujeres los acompañan mar adentro y nadan como sirenas; la bahía de Honduras se ve siempre surcada por sus frágiles piraguas. En esas pequeñas y ligeras embarcaciones transportan a Belice las enormes tortugas que sólo ellos tienen la destreza de pescar, y la venta de tanpreciado reptil los hace ricos por una semana entera.

El patrón de La Aurora me alcanzó en medio del pueblo y me preguntó si quería ir a la casa del gobernador de Livingston, como no le contestaba, pues pensaba en su propuesta como una broma de marineros, agregó:

—Pero señor, en Livingston hay un gobernador, y hasta puedo asegurarle que ese gobernador no es la menor rareza dentro del pueblo.

—¡Bien! —dije riendo—, lléveme entonces al encuentro de esa rareza.

En cinco minutos llegamos a la entrada de un pequeño recinto. Un anciano alto y negro, vestido con unos calzones de baño y una camisa ancha, vino a abrirnos diligentemente.

—*Señores*¹⁰ —nos dijo inclinándose—, *háganme el favor de pasar adelante*.¹¹

Entramos en un *ranch* grande alumbrado por unas virutas de pino que se estaban quemando en la entrada y el anciano, después de haber acercado de forma ceremoniosa dos taburetes de madera de cedro, nos invitó a tomar asiento, mientras él se quedaba de pie.

¹⁰ En español en el texto original [N. del T.].

¹¹ En español en el texto original [N. del T.].

—¿Es usted el gobernador de Livingston? —le pregunté, en el idioma utilizado por él para recibirnos, pues gracias a las lecciones de español recibidas en La Habana y en Veracruz, podía conversar en la hermosa y fácil lengua del Quijote. ¿Desea usted aprender un idioma extranjero rápidamente? Entonces elija de profesora a una linda y joven mujer. Ella le enseñará a conjugar el verbo *amar*, y cuando domine ese verbo lo demás vendrá por sí solo.

—*Sí señor*¹² —me contestó.

—¿Y hace tiempo que ejerce este empleo?

—¡100 años! —dijo incorporándose.

—Tata Marco —dijo el patrón de La Aurora—, este señor es francés; hace un momento conoció a su amigo de la isla Verde, quien no quiso conversar con él... Sería extraordinariamente amable si se prestase a contarle la historia de su amigo.

—Le contaré todo lo que sé, *señor capitán*¹³ —respondió el gobernador—; pero primero, permítame ofrecerle a su *Excelencia*¹⁴ un vasito de *aguardiente* y un buen puro de La Habana.

Tomé el vasito de *aguardiente* del buen gobernador y me tumbé en una hamaca fumando el puro ofrecido por él; después, cuando él ya había tomado asiento, le dije:

—No estoy seguro, *señor Gobernador*,¹⁵ de haberle entendido bien; me pareció escuchar que usted era el jefe de este pueblo desde hace 100 años.

—Usted no se equivocó. En efecto, le dije a su merced que era gobernador de Livingston desde hace 100 años.

—¿Qué edad tiene entonces usted?

—¡132 años!

Al ver a ese anciano ágil y verde todavía, pese a su avanzada edad, recordé a aquellos hombres centenarios a quienes conocí en el Líbano y quienes, narrándome las viejas guerras de su montaña, comenzaban invariablemente sus relatos con aquella frase que no dejaba de excitar mi curiosidad sobremana: “Hace cien años, era joven...”. Tata Marco¹⁶ era

¹² En español en el texto original [N. del T.].

¹³ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁴ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁵ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁶ Tata Marco es muy conocido en toda Centroamérica; añadiremos que también es una persona muy estimada [N. del A.].

uno de esos fenómenos propios de las tierras privilegiadas; se adentraba con valor en su segundo siglo de vida sin que tan larga existencia pareciese abrumarle en absoluto.

Era negro como el ébano y su cabello crespo tenía la blancura amarillenta de la lana; sus piernas y sus brazos desnudos eran escuálidos; era como si su carne se hubiese secado alrededor de sus huesos; pero a pesar de ello, aún era vivaz en el andar y se movía con vigor.

—Veamos pues —dijo abruptamente el patrón—, veamos pues, *querido amigo*,¹⁷ la historia del francés.

—Voy a contarle todo lo que sé —contestó el centenario—; no será muy largo:

“Hace diez años, vi llegar aquí a un hombre cargado con una cesta colmada de pescado y de fruta, y me preguntó si quería comprarle los diversos productos de su pesca y de su huerto. Hablaba mal el inglés y peor aún el español. Lo invité a descansar y le di de comer. Descansó un poco, tras lo cual le rogué decirme su nombre.

”—¡Mi nombre! —me contestó con amargura—, ¿acaso tengo un nombre? Pregúnteselo al viento que me trajo hasta esta tierra, el viento no se lo dirá. ¡Y bien! Yo no soy tan sabio como el viento del mar, ignoro si tengo un nombre, y contesto a todos los que los hombres quieran darme.

”—Por su acento —le dije—, parece ser francés.

”—¡Sí! —dijo con cierta exaltación en la voz y una amarga sonrisa en los labios—. Francia es el país donde nací, donde sufrí, donde bendije a Dios y maldije a los hombres. Hace dos años dejé mi país y no volveré a verlo jamás; he empleado estos dos años en elegir un retiro desconocido de todos los hombres, encontré hace seis meses un lugar cerca de su pueblo. ¡Mire! —añadió levantándose y llevándome a la entrada—, es aquel islote verde y florido que ve allí, enfrente de usted. Ignoro a qué país pertenece; pero lo hice mío; me gusta y jamás me sacarán vivo de allí.

”—¿Usted vive allí solo desde hace seis meses?

Marcos Sánchez Díaz llegó en 1796 a la isla de Roatán junto con algunos oficiales y soldados rebeldes deportados desde Haití debido a la lucha antiesclavista y a la disputa de la isla de Santo Domingo entre franceses, españoles e ingleses. Fue uno de los fundadores del poblado de La Buga o Livingston (1802). En 1830 ya era reconocido por el gobierno de Guatemala como el líder de la comunidad garífuna [N. del E.].

¹⁷ En español en el texto original [N. del T.].

—Tengo conmigo gallinas, pájaros, un perro, una cabra y serpientes. Mi compañía es muy variada, y no podría soportar algo distinto. Conozco a los hombres, viví entre ellos y sé que son malignos, más venenosos que los reptiles de mi isla. Huyo de ellos como se huye de los animales feroces.

—Pero —le respondí—, a partir de lo que me dice, tengo alguna dificultad en entender su presencia aquí...

—Anciano —me contestó el francés—, mirándome a los ojos con una sonrisa casi intimidante, ¿tendrías acaso la pretensión de considerarte un hombre? Mira tu piel, es negra como la noche; mira tu cabello y tu barba, tu cabello y tu barba son de lana: no eres un hombre, anciano, eres un negro.”

—¡Vaya! ¡Qué amable, su compatriota! —interrumpió el patrón de La Aurora—. Le hice una señal de silencio y Tata Marco prosiguió:

—En este país —arriesgué tímidamente—, donde la esclavitud está abolida, se admite al negro como un hombre.

—Si fueses un hombre —contestó el francés—, prosiguiendo en tono febril, casi con rabia, si fueses un hombre, un verdadero hombre, ya me hubieses echado de tu cabaña. Un hombre, un hombre de verdad, no se deja ultrajar en su propia casa por un miserable como yo, no le da de comer a ese miserable, lo expulsa o, si no lo expulsa, lo mata...

—Amigo —le dije entonces al francés—, veo que has sufrido mucho; tu corazón rezuma amargura y vuelcas sobre toda la humanidad el odio sentido por algunos hombres. Eso no es justo, está mal, hijo mío, y para tener el derecho de considerarse mejor a los demás, es necesario ser capaz de perdonar el daño que nos han hecho. Ven a vivir conmigo, deja tu isla donde sólo oyes tu propia voz, donde sólo puedes conversar contigo mismo, dando vueltas a tus tristes recuerdos, ¡pobre corazón atormentado! ¡Sé mi huésped! ¡Sé mi hijo! Aquí hablaremos de todo lo que pueda serte grato; siempre me verás dulce y paternal, y te demostraré que si bien mi rostro es negro, mi corazón es blanco como el de un hombre virtuoso y amigo de los hombres. Podrás guardar tu secreto; ya no te preguntaré cómo te llamas... Si fuiste una víctima, te amaré y te consolaré como si fuese tu padre; si has cometido errores o crímenes, te los perdonaré, pues Dios concede a los de mi edad ese poder exclusivamente celestial...

—Anciano —dijo el desconocido levantándose—, tus palabras me han hecho sentir mejor. No acepto tu hospitalidad; pero quiero amarte

y mostrarme digno de tu bondad. Escucha: no cometí ningún crimen, pero fui víctima de los crímenes de mis semejantes. Mi corazón era bondadoso y dulce como el tuyo, y si hoy está lleno de odio y de desconfianza es porque no he vivido como tú sobre un peñón, al vivir entre los hombres he podido apreciar su carácter vil y cruelmente egoísta. Te voy a contar todo lo que puedo decirte de mi vida: era rico y a los veinte años tenía amigos a quienes quería, creyendo un sentimiento mutuo por parte de ellos. Uno de ellos, pobre y sin familia, era un hermano para mí. Mis secretos eran tan suyos como míos; mi casa era la suya, mi bolsa era la suya. Todas mis posesiones le pertenecían. ¡Y bien! Anciano bondadoso y candoroso, escucha el final de mi historia. Me casé con una hermosa joven a quien amaba y a quien había elegido de una clase inferior a la mía... Mi amigo, quien debería haber sido un hermano para ella, fue su amante... Se la llevó con todo el oro que pudo encontrar en mi casa y se fue a Italia, España y Alemania donde cometió toda clase de infamias. Había usurpado mi nombre, y cuando un día pude lanzarme a su búsqueda me arrestó gente de la policía al considerarme culpable de diversos robos y me condenaron los magistrados, quienes a pesar de mis protestas se obstinaron en mantenerme cautivo hasta poder demostrar su error...

"Me volví loco; pero, por desgracia, recobré la cordura..."

"Me embarqué para América. Durante dos años recorrí las ciudades y las selvas del Nuevo Mundo, llevando conmigo el peso de mi dolor hasta el día en que llegué a la pequeña isla donde me he establecido y de donde ya no saldré... Eso es todo, añadió el francés, con los ojos llenos de lágrimas, eso es todo, anciano bondadoso y generoso, lo que puedo decirte sobre mi vida. ¿Tengo razón al odiar a los hombres y huir de ellos como si fuesen monstruos?...¹⁸

¹⁸ Todo es verídico en esta historia, a pesar del tono novelesco de la narración hecha por Tata Marco. El francés se llamaba conde de R. Su mujer, finalmente abandonada por el malandrín que la había seducido, falleció en California donde se dedicaba a una feísima profesión. Es triste pensar que uno pueda volverse loco por tales individuos. El señor de R. era un buen joven. Rico a los veinte años, había llevado esa vida convulsa propia de muchos hijos de buena familia. Su supuesto amigo era un estafador, quien posee hoy, según dicen, una fortuna importante en Boston.

Definitivamente, al parecer los bribones alcanzan la felicidad en esta época.

Otro pícaro llamado Baudroux se hacía llamar conde de Maillet en Guatemala y es

—Pobre hijo mío —dije apretando entre mis manos las de ese desdichado—, debo repetirle lo que dije: si existe gente malvada en este mundo, no por eso se debe maldecir y odiar a toda la humanidad. Usted es joven todavía, la edad traerá sosiego a su corazón y Dios le otorgará la gracia de poder olvidar a los hombres perversos que han hecho de usted un hombre tan desventurado...

—No tengo la fe salvadora —murmuró el francés—. ¡Adiós! Es usted un buen anciano; lo quiero y vendré a verlo de vez en cuando.

—Cumplió con su palabra. Una vez por mes veo su piragua salir de su isla y llegar pronto hasta aquí. Todos mis compatriotas son amigos suyos, se las ingenia para encontrar la forma de ser agradable con ellos, le gusta complacerlos; así es como no hay un solo caribe en toda la costa indispuerto a dar su vida por el francés.”

—Pero —dije al gobernador—, me contaron que su pobre amigo había perdido el juicio, y se pasaba largas horas conversando con una visión.

—Así es —contestó Tata Marco—, mi desgraciado amigo se ha vuelto loco. La soledad que lo entregó por completo a sus tristes pensamientos ha exaltado su espíritu y como el francés es de corazón bondadoso y noble, ha amado a todos los fantasmas que vagaban por su mente. Está enamorado de la Virgen María y de los ángeles; se cree dueño de todos los astros del cielo.

Sabía todo lo que deseaba saber sobre mi desafortunado compatriota y, como había llegado la hora de regresar a bordo de La Aurora, me despedí del buen centenario de Livingston.

El patrón de la goleta y yo volvimos a cruzar la calle principal del pueblo y vimos a varios grupos de negros y negras divertirse delante de la puerta de sus chozas. Unos bailaban formando una ronda alrededor de un gran fuego alimentado con virutas de pino resinoso, otros cantaban y bebían ron. La música más discordante que uno pueda imaginar animaba esos bailes y esos cantos. Salía de una mala guitarra, de una flauta de caña y de un tambor fabricado con un pequeño barril desvencijado y cubierto en sus dos extremidades por piel de cabra reseca.

Llegamos felizmente a bordo de La Aurora, y dos horas después de abordar zarpamos para adentrarnos en el agradable río de Izabal.

actualmente un gran negociante en los Estados Unidos. Su historia judicial está registrada en los archivos del consulado general de Francia en Guatemala [N. del A.].

II

El río de Izabal

Tendría uno que ser poeta, un gran poeta, para describir la belleza de aquellas noches serenas y perfumadas. Si bien durante el día el calor impide admirar las maravillas de esa naturaleza fecunda y extravagante, y el cansancio nos cierra los ojos y nos impide gozar de la vista de estos paisajes imposible de ser reflejados por una pluma o un pincel, cuando cae la noche, acostado sobre la cubierta de un barco y envuelto en un *sarape* o tendido sobre una estera de junco, uno puede abrir los ojos y el alma, y contar las estrellas brillando como piedras preciosas en un cielo de terciopelo azul y aspirar esas brisas cargadas de mil perfumes, embriagantes como el vapor del narguile y melodiosas, con sus alas que tornasolan las aguas límpidas, como los suspiros del arpa eólica. Se escucha a lo lejos, en las selvas vírgenes, mil ruidos capaces de revelar que sus inquietantes huéspedes no están dormidos: unas veces, la fanfarria de un pájaro velador; otras, el sonoro rugido de un tigre presidiendo el consejo familiar en una encrucijada; hacia otra dirección, el chillido de un mono balanceándose en su liana; más lejos, el siseo de una serpiente después de asolar todo un nido de papagayos. Las selvas tienen, como las ciudades, sus dramas conmovedores, sus luchas terribles y, para convencerse de ello, basta con navegar una noche por el río de Izabal.

En cuanto se hace de día, el sol arroja sus raudales de rubíes sobre los árboles y los peñascos, el paisaje cobra vida y todo se torna deslumbrante. Imaginen un río, de un color verde esmeralda, corriendo a través de una selva plantada sobre despeñaderos cubiertos de vegetación y de flores; árboles milenarios; flores de todos los colores trepando y coronando cada cima; lianas enredadas estrangulando como mil guirnaldas las palmeras

con sus espigadas crestas, cayendo como cordones de seda y trepando nuevamente para abrazar otros gigantes silvestres. Hermosos pájaros blancos, verdes, azules, rojos, rosados y del color del fuego vuelan, cantan y se persiguen a través de esa selva vieja como el mundo y respetada desde la creación; mariposas de color rubí, topacio y zafiro flotan en el aire, descansan de flor en flor, rozan el agua verde, suben y bajan como joyas de un hada esparcidas por el aire. Un eco burlón se esconde en los recovecos del peñón de *Alquitrán*, y se divierte repitiendo los gritos de nuestros marineros caribes.

El sol quema. La goleta es remolcada por una docena de frágiles piraguas, cada una montada por dos remeros. En cada curva del río, las piraguas se amarran a un árbol y los marineros halan para hacer avanzar la goleta. Recorreremos así una legua cada dos o tres horas.

Nuestra embarcación se cruza a menudo con otras que descienden el río en dirección a Belice o Santo Tomás. El patrón intercambia algunas palabras con los patrones conocidos y pide noticias del interior. Éstas no son buenas: Guatemala se encuentra en plena insurrección. Todas las comunicaciones entre la capital y la costa han quedado interrumpidas. Bandas de salteadores recorren los caminos saqueando y matando a los viajeros; los *lucios*¹⁹ hacen lo mismo por su lado.

Nuestros marineros soplan en una caracola como tritones produciendo un sonido que, repetido por el eco del peñasco, no deja de sorprender mis oídos europeos.

Nuestras comidas se realizan sobre la cubierta de La Aurora. Un caribe cocina y nos sirve. La comida es muy sencilla: *tortillas*, rebanadas de jamón asadas, plátanos fritos y, de postre, toda clase de frutas exquisitas recolectadas a lo largo del camino.

En el momento en que escribo estas líneas, nos encontramos en medio de una vegetación muy hermosa. Los árboles, plantados sobre la roca misma, llegan a una altura tal que nuestros más altos robles parecerían enanos a su lado.

¹⁹ En español en el texto original [N. del T.].

Movimiento campesino denominado de esa manera en honor al militar José Lucio López (¿-1847). En 1847 se alzó en contra del gobierno de Carrera para reclamarle el incumplimiento de ciertas promesas a los habitantes de La Montaña, fue asesinado el 15 de octubre de ese mismo año en Palencia, provocando, al día siguiente, la insurrección de los lucios, la cual duró hasta inicios de la década de 1850 [N. del. E.].

Lo realmente insoportable es la perpetua canción de nuestros barqueros.²⁰ Ese canto interminable, interpretado por una docena de voces discordantes, tiene algo exasperante, entorpece e incita a la pelea. A pesar de la belleza de este río, no querría permanecer un mes navegando en sus aguas si eso significase tener que escuchar tan infernal canción.

A bordo de *La Aurora* se consume una cantidad espeluznante de *aguardiente* de caña. A cada barquero que pasa se le invita a tomar su ración.

El paisaje sigue siendo espléndido. El sol me hace huir de todas partes. Abajo es asfixiante, arriba es abrasador. Y eso que estamos en el mes de diciembre.²¹

Acabamos de adentrarnos en el lago de Izabal. Estamos rodeados de hermosas montañas arboladas. La goleta iza su vela; avanzamos a una velocidad de cinco nudos por hora; esta noche desembarcaremos en Izabal.

Hemos cenado gallina con arroz, pescado del río, piña, plátanos, todo ello acompañado con un pésimo vino de España. Los indígenas no comen pan. Asan gruesos plátanos en las cenizas, y esta sabrosa y nutritiva fruta suple para ellos las galletas y el pan.

Acabamos de pasar delante del pequeño fuerte de *San Felipe*.²²

El patrón de *La Aurora* envió a un marinero con nuestros pasaportes ante el oficial al mando de dicho fuerte. El *castillo de San Felipe* es tan sólo una vieja muralla agujereada, en ruinas y cubierta con plantas parásitas. Dicha fortificación fue construida en la época de la conquista y edificada sobre un promontorio cercano a un pobre pueblo indio. Cuatro o cinco cañones oxidados e incapaces de hacer el menor daño, cuarenta y ocho soldados en harapos, y un oficial corroído por la fiebre: todo esto constituye la defensa de este primer fuerte de la República de Guatemala. Ahí es, en el fuerte *San Felipe*, donde la República envía a sus criminales, quienes sólo permanecen en el lugar durante el tiempo que les conviene.

El caribe responsable de llevar nuestros pasaportes al comandante de la ciudadela regresó pronto, acompañado por tres soldados uniformados.

²⁰ Veremos más adelante algunas canciones compuestas por los indios [N. del A.].

²¹ Diciembre de 1848. Recuérdese que había zarpado de Francia el 18 de agosto de ese mismo año [N. del E.].

²² En español en el texto original [N. del T.].

Estos soldados, pequeña muestra del ejército guatemalteco, tienen entre los tres un fusil y una bayoneta. Uno lleva el fusil, el otro la bayoneta, y el tercero, como el oficial del convoy de Marlborough, no lleva nada. Una mujer encamisada acompaña también a esta fuerza armada.

Llegaremos a Izabal dentro de unas horas.

III

Izabal. Los escritores que hablaron de Centroamérica. Descubrimientos por hacer. Plantas medicinales. Una serpiente hidrópica. Una autoridad guatemalteca

Izabal es un pueblito compuesto por una treintena de grandes casas de madera habitadas por negociantes ingleses y españoles, y por doscientas miserables chozas donde viven los indios y los *ladinos*. La *laguna* sirve de espejo al pueblo, asentado al pie de las altas montañas útiles como protección. Izabal es el puerto principal y hasta podría decir el único puerto de la República de Guatemala, pues los abiertos sobre el océano Pacífico, Iztapa y Champerico, no son conocidos por las marinas mercantes europeas. Incluso un buen número de guatemaltecos nunca ha oído hablar del puerto de Champerico, sin mencionar la dificultad, por parte del gobierno que decidió su apertura, de transmitir a los diversos cónsules acreditados la menor información sobre su posición geográfica.²³

²³ —¿Dónde se sitúa el Puerto de Champerico? —le pregunté un día al ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala.

—¿El Puerto de Champerico? —dijo con asombro—. ¡Ah! Ya sé, es un puerto, cuya apertura decretamos en 1849... Debe de estar sobre el océano Pacífico.

—Eso he oído, ¿pero dónde exactamente sobre el océano Pacífico?

—¡Dios mío!, lo ignoro. Un viajero que regresaba del sur nos dijo: “tienen en Champerico un puerto excelente, deberían darlo a conocer”. Hicimos un decreto y quienes sientan interés por saber cómo es el puerto de Champerico, pues que vayan a estudiarlo.

—¡Me parece justo! —contesté riéndome [N. del A.].

En 1838, el gobierno federal de Centroamérica encargó al capitán de la goleta Izaico, Guillaume Le Bouch, seleccionar un puerto en la costa del Pacífico pegado a la frontera con México, éste escogió la rada de Champerico. En 1839, por medio el decreto No 28 del 22 de mayo, el gobierno del estado de Los Altos ratificó la concesión a Le

Los señores Baily²⁴ y Castillo me brindaron hospitalidad de la manera más amable, encargándose además de alquilarme caballos, mulas e indios para ir a Guatemala, entonces me retiré a la habitación que me habían proporcionado para estudiar un poco el país donde acababa de llegar y donde iba a permanecer varios años. Llevaba cinco minutos solo cuando llamaron a mi puerta; fui a abrir y me encontré cara a cara con un soldado.

—¿Qué desea, amigo mío? —le dije en español.

—Señor —me contestó—, el comandante me envió donde su merced para decirle que espera su visita.

—¡Ah! —dije con asombro—. ¡Bien!, amigo mío, vuelva y dígame a su comandante que estoy muy cansado y cuando haya dormido un poco iré en persona a presentarle humildemente mis respetos.

El soldado se retiró. Abrí una caja donde se encontraban mis libros y saqué de ahí algunas obras de geografía. Malte-Brun y Balbi no me enseñaron nada. Esos dos sabios geógrafos nunca pusieron los pies en Centroamérica y lo que dicen al respecto no tiene ningún valor histórico. Hojeé el *Voyage dans les deux Amériques* de [Alcide Dessalines] d'Orbigny, pero tampoco encontré nada de lo que quería saber, a pesar de ser un libro muy interesante y escrito por un sabio viajero.

Guatemala y todos los demás pequeños Estados integrantes de la capitania general de Guatemala, toda esa tierra, atrapada entre México, país al cual perteneció en parte antes de la conquista de Alvarado, y por un poco de tiempo aún después de haberse sacudido el yugo de España; toda esa tierra, decía, atrapada entre México y el istmo de Panamá, bañada al oriente por el mar de las Antillas y al occidente por el océano Pacífico, es todavía muy poco conocida por los viajeros europeos. El señor De Humboldt habló en términos generales sobre este país, pero sólo se interesó por el estado de Nicaragua, expresando su opinión sobre el proyecto de la confluencia de los mares, tema destacado anteriormente por varios sabios, con mucha razón, como algo totalmente factible.²⁵

Bourch para explotar dicho puerto, quedando en desuso después de 1840, con la caída del gobierno altense a manos de las tropas del general Carrera [N. del E.].

²⁴ John Baily, ingeniero inglés encargado de supervisar, a partir de 1840, el mejoramiento del camino de Izabal a la ciudad de Guatemala, para el Consulado de Comercio de Guatemala, junto a su compatriota Robert Smith [N. del E.].

²⁵ Este proyecto de unir el Atlántico con el Pacífico se remonta a Hernán Cortés, pero dicho conquistador quería realizarlo por el istmo de Tehuantepec.

En 1833 o 1834, el señor Coronel Mercher, francés establecido en Centroamérica, retomó esa gran idea y consiguió despertar el interés del rey de Holanda Guillermo II.

El señor Baily, ingeniero inglés, escribió una obra interesante para recomendar el canal interoceánico a través de los lagos de Nicaragua y de Managua, y el señor Squier, enviado por los Estados Unidos a Centroamérica, demostró la posibilidad de llevar a cabo ese proyecto publicando su relevante obra en 1852 o 1853. Este diplomático logró hacer un tratado con el gobierno de Nicaragua para cumplir con ese propósito. He aquí, con respecto a este tema, la correspondencia intercambiada entre el señor Salinas, ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua y yo:

Guatemala, a 4 de Mayo de 1849

Señor Ministro,

Tengo el honor de informar a su Excelencia que tuve conocimiento, por vía indirecta, de la existencia de un tratado firmado recientemente por el gobierno de Nicaragua con una compañía de los Estados Unidos.

Dicho tratado, según la información recabada, no parece alcanzar el nivel político ni abarcar la misma finalidad del tratado propuesto y acordado en otro momento entre Nicaragua y el Reino de los Países Bajos, el cual sí hubiese logrado dichos fines de haber sido ratificado y si se hubiesen puesto en práctica sus atrevidos y generosos conceptos.

La posición, la importancia y el interés de su país hacían prever que Nicaragua nunca estaría dispuesta a otorgar exclusivamente a una sola nación un pasaje que políticamente debía concederse a todos los pueblos. De esa manera, el interés de todos hubiese garantizado a su país la independencia, y ningún filibustero hubiese pensado en apoderarse de él.

No he visto el tratado y sólo hablo a partir de alguna información proporcionada sobre el mismo. Ciertamente puede resultar algo temeraria mi iniciativa, y quiero pensar no desagradará a su Excelencia.

Le ruego, etcétera.

Estado de Nicaragua

¡Dios! ¡Unión! ¡Libertad

Ministro de Relaciones Exteriores del Supremo Gobierno

Casa de Gobierno

León, a 24 de mayo de 1849

Señor,

Mi gobierno aprecia infinitamente su agradable misiva del día 4 de este mes, y lamenta mucho que no haya recibido, ya sea porque fue interceptada o porque fue extraviada, la copia del tratado concluido el pasado 14 de marzo entre el Estado y el señor David Brown, y cuyo nuevo ejemplar le envío hoy, con el texto a modo de comparación de otro tratado adoptado por el señor Licenciado don Francisco Castellón, encargado de negocios de Nicaragua en la corte de Londres.

Es de suponer, Señor, que sólo dispone usted de información inexacta relativa al tratado Brown, para pensar que Nicaragua haya podido olvidar, al ratificar dicho

Algunos escritores de los Estados Unidos, por ejemplo el señor Stephens,²⁶ han descrito más o menos completamente este ancho y hermoso

acuerdo, sus característicos sentimientos filantrópicos. Nuestro encargado de negocios, enviado a Francia en 1844, recibió instrucciones especiales para solicitar al gobierno francés el envío de una comisión encargada de estudiar el Istmo de Nicaragua. Recibió además la orden de buscar preferentemente a empresarios franceses para la apertura del gran canal interoceánico; pero todas sus gestiones fueron vanas. Eso puede demostrarle, Señor, la clara predilección de Nicaragua por Francia. Además, en todos los tratados proyectados siempre se ha mencionado que, en principio, el canal de Nicaragua estaría abierto para todo el mundo. El tratado firmado con la compañía Brown no contradice esa intención.

La lectura del tratado lo convencerá acerca de la sinceridad de estas ideas, y las relaciones de amistad conservadas por mi gobierno con Francia le persuadirán de su equivocación en cuanto a su creencia de que el canal iba a beneficiar únicamente los intereses de los Estados Unidos.

Tengo el honor, etcétera.

Firmado: S. Salinas

La distancia por recorrer entre el Atlántico y el Pacífico por el estado de Nicaragua es de unos 220 kilómetros. Incluye tres secciones: El río San Juan, 140 km; el lago de Nicaragua, 60 km; el istmo entre este lago y el Pacífico, 20 km.

La pendiente total del Río San Juan es de 39m01, lo que da 0m22 por kilómetro. Y como el límite máximo de navegación por vela sobre los ríos es de 0m25 por cada mil metros, esta navegación es posible sobre el Río San Juan mediante algunas correcciones en su lecho. El lago de Nicaragua es también navegable para buques de cuatrocientas o quinientas toneladas de arqueo. Desde el lago hasta el océano Pacífico, la diferencia de nivel es, como se ha dicho, de 39m01; pero sobre el territorio intermedio se encuentra un punto culminante de 148m74 por encima del lago o de 187m75 por encima del mar. Por consiguiente, da lugar a la realización de un canal de dos vertientes cuya subida sería, según la nivelación, de unos 61 metros y la bajada de unos 100 metros, lo cual requeriría la construcción de cincuenta esclusas para compensar una pendiente total de 161 metros.

Todas las naciones marítimas y comerciales del mundo están interesadas en la realización de esta empresa para la cual, aseguran, su Majestad el emperador Napoleón III había dado su aprobación cuando estaba preso en Ham.

Cuando el canal de Suez esté abierto, se podrá volver al proyecto de Nicaragua y comunicar de este modo todos los mares. Son estas obras dignas de nuestro tiempo y si se llegan a realizar, significarán una feliz revolución en el comercio de las naciones. Cuando esté abierto el canal de Nicaragua, se podrá evitar el paso por el cabo de Hornos, eso es una ventaja importante. El canal de Suez comunicará las Américas con el Mediterráneo.

Tomé las cifras que he mencionado más arriba del informe del señor de Puydt sobre la colonización belga de Santo Tomás (París, 1844, editor Rignoux, calle *Monsieur le Prince*, 20bis) [N. del A.].

²⁶ John L. Stephens, viajero inglés, recorrió Centroamérica, Chiapas y Yucatán entre 1838 y 1840, autor de *Incidents of travel in central America, Chiapas and Yucatan*. New York: Harper and Brothers, 1846 [N. del E.].

país. En su obra, el señor Stephens se esmeró principalmente en reportar los monumentos indios; su libro no carece de interés, pero es ante todo un manual de arqueología. Haría falta, para beneficio de la ciencia, el envío de una comisión de hombres especiales a Centroamérica, por parte de un gobierno como el de Francia o el de Inglaterra, para estudiar y dar a conocer a Europa esta rica parte del continente americano. Es evidente que tal comisión estaría en condiciones de realizar varios descubrimientos sobre geología, fitología e incluso obras de arte. No es extraño encontrar, relegada en algún rincón de una capilla india, una pintura de un maestro español. Los reyes de España eran bastante espléndidos con respecto a las obras de sus grandes pintores y, con el fin de obtener algunas bolsas de onzas de su capitán general, se las ingeniaban para seducirlos con toda clase de regalitos cuyo valor artístico era a menudo poco apreciado por ellos. Uno de los grandes terratenientes de Guatemala, el señor Carlos Meany,²⁷ tuvo la dicha de descubrir en uno de los pueblitos de Verapaz el retrato original del venerable [Bartolomé de] las Casas. Solamente para estudiar la flora del país, sería útil el envío de una comisión. No se sospecha en Europa sobre la existencia de tantas plantas medicinales en Guatemala, de las cuales los indios sacan siempre buen provecho para sus enfermedades. En el estado de El Salvador, se asegura, existe una planta capaz de curar la hidropesía. He aquí la extraña historia de esa planta:

Había en Sonsonate un pobre hombre hidrópico, cuya muerte era inevitable según todos los Esculapios del lugar. No seguía tratamiento alguno después de haber escuchado su sentencia de muerte. Iba por las calles arrastrándose como podía e intentaba distraerse conversando con sus amigos, quienes lo alentaban caritativamente a morir como un buen católico. El enfermo era joven, tenía algo de dinero y quería dejar este mundo lo más tarde posible. Un día un criado lo llevó al borde de un bosquecito, sintió pavor al ver pasar delante de él una horrible serpiente, de dos o tres metros de longitud, gorda como si hubiese ingerido un tonel. Sus ojos, dilatados por el terror, se quedaron, por así decirlo, clavados en el horrible reptil, el cual, arrastrándose de derecha a izquierda,

²⁷ Carlos Antonio Meany Charras y Fons, hacendado y comerciante canario establecido en la Baja Verapaz. Suegro de Alfred De Valois. Se asoció con el coronel y comerciante inglés Marshall Bennet para fundar la empresa Meany & Bennet Co. a la cual le fue otorgada en 1834, por parte del gobierno de Guatemala, la concesión de terrenos baldíos en las orillas del lago de Izabal [N. del E.].

parecía buscar algo. El enfermo se imaginó que el monstruo padecía la misma enfermedad: su espanto fue disipándose poco a poco y, con verdadero interés, siguió con la mirada todos sus movimientos. Al cabo de un cuarto de hora vio a la serpiente abalanzarse sobre una planta rastrera y devorar sus hojas con alegre glotonería. Poco tiempo después, la vio pasar nuevamente; había perdido su enorme barriga, iba ligera y ágil como una ardilla y se adentraba en el bosquecito siseando. Cuando desapareció, el hidrópico se arrastró hasta el lugar devastado por el reptil: dicho lugar estaba inundado por un agua pegajosa y con albúmina. Encontró algunos tallos de la planta curativa, masticó algunas hojas y arrancó un buen manojo para llevarlo a su casa. Al cabo de ocho días, nuestro enfermo reanudó sus paseos a través de la ciudad y sus amigos, sorprendiéndose al verlo de nuevo delgado y con buena salud, gritaban que era un milagro.

Esta historia dio mucho de que hablar en el país y la autoridad española encargó a varios médicos buscar esa hierba tan valiosa y redactar un informe sobre sus cualidades terapéuticas; pero los médicos, celosos ante la idea de sentirse menos sabios que un reptil, concluyeron que el hidrópico había sido curado no por la *hierba de la serpiente*, sino por una gracia especial de la bienaventurada Virgen María a la cual se había encomendado a menudo, prometiéndole, en caso de ser sanado, una lámpara de oro y una túnica de seda.

Por muy apócrifa que parezca esta historia, el gobierno español ordenó una investigación sobre la *hierba de la serpiente* y todos los informes de los sabios (pobres sabios del país) se encuentran todavía en la actualidad depositados en los archivos del estado de El Salvador.

Existe otra planta de la cual se podrían sacar grandes ventajas en Europa. Esa planta tiene la facultad de matar todos los insectos, todos los parásitos habituales entre los niños de los pobres; se la nombra con una palabra poco poética pero enérgicamente indicadora de su virtud: *matapiojos*.²⁸ La gente del lugar se equivoca al no usarla.

Al disminuir un poco el calor, me vestí y rogué al señor Bailly llevarme a casa del señor Comandante militar del puerto. Llegué rápidamente a una especie de *rancho* bastante limpio. Algunos oficiales de rango inferior, sentados a una mesa, emborronaban unos papeles: le pregunté a uno de ellos dónde estaba su comandante, me contestó que estaba en una sala

²⁸ En español en el texto original [N. del T.].

contigua, tomando chocolate. Al cabo de unos minutos, vi llegar a un hombre corto de estatura, cubierto con un sombrero de fieltro amarillo, adornado con una cinta de oro; llevaba un pantalón de algodón blanco, una levita redonda de paño verde con cintas en el lugar de las hombreras. Avanzó hacia mí con diligencia, me tendió una mano negra y me dijo en un tono algo irritante:

—Llevo mucho tiempo esperándole, señor.

—Pero —le contesté riendo—, es usted muy bondadoso.

—Señor —dijo con majestuosidad—, es su deber venir a saludarme y ese deber no podía usted dejar de cumplirlo.

—Entonces, ¿es para saludarlo que me encuentro aquí, mi querido comandante?

—Lo supongo.

—Pues haga desaparecer rápidamente de su mente ese error, pues sólo he venido a su cuerpo de guardia para reclamar mi pasaporte.

—Entonces, ¿no está aquí para hacerme una visita?

—En absoluto.

—Pero soy la primera autoridad de la ciudad.

—¿Y eso qué me importa?

—Muy bien, señor, rendiré cuentas a mi gobierno...

—¡Como usted quiera! Sólo devuélvame mi pasaporte.

El comandante se acercó a una mesa donde los oficiales escribían, tomó mi pasaporte, puso su desagradable firma y un sello grueso, y me lo devolvió sin decir una palabra.

Regresé a casa del señor Baily. Una hora después, el señor Comandante de Izabal venía, con su séquito, a devolverme la visita.

Este comandante era para mí una muestra bastante peculiar de las autoridades de Guatemala.

IV Estudios históricos

Tenemos pocas nociones seguras sobre Centroamérica antes de la conquista de Hernán Cortés. El imperio de México, al cual varios escritores consideran hasta el istmo de Panamá, mientras otros establecen sus límites al sur de Guatemala. En la actualidad, está casi comprobada la existencia, en el norte de Centroamérica, de varias provincias que supieron resistir a los *caciques*²⁹ o príncipes de México. Eran los territorios de Chiapas y de Quiché; a éste, en numerosas crónicas, se le llama reino y se piensa que el departamento de Verapaz formaba parte del mismo. Verapaz fue conquistada para España en 1534 por Bartolomé de las Casas, cuyo verbo dulce y caritativo fue más poderoso con los indios comparado con el hierro de los aventureros españoles.

Se suele creer en Yucatán y la costa del pacífico, hasta los límites del estado de El Salvador, como los únicos territorios del imperio de México.

Son escasas las informaciones recogidas con respecto a los gobiernos de los pueblos de esta comarca. Una vieja crónica, sin nombre de autor y prácticamente ilegible, menciona en sus páginas desgarradas el nombre de un Rey de los indios *cakchiqueles*, quien habría fundado su capital en el pueblito de *Mixco*.³⁰ Aquel Rey, del cual por cierto se habla poco, se llamaba *Apotzotzil*. Era un enemigo del Rey de los quichés, y el cronista³¹ que alude a *Apotzotzil* le atribuye la victoria de una gran batalla sobre su contrario de nombre desconocido. Es una lástima la falta de datos sobre la historia

²⁹ En español en el texto original [N. del T.].

³⁰ De Valois comete un error, pues los habitantes del pueblo de Mixco son de la etnia pokomam central [N. del E.].

³¹ De Valois toma los datos de la obra de Domingo Juarros, *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala*, citada más adelante [N. del E.].

de los indios centroamericanos; con la ayuda de los monumentos que dejaron, nos vemos obligados a dar rienda suelta a conjeturas y construir toda clase de hipótesis inaceptables en el caso de contar con cualquier documento auténtico. Los conquistadores españoles hubiesen podido, sin duda, recopilar mucho material interesante para la historia de los pueblos a los cuales habían subyugado; pero Cortés y sus tenientes eran ante todo aventureros a quienes la historia de los indios importaba bien poco. Era oro lo que necesitaban aquellos hombres codiciosos y despiadados; para arrancárselo a los habitantes, no vacilaban en utilizar contra ellos las más crueles persecuciones, las más horribles torturas.

Los monumentos de Palenque, Quiché, Mitla y Cobán, cuyas ruinas describieron los señores De Humboldt y De Varden, así como los monumentos de Quiriguá, descubiertos hace unos veinte años por el señor Frederick Catherwood,³² hacen suponer que pueblos anteriores a los fundadores de los imperios de Perú y de México fueron quienes los edificaron, y se puede pensar que los indios radicados en Centroamérica en el momento de la invasión española, no eran los habitantes primitivos de esa rica comarca, sino quizá una raza de hombres venidos del archipiélago oceánico o del continente asiático. Esta última hipótesis podría sostenerse seriamente si quisiéramos echar una mirada sobre un mapamundi y reconocer que el estrecho de Bering, atestado de islas y de escollos a ras de agua, bien pudo deber su existencia a una erupción volcánica. Si se acepta esta premisa, es fácil relacionar el continente asiático con el continente americano, y suponer la existencia de hordas asiáticas conquistadoras, responsables, en un tiempo remoto, de la devastación de los territorios de sus vecinos, y de su posterior expulsión o destrucción cuyo fin fue su establecimiento en dicho territorio.

Varios viajeros han elevado sus conjeturas hasta llegar a atribuirles a los habitantes primitivos de Centroamérica un origen hebraico. Unos encontraron, en las diversas lenguas empleadas aún hoy por los indios, vínculos con la lengua de Moisés, mientras otros basan su opinión en

³² Frederick Catherwood, dibujante y viajero inglés, junto a John L. Stephens recorrió Centroamérica hasta Yucatán. Se hizo famoso por sus croquis y dibujos sobre la civilización maya publicados en el libro de Stephens *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatán*, por John L. Stephen. New York: Harpers and Brothers, 1842 y en su propio libro titulado *Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan*. London: Owen Johns Cromolith, 1844 [N. del E.].

antiguas tradiciones, las cuales, relatadas por escritores contemporáneos de Cortés y de Alvarado, explican que los pueblos de México descienden de la gran familia israelita. Varias tribus de Israel, después de su expulsión de Egipto por los faraones, se habrían separado de Moisés y, cruzando el mar de las Indias, el mar de China y el océano Pacífico, bajo la tutela de un jefe llamado *Tanub*, habrían llegado a México a fundar la ciudad y el reino de *Tula*.³³ Aquellos hombres proscritos, según esas mismas tradiciones, se habrían multiplicado al infinito y tras un lapso de varios siglos, habrían venido a establecerse en Centroamérica con un jefe descendiente de Tanub llamado *Nimaquiché*. Aquel rey habría dado a una parte de Guatemala el nombre de reino de los *quichés*. La tradición va más lejos: menciona tres hermanos de *Nimaquiché* con los cuales compartió su imperio.

El primer Estado dio nacimiento a los *quelenes* y a los *chapanecos*; el segundo, fundando en Verapaz, vio nacer a los *zocotepiquiles*; el tercero, establecido no se sabe dónde, produjo los *mames* y los *pocomanes*; el cuarto por fin, reservado para *Nimaquiché*, vio nacer naturalmente a los *quichés*, los *cakchiqueles* y los *zutugiles*.

Este reino era el más extenso. Quince soberanos, descendientes del primer rey, lo gobernaron sucesivamente, el último, en la época de la invasión española, se llamaba *Tecún Umán*.

Esta tradición, admitida como verdadera por algunos cronistas y rechazada por otros como una farsa ridícula, merecería ciertamente ser examinada con atención si se pudiese encontrar algún indicio que condujese a la fuente con un poco de seguridad. Varios viajeros han hurgado en todos los conventos, movidos por una curiosidad científica; pero ahí tampoco han podido encontrar buena información acerca de la historia de los indios. La mayoría de los monjes españoles eran en la época de la Conquista lo que han sido desde entonces: hombres ignorantes para quienes la investigación histórica tenía pocos alicientes. No obstante, algunos libros fueron escritos por Juan Torres y Juan Macario, ambos descendientes del último rey de los quichés y convertidos, un poco a pesar suyo sin duda, a la religión de los españoles. Todavía se encuentran las obras de

³³ Véase Carolina Depetris. "Influencia del orientalismo en la explicación del origen y ruinas mayas: las tribus perdidas de Israel y el caso de Waldeck". *Mexican Studies/Estudios mexicanos*. 2.2 (summer 2009): 227-46 [N. del E].

Francisco Gómez, del *padre* Juarros y de Fuentes;³⁴ pero es de lamentar la falta de erudición de aquellos escritores y su incapacidad para interesar a los lectores, más allá de ofrecer entretenimiento a partir de sus propios prejuicios y el enaltecimiento de sus esfuerzos por convertir a los indios. En 1580, el rey Felipe II ordenó a las autoridades de la Nueva España buscar todo el material, apto a su juicio, para dar a conocer la historia de los indios; desgraciadamente, la orden del Rey fue mal ejecutada y no produjo ningún resultado.

Hoy en día, veintiséis lenguas o dialectos son usados por los indios de Centroamérica. He aquí la lista ofrecida por el *padre* Juarros:

*Quiche, kachiquel, zutbugil, mame, pocomame, pipil, pupuluca, sinca, mexicana, chorti, aluquikal, lenca, aquakateca, caiki, pochonchi, ixil, zolzil, tzendal, chapaneqa, joque, coxhoh, chanabal, chol, uspanteca, maya, quiichi.*³⁵

El licenciado Palacio, en su relación dirigida al Rey de España en 1576,³⁶ dice que los habitantes de Centroamérica hablan lenguas diferentes, “lo cual sin duda, es sólo un ardid del demonio para poder sembrar con mayor facilidad la discordia entre ellos”.³⁷

³⁴ De Valois se equivoca al incluir el nombre de Gómez, se refiere a López de Gomara. El cronista guatemalteco es Francisco Antonio Fuentes y Guzmán, autor de *Recordación Florida o Historia de Guatemala*, escrita entre 1680 y 1699, y publicada por primera vez en dos tomos en España con el título *Historia del reino de Guatemala y Recordación florida*. Madrid: Biblioteca de los Americanistas, 1882 [N. del E.].

³⁵ Se han conservado en la traducción los nombres de las lenguas tal y como Alfred de Valois los ha escrito en el texto original. Sin embargo, en el libro aludido por el autor, *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala*, de Domingo Juarros, el contenido, el orden y la ortografía de la lista difieren ligeramente. La reproducimos aquí: “Quiché, kachiquel, zutbugil, mam, pocomam, pipil o nahuatl, pupuluca, sinca, mexicana, chorti, alaguilac, caichi, poconchi, ixil, zotzil, tzendal, chapaneqa, zoque, coxoh, chañabal, chol, uzpanteca, lenca, aguacateca, maya, quecchi.” [N. del T.].

³⁶ El título exacto del texto enviado por el licenciado Palacio al Rey, el 8 de marzo de 1576, es: *Relación hecha por el licenciado Palacio al rey D. Felipe II, en la que describe la provincia de Guatemala, las costumbres de los indios y otras cosas notables*. [N. del T.].

³⁷ El señor Ternaux-Compans publicó en 1840 *Recopilación de documentos y estudios originales sobre la historia de las posesiones españolas en América*. La primera relación insertada en su recopilación trata sobre la provincia de Guatemala; fue escrito por el licenciado Palacio y enviado al Rey de España en 1576. Véase la obra del Señor Ternaux-Compans (París, editor Gide, calle de Seine-Saint-Germain, 6 bis) [N. del A.].

El texto original del licenciado Palacio, escrito en castellano, dice exactamente: “que parece fue el artificio más mañoso que el demonio tuvo en todas estas partes para

He aquí los nombres diabólicos atribuidos a dichas lenguas:

En la provincia de Chiapa, se hablan las lenguas *chiapaneca*, *hoque*, *mexicana*, *zozil*, *seldaquelen*.

En la provincia de Soconusco, la lengua *mexicana corrupta* y la lengua del país, la *uebletlateca*.

En las de Suchitepeque y de Cuahutelema, las lenguas *mamey*, *achi*, *cuahutchmaltzeque*, *chienauteque*, *hutateque*, *chirichota*.

En el territorio de los izalcos y sobre la costa de Guazacapan, las lenguas *popoluque* y *pipil*.

En la Verapaz, las lenguas *poponchi*, *calchi* y *colchi*.

En San Salvador, el *pipil* y el *chontal*.

En el valle de Cacacevaselan y en el de Chiquimula de la Sierra, las lenguas *hacacebastleca* y *apay*.

En San Miguel, las lenguas *poton*, *taulepa*, *ulua*.

En la provincia de Choluteca, las lenguas *mangue* y *chontal*.

En Honduras, las lenguas *ulba*, *chontal* y *pipil*.

En Nicaragua, el *pipil corrupto*, el *mangue*, el *marimbio*, el *poton* y el *chontal*.

En la provincia de Taguzgalpa, la *lengua materna* y el *mexicano*.

En la de Costa Rica y Nicoya, la *lengua materna* y el *mangue*.³⁸

plantar discordia, confundiéndolos con tantas y tan diferentes lenguas como tienen” (Colección de Documentos Inéditos, Archivo de Indias. *Relación hecha por el licenciado Palacio al rey D. Felipe II, en la que describe la provincia de Guatemala, las costumbres de los indios y otras cosas notables* 1866. Madrid: vol. VI, 5-4.) [N. del T.].

³⁸ Existen algunas variaciones ortográficas entre la lista de Alfred de Valois y el texto del licenciado Palacio. La lista original de la relación de Palacio es la siguiente:

En la de Chiapa, la *chiapenaca*, *hoque*, *mexicana*, *zozil*, *zeldalcuelen*.

En la de Soconusco, la *mexicana corrupta* y la *materna* o *bebetlateca*.

En la de los Suchitepeques y Cuaahtemala la *mamey*, *achi*, *cuaahtemalteca*, *hutateca* y *chirichota*.

Los Izalcos y costa de Guazacapan la *populaca* y *pipil*.

La Verapaz, la *poponchi*, *caechi* y *colchi*.

La de San Salvador la *pipil* y *chontal*.

En el valle de Hacacevastlan y el de Chimula de la Sierra, la *hacacebastleca* y *apay*.

La de San Miguel, *Poton*, *Itaulepa* y *Ulua*, la *choluteca*, *mangue* y *chontal*.

En Honduras la *ulba*, *chontal* y *pipil*.

En Nicaragua, la *pipil corrupta*, *mangue*, *maribio*, *poton* y *chontal*.

En la de Taguz-Galpa, la *materna* y *mexicana*.

Todos estos nombres difieren de los enumerados por el *padre* Juarros; pero sería ciertamente muy difícil determinar quién, él o Palacio, los escribió con exactitud. Es un hecho que los indios de Centroamérica siguen hablando un gran número de dialectos, esos dialectos a veces tienen tan poca relación entre sí, por lo cual con frecuencia los habitantes de una provincia no comprenden la lengua hablada en las demás.

Más allá de las tradiciones narradas por los cronistas españoles sobre el origen de esos pueblos, hay un hecho principal incuestionable: los habitantes de Centroamérica y de México habían alcanzado un grado elevado de civilización cuando los españoles se apoderaron de su país. Aquella civilización, ya muy antigua, había tenido varias épocas. Los monumentos esparcidos en aquel territorio parecen confirmarlo de modo indudable y los edificios en ruinas hallados por los compañeros de Cortés hacen suponerla de una antigüedad de varios siglos antes de Moctezuma.

Los caracteres jeroglíficos en muchos de los monumentos podrían dar a conocer, si se lograra descifrar el código, la historia primitiva de las diversas razas de América. No me parece inútil mencionar aquí los diferentes monumentos existentes en Quiriguá, cuya descripción, hecha por el señor Catherwood, es la siguiente:

Se encuentran en Quiriguá cuatro edificios separados unos de otros, pero formando un amplio cuadrado en cuyo centro se alza, sobre un montículo, una edificación circular construida con piedras del río y dentro de la cual se puede descender por gradas muy estrechas; en medio de la plaza central de ese anfiteatro se halla una mesa redonda de piedra cuyo contorno está cargado de dibujos jeroglíficos. La mesa se sostiene en dos cabezas de hombres esculpidas y más grandes que el tamaño natural.

Se observan otros monumentos esparcidos en los alrededores del gran cuadrado; 2 estatuas de 10 pies están tumbadas y cubiertas por la vegetación, representan sacerdotes o jefes con su atuendo de gala: otra estatua con 8 metros de altura se encuentra medio enterrada y más inclinada que la torre de Pisa; una estatua de mujer con 3 metros de altura, al igual que la famosa

En la de Costa Rica, la inicoya, materna y mangué.

Colección de Documentos Inéditos, Archivo de Indias. *Relación hecha por el licenciado Palacio al rey D. Felipe II, en la que describe la provincia de Guatemala, las costumbres de los indios y otras cosas notables.* 1866. Madrid: vol. VI, 5-40 [N. del T.].

hermafrodita de la Villa Borghese, o mejor aún, como la estatua de una de las encarnaciones de Visnú, es mujer por un lado y hombre por el otro; una cabeza gigantesca con 2 metros de diámetro; 2 altares adornados con esculturas; y 2 obeliscos, de los cuales uno, todavía en pie y cargado de jeroglíficos, tiene más de 8 metros de altura perpendicular, forman parte también de los monumentos descubiertos en Quiriguá.

Fue en 1524 cuando uno de los tenientes de Cortés, don Pedro de Alvarado, con un ejército de sólo 300 soldados de infantería, 100 soldados de caballería españoles y unos 4000 auxiliares de Tlaxcala, pudo conquistar las provincias de Guatemala, El Salvador y Honduras. Este conquistador fundó la primera ciudad española al pie de varios volcanes, y aún se pueden ver los vestigios en el noroeste de la Antigua Guatemala, en el pueblito de *Ciudad Vieja*, del cual sólo quedan, para mostrar a los anticuarios, las fundaciones del primer establecimiento español.

La comarca de Verapaz guerreó diez o doce años contra los conquistadores. Después de luchas tremendas sostenidas contra ellos por los indios, los misioneros, dirigidos entonces por el santo y noble apóstol don Bartolomé de las Casas, lograron someterlos a España.

Costa Rica y Nicaragua habían sido invadidas en 1522 por González Dávila, quién las cedió a su amigo Alvarado.

Esas cinco provincias reunidas formaron entonces la capitanía general de Guatemala,³⁹ y fueron gobernadas hasta la época de su emancipación (1821) por varios militares, cuya ciega política consistía en pervertir a los indios para dominarlos mejor. Los monjes que habían traído con ellos no omitieron ningún recurso para violentar la conciencia de los habitantes y juraron convertirlos a sangre y fuego al catolicismo.

Para dar a entender toda la barbarie de los monjes españoles, basta con citar algunos fragmentos del catecismo impuesto a los indios. Al no poder matar todos los cuerpos, se pretendió matar todas las mentes.

³⁹ El señor Alcide d'Orbigny dice, en su libro sobre las Américas, que Guatemala significa en indio: Viejo tronco podrido. Un escritor de México, Jorge Metzu, explica el significado de Guatemala en lengua kachiquel: Tierra feliz. Esta etimología sería más justa en comparación con la del señor d'Orbigny, si se toma en cuenta la fertilidad y la belleza del país [N. del A.]

El autor se refiere a la obra del científico francés Alcide Dessalines d'Orbigny titulada *Voyage en Amérique méridionale*. IX tomos. Paris: Pitois-Levrault, 1835-1847. La referente a Metzu no ha sido posible localizarla [N. del E.]

Dicho catecismo, absurdo y monstruoso, era el arma embrutecedora usada por los misioneros enviados por la corte de Madrid con el consentimiento del papa para, según ellos, iluminar, instruir y civilizar a los habitantes de las tierras conquistadas, cuando en realidad se trataba de torturarlos en su fe ingenua, volverlos locos a fuerza de terror y convertirlos en imbéciles con sus inmensos disparates.

He aquí algunas preguntas relativas a la confesión:

Primer mandamiento de Dios.

—¿Has amado a Dios?

—¿Has creído en los sueños, en el *tecolote*, en el *pizho*,⁴⁰ o en cualquier otro pájaro?⁴¹

—¿Sabes algo de brujería?

—¿Sabes transformarte en tigre, en león, en serpiente o en cualquier otro animal?

—¿Has quemado *copales*⁴² o encendido antorchas delante de algún objeto de madera, una piedra u otra cosa?

—¿Sabes volar (como un pájaro)?

Es imposible traducir, incluso al latín, las preguntas referidas a las infracciones contra el sexto mandamiento. No existe ningún lupanar ni antro inmundo donde se pueda comprender y emplear un lenguaje tan obsceno como el usado por los sacerdotes españoles para interrogar a los indios.

El infame catecismo aludido fue publicado con la autorización del obispo de Guatemala en 1725. Sigue vigente hoy en día y fue uno de los sacerdotes con más renombre en el país quien accedió a darme un ejemplar.

⁴⁰ Escrito así en la versión original [N. del T.].

⁴¹ Los indios, como los antiguos romanos, consultaban el vuelo de los pájaros para deducir presagios. El *tecolote* es una especie de pequeño halcón blanco, que en el país tiene la mala fama de traer la desgracia a quien se lo encuentra. El *pizho* pertenece a la familia de los trepadores; su plumaje es muy hermoso, era un pájaro de buen augurio [N. del A.].

De Valois está equivocado, pues el *tecolote* pertenece a la familia de las estrigiformes o aves rapaces nocturnas y no a la de los falcónidas [N. del E.].

⁴² El *copal* es una resina aromática obtenida de una especie de palmera enana. Los indios lo usaban para incensar a sus dioses. Todavía hoy lo emplean como perfume [N. del A.].

En realidad, el *copal* se extrae de los árboles de la familia *Burseraceae* [N. del E.].

V

Emancipación de todas las provincias de Centroamérica

La capitánía general de Guatemala fue gobernada durante más de tres siglos por comandantes españoles, cuyo único objetivo era enriquecerse y alimentar, por así decirlo, la avaricia de su corte. Poco les importaba la escasez de brazos para trabajar la tierra, el hundimiento de la población indígena en el embrutecimiento y su disminución diaria y gradual, el principal objetivo era seguir llenando las cajas del Rey y las suyas a expensas de las minas de oro y de plata, sin importar su explotación inadecuada; y el abundante abastecimiento de conventos, capillas e iglesias, construidos por doquier, para la vida de monjes, capellanes y curas, quienes erraban por ciudades y pueblos pretendiendo ser los enviados de Dios en ese desdichado país, para abrir a los indios las puertas del cielo de par en par. En lugar de desarrollar el espíritu de los habitantes, de dotarlos con la industria que, gracias a los conquistadores árabes, había enriquecido a su país, los reverendos *padres* pensaron sólo en embrutecer a sus esclavos y en hacerlos trabajar como mulas en sus campos sustraídos. Era a través del fanatismo y de la tiranía más monstruosa como sabían hacerse obedecer, y la menor infracción a sus órdenes se castigaba siempre con suplicios, y su atrocidad no envidiaba aquellos tormentos imaginados por los monstruos humanos cuyos nombres la historia ha grabado con hierro candente.

No es posible leer sin estremecerse de horror los relatos ofrecidos por Bartolomé de las Casas a la corte de España acerca de toda la violencia y de todas las torturas infligidas a los indios por los gobernadores de su

tiempo.⁴³ Esos relatos ofrecen imágenes capaces de hacer palidecer las del infierno imaginadas por Dante. La corte de España nombró a Bartolomé de las Casas *protector de los indios*, pero sin dejar de alentar la abominable conducta de sus gobernadores, quienes diezmaron la población, arruinaron al país y lo sumieron en un estado de ignorancia, superstición y barbarie seguramente inexistente antes de la Conquista.

No obstante, una nueva raza había nacido en este suelo. Los amos habían compartido su lecho con bellas esclavas y éstas les habían dado hijos. Fueron esos hijos de raza española y de raza india quienes, un día, debían apropiarse de las conquistas de sus ancestros y arrancarlas del yugo de España. Los tiempos habían cambiado. América del Norte se había conmovido de repente con la voz de un hombre de corazón. Washington había izado la bandera de la independencia y por todas partes hombres valientes habían respondido a su llamado y proclamado con él la libertad cívica. Europa también iba a entrar pronto en fermentación, y Francia era la nación elegida por Dios para difundir en el universo la luz fecunda que debía iluminar a los pueblos e inspirarles el amor por la patria y la independencia. El viejo feudalismo se agrietaba por doquier en sus fundamentos y ríos de entusiasmo corrían por el mundo entero, electrizando a los pueblos y haciéndoles entrever, como premio por sus esfuerzos, una completa regeneración y un espléndido futuro. Todo ese ruido, todos esos actos llegaban a todos los puntos del globo, sostenidos por una ferviente exaltación; cruzaban desiertos, mares y continentes con la rapidez del rayo y a medida que los pueblos oían, sus ojos se abrían al día, sus corazones sentían ardientemente el santo amor por la independencia.

Para las ciudades de Quito, Santa Fe y Cartagena es primordial seguir el ejemplo de los Estados Unidos, sublevándose con audacia contra el gobierno de la metrópoli. En la Nueva España, los mexicanos Allende, Hidalgo, Abasolo y Aldama hacen resonar los primeros gritos gloriosos de emancipación. Una lucha encarnizada se organiza entre los partidarios

⁴³ Los amos españoles, según Bartolomé de las Casas, aplastaban a las mujeres embarazadas bajo las patas de sus caballos. Quemaban a los indios a fuego lento y el objetivo de tales atrocidades era, invariablemente, arrancarles el oro a sus víctimas.

Los curas ordenaban tales suplicios invocando el nombre de un Dios de amor y de bondad. La Santa Inquisición había sido introducida en los territorios españoles y se puede afirmar que esa abominable institución hizo más daño a los indios que los cañones y mosquetes de los aventureros de España [N. del A.].

de la libertad y sus antiguos opresores. La sangre de los primeros se vierte por todas partes, derramada por las espadas de los Pezuela y de los Calleja; pero dicha sangre no es derramada en vano; a pesar de los desastres de Aculco y Guaqui, el espíritu de independencia recibe un gran impulso.

En Guatemala los agentes españoles empleaban todos los medios para ocultar a los habitantes la agitación de sus vecinos. Pagaban a escritores para describir en sus periódicos a los independentistas como unos desalmados y los calificativos de *herejes* e *insurgentes* eran los elegidos por los españoles para designarlos. Los monjes y los curas fabricaban milagros, diseñados para demostrar al pueblo que Dios estaba en contra de la emancipación y, en medio de procesiones carnalescas, espetaban grotescos anatemas contra los partidarios del movimiento insurrecto. Mientras el clero se entretenía con tan ridículos malabarismos, el gobierno colonial hacía promesas a sus habitantes: declaró la exoneración de pago de tributo alguno si persistían en su sometimiento al Rey de España; abolió algunos castigos infamantes y suprimió la vergonzosa ceremonia celebrada anualmente para perpetuar la memoria de la Conquista; decretó que los centroamericanos gozarían desde entonces de los derechos inherentes a los habitantes de la Península; aceptó el nombramiento de algunos diputados en las *Cortes*⁴⁴ por parte de la provincia, y para colmo de generosidad, otorgó a los guatemaltecos el título tan pomposo como humillante de *muy fieles y muy leales vasallos*.⁴⁵

Tal era la situación de Centroamérica a comienzos del año 1811. El capitán general, don Antonio González Saravia, había sido reemplazado por don José de Bustamante y Guerra. Este oficial general se había hecho notar en su corte por su ímpetu en perseguir a los patriotas de Montevideo. Su violencia y persecución contra ellos constituían una buena recomendación en el gobierno de Madrid, donde no se dudaba de que un hombre con el carácter de ese español fuese apto para detener los movimientos insurgentes en los territorios de Centroamérica. Duro, inflexible, vigilante y *taciturno*, según dice el señor Alejandro Marure⁴⁶ en su

⁴⁴ En español en el texto original [N. del T.].

⁴⁵ Tomo prestados todos estos detalles del señor [Alejandro] Marure, historiador de la República de Guatemala. Su libro está escrito con talento y sabiduría [N. del A.].

⁴⁶ En esta parte, Alfred de Valois parafrasea un texto del historiador Alejandro Marure, el *Bosquejo histórico de las Revoluciones en Centroamérica*. Guatemala: Imprenta

historia de la revolución en el país, Bustamante era el gobernador adecuado, no para frenar el avance de la revolución, sino para favorecerlo por el abuso mismo de su violento poder. Un hombre más afable y más benévolo tal vez hubiese logrado retrasar la marcha de aquello denominado por los realistas como *el mal*, lo cual no era más que, en definitiva, *el bien* llegado por la fuerza del tiempo y la propagación de la Ilustración para la dicha de los pueblos oprimidos por tanto tiempo; porque, es necesario reconocerlo, Dios anhela el progreso del espíritu humano y los acontecimientos preparados por él deben llegar en su momento.

Bustamante comenzó poniendo en vigor todas las medidas de vigilancia tomadas anteriormente por su predecesor y pronto tomó otras más severas todavía, pues establecían un sistema de espionaje incesante y de persecución absurda. Armó una tropa de alguaciles ocultos repartidos por todas partes como nubes de aves rapaces encima de los liberales, a quienes no dejaban jamás sin antes haberles extirpado una parte de sus secretos. Las pesquisas continuaban de domicilio en domicilio y el menor descubrimiento de papeles o libros considerados peligrosos daba lugar en seguida a la encarcelación de las personas en cuyo poder se encontraban. A pesar de esa intransigencia y tal vez a causa de sus excesos, las ideas de libertad continuaron alimentando los espíritus y por todas partes se

de la N. Academia de Estudios, 1837. El fragmento original es el siguiente: “Este español acababa de señalar su celo contra los independientes en la plaza de Montevideo, y era uno de los peninsulares más aparentes para retardar la emancipación de los guatemaltecos. Duro, inflexible, suspicaz, absoluto, vigilante y reservado, sus planes de gobierno estaban en perfecta consonancia con su carácter. Él dio más vigor a las disposiciones establecidas para contener los movimientos insurreccionales y adoptó otras nuevas y más estrictas; sistematizó la persecución y las delaciones, tuvo un tino particular para elegir sus agentes y espías, desobedeció constantemente las disposiciones moderadas dictadas en algunas ocasiones por la metrópoli a favor de los infidentes y se abocó del modo más arbitrario el conocimiento de sus causas” [N. del T.].

Alejandro Marure Villavicencio, abogado, periodista, historiador, político e impresor. Ocupó cargos en los gobiernos liberales y conservadores: Oficial de la Secretaría de relaciones Exteriores en 1831, diputado de la Asamblea nacional Constituyente en 1839, Miembro de la comisión constitucional en 1847, director de la Gaceta de Guatemala. Además de su obra más importante, referida por De Valois, es autor de *Memoria de la insurrección de santa Rosa Mataquescuintla en Centroamérica* (1839), *Catálogo de leyes del Estado de Guatemala* (1841), *Efemérides de los hechos notables acaecidos en la república de Centro América, desde el año de 1821 hasta el de 1842* (1844) y *Memoria del Canal de Nicaragua* (1845) [N. del E.].

elevaban protestas contra el despotismo zonzo de Bustamante. La insurrección se palpaba en el ambiente: cada pecho, cada boca inhalaba su perfume, y aunque la hora de la liberación aún no había llegado, aunque no se había dispuesto ningún plan para alcanzarla, aunque los amigos de la libertad ignoraban su fuerza, se percibía en todas partes ese malestar que nace siempre en vísperas de los grandes acontecimientos, agitando a las masas de la nación sometida y cada ciudadano preveía ya en su corazón el triunfo de tan santa y noble causa, tácitamente abrazada.

Los primeros centroamericanos que se pronunciaron a favor de la independencia fueron los curas de San Salvador, don José Matías Delgado⁴⁷ y don Nicolás Aguilar, los dos hermanos de éste, Manuel y Vicente, y los ciudadanos Juan Manuel Rodríguez y Manuel José Arce. Juntos armaron un plan de conspiración puesto en práctica el 5 de noviembre de 1811, este hecho les permitió apropiarse de 3000 fusiles en bastante buen estado, así como de una suma de 200 000 piastras depositadas en las cajas reales. Con estos primeros recursos intentaron propagar la revolución. Gran parte del pueblo salvadoreño apoyaba sus designios y parecía incluso mantener relaciones orientadas hacia el mismo objetivo con las poblaciones de Metapán, Zacatecoluca, Usulután y Chalatenango; pero las demás zonas de la comarca no estaban todavía muy decididas a apoyar los principios presentados por los autores del movimiento. El temor a irritar la severidad de los capitanes generales gobernantes de Centroamérica

⁴⁷ El doctor Delgado era, según el señor Alejandro Marure, un ardiente patriota, pero muy ambicioso. A fuerza de intrigas, logró que la Asamblea de los Estados de El Salvador erigiese su parroquia en obispado. El arzobispo de Guatemala, doctor Ramón Casaus, un hombre muy celoso de su autoridad, informó al papa sobre la elección de Delgado; su Santidad escribió una carta muy extensa al nuevo obispo para invitarlo a depositar la mitra usurpada por él, amenazándolo con la ira de la Santa Sede en el supuesto de persistir en su obstinación por infringir sus órdenes sagradas. “Has cometido cosas tan horribles —le decía León XII—, y se te pueden aplicar estas palabras del Evangelio (las pronunció llorando): ‘Has entrado como un ladrón en el recinto de las ovejas, no por la puerta, sino por otro lado, para perderlas y matarlas. Has tenido la audacia de escribirnos para pedir dignarnos a aceptar y sancionar con nuestra autoridad apostólica lo que has hecho... pero debes saber que no podemos aprobar ni sancionar semejantes hechos sin deshonorar nuestro ministerio apostólico, etcétera’”.

La carta continúa en este tono a lo largo de catorce páginas. Delgado mandó al diablo al Santo padre y continuó administrando su obispado hasta el día que el estado de El Salvador, para estar en paz con Roma, aceptó arrebátárselo [N. del A.].

produjo la protesta contra los propagadores de la revolución por parte de la ciudad de San Miguel y los poblados de Santa Ana, de Sonsonate y de San Vicente; los habitantes de aquellos lugares se apresuraron en renovar el juramento de vasallaje y de fidelidad hecho en el pasado; mandaron a imprimir panfletos en donde maldecían en términos enérgicos a los jefes de la revuelta, tratándolos de devastadores y sacrílegos. Esas ciudades y poblados fueron todavía más lejos; para demostrar su interés y sumisión ante la Península, devolvieron al capitán general las promesas de emancipación hechas por él, la ciudad de San Miguel incluso ordenó al verdugo quemar los documentos en los cuales estaban consignadas.

El pueblo es el mismo en todas partes y la historia de los municipios de Francia muestra en más de una ocasión fallos similares. Un pueblo debe entrenarse para la lucha y superar varias derrotas antes de obtener la victoria. La fatal ignorancia de su derecho y de su fuerza lo hacen dudar por largo tiempo; como un niño que da sus primeros pasos, va durante años tanteando hacia su objetivo; a medida que va creciendo, su discernimiento se esclarece, su voluntad se acrecienta, se vuelve audaz hasta la temeridad y valiente hasta la locura; se puede ver cómo se lanza, lleno de heroica imprudencia, contra los obstáculos levantados frente a él y, puesto que todavía es demasiado débil e inexperimentado para vencerlos, se detiene de golpe como si terminase asustado por su audacia y entrega con sumisión sus manos a los hierros impuestos por sus opresores.

En cuanto la noticia del movimiento de San Salvador llegó a Guatemala, el capitán general Bustamante concedió poderes extraordinarios al coronel Juan José de Aycinena, con el fin de combatir la insurrección y restablecer el orden en esa parte de la Colonia. Bustamante nombró a varios comisarios junto con ese oficial; el arzobispo no quería permanecer inactivo y envió a un monje llamado José Mariano Vidaurre, cuya misión consistía en sermonear a los insurgentes y amenazarlos con la ira divina si no se sometían rápidamente al gobierno peninsular. El pueblo, sumido nuevamente en su apatía y temeroso de la probable venganza del gobernador, recibió con aclamaciones de alegría a los diversos delegados presentados ante él como mediadores, y juró nuevamente guardar fidelidad al Rey de España.

Poco tiempo después de los acontecimientos relatados, la ciudad de León, capital de la provincia de Nicaragua, y varios poblados se sublevaron

siguiendo el ejemplo de El Salvador, pero sin obtener mayores resultados que en la vecina provincia. En aquella época, todavía les faltaba a los ciudadanos de Centroamérica el espíritu de unión, la coincidencia en las necesidades y en los intereses a través de los cuales se genera el fortalecimiento y se asegura el éxito de las grandes iniciativas populares. El tiempo transcurría y transcurría rápidamente a favor de las ideas de emancipación, pero el día del triunfo quedaba lejos todavía.

Me gusta seguir paso a paso, por así decirlo, el progreso de las ideas liberales de un pueblo gobernado durante varios siglos por los pachás del Rey de las Españas y el cual sólo tuvo que escuchar los gritos de independencia de los pueblos de Europa y de los Estados Unidos para querer, él también, convertirse en el dueño de su destino. Nadie, entre los revolucionarios de Centroamérica, seguramente nadie había pensado en qué haría con su libertad cuando fuese conquistada; ningún plan de gobierno había germinado en la mente de los jefes, es más, ninguno de ellos era capaz de dirigir su país. La instrucción de la mayor parte de los centroamericanos era muy elemental; los españoles siempre habían insistido demasiado en mantener la mente de los profesores de sus escuelas en la penumbra de una erudición a medias. Un poco de derecho y mucha teología eran la base de la enseñanza en las academias. Los monjes se esmeraban en orientar a sus alumnos hacia el clero y los pocos profesores laicos tolerados por la Inquisición sólo tenían por ambición convertir a los jóvenes alumnos en admiradores de la potencia española. La historia y la política eran ciencias que llegaban disfrazadas y amordazadas a Guatemala⁴⁸ y si, por casualidad, un ciudadano suficientemente inteligente como para adivinar lo oculto intentaba instruirse solo y enterarse de algunos grandes hechos históricos, dicho ciudadano pronto era declarado peligroso y vigilado por la policía secreta de los capitanes generales. Así pues, ningún centroamericano había podido formular el menor plan de gobierno; ninguno, en nuestra opinión, era apto para asentar los principios base para la revolución cercana; ¡pero poco les importaba a esos hombres hambrientos de libertad! Su objetivo principal era su emancipación y la destitución de

⁴⁸ España se había esmerado constantemente en mantener las colonias de Centroamérica en la ignorancia acerca de los grandes acontecimientos desarrollados en Europa. Una ley del gobierno metropolitano castigaba con la muerte a todos los extranjeros que entrasen a Guatemala sin haber obtenido la autorización de visitar el país [N. del A.].

sus amos: después, decían, ya se las arreglarían entre ellos. Por desgracia, ignoraban que es más difícil crear un gobierno que derribar cientos. Más adelante experimentarían y expiarían, a través de la desmembración de su desdichado país, los errores causados por su ignorancia política.

Tras los infructuosos movimientos producidos en la provincia de El Salvador y en la ciudad de León, los habitantes de Granada, una de las grandes ciudades de Nicaragua, se sublevaron a su vez. El 22 de diciembre de 1811 el pueblo, reunido en asamblea, exigió enérgicamente la destitución de todos los agentes españoles, éstos, asustados por el clamor popular que les reprochaba su odiosa conducta, se apresuraron en presentar su renuncia y en masa emigraron a Masaya. El 8 de enero de 1812, los jefes de la revolución se apoderaron por sorpresa del pequeño fuerte de San Carlos, convertido de inmediato en prisión de estado para los oficiales europeos. La discordia, como suele suceder frecuentemente en las reuniones políticas, no tardó en dividir a los independentistas de Granada. El obispo Nicolás García Jerez, nombrado por ellos gobernador intendente del país, fue acusado al poco tiempo de favorecer a los funcionarios españoles: la duda se instaló, creando una profunda desavenencia entre los principales jefes de la insurrección, aprovechada muy pronto por los representantes y amigos de la Península.

Los desterrados o los emigrados se reunieron en el poblado de Masaya, desde donde solicitaron auxilio al capitán general, quien se apresuró en proporcionárselo. La insurrección de Granada sufrió una suerte similar a las de El Salvador y León. Los autores, a pesar de la palabra dada por el comandante Gutiérrez, quien en nombre del rey de España y de su teniente general les había prometido una amnistía total, fueron considerados rebeldes y condenados al exilio; varios de ellos, en particular el *padre* don Benito Soto, encontraron una tumba en su exilio.

Una conspiración contra el gobierno colonial se organizó poco tiempo después en un convento de Guatemala. Juan de la Concepción, monje español y subprior del convento de Belén, era el jefe oculto de dicha conspiración. Un indígena, el doctor Tomás Ruiz, la dirigía, y los oyentes de sus discursos y cómplices de sus actos eran algunos militares que debían, en el momento acordado, sublevar las tropas contra el capitán general, obligándolo a ceder su autoridad. Esta conjura, a pesar de todas las precauciones tomadas para mantenerla en secreto, fue descubierta por

la policía del palacio, muy pronto condenas al garrote, a la horca y a las galeras fueron dictadas contra el doctor Ruiz, contra el monje Víctor Castrillo, contra José Francisco Barrundia, contra don Joaquín Yúdice, contra el prior, contra [Julián] Ibarra, contra Andrés Dardón, contra Fray Manuel de San José y otros seis o siete individuos más o menos comprometidos en dicho asunto. El gobierno colonial carente de fuerza para mostrarse riguroso, conmutó las condenas y tras algunos años de arresto, la mayor parte de los conjurados de Belén fueron dejados en libertad.

Tales fueron los resultados de las primeras tentativas realizadas a favor de la independencia.

Bustamante, el hombre contra cuyo despotismo toda Centroamérica había tratado de luchar en vano; Bustamante, el terror de los indios y de los *ladinos*, había sido reemplazado por otro gobernador, don Carlos Urrutia. Ese nuevo capitán general era tan mediocre militar como incompetente administrador. Al asumir el mando, dejó subsistir los reglamentos de policía establecidos por su predecesor y careció de la energía necesaria para reprimir la propaganda de emancipación difundida por varios guatemaltecos.

Cuando la constitución española fue recuperada en 1820 por todo el reino de la Península, la libertad de prensa fue otorgada a todas las colonias no emancipadas todavía. El doctor don Pedro Molina aprovechó dicha libertad para fundar un periódico en Guatemala. En *El Editor Constitucional*⁴⁹ publicó varios artículos extensos de crítica hacia la administración, prácticamente en seguida otro ciudadano creó un periódico para combatirlo. Esa disputa entre dos publicaciones apasionadas, una por la libertad, otra por el régimen colonial, centró las mentes en la revolución. Los realistas habían terminado por ganar terreno en esta pequeña guerra de prensa; aunque entre sus prácticas se encontraba, además de su elocuencia, el empleo de toda clase de recursos para ganar partidarios, la distribución de dinero a diestra y siniestra, y el compra de votos ciudadanos cuando se trataba de enviar a diputados a las *Cortes*.

El capitán general Urrutia se fue cansando frente a una tarea que estaba por encima de sus fuerzas y al verse presionado por el doctor José Simeón Cañas, uno de los principales integrantes de la Junta Provincial, delegó su autoridad política y militar al subinspector general del ejército,

⁴⁹ En español en el texto original [N. del T.].

don Gabino Gaínza. Ese nuevo pachá español era ciertamente el hombre apropiado para permitir el triunfo de la causa popular. Ambicioso hasta la demencia y muy prendado de la fama, Gaínza, en cuanto tomó posesión del poder, dejó entrever a los liberales ciertas esperanzas para el éxito de sus tentativas. Amordazó a sus espías y ordenó a los alguaciles cerrar los ojos. Tal conducta, adoptada por un representante del Rey de España, no podía más que ser apreciada por los independentistas de Centroamérica. Los españolistas lo acusaron en voz baja de alta traición, mientras sus adversarios cantaban sus alabanzas en una infinidad de circulares repartidas prolíficamente por las ciudades y pueblos de su gobierno.

Este general tenía la esperanza de ser nombrado rey de la capitanía general de Guatemala y pudo haber cumplido su sueño de haber tenido más audacia e iniciativa; pero la ambición de este personaje se diluía en una prudencia blanda que alteraba su voluntad y le hacía quemar las proclamaciones improvisadas cada noche en su furor por reinar.⁵⁰

Así estaban las cosas en Guatemala cuando la noticia de la revolución mexicana llegó a sorprender a los realistas y a despertar las esperanzas de los liberales. En la pequeña ciudad de Iguala, el coronel Iturbide había dado audazmente el grito de emancipación. Los guatemaltecos ocupados en los asuntos del país se reunieron espontáneamente y decidieron la proclamación de la independencia de Centroamérica y seguir el glorioso ejemplo mexicano; pero las dudas de algunos hombres frenaron, una vez más, el impulso revolucionario. Los guatemaltecos no habían podido encontrar entre ellos a un solo hombre que, por la fuerza de su talento o por el mérito de su virtud, fuese capaz de alcanzar la mayoría y de afiliar a todos los liberales en torno a su persona. Había un partido cuyo objetivo era proclamar la independencia del país de inmediato sin preocuparse por el movimiento o por la inmovilidad de las provincias vecinas. Ese partido estaba compuesto por liberales en el sentido estricto del término; tenía toda la energía y todo el entusiasmo requeridos para favorecer el triunfo de la revolución, pero carecía de la experiencia y de la habilidad necesarias para dirigirla y para superarla. Otro partido compuesto por hombres más sabios, y sobre todo más pacientes, se enfrentaba al primero. Quería reproducir la conducta de los mexicanos y conocer, antes

⁵⁰ Véase Alejandro Marure. *Revoluciones en Centroamérica*. Tomo 1, primer capítulo: 30 [N. del A.].

de lanzarse a los acontecimientos, el Plan adoptado en Iguala. El general Gaínza simpatizaba naturalmente con este último partido. La agitación extrema de los liberales exaltados lo llenaba de inquietud; se sentía en una posición inadecuada y carecía de resolución para salir de ella airoosamente. Sin embargo, para salvar las apariencias y para cubrir su responsabilidad frente a su gobierno, empezó a denunciar en un manifiesto publicado y rechazado más tarde por él mismo, todo lo acontecido en Iguala. Describió de manera muy negativa al coronel Iturbide y a sus auxiliares, habló de las virtudes de su pobre rey y, tras haber cumplido con ese deber de conciencia, se dejó arrastrar por su apatía natural, alimentando secretamente en su mente fantasiosas ambiciones.

La vacilante conducta del gobernador disgustó a los mismos hombres que en algún momento habían esperado encontrar en su persona al jefe de la revolución. Juzgando con razón a ese general como un cobarde ambicioso, resolvieron comprometerlo favoreciendo sus secretas esperanzas y le ofrecieron el gobierno de Guatemala, con la condición de proclamar él mismo la independencia. Ese hombre que había condenado el Plan de Iguala, lo alabó entonces con efusividad; aprobó plena y totalmente las tres principales garantías principales del documento: “la conservación del culto católico, la independencia de la Nueva España *bajo una monarquía moderada*, y la unión íntima de todos los americanos con los europeos”. El pobre gobernador no dudaba de haber sido elegido por los centroamericanos para ser el *monarca moderado* considerado necesario por el Plan de Iguala para devolver la tranquilidad al país. No consideró el favorecimiento a su autor de esta segunda garantía, ni la audacia del pequeño coronel mexicano Agustín de Iturbide por hacerse nombrar Emperador de todo el país conquistado por Hernán Cortés y Pedro de Alvarado.

El ciudadano Cayetano Bedoya, enviado por los liberales a Oaxaca para dar cuenta de la situación al jefe del movimiento mexicano, informó a sus amigos que la provincia de Chiapas, así como las ciudades de Oaxaca y de Tehuantepec, habían aceptado el Plan de Iguala, además, nuevas adhesiones llegaban de todos los puntos de México. Esta noticia despertó el ímpetu de los *cacos*,⁵¹ liberales exaltados, y sacó de su apatía miedosa a los liberales moderados. El propio Gaínza consideró prudente mostrar su apoyo a la revolución, y convocó a todos los ciudadanos con

⁵¹ En español en el texto original [N. del T.].

cargo oficial, así como a todos aquellos que, por su talento o su actividad, se encontraban en primera fila de la Nación, con el fin de reunirse en junta extraordinaria y tomar la determinación más apta para lograr la felicidad del país. El 14 de septiembre de 1821, don Mariano de Aycinena y el doctor Molina sublevaron al pueblo llano para acudir, con los gritos que le habían enseñado, a contener a los españolistas y presionar a la junta para decretar la emancipación de Guatemala. Una gran multitud, dirigida por don José Francisco Barrundia y don José Basilio Porras, llegó a la mañana siguiente a la plaza del Palacio el cual pronto fue encerrado en un círculo impenetrable.

En una de las salas del Palacio se celebraba la junta, compuesta por el arzobispo, los diputados de todas las corporaciones, los prelados, las órdenes religiosas, los jefes militares, los recaudadores y los principales oradores y escritores populares. Gaínza había sido nombrado presidente de la junta. Una serie de discursos, más entusiastas que sustanciales, fueron pronunciados por los liberales y más o menos rebatidos por los españolistas, quienes terminaron adhiriéndose a la aspiración nacional, pues andaban aterrorizados por el abucheo y el revuelo de la turbamulta. Gaínza fue confirmado jefe de Estado, con el único título de gobernador. No era el sueño concretado de ese hombre, aunque fingió satisfacción por una obra que no tuvo valor de impedir ni el talento de dirigir para satisfacer su ambición.

El Acta de Independencia de Centroamérica tuvo lugar 297 años, 3 meses y 19 días después del 2 de junio de 1524, día en que el conquistador don Pedro de Alvarado entró a Guatemala.

La revolución tardó diez años en completarse. No se había hecho pensando en el interés del pueblo centroamericano, sino en el interés de las familias nacidas de padres españoles y de madres indias. La guerra civil y la anarquía no tardarían en ensangrentar el suelo de ese bello país, y hombres crueles, sin talento y sin honor, iban a disputarse el poder sacrificando a miles de indios para realizar sus culpables ambiciones.

Creímos necesario, antes de penetrar profundamente en el interior de la República de Guatemala, aportar los detalles históricos narrados anteriormente. Ahora nos disponemos a retomar nuestro viaje y exponer nuestras impresiones, nuestros comentarios, así como la información recopilada.

VI

El camino de Izabal a Zacapa. Un tigre y un oficial francés. Las distintas especies de madera que se encuentran en la montaña

Un viaje a este país siempre se parece un poco a una expedición. Es necesario tener los ojos y los oídos bien abiertos, y la escopeta al alcance de la mano para estar dispuesto a defenderse contra los asaltantes de dos o de cuatro patas que recorren la selva a cualquier hora del día y de la noche. Los caminos son difíciles, bordeados con precipicios cuyas profundidades no se alcanzan a ver; el sol se pone perpendicular y quema como un hierro caliente; las sienes redoblan sus latidos; los labios se resecan y uno siente, al cabo de dos o tres horas de viaje, el recorrido de la fiebre como un veneno por las arterias.

En mi caso, como ya estaba algo acostumbrado a tan duras peregrinaciones, sufría un poco menos de lo que suelen sufrir los europeos bajo este cielo abrasador y me sentía feliz al verme ascender hacia la capital de Guatemala. Cada elemento nuevo me maravillaba: las hermosas orquídeas, invadiendo con sus racimos odoríferos la cima de los árboles milenarios, me embriagaban con sus perfumes suaves y penetrantes; las mariposas del color oro y fuego delante de mí, las bandadas de cotorras y de papagayos cruzando la selva con sus chillidos burlones, las palabrotas de mis *mozos*, el relincho de los caballos y de las mulas a lo lejos, todas esas criaturas y todos esos ruidos, en un paisaje espléndido, me causaban profundas y vivas emociones.

Me preocupaba mucho menos la aparición de algún tigre que la de una serpiente. Me daba la impresión de poder arreglármelas mejor con el primero. El tigre es un animal que uno ve llegar, es cobarde por naturaleza

y sólo ataca al hombre cuando está muy hambriento; es cierto, muchos indios, sorprendidos por tigres, les han servido de desayuno; pero el indio va casi desnudo, su carne se ofrece al tigre como un manjar succulento y éste se arroja sobre aquél con glotonería. El europeo va vestido de pies a cabeza, el tigre se asusta al verle y huye. La serpiente *cora*⁵² no es así; las historias siniestras sobre las hazañas de esa linda y pequeña serpiente las tenía siempre presentes y reconozco que el temor de verla lanzarse desde una rama para picarme la nariz o los labios, como pretenden hacer con frecuencia, alteraba un poco la belleza del lugar donde me encontraba.

Para tener una idea de cómo se comporta el tigre y de su aspecto bonachón cuando ha saciado el hambre, uno de mis buenos amigos, el señor comandante D., me contó que durante una larga estancia en Centroamérica, había tenido varias veces el desagrado de encontrarse cara a cara con esos temibles corredores de los bosques. Una vez, por ejemplo, iba montado sobre una mula y cabalgaba tranquilamente por la zona de la Palmilla,⁵³ cuando de repente su montura hizo un movimiento y a punto estuvo de hacerlo caer. D. inmediatamente enfrenó el animal y desenvainó un largo puñal de su cinturón. Delante de él, a diez pasos de distancia y sentado sobre sus patas traseras, había un hermoso tigre relamiéndose gastronómicamente los bigotes al ver a la mula y a su jinete. D. puso a prueba durante un momento su poder de fascinación sobre el monstruo lanzándole varias miradas cargadas de rayos y amenazas; pero el tigre ni chistó. A la pobre mula le temblaba todo el cuerpo: con las orejas empinadas y los pelos de punta, intentó varias veces dar media vuelta pero las espuelas de su amo la mantenían resignada frente al enemigo. Tras haber probado con el magnetismo, D. recurrió a la elocuencia. Se esforzó por persuadir al tigre de que lo más conveniente para él era adentrarse en el bosque e ir a buscar a algún leñador para su cena. El tigre, a modo de respuesta al oficial francés, abrió sus extraordinarias mandíbulas y soltó un enorme bostezo.

—¡Bellaco! —exclamó D. poniendo un pie en tierra—, se te da un consejo y tú contestas con una impertinencia... ¡Espera!

⁵² En español en el texto original [N. del T.].

⁵³ Situado en la zona de Gualán, entonces departamento de Chiquimula [N. del E.].

Mi buen amigo acababa de acordarse de un par de pistolas que llevaba en el serón; lo abrió tranquilamente, agarró las armas, las cargó y, tras haber amarrado su mula a un árbol, volvió frente al tigre.

—No quiero —dijo—, abusar de mi fuerza. Podría lastimarte, entonces presta atención: una de mis pistolas está cargada con granalla, y la otra con una bala cónica. Con el primer disparo intentaré cegarte, con el segundo intentaré perforarte el costado... Una vez realizados mis dos disparos, me quedará todavía este puñal, con el cual ya he matado a más de uno... ¡piénsalo pues! Si dentro de tres minutos no te has ido, abriré fuego contra ti y sólo tú serás culpable del daño que pueda hacerte.

El tigre no se movió; mi amigo reanudó:

—La terquedad no es ninguna ciencia. Quieres hacerte el valiente, es una idea respetable y para demostrártelo, ¡mira bien!... ¿Ves esta ramita roja con un ramo de flores azules? Va a desaparecer. —Y apuntando al objetivo designado, disparó. La pequeña rama cayó, partida en dos pedazos.

El tigre se había levantado repentinamente; sus pupilas estaban inyectadas de sangre y su potente cola batía su ancho costado: dio un rugido terrible que hizo estremecer los ecos del bosque, y tras haber dado un paso hacia el comandante con la intención de hacerlo retroceder, echó a correr y desapareció en un precipicio.

—¡Bien pues! —dijo D. suspirando—, ¡buen viaje! —Y volvió a montar su mula bañada en un sudor frío por el pavor.

El tigre, como parece acreditarlo la escena burlesca pero muy real que acabo de contar, sólo es peligroso cuando tiene hambre. Las serpientes, ellas siempre lo son; hacen el mal sin necesidad, y siempre es necesario cuidarse de sus ataques cuando se viaja por la selva. La serpiente *coral* mencionada se parece a una pulsera de mujer; es de un bello color rojo coral con anillos de oro y de terciopelo negro. Mide entre veinte y veinticinco centímetros aproximadamente; su mordedura causa la muerte casi instantáneamente.⁵⁴ Se suele encontrar enroscada en las extremidades de las ramas inclinadas sobre los caminos.

⁵⁴ Los indios tienen una planta llamada guaco capaz de curar la mordedura de la serpiente coral. Después de muerta, la serpiente coral exhala un olor de almendra amarga muy pronunciado, lo cual ha llevado a varios médicos a pensar que su veneno podría ser ácido prúsico. Es posible que el doctor Drivon haya escrito esto en alguna parte [N. del A.]

De Valois lo leyó en el *Rapport Officiel de M. de PUYDT, colonel du génie, commissaire*

A menudo me encontraba por el camino a uno o varios indios caminando tranquilamente con una espada toledana o un *machete*⁵⁵ en la mano. Esa buena gente, a la cual habría podido confundir con malhechores, eran mensajeros o recaderos. Al pasar cerca de mí, llevaban la mano al sombrero y me gritaban inclinándose:

—*Buenos días, caballero; ¡Jesús te ampare!*⁵⁶

A menudo detenía a uno de esos pobres viajeros para preguntarles a qué distancia podía estar de tal o tal lugar.

—Muy cerquita, muy cerquita, caballero —me contestaba—. Cuando hayas trepado esta montaña delante de ti, verás una cabaña construida sobre un río... ¡Bien!, ése no es el lugar a donde quieres ir...

Y el indio, satisfecho con su respuesta, retomaba su andar sin esperar ningún agradecimiento.

Para un indio, cualquier europeo es español. Es tiempo perdido hablarle de su nacionalidad. Por mucho que se les explique sobre ésta: francés, inglés o italiano, terminará preguntando si usted es de Cádiz o de Barcelona. La ignorancia geográfica de los indios no es nada sorprendente, pero es un poco extraño oír a ex presidentes de la República y a generales hacer preguntas igual de ingenuas; y es que para ser presidente o general en Centroamérica, no es rigurosamente necesario saber leer.

Mientras escalaba la montaña, me gustaba platicar con el jefe de los *mozos* (un indio bueno y honrado a quien siempre quise llevar conmigo de acompañamiento en otros viajes, y de quien hablaré en más de una ocasión en este libro. Su nombre era Máximo). Le exigía enseñarme los nombres de todos los hermosos árboles e indicarme cuáles eran sus

spécial du gouvernement près l'Etat du Guatemala, Bruxelles, Lesigne Frères, 1842: 107. El doctor Jean-François Drivon, quien en 1824 había sostenido la tesis *De la lithotomie sous-pubiennne: considérée comme méthode générale* en la Facultad de Médecine de París, se había instalado en El Salvador a finales de la década de 1820. Brasseur de Bourbourg da más detalles de su vida. Señala que era hijo de un francés, nació en las Antillas y se estableció en la población de Sonsonate, El Salvador. Gracias a sus diligencias y peculio se creó el puerto actual de Acajutla, cuyo embarcadero fue desplazado por razones técnicas de su emplazamiento colonial. Falleció en Sonsonate en 1856. Charles Brasseur de Bourbourg. "De Guatemala à Rabinal, Episode d'un séjour dans l'Amérique Centrale, pendant les années 1855 et 1856". *Revue Européenne, lettres, sciences, arts, voyages, politique*. Paris, Bureaux de la Révue européenne, 1 (2 parties) (1859): 50, nota 1 [N. del E.].

⁵⁵ En español en el texto original [N. del T.].

⁵⁶ En español en el texto original [N. del T.].

propiedades. Máximo era un buen botánico; le gustaba instruirme y antes de nombrar otro árbol esperaba que yo terminara de escribir el nombre y las cualidades del primero que me había dado a conocer. Gracias a él he podido recabar la lista ofrecida a continuación:

Varias especies de madera que se encuentran en la costa y en la montaña de Izabal

Maderas muy duras

Mora,⁵⁷ de color amarillo, fácil de pulir.

Madre de cacao o *madera negra*, madera castaña, muy pesada. El cacao crece bajo su sombra, lo cual le valió el nombre de *madre del cacao*.

Quebrachón, castaño oscuro; se conserva mucho tiempo bajo tierra.

Quilikiste, muy semejante al anterior.

Almendro, muy hermosa madera, derecha y dura.

Estas seis especies son notables por sus dimensiones; se pueden sacar vigas de 0m40 o 0m50 de corte a escuadra y de 15 o 16 metros de longitud.

Chapulastapa, castaño, con venas blancas y de fibras largas y estrechas; tiene fama de ser el árbol más hermoso del país.

Chaperno, muy duro.

Culebro, árbol muy hermoso, grande y derecho, de madera blanca y dura.

Palo colorado, madera de color rosado, palidece con el tiempo.

Cortéz blanco, de color blanco hueso.

Maderas menos duras

Amate, árbol grande, muy común, de madera porosa y de fibras cortas.

Conacaste, caoba de calidad mediocre.

⁵⁷ Los nombres de los tipos de maderas que aparecen en cursiva están escritas en español en el texto original [N. del T.].

Caoba (conocido en Europa).

Pinos y abetos gigantes, muy resinosos.

Maderas para muebles y marquetería

Cedro.

Ronzón, especie de palisandro, muy elástico.

Funero, castaño, con rayas violetas, muy elástico.

Granadillo, linda madera castaña, con matices de color rojo vivo.

Meloncillo, amarillo oscuro.

Pie de cabra, amarillo, con venas negras.

Maderas de uso especial

Quita calzones, variedad de cedro, madera cuya semilla es muy purgante.

Macascalote, madera de hierro; el fruto de este árbol da una tinta superior a la china.

Chichike, árbol cuya corteza tiene la misma propiedad de la *quina*.

Chichicaste, arbusto-ortiga. Para tocarlo impunemente es imprescindible contener la respiración.

Es harto evidente que una exploración en este país revelaría la presencia de muchos vegetales valiosos. Los indios tienen un gran número de plantas curativas útiles en el tratamiento de ciertas enfermedades consideradas insanables en Europa. Sería muy interesante y muy útil analizarlas.

Máximo me llevó a las ruinas de Quiriguá, ya descritas en el capítulo IV. El pueblito de Quiriguá es muy lindo; está edificado sobre el costado izquierdo de la carretera y dividido por un hermoso arroyo de aguas cristalinas. Una mujer con el brazo partido me confundió con un médico y me pidió curarla. Máximo y yo logramos con cierta dificultad ponerle una venda que se quitó, según nos dimos cuenta, cuando volvíamos a montar a caballo, lo cual nos liberó de toda responsabilidad quirúrgica.

VII

El camino de Izabal a Zacapa. Primera parada en un rancho indio. Conversación con Reymundo. La hospitalidad de los indios. Noche pasada con mucha compañía

Hicimos nuestra primera parada tras ocho horas de ascensión. Yo estaba muy cansado y el *rancho* modesto que iba a albergarme me pareció poseer atractivos nada apreciables, sin duda, en otro momento. Estos palos cubiertos con un techo de follaje me ofrecían lo fundamental: unas horas de descanso y de sueño reparador.

Mis *arrieros* descincharon las mulas, ordenaron mi equipaje delante de la puerta del *rancho* y prepararon su cena. Mientras mi criado preparaba la comida, yo me entretenía simpatizando con un lindo grupo de niños indios, verdaderamente hermosos en su desnudez. Sus ojazos negros y dulces, como los de la gacela del Líbano, vagaban curiosos en torno a las latas de conservas abiertas para mí. Con gran deleite les arrojaba puñados de caramelos y miraba cómo los compartían con escrupulosa lealtad. Los mayores se apresuraban en ofrecer a su madre una parte de su porción, ella, feliz al verlos felices, les regalaba sonrisas y besos.

La miseria de esos pobres habitantes de la selva es extrema. Los hombres trabajan adentrándose en la espesura y talando caobas; sólo vuelven al hogar por la noche. Las mujeres se encargan naturalmente de las tareas de la casa: ellas preparan el maíz en *tortillas*, cosechan las frutas y verduras, lavan y mantienen la ropa y ofrecen hospitalidad al viajero. Cualquier individuo que cruza un pueblo indio sólo debe detenerse en la primera choza y siempre será recibido con agrado. No siempre es una

buena opción elegir la choza más amplia, la cual parece pertenecer al más rico, pensando que ahí estaremos más a gusto. Continuamente he notado una mejor hospitalidad en el indio más pobre, el más atento y también el más desprendido. ¿A qué se debe? Quizá a una causa puramente moral. El pobre realmente pobre es humilde y el pobre que está dejando de serlo se vuelve ya bastante engreído para querer igualarse con todo el mundo.

El amo del *rancho* llegó al término de nuestra cena. Era un hombre de unos treinta años, erguido, fuerte y apuesto. Su tez de un moreno pálido estaba iluminada por una mirada dulce e inteligente. Avanzó hacia mí y me hizo el saludo exigido por los españoles a sus vasallos. Ese saludo consiste en una inflexión profunda de la cabeza y una genuflexión, atenuado cada vez más por el espíritu de independencia que anima a esta buena gente. Mi anfitrión se llamaba Reymundo. Le ofrecí cigarros y café y pronto se deshizo del tono obsequioso considerado en un inicio.

Ya me habían dicho que los indios eran generalmente fanáticos y totalmente entregados a sus curas, a quienes llaman simplemente *padres*. Reymundo me parecía ser el hombre adecuado para forjarme una opinión propia con respecto a esa cuestión. Quería saber qué pensaba él acerca de los sacerdotes de su país y de la religión católica explotada por estos mismos sacerdotes como una mina inagotable; tras haber alentado un poco a mi anfitrión, tuve con él la conversación siguiente:

—¿No tienes iglesia ni sacerdote aquí?

—No, su merced.⁵⁸

—¿Eso te tendrá afligido?

—En absoluto, se lo aseguro.

—¿No te gusta pues servir a Dios? ¿No eres acaso un buen católico?

—Me gusta mucho servir a Dios, pero no sé si soy un buen católico.

Para servir a Dios, creador de todas las cosas, de todos los seres, tanto del indio como del español, mi razón me dice que no es necesario ir a encerrarse en una iglesia; nuestras arboledas son templos, me parece, mucho más dignos de su grandeza, donde se manifiesta mejor que en cualquier otro lugar. En cuanto a los *padres*, es un ahorro prescindir de ellos.

⁵⁸ Los indios otorgan ese título a cualquier persona más o menos vestida con pulcritud. He oído que se dirigían así a mi criado, quien por ese motivo se volvía arrogante e insolente. La palabra caballero se dice para dirigirse a las personas distinguidas o que parecen serlo. Se trata de don a todo el mundo, como la palabra señor [N. del A.].

Nuestros escasos recursos no alcanzarían para mantener a un cura, y siuviésemos la fantasía de solicitar el envío de uno, entonces sería necesario trabajar el doble y privarnos de lo necesario para alimentarlo.

—Un buen sacerdote podría serles muy útil. Podría instruir a sus hijos, darles buenos consejos a sus mujeres, y curarlos cuando estén enfermos.

Reymundo no pudo reprimir una carcajada, pues mi observación le pareció muy ingenua.

—Nuestros curas —retomó tras un instante—, no son tan caritativos como pretenden. Sólo acceden a encerrarse en nuestros pueblos para desprendernos de nuestros reales. No son maestros para nuestros hijos ni consejeros para nuestras mujeres, ni sanadores para nosotros; todos ellos son unos amos muy severos y se esfuerzan por pervertir nuestra frágil razón. Se pasan el tiempo creando cofradías, enriqueciendo su iglesia en detrimento de nuestros bohíos y vendiendo todo tipo de sacramentos impuestos a nuestras mujeres. Siempre usan palabras amenazadoras; dan la impresión de guardar en el bolsillo la llave del infierno, cuyas puertas podrían abrirse para nosotros con sólo una palabra suya. Nuestros curas no son santos y vuestra merced no dejará de encontrarse con algunos a lo largo de su camino: recordará entonces lo que acabo de decirle.

—Señor —interrumpió la mujer de Reymundo—, mi marido es un buen católico; él quiere a los *padres* y a su buen Dios también.

—No tengas miedo, Concha —dijo Reymundo sonriendo a su mujer—, no dije nada malo acerca de los *padres*; y con respecto a Dios, él lee en mi corazón y con eso me basta.

No quería saber nada más sobre el asunto. Tranquilité a la pobre mujer diciéndole que su marido era un buen hombre, me agradaba por su franqueza y, por otra parte, no era pecado rechazar a los malos sacerdotes que comerciaban con los sacramentos y las oraciones.

Hice armar mi cama de campaña y me fui a acostar pronto en compañía de todas las criaturas de Dios que ese *rancho* contenía. Estaba en una verdadera arca de Noé: había de todo, gallinas, cerdos, insectos, niños y jóvenes. No pude pegar ojo en toda la noche y sentí una verdadera alegría cuando escuché a mis *mozos* hacer los preparativos para la partida.

Me levanté sin molestar a mis diversos compañeros de noche y salí para supervisar cómo enjabezaban a los caballos y cargaban las mulas.

Toda la maleza se veía alumbrada por millones de moscas fluorescentes. Se oían en el interior de la hojarasca todos los ruidos producidos en la noche por los cazadores; la luna, blanca como un disco de plata, proyectaba toda clase de siluetas fantásticas a lo largo de los grandes árboles y el murmullo del río *Motagua*, rodando sobre su lecho de piedras volcánicas, me hacía creer en una tormenta en la proximidad.

Mis anfitriones se levantaron para despedirme. La mujer de Reymundo se acercó a mí medio desnuda y me ofreció una copa de madera llena de una pócima fermentada, la llevé a mis labios pues me pareció una imprudencia rechazarla. Tras haberle puesto algunos reales en la mano, monté a caballo, y pronto perdí de vista aquel pequeño *rancho* hospitalario.

VIII

El camino de Izabal a Zacapa. Parada en la finca de Iguana. Llegada a Gualán. Los políticos de esta ciudad

Acabamos de entrar en la finca Iguana. El propietario de esta finca es un portugués llamado don Joaquín Ferro. Tendrá unos sesenta años; es muy brusco, muy... portugués, y el trato cortés brindado de su parte parece costarle mucho trabajo. Estoy sentado en una hermosa hamaca colgada en un saloncito muy limpio y con vista a la meseta arbolada que rodea la finca. Las sirvientas, dirigidas con gritos e imprecaciones por la señora Ferro, una bella *ladina*, están ocupadas en poner la mesa en el salón. Desdoblan manteles, servilletas, limpian vasos y ordenan platos. El señor Ferro parece estar orgulloso del lujo de su menaje, y yo mismo siento cierto placer al ver que voy a cenar más cristianamente en comparación con la de la víspera.

Sirvieron pronto. El menú de la cena era muy variado; se componía de una sopa de frijoles con jibiones machacados, un plato de pepinos con salsa, un rosario de huevos de iguana, un asado de cabra acompañado con tórtolas y un postre de frutas muy hermosas y muy perfumadas. En cuanto al vino, el señor Ferro me ofreció *aguardiente*. Tomamos café en una solana que daba sobre el bosque, totalmente tapizada de rosales de Bengala y de jazmines de España.

Admiré algunos caballos sueltos alrededor de la casa, eran de raza mexicana y por lo tanto de raza árabe en sus orígenes. El señor Ferro tenía la intención de vender algunos, pero el precio fijado por ellos me pareció tan elevado, y no pude hacerle ninguna oferta.

He hablado de un rosario de huevos de iguana que nos sirvieron en la cena. La iguana es una especie de saurio largo, de unos treinta centímetros,

parecida al camaleón. Tiene en su estómago una cantidad de huevos con un sabor delicioso. Gracias a ese reptil, muy común en los parajes, se le dio el nombre de Iguana a la finca del señor Ferro.

Me trajeron la cuenta de mi cena. Sumaba 7 piastras y 8 reales, unos 38 francos. Mi criado, un belga con ingenio que se separó de mí en Zacapa para convertirse en negociante, pagó cantando:

*Chez vous, l'hospitalité se vend,
Elle ne se donne jamais!*⁵⁹

Pero el señor Ferro no conocía la obra *La dame blanche* y los versos maltratados y parodiados del señor Scribe lo dejaban indiferente.

Nos fuimos.

Al dejar atrás la amplia meseta de la Iguana, seguimos por un camino bordeado de árboles en flor tan atestado por rocas, tan agrietado y tan cortado por pequeños arroyos, que tardamos más de tres horas en salir de allí. A pesar de todo, ese pequeño sendero se llama *el camino real*.⁶⁰ Si en Francia se supiese cómo están los caminos reales de la República de Guatemala, pensarían que los guatemaltecos sólo los llaman así para denostar a la realeza; pero no es tal la intención de esos honestos republicanos, quienes hoy están muy arrepentidos de haberse emancipado de España y estarían dispuestos a aferrarse a ella y a dejarse gobernar de la mano de la reina Isabel, seguramente mucho más dulce y mucho menos negra que la de su presidente.⁶¹

Hay en Guatemala un ingeniero civil de puentes y caminos. Ese honorable funcionario, antiguo suboficial belga,⁶² bajo el pretexto bastante

⁵⁹ “En su casa, la hospitalidad se vende, / ¡Nunca se da!” Fragmento extraído de la ópera cómica de François-Adrien Boieldieu, con libreto de Eugène Scribe, (*La dama blanca*), estrenada con éxito en 1825. El texto original, irónicamente deformado por el criado del narrador, es el siguiente: “L’hospitalité se donne. Elle ne se vend jamais”: “La hospitalidad se da. Nunca se vende” [N. del T.].

⁶⁰ En español en el texto original [N. del T.].

⁶¹ El gobierno de Guatemala ha recuperado para su bandera los colores de España [N. del A.].

⁶² Se trata del ingeniero Augustin Van der Gehuchte. En 1852 recorrió el litoral Pacífico para estudiar la posibilidad de mejorar el camino entre las ciudades de Mazatenango y Escuintla, y realizar definitivamente el ansiado puerto de Champerico. Van der Gehuchte, originario de París, había llegado como colono a Santo Tomás, luego de

razonable de no recibir de forma regular sus honorarios, entrega los caminos a los caprichos de una vegetación desordenada y si las mulas que transportan las mercancías de Guatemala a Izabal, y de ese puerto a la Capital, no se encargasen de mantener los pequeños senderos serpenteantes a través de las montañas, llamados *caminos reales*, es probable que la selva invadiría pronto todas las vías de comunicación y los hermosos árboles se apoderarían sin tardar del espacio al cuidado de dicho funcionario. Las mulas de la República merecerían pues, en nuestra opinión, mucho más que el señor Van... de no sé qué, el título de ingeniero, tal vez el gobierno llegue a pensar exactamente como nosotros. Esto sería poco halagador para el señor Van de todo lo que quieran, no lo dudo; pero en realidad no veo lo que los caminos reales perderían con esta permuta de un género nuevo.

Al final del sendero había un despeñadero, el cual debimos bajar y subir con las mayores dificultades.

A cada paso nuestros caballos se detenían, asustados por el ruido de una tormenta, por el desprendimiento de tierras o por algún tronco de árbol tumbado; luego, las cinchas de nuestras sillas se soltaban o se rompían y tocaba ajustarlas o remendarlas. Los *mozos* maldecían a las mulas y corrían entre unas y otras para sostener el equipaje siempre a punto de caerse. Todas esas preocupaciones y todas esas molestias se compensaban con la belleza de un paraje indescriptible. El precipicio rebosaba de árboles magníficos plantados, de cierto modo, sobre la roca viva; bocanadas de perfumes pasaban por el aire y traían sucesivamente el dulce y penetrante olor de la vainilla, el de los limoneros o, más finos aún, de las monjas y de los squisuchels, de los sanquiyanes y de las hermosas y espléndidas plantas *daninbas*.

Llegamos a Gualán a las ocho de la tarde, un pequeño pueblo habitado por ochocientas o novecientas familias de indios y *ladinos*, construido sobre una meseta árida, a cuyos pies corre un río obstruido con rocas y enormes raíces melenudas extendidas desde cada orilla hacia todas las direcciones formando barreras casi infranqueables. Es el río *Motagua*.

El cura,⁶³ a quien conocí llegando, ofreció albergarme en su casa; pero al enterarme de que en Gualán había una *posada* bastante buena, le agradecí su invitación y sólo le rogué acompañarme hasta allí.

embarcarse el 6 de marzo de 1844 en el barco Emma [N. del E.].

⁶³ Se trataba del padre Juan José Casasola [N. del E.].

Un accidente en el cual se vio involucrado uno de mis *mozos* me obligó a pasar el día siguiente en Gualán. Empleé mi tiempo yendo a bañarme al río y a visitar al señor cura. Este buen hombre me recibió con los brazos abiertos; en seguida me llevó a su pequeña iglesia y tras haber admirado todo lo que él me quiso dar a admirar, volvimos a la casa parroquial. El alcalde de Gualán y dos o tres personalidades habían venido para comentar con el cura los eventos del interior del país. Ahora bien, como esos eventos podían interesarme, rogué al cura recibirlos e interrogarlos acerca de la insurrección de los *lucios*. El alcalde de Gualán era un ardiente partidario del general Vicente Cruz,⁶⁴ *Jefe de la guerra de los pueblos*, y si su audacia se hubiese correspondido con el deseo que acariciaba, pronto se hubiese alzado a la cabeza de sus administrados para ir a ayudar a derribar el pobre gobierno de Guatemala. Algo sorprendente en este país es esa fascinación por el cambio, manifiesta por igual en todos los habitantes. No hay *pueblo*,⁶⁵ por muy pequeño que sea, que no haya intentado varias veces separarse de la metrópoli. Las insurrecciones son, por así decirlo, endémicas en Centroamérica; y no es extraño ver a un *arriero* o a un ganapán,⁶⁶ con la ayuda de algunos montañeses, convertirse en generalísimo de una revolución, que tras dos o tres meses de duración conduce a su autor a la silla presidencial cuando no al pelotón de fusilamiento. Dichas insurrecciones tienen

⁶⁴ Vicente Cruz actuó como uno de los lugartenientes del general Carrera y, como tal, comandó a los montañeses que entraron a la ciudad de Guatemala en 1838 a la caída del jefe Mariano Gálvez. En 1848, con el grado de brigadier se levantó en armas para ocupar la presidencia abandonada por Carrera y, al no conseguirlo, entró en arreglos con el gobierno, por lo cual se le nombró corregidor del departamento de Chiquimula mediante el Convenio de Zacapa de 28 de enero de 1849. Sin embargo, un buen grupo de montañeses no estuvo de acuerdo con lo acordado y continuaron la sublevación. Cruz fue destinado a combatirlos y los derrotó el 20 de marzo de ese año en la aldea Pueblo Nuevo, pero murió alcanzado por una bala [N. del E.].

⁶⁵ En español en el texto original [N. del T.].

⁶⁶ El general Nufio, a quien conocí, era un *arriero*. Creo que cuando se hartó de tanta grandeza, volvió a su oficio en Zacapa [N. del A.].

Jose Dolores Nufio, uno de los líderes de la rebelión de La Montaña en 1848. El 1 de julio de 1848 se autoproclamó corregidor y comandante de Chiquimula. Después firmó un tratado con representantes de El Salvador para restaurar la federación centroamericana y el estado de Los Altos. El 4 de septiembre de ese año tomó la ciudad de Guatemala, lo cual le valió ser designado comandante General de Armas y ascendido a brigadier. Derrotado por el general Serapio Cruz en la batalla de La Lagunilla, se retiró a El Salvador [N. del E.].

su causa en la mala administración del gobierno central, pues éste sacrifica al país entero para satisfacer las necesidades de la capital, permitiendo a los habitantes de las zonas rurales olvidar su miseria con la distracción de alborotos permanentes.

El alcalde de Gualán es un indio rico, muy inteligente, muy patriota y bien hubiese querido, aunque sólo fuese por un día, desempeñar un papel en la política. Se pronunciaba en voz alta por el triunfo del general Vicente Cruz, que deseaba, por encima de todo y sin dudar un instante, la entrada del jefe de los insurgentes en la capital en calidad de vencedor. Quería saber cuáles eran los proyectos de gobierno de ese gran hombre y cuáles eran las ventajas esperadas de su triunfo, suponiendo que su triunfo fuese tan cierto como lo aseguraba el alcalde. El cura se inclinaba un poco por la insurrección, Vicente Cruz es un hombre honesto, me aseguró, con propósitos sólidos y con la capacidad de mejorar lo más pronto posible la condición de los indios si lograba hacerse con el poder presidencial.

—Todas las revoluciones llevadas a cabo hasta ahora —me dijo—, sólo han beneficiado a quienes las hicieron. Su único objetivo siempre ha sido elevar a cualquier hombre al poder, tras lo cual vuelven los excesos. Todos los recursos de la República han sido acaparados por la capital; han servido para enriquecer a algunos individuos y para construir algunas iglesias, ¡eso es todo! Jamás se le ocurrió a ningún presidente hacer alguna obra útil, proteger la agricultura, fomentar la industria; se ha apoyado en el clero y siempre ha sacrificado los intereses del país en beneficio de su propia conservación. El general Vicente Cruz es un hombre superior a todos los jefes de Estado anteriores. Reconoce a la República no sólo en la capital, la concibe como un amplio territorio habitado por un pueblo con el cual ya es hora de ser justo. Tiene un gran sentido común, sabe de la necesidad de su país por la gente de Europa para mejorar su condición y para desarrollarse, pues Guatemala no tiene hombres capaces de asistirlo; si llega al poder lo veremos rodearse de todos los hombres especiales adecuados para la República.

—Sí —dijo el alcalde—, el general don Vicente es tan hábil general como buen político, y quienes desean la regeneración de su país deben apoyarlo con sus brazos y su dinero.

Sin ninguna objeción frente a los elogios que acababa de escuchar en honor al *Jefe de la guerra de los pueblos*, tomé mi sombrero y me despedí del alcalde y del cura, quien me dijo:

—Permítame, señor, que lo acompañe.

—Sí, si quiere venir a compartir mi pobre cena.

—No hable mal de las cenas de la Desiderada. Tiene la pretensión de ser una inigualable cocinera.

—¡Muy bien!, veremos si sus pretensiones tienen fundamento. Venga, mi querido cura.

Por el camino nos encontramos con un anciano mulato, se dirigió a mí en un dialecto criollo, preguntándome con muchos gestos entusiastas si tenía noticias de la salud del gran emperador Napoleón.

—Ese pobre diablo —me dijo el cura—, es de Santo Domingo.⁶⁷ Pretende haber servido al general Leclercq, y si tiene algunos reales para darle, le será fácil deshacerse de él.

El viejo hombre tomó mi moneda y fue a bebérsela en un *estanco* vecino, gritando hasta desgañitarse: ¡Viva Napoleón! ¡Viva el general Leclercq!

La Desiderada, directora de la *posada* de Gualán, era una cocinera muy distinguida. Nos sirvió un asado de loros jóvenes, pescados rellenos con champiñones y una ensalada que recordé durante cuarenta y ocho horas.

Partimos de Gualán a medianoche, y al día siguiente de madrugada llegamos a Zacapa.

⁶⁷ Véanse notas 103 de primera parte y 16 de segunda parte [N. del E.].

IX

Un indio precavido. Llegada a Zacapa. Encuentro con el señor Cloquet

La vista de Zacapa recuerda bastante bien una aldea de Judea. Montañas de arena grises como la ceniza, amplias estepas quemadas sobre las cuales sólo se divisan unos pocos cactus gigantescos alzándose con las formas más extrañas y a larga distancia unos de otros. La ciudad está edificada sobre una gran meseta y a sus pies serpentea, en un lecho desordenado, el pequeño río que le dio su nombre. Únicamente a orillas de ese río se puede ver algo de vegetación. La ciudad está rodeada por una aridez feroz.

Antes de entrar en Zacapa, nos encontramos con dos indios ocupados en edificar una pirámide con gruesas piedras al borde de la carretera. La seriedad con la cual trabajaban me hizo pensar en un posible crimen ocurrido en aquel lugar, por lo cual querían consagrar el recuerdo a su manera con un monumento; pero Máximo, a quien acababa de comentar mi hipótesis, se echó a reír como loco y pidió acercarse a uno de los dos arquitectos:

—José —le dijo—, explica un poco al señor lo que estás haciendo con esas piedras.

—Es —contestó el indio—, una *columna de seguridad*...

—¡Cómo! ¿Una columna de seguridad? ¿Qué es eso? —dije con asombro.

—Pero, señor —replicó el indio—, debo de tener, de alguna manera, una garantía de la fidelidad de mi mujer.

—Eso es cierto, amigo mío. Pero no comprendo del todo el vínculo existente entre la fidelidad de tu mujer y la columna que estás construyendo.

—Señor, edifico veintidós piedras, unas sobre otras, fijadas sólo por su propio peso. Si a mi regreso esas piedras no se han movido, entonces mi mujer habrá sido virtuosa; si por el contrario se han movido o caído, concluiré naturalmente que mi mujer ha tenido amantes y entonces...

—Pero José, bien puede ocurrir que el viento o cualquier otra causa desordene o vuelque tu pirámide sin que tu mujer haya tenido ningún amante.

—Señor, el gran santo de Esquipulas⁶⁸ nunca ha engañado a nadie y fue él quien legó a los maridos este excelente medio para conocer la verdad acerca de la conducta de sus mujeres.

Le di algunos reales al indio por tan útil descubrimiento y tomé la determinación de comunicárselo a mis compatriotas. ¡Ojalá les sirva de provecho y les haga honor!

Al entrar en la ciudad, nos detuvimos para dejar pasar un entierro de ricos. Una docena de violinistas y flautistas, frotando y soplando cuadrillas, precedían el ataúd adornado con flores y oropeles. En ese ataúd reposaba el cadáver de un anciano, vestido con un hábito de monje. El difunto era un negociante adinerado de Zacapa, quien mediante una fuerte suma de dinero pagada al cura, había conseguido ser sepultado con el hábito de franciscano, sin dudar un instante en forzar la puerta del paraíso con la ayuda de tan piadoso disfraz.

Renté una casita mientras esperaba en Zacapa el momento de emprender de nuevo mi viaje; en efecto, todas las noticias que me habían llegado sobre la inseguridad de los caminos habrían frenado hasta al mismísimo César.⁶⁹

⁶⁸ Esquipulas es un gran pueblo de los alrededores de Chiquimula. Es conocido por la gran feria celebrada cada año en el mes de diciembre. El santo de Esquipulas, un gran cristo negro, tiene la reputación de realizar muchos milagros, en particular el de conseguir la fidelidad de las mujeres a sus maridos [N. del A.].

El Cristo de Esquipulas es obra del escultor Quirio Cataño, trabajó en ella entre 1594 y 1595. En 1740 el obispo de Guatemala, fray Pedro Pardo de Figueroa, mandó a construir el Santuario que lo alberga en la ciudad de Esquipulas, Chiquimula [N. del E.].

⁶⁹ El señor Martial Cloquet, cónsul general de Bélgica en Centroamérica, me escribía:

Debe postergar imperativamente su partida de Zacapa hasta la llegada del jefe de los insurgentes, quien podrá proporcionarle una escolta para asegurar su viaje. Irse en este momento sería cometer la mayor imprudencia. Últimamente, las carreteras están infestadas de ladrones, quienes recientemente han asesinado a uno de mis compatriotas tras haberlo despojado completamente.

Puede disponer de mí para cualquier asunto y reciba, etcétera.

Tengo la intención de llegar pronto a Zacapa y será para mí un gran placer encontrarlo allí.

Me instalé en mi casucha; fui a ver al cura de Zacapa.⁷⁰ Dicho cura era español y ejercía en su parroquia una gran influencia, pasando por un santo a los ojos de los indios. Me ofreció sus servicios con diligencia y me invitó a instalarme en su casa en el caso de que la próxima llegada de los insurgentes trajese algún desorden a la ciudad. Agradecí al cura sus atenciones, y le hice entender que en mi calidad de extranjero y, por consiguiente, exterior a cualquier partido, era poco probable temer por los indios, quienes, según la opinión forjada acerca de ellos durante mi viaje, parecían ser hombres mucho más sensatos de lo que se solía decir.

—En fin —contestó el cura—, disponga de mí sin reserva; siempre me hará feliz poder serle útil, aunque no deseo tener que intervenir.

Al volver a mi *ranchito*, me encontré con un señor alto, ocupado en beber ponche mientras se mecía en mi hamaca. En seguida se levantó, me saludó en francés y me tendió una mano siempre estrechada con afecto desde entonces. Ese señor era el cónsul general de Bélgica, el señor Martial Cloquet,⁷¹ quien acababa de llegar a Zacapa.

Conversamos durante dos horas de asuntos de Europa y cenamos juntos. Después de la cena, salimos a pasear del lado del río.

El río de Zacapa se encontraba a esa hora lleno de lavanderas y de jóvenes bañistas. Desde el lugar donde nos encontrábamos, daba para pintar dos o tres lindas escenas de género; si algún día lamenté no ser pintor, ¡fue aquel día!

El señor Cloquet era un hombre de unos treinta y ocho o cuarenta años. Su carácter, su ingenio, su viva imaginación y su fogosidad lo hacían más próximo a un italiano que a un flamenco. Tenía la tez morena, el pelo quemado por el sol y su vestimenta, hartamente pintoresca, así como el gran sable que llevaba a un lado y las pistolas en su cintura no coincidían en absoluto con la apariencia de un buen y pacífico delegado de Bélgica.

Varios viajeros provenientes de Guatemala habían llegado desnudos a Zacapa. Uno de ellos me contó horrores... Le habían robado, golpeado e intentado asesinar... Era un cobarde que calumniaba a los indios para disimular su falta de valentía [N. del A.].

⁷⁰ Se trataba del padre Jaime Gomila [N. del E.].

⁷¹ Martial Cyrille Ghislain Cloquet (1814-1867) fungió como cónsul general de Bélgica en Guatemala de 1843 a 1850, al término de este periodo fue promovido a cónsul general en Centroamérica, cargo que ocupó hasta 1856. Autor del *Rapport sur Santo-Thomas de Guatemala, adressé à M. le Ministre des Affaires Étrangères*. Bruxelles: Imprimerie du Moniteur Belge, 1844 [N. del E.].

—Bueno, veamos —me dijo riendo—, debemos pasar diez o doce días aquí. No se trata de morirse de aburrimiento; más valdría en tal caso morir de una cuchillada asestada por los indios, por lo menos sería más rápido... ¿Le gusta cazar?

—En absoluto.

—¿Le gusta el champán?

—Lo aborrezco.

—¿Le gusta?...

—¡De ningún modo!

—¡Váyase al diablo! Mañana amanecerá con *spleen*, pasado mañana con fiebre, y en ocho días, lo enterraré: ¡linda perspectiva la mía!

—No sentiré *spleen* si usted quiere de vez en cuando hacerme compañía; y si la fiebre llega, pues... ¡la espantaremos con quinina!

—¡Puaj! ¿Quinina? ¿Todavía cree en la eficacia de ese remedio? Yo que le estoy hablando he tomado celemines de quinina, y la fiebre nunca me ha dejado.

—¿Está usted enfermo, pues?

—¿Si estoy enfermo? Llevo cuatro años con fiebre, una fiebre palúdica como dicen los médicos. ¿Sabe usted cómo lucho contra ella?

—Pues dígamelo en seguida.

—¡Bien! Hago mucho ejercicio, bebo ponche, lo cual me permite sudar y la fiebre se va.

—¡Pero a mí no me gusta el ponche!

—¿Le gusta acaso más la quinina?

—No, pero es un remedio.

—¡Es agradable su remedio!

—Tiene usted razón, y le prometo beber todo lo que usted quiera si me da la fiebre; pero como aún no me ha dado puedo pasar sin hacer uso de su ponche. Ya me llegará la hora de estar enfermo.

—El ponche, se lo digo muy seriamente, es un excelente antídoto contra las enfermedades de este país.⁷² Permítame decirle que las limonadas que se está tomando lo están envenenando.

⁷² El señor Cloquet tenía razón: el ponche, es decir agua con ron, es un buen remedio contra la fiebre. Nunca se debe beber sólo agua en los países cálidos. Los indios, cuando viajan calientan siempre el agua que beben. Algunas veces le añaden algunos granos de sal para quitarle su sabor insípido.

—Es posible. Por eso a partir de hoy las cambiaré por agua limpia.
—¡Qué Dios lo libre! Nunca jamás beba sólo agua en Zacapa. El agua es un verdadero veneno.

—Pero me muero de sed y algo tendré que beber.

—Sígame —me dijo el señor Cloquet.

—¿A dónde me lleva?

—A casa de uno de mis amigos, él tiene para usted un brebaje inofensivo.

El señor Cloquet me introdujo en la casa de un rico negociante de la ciudad. Este señor me ofreció agua de canela y pimienta, gracias a ese licor repelente, sólo padecí cinco ataques febriles en Zacapa.

Creo poder recomendar a los europeos que viajen por Centroamérica, beber ponche antes que cualquier otra bebida.

Para aclimatarse rápidamente, es prudente seguir algunas reglas de higiene, evitar el aire húmedo de la tarde o de la mañana, comer poco y tomar todos los días un baño de agua fría [N. del A.].

X

Pepa. Entrada de los *lucios* en Zacapa. Su general don Vicente Cruz. El cura nombrado ministro de la guerra. Importunidades de los *lucios*. Les hago un discurso. Visita a Vicente Cruz

Estaba bastante cómodo en mi *rancho*. Dos sirvientas de la *posada* del pueblo venían tres veces por día a traerme platos variados que ponían a prueba tanto mi imaginación como mis mandíbulas. Había sopas de pescado dulce, filetes de iguana salteados con vino de Jerez, *tortilla* de huevos de guacamayas, mermeladas de guayaba, de piña, frutas de todas clases, de todos los colores, de todos los perfumes y vinos de España tan fuertes como varios caballos.

La maestra de escuela, mi vecina, venía todos los días a ordenar mi vivienda; ponía las cosas en su lugar, barría, quitaba el polvo y vertía varias jarras de agua por el suelo para refrescar mi casa. Esa maestra de escuela era una excelente mujer; tenía un bocio que descendía hasta su pecho, los ojos enrojecidos, el pelo canoso y mal peinado flotaba como olas tempestuosas sobre sus hombros huesudos; su tez era de color chocolate y su rostro tenía surcos de arrugas de tal profundidad capaces de esconder en ellas el dedo meñique. Cuando entraba en mi casa con su escoba en una mano y su cántaro en la otra, pensaba en todas las brujas de Macbeth, en todas las sibilas de Cumes y demás lugares, y hundía mi cabeza en lo más profundo de mi hamaca. Pero pronto, la voz dulce y algo cantante de Pepa (así la llamaban) me hacía vencer cualquier especie de pavor inspirado por ella. Como buena maestra, tenía ínfulas de buen hablar y nunca quería irse sin haberme entretenido con su ciencia.

Me aconsejaba no comer algunas frutas, no exponerme al viento de la tarde ni a la niebla de la mañana, y saciar mi sed con un brebaje preparado con canela y café. En poco tiempo me había acostumbrado a su cara y ya no la dejaba irse sin darle el gusto de contarme los chismes de la ciudad.

Desde hace cinco o seis días llevaba esa vida de crustáceo, cuando la buena y vieja Pepa entró a mi casa en una hora inusitada.

—Señor —me dijo—, ¿ya sabe la noticia?

—¿Qué noticia? —contesté levantándome de mi hamaca.

—Pues verá: el general don Vicente se halla a dos leguas de aquí, está por llegar.

—¿Es cierto eso?

—¡Es cierto! El señor cura y las personas importantes ya fueron a su encuentro, y ¡aguarde! —añadió—, oiga las campanas que repican en honor al *Jefe de la guerra de los pueblos*.

Un ruido de voces y de pasos se hizo oír en la calle. Abrí la puerta y vi a toda la población en pie. Los hombres hablaban en voz alta, gesticulaban y disparataban como suele ocurrir cuando se acercan grandes acontecimientos; las mujeres se agrupaban detrás de sus maridos y parecían estar muy preocupadas. A algunas se les veía correr por las calles con bultos de ropa, bolsas de dinero y joyeros para guardarlos en algún lugar seguro de la iglesia o en la casa del cura. Las tiendas cerraban sus postigos, las pocas autoridades de la ciudad ensillaban sus mulas y se disponían a dejar el lugar a los que llegarían. Madres escondían a sus hijas en los desvanes de la casa parroquial o las amontonaban detrás del altar de la iglesia. En el umbral de mi casa, dedicándome a contemplar todo este ajeteo y a estudiar las diversas fisionomías de los habitantes, estaba yo bastante preocupado con respecto a mis baúles y a mi dinero, pues todo lo dicho acerca de la cortesía de los *lucios* no me inclinaba a tranquilizarme mucho. El cónsul de Bélgica entró:

—¿Cómo está? —me dijo.

—Mal —contesté—. Como si tuviese las piernas quebradas.

—Es la fiebre, y eso no es nada, ¿quiere tomarse una copa de champán?

—¡Dios me guarde!

—Se equivoca. El champán, según Hipócrates, es un buen remedio contra la fiebre.

—¿Vicente Cruz va a llegar?

—Sí, estará aquí en una hora.

—¿Lo conoce?

—Es mi mejor amigo.

—¿Qué clase de hombre es?

—De aspecto no es guapo; pero tiene una moral admirable.

—¿Lo dice en serio?

—Muy en serio.

—¿Es un hombre instruido, su amigo?

—Quizá no conozca a Pufendorf,⁷³ pero sabe leer, escribir y contar tanto como usted y yo; y además ha sido vicepresidente de la República.

—¿Tiene alguna idea de nuestra civilización?

—¿Vicente Cruz? Vamos, querido amigo, ¿usted cree que mi amigo es un indio iroqués, un piel roja, un antropófago? ¿Pero de dónde viene usted para ignorar que éste es un país civilizado y que todos los hombres ocupados en los asuntos de la República son más sabios que el señor de Metternich, y tienen tanto espíritu como su viejo Voltaire? La fiebre le hace juzgar mal lo evidente.

Un ruido de *cobetes*⁷⁴ y de balacera a lo lejos interrumpió nuestra conversación. Los grupos amontonados en la calle se disolvieron y quienes los formaban se fueron corriendo hacia el lugar de donde procedía el ruido.

—*N'ña Pepa*⁷⁵ —dijo el señor Cloquet a mi maestra—, vaya a asearse un poco, querida, ahí llegan los enamorados.

—¡Ay! —suspiró Pepa—, ya sólo debo temer de esa gente los golpes de culata de sus fusiles, por lo tanto no me moveré de la casa de su merced.

—¿Y sus colegialas, desgraciada, las va a dejar solas a merced de los galanes que están por llegar?

—Mis colegialas harán lo que quieran —respondió Pepa—, dominada por su terror egoísta.

—¿Corren acaso algún peligro? —pregunté al señor Cloquet.

—¡Eh! ¡Eh! —replicó—; se dice que a los *lucios* les gusta la carne fresca.

—Entonces, señor Cloquet, debemos velar por ellas...

⁷³ Se refiere al jurista e historiador alemán Samuel Freiherr von Profendorf [N. del E.].

⁷⁴ En español en el texto original [N. del T.].

⁷⁵ Escrito así en el texto original. Véase nota 202 de segunda parte [N. del T.].

—¡De acuerdo! ¡Veamos! ¡Veamos! —y volviéndose hacia mi ama de llaves—: vamos mi Pepa, mi buena y vieja Pepa —agregó—, ve a buscar a tus ovejas: aquí estarán protegidas por Francia y Bélgica, no es poco decir. ¿Me permite establecerme aquí? —me preguntó.

—¡Sin duda alguna!, le contesté.

—¡Vaya! Cuando las chicas de Pepa hayan entrado estaremos un poco apretujados; ¡pero en tiempo de guerra, cualquier hoyo es trinchera! Y además representamos los dos juntos a la más fina flor de la caballería.

Pepa volvió con seis niñas, la mayor tendría unos once años. Las pobres chicas entraron y fueron a acucillarse en un rincón de la choza; su maestra se arrodilló delante de ellas y se puso a entonar las letanías de la santa Virgen.

*¡Viva Vicente Cruz! ¡Vivan los libres! ¡Mueran los serviles!*⁷⁶

Esos gritos, provenientes del extremo de la calle, nos anunciaban la llegada del ejército revolucionario. Nuestra puerta estaba abierta de par en par, el señor Cloquet y yo estábamos sentados en el umbral y la buena Pepa, al haber terminado sus letanías, miraba de reojo y por encima de nuestros hombros lo que estaba pasando en la calle.

Los gritos iban creciendo y la turba alborotada se desplegaba en largas filas a nuestros pies. El general Vicente Cruz, a caballo y escoltado a su derecha y a su izquierda por el cura y las personas importantes del pueblo, apareció rápidamente. Este general iba vestido con una levita de gruesa lana rayada y un pantalón del mismo tejido; llevaba un viejo sombrero de paja, un gran sable en una vaina de hierro a un lado, y una pequeña fusta en la mano. Su rostro era muy moreno, de un moreno algo rojizo como el de los indios; su cabello era abundante y oscuro, sus ojos, negros y pequeños; era casi lampiño, con muy poca barba y una boca rodeada por labios carnosos y sonrientes; su aspecto no era nada aterrador ni amenazador; no se veía agrandado pese a haber sido recibido en loor de multitudes por los cobardes de Zacapa; iba cabizbajo, de mirada algo tímida, un tanto inquieto, respondiendo con la cabeza a los saludos dirigidos desde todas partes. Pasando delante de nuestra puerta, se quitó el sombrero, le hizo un gesto amistoso al señor Cloquet y le pidió ir a verlo sin tardar.

El general había pasado; su ejército lo seguía. Dicho ejército se componía de setecientos u ochocientos malandrines, vestidos de cualquier

⁷⁶ En español en el texto original [N. del T.].

manera, armados con escopetas estropeadas, de pies descalzos, brazos desnudos, piernas desnudas, como un rebaño de borregos y gritando a más no poder. Los oficiales, conductores de esa manada, llevaban, a modo de marca distintiva, un par de malos zapatos en los pies y un sable que blandían y dejaban recaer a cada rato sobre las espaldas negruzcas de sus soldados. Los suboficiales llevaban una vara enfundada en el cañón de sus fusiles, y a veces la sacaban para hacer acto de autoridad y mostrar al público su particularidad. Es obvio que la vara una vez sacada nunca volvía a su lugar sin haber sacudido antes a algún pobre diablo entre los soldados.

Gracias a las circunstancias, el cura se había convertido en alcalde, corregidor y ministro de la guerra; alojó a toda esa muchedumbre a lo largo de los muros y bajo el portal de la iglesia; consiguió *tortillas* de maíz y un poco de *aguardiente* de caña (tafia); les obsequió un sermón amenazante con los tormentos del infierno a quien no se comportase correctamente y, cuando terminó con sus atenciones, se reunió con las personas importantes y con Vicente Cruz para debatir acerca del futuro de la República.

El señor Cloquet me había dejado para iniciar su reencuentro con su ilustre amigo. Me había quedado con mis alumnas y su maestra, y por primera vez tuve la satisfacción de presidir la mesa. Mis colegialas y su maestra ahogaron todas sus emociones en una comida babilónica, y me produjo alegría tener a siete rostros felices bajo mi techo.

A cada instante, una cabeza de *lucio* aparecía por la puerta:

—Señor, *hágame usted el favor de darme un par de zapatos.*⁷⁷

—Señor, *tenga usted la bondad de darme un viejo calzoncillo.*

—Señor, *un poco de pan, por el amor de Dios.*

—Señor, *un realito para beber un poco de aguardiente a la salud de su merced.*

—Señor, *un puro.*

—Señor, *un poco de pólvora para matar a los serviles.*⁷⁸

⁷⁷ Todas las peticiones en cursiva están en español en el texto original [N. del T.].

⁷⁸ Todos estos pedidos se hacían con una insistencia fastidiosa, justificados por la miseria en la que se encontraban los pobres soldados de la guerra de los pueblos. El cura de Zacapa les daba sermones; pero si bien esto era bueno para su alma, era insuficiente para su cuerpo y les era absolutamente necesario recurrir a la caridad pública para no morir de hambre en Zacapa [N. del A.].

Hice lo posible para satisfacer sus pedidos, pero como se reiteraban tanto cuando se percataban de la respuesta favorable a sus primeras peticiones, me vi en la obligación de negarme. Mi puerta no se desocupaba y los *lucios* empezaban a emplear en sus súplicas un tono similar a la exigencia. Pepa me exhortaba a tener paciencia y yo notaba con tristeza su nulo interés en ayudarme a conservar mis camisas y mis pantalones, pues me indicaba con su dedo delgado y ganchudo que aún tenía que vaciar mis baúles para el provecho de los soldados de don Vicente Cruz. Compartía muy poco el sentimiento de humanidad de mi ama de llaves, y estaba a punto de enojarme por su egoísta generosidad, cuando se me ocurrió sermonear a mis reclamantes.

De inmediato me acerqué a ellos:

—Hijos míos —les dije, en un español que hubiese levantado a don Quijote de su tumba—, he dado a sus amigos cinco camisas, tres pantalones, un sombrero de paja, una gorra, un gabán, un chaqué, dos pares de zapatos, unos doscientos cigarros y, más o menos, veinte piastras en monedas pequeñas y otras no tanto... No tengo el honor de ser su compatriota y su guerra no tiene para mí, se los aseguro, el menor interés. Les ruego pues, amigos míos, dejarme en paz, de lo contrario me veré obligado a repartir golpes de fusta sobre aquellas cabezas que pretendan ver lo que ocurre dentro de mi casa.

—*Ha dado mucho, mucho su merced, es verdad, amigos, vámonos.*⁷⁹

Y todos los visitantes inoportunos se fueron sin rechistar.

—*¡Volverán!*⁸⁰ —me dijo Pepa.

—*¡Ya veremos!* —le contesté—; entre tanto me quedo con mis pantalones.

El señor Cloquet entró.

—Entonces —le dije—, ¿ha visto a su amigo?

—Sí.

—¿Está usted satisfecho?

—Mucho.

—¿Qué quiere hacer?

—Quiere tomar la capital y transformarlo todo en provecho de todos. Va a decretar una nueva constitución, nombrar a ministros y nombrarse a

⁷⁹ En español en el texto original [N. del T.].

⁸⁰ En español en el texto original [N. del T.].

sí mismo presidente... A propósito, le he hablado de usted y le dará una escolta para conducirlo hasta las puertas de Guatemala.

—¿Cree usted que pueda sentirme seguro en medio de los soldados de su amigo?

—¡No podría estarlo más! Los soldados de mi amigo son gente de honor... ¡Cómo se nota que no los conoce!

—Perdóneme, pero los conozco por el vacío dejado en mis baúles.

—¿Le han robado acaso?

—No, pero me han extorsionado.

—¡Pues que vuelvan! Si el presidente Vicente Cruz se enterase de esto, sería capaz de fusilar a todo su ejército.

—Lo llama presidente; ¿acaso se ha atribuido ya ese título?

—No, pero se lo han dado.

—¿Y quién, por favor?

—¡El señor cura y las personalidades, claro!

—Eso es otra cosa.

—Pero cenamos, ¿no es así?

—Eso espero.

Después de la cena, el señor Cloquet me hizo el honor de introducirme en casa del *excelentísimo presidente y general don Vicente Cruz*.

Don Vicente Cruz me recibió con la más grata gentileza. Me ofreció sus servicios y acepté de su parte una pequeña escolta para ir a Guatemala.

Desgraciadamente, las ideas políticas de ese general resultaban muy enredadas. Estaba insatisfecho con los gobernantes de Guatemala; guerreaba contra ellos para liberar a la República; pero cuando le interrogué sobre sus planes, suponiendo que tomase la capital, me contestó como un hombre sin un plan definido y que cuenta más con sus amigos que con él mismo.

—De últimas —dijo—, juntaremos a los diputados y a ellos les tocará hacer su voluntad. El señor cura me ha prometido sus buenos consejos: es un hombre con sentido común y bien sabrá indicarme lo necesario y provechoso para el país. Lo importante es derrotar a los *serviles*. Sólo quienes los reemplacen podrán construir la felicidad de la República.

Me despedí de Vicente Cruz y le dije al señor Cloquet, volviendo a casa:

—Su amigo no es un lince,⁸¹ pero parece ser muy buen hombre.

—Lo es en efecto —me contestó.

—Pero no sabe lo que hará si logra tomar la capital.

—¡Es cierto! ¿Pero no le ha dicho que el señor cura de Zacapa le ha prometido sus buenos consejos? ¿Qué más quiere? Los consejos de un cura con fama de santo no son cualquier cosa; y según mi opinión, no hay duda que, bajo la conducta de un hombre así, la República avance por buen camino.

—No lo dudo tampoco, puede estar seguro de ello.

Por la noche, dimos un paseo por el pueblito de La Joya. Este pueblito está edificado sobre un fondo arenoso, y habitado por puros indios.

Entramos en algunas chozas. El señor Cloquet interrogó a los habitantes para saber su opinión acerca de los últimos acontecimientos en Zacapa. Todos se deslindaron de éstos, Vicente Cruz es un buen hombre, afirmaron, y su deber con la República no era de su incumbencia.

—¡Poco nos importa ver a Cruz o a Paredes⁸² como presidente! —dijo un gran anciano vestido con harapos—. No esperamos nada de esa gente, y con tal de que nos dejen tranquilos en nuestros *ranchos*, pensaremos en ellos como gente hábil y sabios gobernantes, siempre que parezcan darle alguna importancia a nuestra aprobación. La República es la capital y nada más, y nosotros no somos *chapines*,⁸³ no tenemos porqué

⁸¹ Don Vicente Cruz era un buen soldado, un hombre muy honesto, pero totalmente incapacitado para la política. Después de firmar la paz con el gobierno, regresó a la vida privada y se mantuvo alejado de los asuntos públicos. Meses más tarde, la sierra volvió a sublevarse. León Raymundo y Agustín Pérez habían retomado juntos la obra de Vicente Cruz; querían derribar el gobierno de Guatemala y poner nuevamente en el poder a los ultraliberales.

Vicente Cruz recibió la orden de ir a combatir contra sus antiguos asociados, y éstos lo mataron en su primer encuentro.

Lamenté profundamente la pérdida de ese buen hombre que, de haber sido bien encaminado, hubiese podido prestar un servicio útil a la República de Guatemala [N. del A.].

⁸² En 1844, Mariano Paredes ostentaba el grado militar de coronel. Corregidor de Chiquimula en 1848, ese mismo año derrotó a los separatistas de la región de Los Altos. Fue designado presidente de la República el 1 de enero de 1838, cargo que mantuvo hasta el 22 de octubre de 1851. Su principal esfuerzo estuvo centrado en combatir la rebelión de La Montaña, del cual salió airoso [N. del E.].

⁸³ En español en el texto original [N. del T.].

Denominación otorgada a los habitantes de las ciudades de Guatemala y Guatemala

involucrarnos en las cosillas ocurridas en Guatemala. Si a Vicente Cruz le da satisfacción ser presidente de Guatemala, lo aclamaremos cuando lo veamos, pero haremos lo mismo con Martínez⁸⁴ o Carrera,⁸⁵ el señor aquí presente o usted mismo.

—Pero se dice que Vicente Cruz quiere velar por el bienestar de todos, lanzó el señor Cloquet, además, piensa seriamente en mejorar la suerte de los indios, quienes son ciudadanos de la República tanto como los burgueses de Guatemala.

—Es posible —contestó el gran anciano—, pero dudamos de que, una vez alcanzada la presidencia, los *serviles* lo dejen concretar sus buenas intenciones.

—En fin, ya se verá.

—Sí, señor, ya se verá; pero lo que veremos no será mucho.

Esta indiferencia de los indios de La Joya, todos los indios de los pequeños *pueblos* la comparten. Son conscientes de su nula importancia dentro del Estado y, por lo tanto, no se les puede reprochar su falta de patriotismo.

Volví a mi casa con el señor Cloquet, reflexionando acerca de lo que acababa de ver y oír, y pensé en silencio: los salvajes poseen a veces más filosofía que la gente civilizada.

Antigua en la primera mitad del siglo XIX, más tarde se hizo extensiva a todos los guatemaltecos [N. del E.].

⁸⁴ Juan Antonio Martínez, presidente interino de Guatemala del 2 de febrero al 25 de marzo de 1835, y del 15 de agosto al 28 de noviembre de 1848. Durante su segundo mandato ordenó al coronel Paredes combatir en el segundo intento separatista de la región de Los Altos [N. del E.].

⁸⁵ Rafael Carrera Turcios (1814-1865). Militar y dirigente de los conservadores centroamericanos. De condición humilde, participó como soldado en la guerra civil centroamericana de 1826 a 1829. En 1837 tomó el mando de la rebelión campesina de La Montaña (el oriente del estado de Guatemala) en contra del gobierno liberal guatemalteco encabezado por Mariano Gálvez, de la cual salió victorioso en 1839. A raíz del tratado de El Rinconcito pasó a ser comandante del distrito de Mita. En 1840 derrotó al general Morazán en su intento por lograr la vuelta de los liberales al poder de Guatemala. Fue presidente del Estado de Guatemala de 1844 a 1847, en éste último año fundó la República de Guatemala. En 1851, al mando de la tropas guatemaltecas, derrotó a la coalición liberal centroamericana en la batalla de La Arada, hecho que le permitió acceder nuevamente a la presidencia de Guatemala, la cual ejerció ininterrumpidamente hasta su muerte en 1865, luego de ser declarado en 1854 presidente vitalicio [N. del E.].

XI

El camino de Zacapa a Guatemala. Paisajes. Los indios. El cura de G.

Partí al día siguiente con una escolta de cincuenta hombres al mando del capitán Antonio Morales.⁸⁶ Mi pequeño ejército actuó, durante los seis días que duró mi viaje, con una cordura y una abnegación dignas de elogios.

El camino de Zacapa a Guatemala es muy duro y difícil. Durante tres días escalamos cadenas montañosas de una altura de 1500 o dos 2000 metros aproximadamente; nuestros caballos y nuestras mulas tenían las patas ensangrentadas, y a menudo los abandonábamos a su suerte para cruzar torrentes o *barrancos*.⁸⁷ Hay lugares en los cuales el *camino real* se corta repentinamente. Uno se encuentra entonces ante un peñasco inclinado. Las mulas llegan, parecen reflexionar y, tras haberlo consultado con ellas mismas, se les ve lanzarse al vacío con determinación. Para bajar del peñasco juntan sus cuatro patas y se deslizan lentamente por la pendiente lisa. Lo que hacen los caballos y las mulas es verdaderamente extraordinario. He cruzado a caballo ríos profundos en cinco o seis ocasiones. Lo hecho por mi montura para evitar las corrientes indicaba una sagacidad y una inteligencia realmente superiores.

Pasamos por varios pueblos indios, pernoctamos en varios *ranchos* y *cabildos*,⁸⁸ y en todas partes fuimos acogidos con la más conmovedora hospitalidad.

⁸⁶ Oficial de origen colombiano, prestó sus servicios a la República Federal de Centroamérica en la década de 1830. Información proporcionada por el historiador Juan Carlos Sarazúa Pérez [N. del E.].

⁸⁷ En español en el texto original [N. del T.].

⁸⁸ En español en el texto original [N. del T.].

En Centroamérica, todos los viajeros, pobres o ricos, siempre pueden ir a albergarse en el *cabildo*. Los alcaldes del pueblo se ven en la obligación de entregarles, previo pago de dos reales, todo lo que puedan necesitar. Los indios, los turcos y los árabes practican admirablemente la virtud de la hospitalidad; es cierto que son unos bárbaros...

Los indios de las montañas son apuestos y altos. En comparación con los de la costa, tienen un tez más clara, su mirada es afable e inteligente y les gusta conversar con los extranjeros.

Cultivan un pequeño campo de maíz alrededor de sus bohíos, crían gallinas y cerdos, van a cortar leña al bosque, cazan y se esfuerzan por ganarse el dinero necesario para pagar al gobierno y a su cura. La pobreza de esa buena gente es extrema. Sus chozas son unos galpones espantosos, cubiertos con un techo hecho de hojas de cocoteros⁸⁹ y de plátanos. Las paredes las levantan con briznas de cañas de azúcar o de maíz, hincadas en el suelo a una distancia de dos o tres pulgadas entre cada una. Es en esa miserable cabaña donde vive la familia con sus animales queridos. La mujer y el marido duermen en hamacas; los niños duermen en el suelo, sobre esteras de corteza o de junco.

El mobiliario de esas cabañas es muy sencillo. Se compone de una piedra para moler el maíz y de otra piedra sobre la cual se amasan las *tortillas* y donde las cuecen, de unas vasijas de tierra y de madera, y de una o dos bancas fijadas al suelo con piquetes.

El ama de casa prepara la comida delante de la puerta de su vivienda. Algunas piedras superpuestas componen sus hornillos; prende fuego a hojas y ramas secas debajo de dichas piedras y cuece por encima los alimentos preparados. Dichos alimentos suelen ser *tortillas* de maíz, plátanos fritos, frijoles negros cocidos en grasa de cerdo y hechos una masa,⁹⁰ cazuelas de *cecina*, carne secada al sol, etcétera.

Los hombres visten unos calzones y una camisa de tela gruesa de algodón llamada *manta*;⁹¹ van descalzos o prácticamente descalzos, pues su calzado sólo se compone de un trozo de piel de vaca, colocado bajo sus pies y fijada con pequeños cordones de cuero que pasan entre los dedos

⁸⁹ De Valois se equivoca, los techos de los ranchos y galpones son hechos de la palma llamada "guano" y no de los cocoteros [N. del E.].

⁹⁰ En Guatemala se le llama "maleta de frijoles" [N. del E.].

⁹¹ En español en el texto original [N. del T.].

de sus pies.⁹² Las mujeres sólo usan para vestirse un refajo de estopilla,⁹³ suele ser de color azul con anchas franjas coloradas y transversales. Su cabello lo llevan enroscado con un cordoncito de lana de color *grana* alrededor de su cabeza.⁹⁴ Los niños suelen andar desnudos.

Cuando uno entra en la choza de un indio, basta con decir: *Ave María*; es el saludo amistoso y piadoso capaz de abrir con benevolencia la puerta de la pequeña cabaña hospitalaria.

El indio es llamado *José* por todos los extranjeros que desconocen su verdadero nombre. La india es llamada *María*.

Tanto él como ella responden a aquellos nombres como si fuesen los suyos.

No es común que un indio o una india sepa leer y mucho menos que sepa escribir. Sin embargo, se encuentran algunas escuelas administradas por mujeres en los pueblos de cierta importancia; pero esas maestras sólo enseñan a los niños que les recitan sus oraciones de forma más o menos fluida.

El indio aprecia la música. Toca muy bien la guitarra y los días de fiesta va a tocar la *marimba*⁹⁵ en la puerta de la iglesia.

Ese instrumento es una especie de armónica, compuesto por unos tubos de barro cocido, cubiertos con teclas de pino.⁹⁶ Se golpean sus teclas con un martillo ligero,⁹⁷ de esta manera se logra componer aires más o menos melódicos.

El indio siempre lleva un *machete* en la mano. Con el arma corta la madera, construye su choza y se defiende. A veces también tiene una vieja escopeta de pedernal, la cual siempre descarga sin cerrar los ojos.

Las costumbres de los indios de las montañas son generalmente buenas. Los curas, y eso es un crimen denunciado en el capítulo IV de la primera parte de este libro, los hacen casarse antes de alcanzar la pubertad.

⁹² Guaraches en México y “caites” en Guatemala [N. del E.].

⁹³ Se refiere a la prenda que en Guatemala se denomina “corte” [N. del E.].

⁹⁴ Ese color se debe al tinte de cochinilla o grana [N. del E.].

⁹⁵ En español en el texto original [N. del T.].

⁹⁶ De Valois parece desconocer la composición de los elementos de la marimba, pues las teclas son hechas de hormigo y las cajas de resonancia de *tecomates* (calabazas) o de madera de cedro [N. del E.].

⁹⁷ Se refiere a las “baquetas”, hechas de una varilla de madera y cubiertas de tiras de caucho o cuero [N. del E.].

Con esos casamientos precoces, las mujeres llegan a viejas a los dieciocho años y los hombres terminan agotados antes de los treinta.

Un cura, en un pueblo indio, es sólo un opresor y un amo despiadado. Él es quien, con sus malos ejemplos, desmoraliza a la población; él es quien despoja a los indios, los arruina, les quita el dinero que tanto trabajo les cuesta ganar; él es quien los embrutece amenazándolos a cada rato con la ira celestial. Algunos sacerdotes pretenden hacer milagros, curar enfermedades, y algo peor aún, enfermar a los feligreses desobedientes. El cura siempre tiene una buena casa y una buena caja donde sabe esconder las piastras arrebatadas a sus feligreses. Cuando ha pasado en un pueblo cinco o seis años, cuenta sus escudos, y si la suma es bastante redonda, levanta campamento y regresa a la ciudad para disfrutar de sus ahorros.

He viajado en compañía de dos sacerdotes españoles quienes regresaban ricos a su patria. Conversaban entre ellos como si fuesen negociantes y calculaban el grado de religiosidad de los indios en función de la importancia de las sumas ganadas a expensas de ellos.

Terminaré este capítulo narrando una conversación entablada con el cura del pueblo de Guastatoya:

—Usted concibe —le dije— a sus feligreses como gente sin moralidad, sin religión, pero es su deber darles lo que les falta.

—¡Vaya por Dios! —respondió el cura con un suspiro—, eso intento hacer todos los días. Si usted oyese mis sermones, estaría asombrado de ver tanta paciencia y entrega...

—Señor cura, dé menos sermones a sus indios y mejores ejemplos.

—Pero eso hago. Me ven cada día arrodillado en mi iglesia, me oyen rezar por ellos...

—Sí, pero le ven besar a las chicas bonitas de manera poco paternal y eso no ayuda a persuadirlos de que usted es un santo.

—¡Qué le vamos a hacer! Sólo soy un hombre; tengo treinta y dos años, y con treinta y dos años...

—¡Es muy cierto!

—Además, les digo a mis indios: “hagan lo que les digo, pero no lo que hago.”

—He aquí una buena moral.

—¿Cree usted agradable el hecho de vivir en medio de esta chusma? Estoy en ese pueblo desde hace tres años y a duras penas he podido

ganarme la vida. ¿Sabe usted cuánto me dan por un bautizo?, 4 reales; ¿por un casamiento?, 12 reales; ¿por un entierro?, a menudo nada.

—¿Pero también cobra un poco de otra manera?

—¡No hay más remedio! ¿Pero sabe usted que me veo obligado a vender mi maíz a esos pícaros y siempre me lo compran lo más barato posible?

—Estos pícaros no son tan tontos.

—Tengo la peor vicaría del departamento. En Zacapa, el cura ha podido sacar un buen beneficio en diez años; yo me quedaré aquí toda la vida sin poder ahorrar ni para vivir como un *arriero*.

—Su vicaría no produce tan poco como lo afirma, y apostaría que ya tiene algunos buenos ahorros en caja.

—¡Si viese mis ahorros! No tengo ni mil piastras y vivo como un anacoreta.

—¿No es acaso su parroquia la que abastece su mesa?

—Mi parroquia me deja morir de hambre. Cuando quiero comerme una pobre gallina, debo visitar diez chozas, suplicando. No tiene ni idea del egoísmo y de la avaricia de los indios.

—Finalmente, ¿consigue su gallina?...

—¡Sí, pero cuánta humillación, cuánto trabajo para obtenerla!

Me compadecí con todo mi corazón del cura de Guastatoya⁹⁸ y me despedí deseándole salir pronto de un pueblo donde se sentía tan infeliz.

—¡Ay! —me contestó suspirando—, Dios me ha enviado aquí y aquí me quedaré mientras ésa sea su voluntad.

⁹⁸ Guastatoya no existía como parroquia separada en 1848. Estaban la de San Agustín Acasaguastlán, bajo las órdenes del padre Gregorio Ordoñez, y la de Sansaria, cuyo párroco era Francisco X. González [N. del E.].

XII

El camino de Zacapa a Guatemala.

Un indio ebrio. Historias de bandoleros.

Un alcalde. Una linda muchacha. Parada en la finca de la Sabaneta. Llegada a Guatemala

Al entrar en un pueblito, cuyo nombre no recuerdo, fui atacado por un indio. Portaba en la mano una vieja espada española y la blandía de un lado a otro para alcanzarme. La forma en que este hombre se mantenía en pie me hizo pensar en seguida que estaba ebrio y me limité a esquivar sus golpes lo mejor posible. Desgraciadamente el camino donde nos encontrábamos era muy estrecho y no podía protegerme debidamente de los ataques furibundos del borrachín, quien echando espumarajos por la boca y con los ojos en llamas, esgrimía la hoja con una ligereza extraordinaria, al mismo tiempo, me increpaba de la manera más espantosa. Me acusaba de haber matado a su padre y de haber incendiado su choza, soltándome una retahíla de otros improperios. Había pensado en dar impulso a mi caballo, pero el temor de pisotear a ese infeliz me había detenido. Mis soldados llegaron por fin, vieron lo ocurrido, y antes de decir una palabra habían capturado al indio y se disponían a arrojarlo al río que corría cerca del camino, cuando les rogué no hacerlo.

Fuimos a cenar a una hermosa cabaña situada en la parte alta del pueblo y desde donde había una vista magnífica. En dicha cabaña se encontraba una mujer anciana, quien sostenía su cabeza con las manos. Me acerqué a ella y le pregunté si estaba enferma.

—No señor —me contestó—, no estoy enferma, estoy muerta.

—¿Qué quiere usted decir, buena mujer? ¿siente usted pena, no es así?

—Ay señor —dijo entre llantos—, han venido, lo han matado, han quemado la choza y nos han echado a los tiros a mi hijo y a mí... Vine aquí a casa de don Rafael, un buen cristiano, me ha prometido darme pan... pero desde ayer Pepe vaga por las calles; está mal de la cabeza y quiere matar a todo el mundo...

El capitán al mando de la escolta entró.

—Señor —me dijo—, al parecer no estamos a salvo aquí, bandas de 300 o 400 malhechores rondan por los alrededores. Han quemado varios *ranchos*, matado a algunas personas... Me parece prudente marcharnos hacia San José⁹⁹ para evitarlos.

—Haré todo lo que usted quiera; pero dígame la suerte que ha corrido aquel pobre muchacho arrestado por sus hombres.

—Puede estar tranquilo, señor, no le hicimos ningún daño; se encuentra ahora en el *cabildo*, lo entregué al alcalde, quien me ha prometido cuidarlo. Los bandoleros han matado a su padre ayer por la tarde y desde entonces ha enloquecido.

—Sí —dijo la vieja indígena—, ¡Pepe está loco y yo estoy muerta, muerta, muerta!

El alcalde entró. Estábamos albergados en su casa. Le pregunté si no pensaba tomar medidas para resistirse a los bandidos, a quienes todos los habitantes parecían esperar por la tarde.

—¿Qué medidas puedo tomar? —me contestó—. Tienen escopetas y nosotros no tenemos. Si vienen a saquear el pueblo, me presentaré ante ellos y les rogaré no hacernos ningún daño...

—¿Pero no teme que lo maten?

—Todo es posible, pero Dios dispone.

—¿Cree usted que si nos quedásemos aquí con nuestra pequeña tropa, esto podría disuadirlos de venir?

—Sí, señor, pero no podrían quedarse para siempre y entonces su protección ofrecida nos saldría carísima.

—¿Qué opina usted acerca de todo esto, señor Morales? —pregunté al capitán.

—Este buen hombre tiene razón y el mayor favor que podemos hacerle es irnos de su pueblo.

⁹⁹ Hacia la garita de San José del Golfo, puerta de entrada a la ciudad de Guatemala por el camino de Oriente [N. del E.].

Al compartir el alcalde la misma opinión del capitán Morales, no creí deber insistir en quedarnos. Ensilamos nuevamente nuestros caballos y partimos.

El señor Morales nos hizo viajar por caminos desviados, no resultaron estar en peores ni en mejores condiciones en comparación con los caminos reales, pero como no conocía muy bien esta parte del monte, fue necesario tomar unos guías en el pueblo que acabábamos de dejar. Al cabo de una hora de caminata, llegamos sobre una meseta, en cuya altura se alzaban unas chozas. Me moría de sed y me acerqué a la puerta de una de ellas para pedir un poco de agua. Una joven quinceañera, hermosa, casi blanca y muy pulcramente vestida, vino a traerme un *guacal*¹⁰⁰ lleno de *chicha*.¹⁰¹

—No bebas agua —me dijo—; bebe esto.

Tenía los ojos azules, el cabello rubio y las mejillas rosadas.

—¿Esta hermosa muchacha no es una india? —dije al señor Morales.

—Sí, señor —me contestó—. Hay en estas montañas una hermosa raza casi blanca y vive mucho más cómodamente que los indios del otro lado; esta gente es mansa, amable y servicial; se casan entre ellos y viven casi todos en familia. Hay cuatro o cinco aldeas en esta meseta. A sus habitantes se les llama *hijos de caciques*.

—¡Diablos! Entonces es una princesa la que tengo ante mis ojos, ¿lo sabe usted, señor Morales?

—Sí, se dice que los *caciques* eran los príncipes del país.

Devolví a la joven su guacal vacío y le pregunté cómo se llamaba.

—¿Por qué quieres saber mi nombre? —me dijo ella.

—Para saber si es tan dulce y tan hermoso como tu rostro, hermosa criatura.

—Me llamo Luz; ¿y a ti cómo te llaman?

—Tienes un nombre maravilloso, yo me llamo *amigo*.

Cruzamos las aldeas de los *caciques* y llegamos al atardecer a la finca de Sabaneta.¹⁰² Ese lugar pertenecía a un ex ministro de Guatemala y estaba

¹⁰⁰ El guacal es el fruto de un árbol nombrado wacali por los indios, al parecer pertenece a la familia de los terebintáceos. Este fruto es muy grande y su forma es ovoide; su cáscara es casi tan dura como la de la nuez de coco. Contiene una pulpa comestible. Con el cascarón o con la nuez de ese fruto hacen sus vasijas. Los hay cincelados con mucho arte [N. del A.].

¹⁰¹ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁰² Propiedad en ese momento al general Gerónimo Paiz Saavedra (1801-?),

totalmente abandonado; sólo pudimos encontrar allí a unos indios, quienes aceptaron albergarnos a regañadientes, pues esa pobre gente estaba muy asustada al ver entrar en su casa a hombres armados, miembros del ejército insurreccional.

Cuando uno piensa en todo el desorden de los caminos y en los crímenes cometidos por los indios contra otros indios como consecuencia de la miseria y la desesperación de esta pobre gente, sólo se puede lamentar profundamente esta situación y desear a este pobre país encontrar por fin al hombre que lo salve de la guerra civil y de la anarquía.

Tras seis días de caminata por senderos atroces, llegué afortunadamente a las puertas de Guatemala.

Había despachado a mi escolta a seis leguas de la ciudad, con el fin de evitar su captura a manos de soldados del gobierno, debo decir en loor al señor Morales que no fue sin dificultades como logré convencerlo de dar media vuelta. Entregué algo de dinero a ese hombre joven y talentoso para que lo distribuyese entre su tropa, y le rogué aceptar, para él y como testimonio de mi gratitud, un bonito sable de mi pertenencia...

Tardé todavía una hora en recorrer la distancia comprendida entre El Guarda¹⁰³ y la ciudad. Estaba agotado, muerto de cansancio, ennegrecido por el polvo y verdaderamente apenado al pensar que iba a presentarme en ese estado ante la mirada de las bellas damas, pues ellas, debía temerlo, podrían tomarme por un jefe de los *lucios* y no por quien era realmente; un hombre honrado, pacífico y curioso. Pero eran las dos de la tarde cuando entré en Guatemala, y a esa hora todo el mundo está comiendo.

Pedí llevarme a casa de dos buenos y honrados negociantes suizos, los señores Fuchs y Donzel,¹⁰⁴ y me instalé provisionalmente allí mientras encontraba una vivienda acorde con mis necesidades.

lugarteniente de Carrera. Fungió como corregidor del departamento de Chiquimula de 1840 a 1845, más tarde como ministro de Hacienda y Guerra. Se retiró del ejército en 1867 [N. del E.].

¹⁰³ La Guarda, puerta de entrada a la ciudad de Guatemala proveniente del Oriente [N. del E.].

¹⁰⁴ Se trata de los relojeros suizos Nicolás Fuchs y G. Donzel. En 1866, ambos decidieron rematar sus pertenencias y retornar a Suiza [N. del E.].

XIII

La ciudad de Guatemala

La ciudad de Guatemala ocupa una amplia meseta dominada por los pequeños *cerros*¹⁰⁵ de El Carmen y Buena Vista. Su aspecto es triste, profundamente triste. Sus calles anchas, trazadas a cordel y perpendiculares, sólo son concurridas durante el día por indios, mulas y *zopilotes*. Los negocios se encuentran en el interior de las casas y no llaman la atención como aquellos muestrarios que los vendedores europeos tienen el arte de preparar en los escaparates de sus tiendas. Todas esas casas sólo tienen una planta baja. Están construidas con grandes adobes y cubiertas con tejas coloradas. Sus muros se ven invariablemente enlucidos con cal, lo cual es profundamente desagradable para la vista del paseante; sus ventanas están protegidas por gruesos barrotes de hierro, saledizos sobre la calle. Los apartamentos se abren, en el interior, hacia un claustro cuadrado y con vista a un gran *patio* adornado por el buen gusto de la gente con flores y fuentes. No hay en toda la ciudad un solo jardín.

Los guatemaltecos ricos, a veces, hacen construir largos cajones de mampostería cubiertos con azulejos barnizados, dentro de los cuales plantan arbustos, pero árboles, pasto, macizos de flores o alamedas, nada de eso existe.

Guatemala tiene muchas iglesias.

La catedral, construida hace unos treinta años por un arquitecto italiano,¹⁰⁶ es un gran edificio donde parece que la intención fue mezclar

¹⁰⁵ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁰⁶ Se refiere a Antonio Bernasconi (¿-1785), maestro delineador de arquitectura nacido en Ancona, Italia, quien en 1786 llegó a Guatemala en compañía del arquitecto español Marcos Ibáñez; juntos elaboraron los planos de la catedral de la ciudad de Gua-

todos los estilos. Se quiso hacer algo gótico, románico, bizantino y sólo se consiguió hacer algo guatemalteco.

La iglesia de San Francisco, la iglesia de Santo Domingo, la iglesia de la Merced son, después de la catedral, los edificios más importantes de la ciudad.

El Palacio de gobierno es un largo edificio de planta baja al cual se añadió un claustro con corredor cubierto. Es feo y está poco cuidado, lo cual da una idea bastante justa del desorden reinante en su interior. Además, no está habitado. El Presidente de la República y los ministros sólo lo visitan para debatir los asuntos de Estado y cuando han terminado su tarea cada uno regresa a su casa particular.

El Palacio del arzobispado es muy notable; está apoyado sobre el costado derecho de la catedral y se sitúa enfrente de la plaza del Gobierno; es grande, está bien edificado y en buen estado, con hermosos patios rodeados de claustros sostenidos por columnas delgadas y elegantes; los apartamentos son desahogados y los han decorado según el gusto del país.

El Palacio de la Universidad y de la representación nacional es un bello edificio cuadrangular, con *patios* anchos, claustros bien embaldosados y habitaciones académicas altas y muy confortables. El edificio contiene la biblioteca de la ciudad, una pobre biblioteca, atestada de malas novelas de Europa y, sin embargo, orgullosa de poseer los manuscritos del *padre* Juarros y de Fuentes [y Guzmán], unos manuscritos comidos por los gusanos con el permiso de los sabios de Guatemala.

Guatemala cuenta con un teatro sobre la *Plaza Vieja*.¹⁰⁷ Este teatro que no vi terminado es, según dicen, muy hermoso. He visto un dibujo del mismo en una gaceta ilustrada y me ha parecido logrado desde el punto de vista arquitectónico. Los sacerdotes se han opuesto durante veinte años a su construcción, aunque al parecer han terminado por comprender que ese teatro no representa demasiada competencia y han permitido su construcción.

temala. En aquellos planos intervinieron por más de medio siglo varios arquitectos, marcando de esa manera su estilo ecléctico [N. del E.].

¹⁰⁷ En español en el texto original [N. del T.].

El Teatro Nacional (luego llamado Carrera y Colón), fue construido por el guatemalteco Miguel Rivera Maestre y finalizado por el ingeniero alemán Joseph Beckers, siendo inaugurado en 1859. Los terremotos de 1917 lo destruyeron [N. del E.].

El único monumento existente en Guatemala es una estatua ecuestre,¹⁰⁸ erigida sobre la plaza del Gobierno. No es una estatua de buen gusto pero, tal y como es, llena la plaza.

Los conventos de los dominicanos, de los franciscanos, de los capuchinos, de los agustinos recoletos, de los jesuitas, de los hermanos de la Merced, de las *beatas indias*, de Santa Teresa, de las capuchinas, de las *beatas rosas*, de las *beatas de Belén*,¹⁰⁹ de la Concepción, de la Encarnación, de la Redención (se me olvida seguramente alguno), constituyen muy amplios y confortables establecimientos donde florece y prospera una multitud de gente respetable, tan inútil para el Estado como peligrosa para el pobre pueblo: éste los alimenta a ellos a costa de la autoimposición de las más duras privaciones, a cambio sólo recibe lecciones de fanatismo y superstición.

El *camposanto* se parece bastante a una tienda de abarrotes. Está rodeado de altas y gruesas murallas con nichos de arriba hasta abajo, donde se colocan los ataúdes. Las inscripciones pintadas sobre la parte externa de cada tumba se parecen a las etiquetas de cualquier droguería o tienda. Se observan algunos monumentos de muy mal gusto. Se entierra a los protestantes y a los otros *herejes* en un patio separado y muy bien cerrado.

El hospital es grande, pero muy mal atendido.

La Corte de Justicia es sólo una simple casa particular.

La Casa de la Moneda es una gran construcción y eso es todo lo que puedo decir. Se acuñan algunas piastras, algunas onzas y se sellan todas las cercenaduras de piastras de la República, bajo la denominación de *reales* o *cuartillos*.¹¹⁰ Los españoles, para retener el dinero en el país, habían fraccionado sus piastras en 8, en 16 y en 32. Los guatemaltecos han conservado este sistema y su moneda es la más detestable que uno pueda

¹⁰⁸ La fuente de la plaza mayor fue diseñada por Antonio Bernasconi, concluida por el maestro Manuel Barruncho e inaugurada en 1789. Ornada con cuatro cabezas de caballo y cuatro delfines, estaba coronada por la estatua ecuestre de Carlos III. En 1823, dos años después de proclamada la independencia de la Capitanía general de Guatemala, la efigie del monarca español fue arrancada. Actualmente está situada en la plaza España. Según se puede constatar, De Valois no pudo haber visto la estatua sino tan sólo la fuente [N. del E.].

¹⁰⁹ "*beatas indias, beatas rosas, beatas de Belén*", en español en el texto original [N. del T.].

¹¹⁰ En español en el texto original [N. del T.].

imaginar. Sus *cuartillos*, sus *medios*,¹¹¹ sus reales, presentan todas las formas: son redondos, cuadrados, triangulares, afilados, ovalados y capaces de desconcertar con sus figuras a todos los geómetras del mundo civilizado. Termina siendo muy engorroso contar esas diversas monedas y son muy fáciles de falsificar a pesar del pequeño sello acuñado en la Casa de la Moneda. La moneda más pequeña es el *cuartillo*; tiene un valor de 15 centavos aproximadamente, el *medio* vale 30 centavos y el *real* 80. No se hace ningún uso en toda Centroamérica de la moneda de cobre.

Las cárceles son unas cloacas.

Los cuarteles son lugares donde no conviene entrar si se quiere evitar cierta familiaridad con algunos insectos.

Guatemala es la ciudad del mundo donde más pulgas hay. A pesar de los diversos esfuerzos realizados para destruir esos nefastos bicharracos, siempre los hay por centenares encima de uno y eso pasa en los lugares más decentes.

Los indios, los soldados, la gente del pueblo están cubiertos por toda clase de miseria y no es raro ver a los oficiales subalternos de la República, estando bajo la puerta del palacio, dedicarse a una caza del todo íntima; los oficiales con charreteras doradas dan esta caza más en secreto, pero la dan.

Si uno entra en una iglesia, puede estar seguro de salir de ahí cubierto de ellas como ganado. Sin duda, este inconveniente impide a la gente de Europa mostrarse como buena católica y le ha hecho merecedora, al retenerla en sus casas durante las horas de los oficios, del nombre de *herejes* y de malos cristianos por parte de los devotos.

El camino que conduce al paraíso es estrecho, estamos de acuerdo; ¡pero que no esté lleno de pulgas!

Guatemala cuenta con dos o tres lugares concurridos por extranjeros, llamados *mesones*¹¹² y unos bonitos lavaderos públicos a las afueras de la ciudad. Son dos cosas positivas conservadas por los españoles de la influencia árabe.

Hay en la ciudad un café, un establecimiento de baños y dos o tres malas *posadas*, así como una plaza de toros bastante bonita.

¹¹¹ En español en el texto original [N. del T.].

¹¹² En español en el texto original [N. del T.].

XIV

Los habitantes de Guatemala. Los españoles, los *ladinos*, los *zambos*, los indios, los extranjeros

La población de la ciudad de Guatemala debe de tener unos sesenta mil habitantes. Entre éstos, se pueden contar doscientas mil familias de pura raza europea y veinte mil *ladinos*; el resto es de raza india. Los españoles establecidos en Guatemala son casi todos ricos negociantes acomodados a la vida del país; han perdido la vivacidad, la energía y la alegría característica de su nación; pero han sabido conservar la lealtad y la probidad, en resumen todas las virtudes que hacen estimar tanto a los comerciantes españoles por doquier.

La raza *ladina* no difiere mucho de la raza española. Ha conservado sus rasgos, sus formas, pero no esa gracia existente sólo, sobre todo en lo que concierne a las mujeres, en la madre patria.

Los *ladinos* suelen ser de baja estatura; tienen el cabello y los ojos muy negros, las manos y los pies perfectos, los labios algo carnosos y mucha desidia en los movimientos. Las mujeres pertenecientes a esa clase son atractivas; tienen la tez un poco morena, pero sus ojos son encantadores; su talle es fino y esbelto, su caminar lento y perezoso. Los *ladinos*, en Guatemala, pertenecen a la buena sociedad: se consideran españoles y a nadie en el país se le ocurre poner en tela de juicio el origen que se atribuyen. Son negociantes, médicos, abogados, magistrados, sacerdotes; ellos son quienes ejercen toda la influencia y el poder, quienes hacen y deshacen según sus caprichos a los presidentes de la República.

Los *zambos*,¹¹³ hijos de una madre india y de un padre negro, son hombres de una fealdad espantosa. Tienen los rasgos del negro y el cabello

¹¹³ En español en el texto original [N. del T.].

del indio; es decir, oscuro, grueso y duro; la piel de su rostro, del color del cacao, tiene tonos violáceos y estrías azuladas extendidas sobre la frente y los pómulos formando una especie de máscara verdaderamente horrible a la vista. Afortunadamente para el país, esa raza es poco numerosa. Los *zambos* son poco inteligentes, tienen tenderetes en las afueras o en los mercados; son mansos, apacibles, honestos y sus buenas cualidades compensan un poco su cruel fealdad.

Los indios de la ciudad son mucho menos agraciados que los de las montañas. Sus costumbres son más licenciosas; andan casi siempre borrachos y se gastan los pocos reales ganados durante el día en los *estancos*, ya sea transportando cargas o haciendo los trabajos más duros en las casas de la ciudad. No es extraño encontrarse con hombres o mujeres de esa raza tendidos en la calle y completamente ebrios.

Existen, sin embargo, en el pueblito de Jocotenango, que es solo, por así decirlo, una extensión de las afueras de la ciudad, indios buenos, honrados y trabajadores, ganan dinero y saben administrarlo con mesura y diligencia. Algunos tienen casas muy bonitas, campos cultivados, pequeños rebaños de vacas, cabras, chanchos y ovejas. Viven más o menos como los burgueses, tienen una mesa bien servida y se visten con paño en vez de vestirse con *manta*. Sus hijos van a la escuela de la ciudad, aprenden el español, el latín, y se convierten en sacerdotes, abogados, médicos o mercaderes.

La raza india no es pues, como lo han pretendido algunos escritores españoles, con excepción del *padre* Domingo Juarros, quien los ha juzgado mejor,¹¹⁴ una raza desprovista de inteligencia, una raza incapaz de comprender nuestra civilización y de identificarse con ella. Los indios de Jocotenango y los de la Antigua Guatemala son, en su gran mayoría, negociantes y viven cómodamente, dueños de sus tierras, cultivadores de nopales, carpinteros, albañiles, orfebres y hasta escultores, y desmienten categóricamente los comentarios de aquellos escritores que, para justificar la detestable administración de los gobernadores españoles, han explicado en sus escritos una degradación del pueblo indio similar a la del pueblo negro. Debieron atribuir, para ser objetivos, esa degradación a

¹¹⁴ El padre Juarros ha escrito en su *Compendio de la historia de la Ciudad de Guatemala*, página 177: “Se nos hace difícil concebir que estos Indios tuviesen para su gobierno unas leyes tan bien dispuestas y prudentes, [que] pudieran adoptarlas y agregarlas a sus códigos las Repúblicas más bien gobernadas” [N. del A.].

Cita transcrita en español por el autor [N. del T.].

la Santa Inquisición y decir que todavía hoy en día, en algunos terruños de España y de Italia, hay muchos humildes campesinos, éstos, en cuanto a inteligencia de refiere, no se ven mucho mejor dotados comparados con los indios de los Andes o de las dos orillas.

Tendré la oportunidad de relatar a lo largo de este libro varias conversaciones sostenidas con los indios de la República de Guatemala, con lo cual hallarán, espero, la prueba de que esta gente humilde ha sabido deshacer las tinieblas sembradas por los sacerdotes y los monjes españoles en sus mentes.

Los extranjeros radicados en Guatemala son españoles, franceses, ingleses, alemanes, belgas o suizos. Todos se dedican a los negocios del comercio y se esfuerzan por hacer fortuna tan pronto como puedan para regresar a Europa. Hay, sin embargo, algunos ricos extranjeros que persisten en quedarse en Guatemala. Han sabido adquirir cierta influencia, son personalidades en el lugar y hallan en su vanidad satisfecha buenas razones para no sentir añoranza por la patria, donde sus bolsas de piastras no les facilitarían la suerte de consideración recibida en el país que han adoptado.

La mayoría de esos extranjeros son gente muy honorable y muy trabajadora.

Los mendigos de Guatemala son horribles a la vista. Cubiertos con harapos hediondos, con los pies sumamente hinchados y carcomidos por las *niguas*,¹¹⁵ se arrastran por las calles en pandillas, dejando tras de sí por donde fueren una exhalación pestilente. Nunca vi una miseria tan sobrecogedora, tan repugnante y tan horrenda como en esta ciudad. La caridad pública sustenta a toda esa multitud de desdichados, y bien podemos decirlo a voz en grito, en loor a los habitantes de la ciudad: jamás se desaira a un pobre en la casa que éste distingue con sus peligrosas visitas.

¹¹⁵ En español en el texto original [N. del T.].

XV

Comercio, industria y bellas artes

El gran comercio de Guatemala se encuentra totalmente en manos de los extranjeros y de los descendientes de los españoles.

Francia, Inglaterra, España, diversos estados de la Confederación Germánica, Bélgica y los Estados Unidos envían mercancías a Guatemala.

Francia expide vinos de Burdeos, *aguardientes*, aceites de la Provenza, artículos de moda, sedería, bisutería, paños ligeros, perfumería, artículos de oficina, productos químicos y medicinas. En 1855 su importación se elevó a 562 670 piastras, es decir 2 813 350 francos aproximadamente.

Inglaterra manda telas de lana, de algodón, de seda, loza, abalorios, paños, jamones, mantequilla, vinos de Oporto y de Madeira, arneses, sillas de montar, cobre trabajado, cerveza, artículos de mercería y de quincallería, etcétera. En 1855 su importación fue: por el Atlántico, 2 092 157 piastras; por el Pacífico, 927 650 piastras; total, 3 019 807 piastras.

España suministra vinos de San Julián, de Jerez, aceites, frutos secos, estopilla, etcétera. En 1855 importó por un valor de 184 709 piastras por los dos mares, es decir, por Izabal y por Iztapa.

Alemania envía quincallería, papel pintado, porcelana, etcétera. En 1855 su importación se elevó a 249 087 piastras.

Bélgica manda cueros preparados, armas de caza, objetos para el aseo personal, ropa, telas, cuchillería, espejos, relojería, escobillas, etcétera. En 1855 su importación ha sido de 93 966 piastras.

Los Estados Unidos envían salazones, verduras en conserva, harina, mantequilla, grasas, hierros, clavos, máquinas, cerrajería, herramientas, pasamanería, mercería, papel, etcétera. Su importación en 1855 fue: por el Atlántico, 107 604 piastras; por el Pacífico, 54 461; total, 162 065 piastras.

Guatemala exporta: cochinilla, índigo, bálsamo del Perú, madera para tinte y para ebanistería, vainilla, zarzaparrilla, cacao, café, gomas, resinas, sombreros de junco o de corteza, tabaco, cueros de buey, pieles de jaguar, mechas para encendedores, cuernos, minerales, cigarrillos, piedras preciosas (esmeraldas y ópalos), plantas, etcétera.

He aquí una tabla comparativa de importaciones y exportaciones:¹¹⁶

Años	Importaciones en piastras	Exportaciones en piastras
1851	1 581 884	1 404 000
1852	976 943	868 550
1853	873 831	599 047
1854	826 481	2 033 300
1855	1 206 210	1 282 891
Total por los cinco años	5 465 349	6 187 788

Si el gran comercio está en manos de los extranjeros y de los hijos de españoles, la industria está por completo en manos de los indios y de los *ladinos*.

Son los indios quienes tejen esos abrigos de lana llamados *sarapes*; son ellos quienes fabrican las vasijas de barro comunes, los adobes, las tejas, los trabajos de madera, las hamacas de hilo de áloe, las esteras, los sombreros, las canastas, las lindas cestas de junco o de corteza; tienen máquinas para tejer algodón y fabrican telas blancas y de colores en suficiente cantidad para consumo propio.

Los grandes ingenios azucareros, las destilerías de ron, las nopaleras, tan difíciles de cuidar, los molinos, las granjas, los campos, todo eso está dirigido y administrado por indios o *ladinos*.

Los indios ejercen todas las manualidades con gran habilidad: son mamposteros, carpinteros, techadores, herreros, ebanistas, hojalateros, caldereros, alfareros, adoberos, panaderos, etcétera. Los *ladinos* de extracción

¹¹⁶ En 1859 la importación fue de 1 520 006 piastras y la exportación de 1 766 920. Entraron en los puertos de Izabal y de Santo Tomás 106 buques, aforando 6 294 toneles por un valor de 812 044 piastras y, en los puertos del Pacífico, 32 buques, aforando 12 445 toneles por un valor de 324 473 piastras [N. del A.].

social humilde suelen elegir trabajos más llevaderos. Entonces se convierten en sastres, zapateros, orfebres o pequeños comerciantes.

El pueblo guatemalteco no carece de inteligencia. Se podría, si se quisiera, fomentar la industria nacional mediante concursos o exposiciones, y favorecer la emulación de todos esos buenos trabajadores; pero desgraciadamente las clases superiores carecen de iniciativa y, por un sentimiento egoísta mal entendido, parecen poco dispuestas a ayudar a los artesanos, a incentivarlos y a instruirlos.

El estúpido sistema de los conquistadores españoles, cuyo objetivo era embrutecer a los indios para dominarlos mejor, sigue siendo, desgraciadamente, la norma de conducta de sus descendientes. Los guatemaltecos acaudalados creen favorecer sus intereses dejando a la gente del pueblo en la miseria y en la ignorancia, y los sacerdotes de la República comparten esa opinión y hasta la promueven incluso con toda su influencia.

Algunos indios son muy buenos músicos.

Otros fabrican lindas estatuillas de madera. Esculpen cristos, santos, vírgenes y figurillas, maravillosas representantes de todas las razas del país.

Saben cincelar las nueces de coco o de *coyo*¹¹⁷ con mucha habilidad, haciendo toda clase de pequeños objetos que se verían muy bien en las estanterías de nuestros aficionados parisinos.

Los *rebozos* de las mujeres indias adineradas están tejidos por indios; las lindas servilletitas para el té, con calados como encaje, también son fabricadas por ellos.

Para comerciar con la República de Guatemala es importante conocer bien el país. Si un negociante de Francia o de Inglaterra envía telas, podría no tener la oportunidad de vender un solo metro en un año.

Las guatemaltecas tienen un gusto particular. Sólo les gustan ciertos tonos y ciertos dibujos, y resulta absolutamente necesario combinar la elección de los objetos enviados con los hábitos y los prejuicios de los consumidores.

Con respecto a los artículos de lujo, por ejemplo: arañas, relojes de péndulo, candelabros, espejos, marcos, etcétera, se deben enviar cosas llamativas y no preocuparse demasiado por el mal gusto. Que un reloj de péndulo esté bien dorado, bien ornamentado, con muchos aderezos en su

¹¹⁷ Nombre común del fruto de la palmera *Acrocomia mexicana*, existente en el sureste mexicano y en Centroamérica [N. del E.]

base, eso es lo importante. Los guatemaltecos son artistas al modo de los turcos: les gusta ser deslumbrados y éste es un punto a recordar por parte de quienes quieren hacer negocios con ellos.

Todo es muy costoso en Guatemala.

Un sombrero de seda de mala calidad cuesta 7 u 8 piastras; un par de zapatos de charol, 5 o 6; un pantalón de paño de verano, 8 o 10; un vestido de seda entre 18 y 20 francos, 30 piastras; un par de guantes de cabritilla, 1 piastra y media; la renta de una casa, entre 20 y 30 piastras por mes.

XVI

Clima. Enfermedades. Árboles, flores, frutas. Animales, pájaros, insectos

La ciudad de Guatemala se asienta sobre una meseta 1500 metros por encima del nivel del mar y disfruta de una temperatura moderada, nada incómoda para los europeos recién llegados.

En toda Centroamérica hay sólo dos estaciones propiamente dichas: la estación seca o verano y la estación de lluvias, llamada invierno, aunque empiece en junio y termine en septiembre. Las dos son precedidas y seguidas por un clima más o menos parecido al verano o al invierno.

Tierra adentro y en los lugares situados a 900 o 1000 metros de altitud, las lluvias empiezan a caer desde el mes de mayo; son intermitentes durante cuatro o cinco semanas, y se vuelven regulares o permanentes después de ese período durante por lo menos tres meses.

En la época de las lluvias continuas hace buen tiempo hasta el mediodía; después de esa hora, diluvia hasta las cinco o las seis de la tarde, y algunas veces durante toda la noche.

En las costas del Atlántico y del Pacífico, las noches traen consigo un rocío abundante, provechoso para la vegetación, mientras tanto, en las mesetas del interior, y sobre todo a 1000 o 1200 metros por encima del nivel del mar, la tierra sigue siendo árida y está totalmente calcinada.

Las lluvias son mucho más fuertes en América que en Europa. Un aguacero de unas horas es suficiente para tornar intransitable cualquier camino; las calles se convierten en ríos totalmente infranqueables para el caminante, pero basta con una hora de sol para hacer desaparecer el diluvio. Durante la estación de lluvias la vegetación alcanza todo su esplendor. Las hojas de los árboles relucen como esmeraldas, los arbustos se

cubren de flores y sobre la maleza perfumada se ven revolotear colibríes y mariposas con colores de una riqueza deslumbrante.

He aquí, por cierto, algunas observaciones realizadas a lo largo de un año:

Lugares	Días de lluvia continua	Días de sequía continua	Días sin lluvia	Días de tiempo variable
Costa del Norte	105	110	30	120
Costa del Sur	90	125	40	110
Interior	110	130	45	90

Variaciones de termómetro sobre la meseta de Guatemala

Épocas	De 6 a 9 de la mañana ° Centígrados	De 1 a 3 de la tarde ° Centígrados	A las 2 de la tarde ° Centígrados
Del 20 al 28 de febrero	17.30'	26.25'	15'
Del 1 al 31 de marzo	18.45'	26.26'	15'
Del 1 al 31 de abril	18.45'	27'	15.37'
Del 1 al 31 de mayo	18.45'	28'	15.37'

Duración de los días y de las noches en Guatemala

Los días más largos del año son de: 12h 52 min.

Las noches más cortas son de: 11h 08 min.

Por lo tanto, el clima de Guatemala es bueno. Las enfermedades observadas, ya sea en la ciudad o en los pueblos de alrededor, son similares a las de Europa; pero las fiebres, tan peligrosas en la costa como el tífus o el *vómito negro*, nunca se han observado en el interior más allá de diez o doce leguas. No obstante, vivir en la meseta de Guatemala, por su

elevación y el aire vivo que se respira, podría representar un peligro para las personas con enfermedades del pecho.

Hay en la ciudad de Guatemala y en toda la República un número considerable de enfermos de bocio. Los europeos no tienen porqué temer a esta enfermedad.

Mencionemos los árboles útiles que crecen naturalmente en Guatemala: el *naranja*, grueso como nuestros manzanos de Normandía, siempre verde, siempre cargado de flores y de frutas, en diferentes grados de madurez; el *limonero*; el *cocotero*; el *aguacate* da un fruto muy grueso, con una pulpa en su interior con sabor a mantequilla fresca: en el país se le llama mantequilla vegetal; el *jocote*, especie de ciruelo; el *zapote*, o árbol del zapote; el *mango*, o árbol del mango; el *banano*; el *plátano*.

Miles de flores desconocidas en Europa crecen sin cultivos en este país. Varias personas han enviado algunas especies a Londres y a París.

Las mejores frutas y las más comunes son:¹¹⁸ la *piña*, muy grande, muy dulce y muy perfumada; la *chirimoya*, especie de pulpa dulce y perfumada, con sabor a nata; la *pitaya*; la *tuna*, fruta del nopal de la cochinilla; el *jocote*, especie de mango pequeño, con ligero sabor de terebintina; el *árbol del pan*; el *caimito*; el *níspero*; el *aguacate*; el *banano* y el *plátano*, estas dos frutas son el pan de los indios; el *limón*; la *naranja*; la *lima*, limón dulce; la *sandía*; la *guayaba*, fruto delicioso; *corazones de palmera*; flores de *izote*; la *granadilla*, fruto grande como un huevo de oca, con una pulpa de un sabor fresco, perfumado, dulce, delicioso.

Todas estas frutas crecen de forma natural y sin cuidado alguno. Se encuentran por todas partes, en la espesura, en los *barrancos* y en los caminos.

Las verduras son abundantes y generalmente buenas. He aquí la lista: los *frijoles negros*, pequeños como perlas, de un sabor exquisito; los *frijoles blancos*, *rosados*; las *arvejas*, las *coles*, las *coliflores*, las *habas* y las *cebollas*; los *melones* no tienen buen sabor, pues se cultivan incorrectamente; el *arroz* y el *maíz* crecen muy bien: el *maíz* es muy hermoso, lo hay blanco,

¹¹⁸ He encontrado en el bosque de Capetillo la viña en su estado salvaje. Su fruto era agrio y no es comestible. Creo, sin embargo, la uva se podría cultivar sobre las mesetas de la Antigua Guatemala y, quizá, alrededor del *Volcán de Agua*. Las manzanas y las peras son de muy mala calidad, las fresas no tienen sabor ni perfume [N. del A.]

Capetillo era un ingenio ubicado en los confines del poblado de Alotenango, Sacatepéquez [N. del E.].

colorado, amarillo, negro, a veces una sola espiga reúne todos esos colores; la *papa*, la *yuca*, el *ñame*, etcétera.

No puedo extender más esta nomenclatura. Para mencionar todos los árboles, frutas y verduras, que se pueden encontrar en Guatemala, sería necesario escribir un libro especial.

Los caballos son de baja estatura; a casi todos les falta cuello. Se les emplea para la carga, como las mulas. Los de monta y los de tiro vienen de México. Los caballos del país valen 20 o 30 piastras en promedio. Las mulas de monta son hermosas y más costosas. Los bueyes y las vacas son de muy pequeña estatura. El precio de un buey flaco (todos lo son) es de 10 o 15 piastras. Los cerdos no valen más de 4, 5 o 6 piastras. Las aves de corral son abundantes.

La caza escasea en los alrededores de Guatemala, y para encontrar codornices, perdices o tordos (todos esos pájaros viven en Centroamérica y difieren poco de los nuestros por su plumaje y por su tamaño), hay que alejarse entre cinco y seis leguas de la ciudad. La caza mayor se halla en los bosques o en las montañas. Consiste en corzos, gamos, ciervos y (jabalíes) *pecaríes*¹¹⁹ (jabalíes); pero la mayoría de esos animales exhalan un olor almizclero, lo cual produce una carne poco apta para comer.

Los animales peligrosos como tigres, panteras, leopardos, etcétera, se ven poco y en parajes poco concurridos.

Las serpientes son escasas. Aunque existen serpientes de cascabel y *corales*¹²⁰ en cantidades bastante considerables; pero esos reptiles suelen quedarse en la selva y sería mucha casualidad encontrarse con ellos en los caminos frecuentados.

En los lagos y ríos no abundan los peces. Sólo se come en Guatemala pescado de mar, salado o ahumado. Hay caimanes en todas las aguas dulces; dichos reptiles exhalan todos un olor a almizcle, muy fuerte y muy desagradable.

Los pájaros de la selva son increíblemente hermosos. En primer lugar es preciso señalar el *quetzal*, al cual nosotros llamamos *courucou*. Tiene las alas y la espalda de color verde esmeralda, con reflejos de oro, el vientre del color del fuego y la cola larga de un metro cuando es adulto. Este pájaro magnífico pertenece a la familia de las aves trepadoras. *Loros*, *pericos*,

¹¹⁹ En español en el texto original [N. del T.].

¹²⁰ En español en el texto original [N. del T.].

guacamayas, *tucanes*, *colibríes* y *picaflores* son numerosos. Los *zanates* o *clarineros*,¹²¹ especie de estornino, se encaraman por miles sobre los tejados de las casas de la ciudad. También se encuentra en el campo el buitre real. En el país se le conoce como *rey de los zopilotes*, pues sólo él tiene el poder de ahuyentar a tan horribles pájaros, pues éstos son realmente la morralla de la especie alada. El ojo del *rey de los zopilotes* tiene los colores de la escarapela francesa.

No hay mosquitos en Guatemala; pero hay pulgas, *niguas*, *garrapatas*, alacranes y *ciempiés*. Las hormigas causan a menudo grandes estragos en las granjas.¹²²

La *nigua* es un pequeño insecto invisible, que atraviesa el cuero del zapato, entra bajo la piel del pie, engorda, pone y se reproduce al infinito. Los indios a menudo terminan lisiados por la acumulación de esa miseria bajo los pies.

¹²¹ Los nombres de las aves están en español en el texto original [N. del T.].

¹²² Existe una especie de hormiga en la costa que es una verdadera plaga [hormigas arrieras]. Entran y se introducen por todas partes, provocando daños considerables. Esa especie es muy pequeña.

Tierra adentro se encuentran hormigas grandes, que hacen sus nidos en los árboles.

En San Salvador, el señor Mahelin [August-Leon Mahelin, cónsul de Francia en Centroamérica de 1839 a 1843] tuvo que abandonar varios edificios importantes que había hecho construir, pues a pesar de todos sus esfuerzos nunca pudo deshacerse de las hormigas.

En la costa varios enfermos han sido atacados y devorados vivos por hormigas.

He visto hormigueros que no medían menos de cinco metros de altura y cuya circunferencia medía medio kilómetro [N. del A.].

XVII

El supremo gobierno

La Confederación de Centroamérica, constituida el 29 de marzo de 1823, sólo duró dieciséis años. Se rompió el 17 de abril de 1839 y las provincias de Guatemala, El Salvador, Honduras y Costa Rica, retomaron cada una su independencia. Guatemala y Costa Rica se titularon repúblicas mientras El Salvador, Honduras y Nicaragua, sólo tomaron el título de estado.

He mencionado en un capítulo anterior que la revolución hecha en la capitanía general de Guatemala sólo había cumplido con dejar el poder en manos de algunas familias de origen español. Partiendo de ahí era predecible la corta vida de la Confederación Centroamericana. Las rivalidades entre las provincias, los celos de los partidos, las ambiciones de los hombres alzados a la cabeza de diversos gobiernos, su escasa capacidad, su falta de patriotismo, los caprichos, las luchas consecuentes, todas esas causas debían en poco tiempo llevar a la dislocación de la Unión y devolver a cada miembro de esa Unión la posesión de sí mismo.

Los Estados Unidos de Centroamérica, bien gobernados, hubiesen podido formar un cuerpo de nación respetable. Una población de dos millones y medio de habitantes, repartida sobre un territorio inmenso y extraordinariamente rico, ciertamente habría podido prosperar y gozar de las ventajas de la civilización, pero para ello hubiese sido necesario ser dirigida por buenos jefes, quienes se deben preocupar menos por sus intereses personales y más por los de la nación. Se hubiese necesitado también no ocultar la luz, sino esforzarse en repartirla entre la muchedumbre del pueblo; hubiese sido necesario que a los extranjeros, en lugar de tratarlos como a enemigos en los diversos estados de Centroamérica, les alentasen a establecerse y a fundar empresas útiles; pero al contrario,

se han esforzado en ofenderlos, en molestarlos en todas sus transacciones, y no han escatimado recursos para despojarlos de sus bienes adquiridos con tanto trabajo, valor perseverante e incluso inteligencia. Las confiscaciones, los impuestos arbitrarios y los préstamos forzados eran los medios empleados para arrancarles la fortuna buscada lejos de su patria y ganada honestamente, ya sea vendiendo sus mercancías o con los productos de su ciencia o de su industria. Los archivos del consulado general de Francia en Centroamérica están llenos de reclamaciones por parte de franceses que han vivido en esta tierra donde la justicia es, por decirlo de alguna manera, una planta delicada en un suelo infecundo.¹²³

Algunos hombres inteligentes y con buen corazón han intentado, sin embargo, impulsar en su país un movimiento de progreso; desgraciadamente, el espíritu partidista, el egoísmo de algunas familias y el fanatismo despótico del clero han paralizado rápidamente sus generosos esfuerzos. La guerra civil, nacida naturalmente de esas divisiones, ha diezmado en pocos años a gran parte de la población del campo y ha desgastado a todos los hombres políticos, quienes uno tras otro se habían colocado a la cabeza de los asuntos públicos. Los sacerdotes han predicado sembrando la discordia, hicieron hablar a los santos y a las santas en favor de su opinión y este hermoso país ha caído, en pocos años, en un estado sin duda peor al del día de su separación de España.

El general Morazán¹²⁴ fue el último presidente de la Confederación Centroamericana. Ese hombre, aún vigente en la memoria de muchos honestos guatemaltecos, era un buen ciudadano con el compromiso asumido de trabajar francamente para el bien de su país, pero para alcanzar su meta y para regenerar la Unión se vio obligado a declarar la guerra a los abusos encontrados en su camino. Dichos abusos superaban su fuerza,

¹²³ Tengo en las manos una cantidad de documentos que podrían probar mis afirmaciones. Tengo cartas del señor Jean Lapoulide a quien los soldados de El Salvador rompieron los brazos con golpes de fusil. Tengo cartas de una señora Leclercq, a quien el gobierno de Honduras despojó de la forma más escandalosa. Pero no me parece ser éste el lugar para publicar estos documentos [N. del A.].

¹²⁴ Francisco Morazán Quesada (1792-1842). Militar y político liberal hondureño, en 1829 lideró al Ejército Protector de la Ley, responsable de la victoria de los federalistas centroamericanos. Presidente de la República Federal de Centroamérica de 1834 a 1838. Electo jefe de Estado de El Salvador, renunció a su cargo a raíz de su derrota militar frente a Rafael Carrera en marzo de 1840, más tarde se exilió en Perú [N. del E.].

pues representaban la vida del clero y también la de algunas familias acostumbradas a ver la patria como si fuese una finca. Morazán fue vencido por los sacerdotes y por el Partido *servil*, tras numerosas luchas que azotaron la mitad de Centroamérica cayó en manos de sus enemigos, quienes acabaron con su vida despiadadamente. El asesinato del General Morazán recuerda, por la crueldad de quienes lo cometieron, el de los hermanos de Witt en Holanda.¹²⁵

No quiero escribir la historia de las guerras ocurridas entre los diversos estados de Centroamérica tras la muerte de Morazán. El Salvador, Nicaragua y Honduras casi siempre estuvieron unidos contra la República de Guatemala, acusada por éstos, y con razón, de querer dominar Centroamérica y de impedir, gracias a su política retrógrada, un gobierno dictado según las ideas liberales inscritas en las respectivas constituciones de cada estado. Narrar las luchas, las insurrecciones, las revoluciones, las guerras fratricidas manifiestas desde la muerte de Morazán hasta el año 1851 nos obligaría a escribir varios volúmenes. Habría que adentrarse en detalles minuciosos, nombrar a personas, juzgarlas con seriedad, en resumen: arrancarles la máscara a los hipócritas y a los traidores; esa dura labor la dejaremos en manos de los futuros historiadores de Centroamérica.

El gobierno de Guatemala se considera republicano sin ninguna razón. El Jefe de Estado ostenta el título de Presidente. Es nombrado de por vida por un decreto de la Asamblea Nacional.¹²⁶ Sus poderes se ven limitados por una constitución, pero ésta le concede un margen de acción ilimitado. Manda a los ejércitos de tierra y podría también mandar a los ejércitos de mar, si los hubiese. Es capitán general, preside el consejo de sus ministros, recibe a los agentes diplomáticos y ratifica los tratados; decreta, ordena, gobierna, tiene una especie de corte y dispone de un presupuesto que aumenta según su fantasía; se le llama genio y figura, gran capitán, gran político; sabe leer un poco, escribe más o menos su nombre y toca, según dicen, muy bien la guitarra. El excelentísimo presidente de la República de Guatemala se llama don Rafael Carrera; es comendador de la Orden de Leopoldo, Gran Cruz de la Orden Pontificia de

¹²⁵ Cornelio y Johan de Witt, políticos holandeses asesinados por los pobladores incitados por el Partido orangista en 1672 [N. del E.].

¹²⁶ Se refiere al decreto de 1854, gracias al cual fue nombrado presidente vitalicio de la República de Guatemala, cargo ejercido hasta su muerte en 1865 [N. del E.].

San Gregorio Magno y Gran Cruz de la Orden de Santa Guadalupe de México. Si usted quiere saber porqué recibió esas tres cruces el excelentísimo presidente, le contestaré como el comandante en la obra teatral *La fin d'un roman*, de León Gozlan:¹²⁷ “le dieron la tercera porque ya tenía dos, le dieron la segunda porque ya tenía una y le dieron la primera porque no tenía ninguna”.

El señor Rafael Carrera es un indio, un indio puro, aunque eso le disguste a sus aduladores (¿quién no tiene aduladores?), pues quieren a toda costa atribuirle un origen español. Los rasgos de su rostro, su tez, su espeso cabello negro, su escasa barba, su estatura, sus manos, sus pies, en fin, toda su persona, tiene las características indelebles de la raza aborigen. En vano se le ha vestido al estilo europeo, como un general español, pues no se ha podido esconder bajo ese traje al hijo de la selva virgen o de los *llanos*¹²⁸ del nuevo mundo.

Se puede leer en un informe de la compañía belga de Santo Tomás, publicado por la editorial Rignoux, calle *Monsieur le Prince* en París (1844), la nota biográfica siguiente: “Víctima de las persecuciones de Morazán, un simple obrero, Carrera, cuyo nombre sólo conocían los propietarios de la finca dirigida por él, vivía entre las montañas que le servían de asilo”.¹²⁹

Sorprendido por los soldados de Gálvez,¹³⁰ vio cómo violaban a su mujer y tramó una venganza implacable contra sus primeros enemigos.

¹²⁷ Esta obra ha sido traducida en español con el título *El fin de la novela* [N. del T.].

¹²⁸ En español en el texto original [N. del T.].

¹²⁹ Todo esto está bastante enredado, si el señor Carrera dirigía una finca no tenía razón alguna para vivir entre las montañas que le servían de asilo.

Esta reseña fue reproducida en *El Correo Belga* en los números del 14 y del 16 de noviembre de 1842.

El señor Carrera ha sido mozo de granja en casa de un francés, el señor Laumonier, propietario de nopaleras en la Antigua. El señor Laumonier me ha asegurado a menudo que nunca habría sospechado que su cuidador de cerdos pudiese llegar a ser un Jefe de Estado. Carrera no se parecía en nada al papa Sixtus V, afirmaba [N. del A.]

M. Laumonier, instalado en Guatemala antes de 1826, despidió a Carrera cuando se enteró de su éxito como jugador a expensas de los salarios de los otros trabajadores [N. del E.].

¹³⁰ Mariano Gálvez (1794-1862), Político liberal guatemalteco, jugó un papel importante en el apoyo dado en suelo guatemalteco a Morazán durante la guerra civil de 1829. Ministro de Hacienda del Estado de Guatemala de 1829 a 1831, luego Jefe de Estado hasta febrero de 1838, cuando se vio forzado a renunciar por la rebelión de La

Agravios y desgracias comunes juntaron pronto en torno a él a algunos seguidores abnegados, pertenecientes a esa raza cruzada de blancos y de indios llamada *ladinos*,¹³¹ ejerció con su determinación una influencia decisiva en los hombres de color y emprendió con ellos esta lucha *heroica* (sic) cuyo *final maravilloso quizá sólo él vislumbraba ya*.¹³² Se ha dicho que de ese modo Carrera se transformó en el jefe de una guerra nacional, iniciada por el odio hacia la dominación extranjera y destinada a servir de expiación a las primeras crueldades cometidas por ésta; se trata, en primer lugar, de una aseveración desmentida por hechos posteriores y sin ninguna justificación en cualquier otra causa.

En efecto, el *ladino* no es un indio, sino un intermedio entre éste y la raza blanca; de manera que si el color ejerciese una influencia en el carácter político de Carrera, no sería en beneficio exclusivo de una de las dos razas, sino naturalmente en el de ambas, entre las cuales se halla ubicado como una transición natural. Creemos incluso que está particularmente destinado a esa misión de conciliación.

Los partidarios del nuevo jefe le dieron pues, al ser tantos, una importancia real y al poco tiempo él pudo intentar entrar con ellos en la misma capital de Guatemala. El desánimo y la fragilidad del poder, así como la ausencia de Morazán, tornaban la empresa fácil y el Código de Livingston¹³³ no se oponía a ella. Las puertas se abrieron para dejar salir por un

Montaña liderada por Carrera, opuesta a sus reformas educativas, judiciales, hacendarias y religiosas [N. del E.].

¹³¹ El señor Carrera es un indio, indio puro. Resulta extraño que sus aduladores se crean obligados a presentarlo como alguien perteneciente a otra raza. Por cierto, hasta el propio señor Carrera se cree español. El señor Pavón (Manuel) nos contaba un día, riéndose, que el excelentísimo presidente decía cuando cenaba en la ciudad: “¡Ah! Usted tiene tenedores de plata semejantes a los de mis antepasados”. Los antepasados del señor Carrera comían con los dedos; eso es un hecho seguro.

Don Manuel Pavón, ministro de Relaciones Exteriores de la República de Guatemala, nos contaba esto en casa del señor Fourcade, cónsul general de Francia en Centroamérica [N. del A.]

Dagobert Fourcade fue nombrado cónsul en Guatemala en abril de 1849 [N. del E.].

¹³² El señor Carrera no vislumbraba nada. Fue un mero instrumento en manos de los sacerdotes para destruir el Partido de Morazán, y el pobre indio debió de sorprenderse en gran manera al oír que los monjes y los curas lo llamaban el ángel Rafael y, sobre todo, al ver que los santos hacían milagros para su provecho [N. del A.].

¹³³ Cuerpo de leyes redactado por el Secretario de Estado de Estados Unidos,

lado a las tropas federales y, por el otro, dejar entrar a las bandas armadas acarreadas por Carrera. Esas hordas salvajes de hombres que parecían llevar a cuestas todas las venganzas por las derrotas padecidas y los largos sufrimientos del exilio, habían aterrorizado profundamente la ciudad.

Se temía pagar con nuevos desastres el triunfo sangriento de los primeros vencedores y se esperaba en silencio la terrible determinación de esos hombres desconocidos y de su jefe. Pero pronto el pavor se disipó y el asombro sucedió al temor a la vista de esos bárbaros *postrados al pie de los altares*¹³⁴ *que ahora eran suyos, entonando himnos de acción de gracias para gloria de un Dios vengador*. Si la brutalidad y los conatos de saqueo se insinuaron después de ese primer impulso, pronto los detuvo el propio Carrera, quien dirigiendo él solo a la muchedumbre descarriada, se plantó ante ella, frustrando en su último empeño aquellos instintos despertados por él, y renunciando a ellos como primera garantía de la obra de pacificación ya iniciada.¹³⁵

Carrera, de ese modo, había comprobado desde el primer día cuál era su misión: el bárbaro, dentro de su ignorancia, ya había *intuido qué necesidades sociales* debía satisfacer,¹³⁶ pero no se atrevió a trabajar en ello y se retiró, dejando entrever a los hombres de orden y de paz¹³⁷ donde encontrar, a partir de ahora, *a quien tanto tiempo habían esperado*.

Edward Livingston, en el año de 1826. El gobierno de Guatemala lo implantó en 1837, produciendo la reacción de los conservadores y los campesinos guatemaltecos por sus avanzadas disposiciones en materia judicial. En junio de 1837, los sublevados de La Montaña pidieron su abrogación, otorgada a raíz de la caída del gobierno liberal en 1839 [N. del A.].

¹³⁴ Los cachurecos, hombres del señor Carrera. sólo se arrodillaron obedeciendo a los sacerdotes y tras haber degollado a sus enemigos, quienes eran los verdaderos defensores del Estado (ver el libro del señor Stephens sobre Centroamérica) [N. del A.]

“Cachurecos”, sobrenombre dado por los guatemaltecos a las personas creyentes católicas. Mochos en México [N. del E.].

¹³⁵ La obra de pacificación del señor Carrera era una obra de destrucción [N. del A.].

¹³⁶ Las necesidades sociales el señor Carrera las sigue ignorando hoy en día, por muy jefe del Estado que sea.

Todo este elogio del Correo belga es una sarta de mentiras. Sólo lo he copiado para demostrar cuán ridículo y cuán falso es [N. del A.].

¹³⁷ Los monjes habían transformado al señor Carrera en un ángel; mientras tanto el Correo belga lo transforma en un mesías [N. del A.].

Una biografía tan estúpidamente elogiosa fue redactada, con muchas otras falsedades, para facilitar la obtención de la concesión del territorio de Santo Tomás solicitada por la compañía belga en aquel entonces ante el gobierno de Guatemala.¹³⁸

Se ha dicho que el señor Carrera estaba dotado de una inteligencia superior, la cual le ayudaba a comprender absolutamente todo. Este hombre tiene la malicia del salvaje y el instinto de todos los habitantes de las selvas vírgenes. Discurrir acerca de administración, economía o política sería como hablarle en chino. También se ha hablado de su talento militar; pero ¿cómo se puede valorar eso? Guerrea como lo hacen los salvajes, sin reglas, sin planes y queda totalmente fuera de su alcance comprender las leyes más elementales de la estrategia. En un país donde no hay generales ni soldados, sino jefes de bandas indisciplinadas, se cree que las pequeñas victorias de Carrera se debían a su genio militar, por lo cual se le concedió el título de gran capitán: en las escuelas, lo han comparado con César, con Federico II, con Carlos XII de Suecia y con Napoleón I. Todo era absurdo, obviamente; pero el miedo de los guatemaltecos frente a ese gran hombre hizo prodigarles el incienso y la adulación.

Un ministro guatemalteco me decía un día:

—Bien lo sabemos, el señor Carrera no es un general tan grande como lo pintan, pero en fin, tal y como es, podría perfectamente ser subteniente del ejército francés.

—¡Ah!, señor —le contesté a su Excelencia—, ¿tiene usted una muy mala opinión de nuestro ejército! El señor Carrera no sólo no podría ser subteniente, ni siquiera podría llegar como simple soldado a un regimiento francés.

—¿Y por qué?

—Y es que, para ser admitido como soldado en nuestro ejército, uno debe tener lo que no tiene el señor Carrera...

—Le faltan seguramente muchas cosas; pero qué quiere usted, esas cosas no se compran con piastras...¹³⁹

¹³⁸ Diremos algunas palabras acerca de esta compañía y de la colonia que ha fundado [N. del A.].

¹³⁹ Me agradecerán en Guatemala, por lo menos eso supongo, no seguir adelante con este estudio sobre el señor Carrera. Hay hechos que un extranjero no puede relatar y dejo, lo repito nuevamente, a los escritores guatemaltecos la tarea de relatar sobre su presidente una historia completa y verídica. Nunca tuve nada que esclarecer con el señor

El señor Carrera está casado con una india:¹⁴⁰ ella, en los primeros tiempos de las proezas de su marido, lo ayudó fiel y valerosamente con coraje y con audacia. La intrépida heroína empuñaba la pistola, golpeaba con una lanza a los enemigos y les cortaba, sí, les cortaba ella misma la nariz y las orejas a las amantes de su marido.¹⁴¹ Todas las damas de la ciudad van a agasajar a la señora presidenta Carrera y, para distraerla, le cuentan con todo lujo de detalle los pequeños escándalos de la ciudad.

Los ministros de la República de Guatemala cambian tan a menudo que uno no alcanza a verlos con sus carteras. Durante mi estancia en ese país, he conocido a todos los hombres políticos enganchados uno tras otro a la locomotora del Estado pero, rápidamente, cansados por una tarea encima de sus fuerzas, se han retirado sin haber podido hacer el bien, pese a haberlo intentado con sinceridad. Sería un gran error creer en la falta de hombres en Guatemala. Sin pretender reconocerles un valor exagerado, se puede decir que todos tienen cualidades positivas. El Partido *servil* y el Partido liberal¹⁴² cuentan ambos con hombres honorables

Carrera; no lo he visto más de dos o tres veces y, debo confesar, siempre se ha mostrado conmigo lo más amable posible. Un día que estaba sentado a su lado en una cena, me enseñó que Amberes era la capital de Bruselas y, como era algo totalmente ignorado por mí, le agradecí sinceramente a su Excelencia la lección de geografía que se había dignado darme.

Si desean saber más acerca de este personaje, pueden leer las obras de los señores Squier y Stephens sobre Centroamérica. Encontrarán ahí curiosos detalles sobre la entrada de Carrera a Guatemala y esos detalles, totalmente verídicos, harán estremecerse de horror y de indignación a más de un lector. Véase: L. Stephens. *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatán*. New York: Harpers and Brothers, 82 Cliff Street New York, 1846, caps. 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7; y E. G. Squier, encargado de asuntos de los Estados Unidos. *Estado de Nicaragua*, último capítulo del libro [N. del A.].

¹⁴⁰ Carrera se casó en 1835 con Petrona García Morales (1817-1857), hija de uno de los principales hacendados de Mataquescuintla, Jalapa y, como él, era mestiza (*ladina*) [N. del E.].

¹⁴¹ La señora Carrera se jacta en persona de haber mutilado a varias mujeres amadas por el señor Carrera [N. del A.].

¹⁴² El Partido *servil* es opuesto a las ideas liberales. El desafortunado nombre que lleva ha pasado a la historia. Se dice en Guatemala: “soy *servil*”, como se dice en Inglaterra: “soy tory”; o como se dice en Francia: “soy legitimista”.

El Partido *servil* es sumamente ridículo en sus pretensiones de nobleza. Veremos en un próximo capítulo el poco derecho de los guatemaltecos a creerse nobles.

e instruidos, y si éstos tuviesen libertad de movimiento, podrían enderezar el rumbo del país. Pero todos esos hombres son débiles de carácter y siempre sacrifican sus ideas en provecho de pequeños grupos que ejercen su influencia en torno a ellos.

La raza india, por muy interesante que sea, parece sin porvenir alguno, sin embargo, ella sola constituye el pueblo propiamente dicho del país. Los españoles o descendientes de españoles son tan poco numerosos y no podrían pretender formar por ellos mismos una nación centroamericana. Sería prudente admitir francamente a los indios como ciudadanos del país; pero la educación otorgada a ellos, así como los prejuicios de raza, persistentes y muy poderosos en Guatemala, harían imposible su admisión dentro del Estado. Los gobernantes buscan una nación y no pueden encontrarla. Ésta es la gran dificultad de su tarea.

Los señores José Mariano Rodríguez, Manuel Arroyo, Luis Batres, Pedro de Aycinena, Urruela, Matheu, Saravia, Pavón y Nájera,¹⁴³ pese a no compartir las mismas opiniones, no son hombres desprovistos de patriotismo ni de inteligencia para los negocios; ¿pero qué se puede lograr con la buena voluntad e incluso con la abnegación de algunos hombres frente a una barrera de imposibilidades infranqueables? Todos ven los

El Partido liberal no merece su nombre en absoluto. Sólo es liberal en oposición al Partido *servil*.

En todos los países donde conviven distintas razas, existe siempre un tipo de aristocracia de color. En Guatemala, no hay otra [N. del A.].

¹⁴³ Se refiere a algunos miembros del Consejo de Estado del gobierno de Carrera: José Mariano Rodríguez, ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores en 1844, de Relaciones Exteriores en 1846 a 1848 y en 1849; Raymundo Arroyo, ministro de Gobernación y Justicia durante un periodo durante un periodo breve en 1849; Luis Batres Juárez, miembro del Consejo de Estado en 1844 y alcalde de la ciudad de Guatemala de 1845 a 1848; Pedro de Aycinena Piñol, Ministro de Relaciones Exteriores durante varios periodos; se puede tratar de José Manuel Urruela, quien fungió como ministro de Finanzas en 1849 o su deudo José María Urruela, ministro del Interior en el mismo año; Juan Matheu, comerciante de origen español e importante filántropo del régimen conservador, asumió en 1841 la cartera de Guerra y Finanzas, miembro del Consejo de Gobierno en 1845 y vicepresidente de la Asamblea Legislativa en 1848; José María Saravia, ministro de Relaciones Exteriores en 1849, sustituido por Pedro Arriaga en el mes de septiembre de ese año; Manuel Francisco Pavón Aycinena, miembro del Consejo de Estado en 1844; y José Nájera, miembro del Consejo de Estado en 1844, ministro de Relaciones Exteriores en 1845 y 1848 y ministro de Finanzas y Guerra en 1846 y en 1848 [N. del E.].

abusos, todos ven la miseria del pueblo, todos sufren por ello y se lamentan; pero ninguno es capaz de aportar una solución.

No me quiero extender más allá en este capítulo para no sentir la tentación de desprestigiar a muchas, muchas celebridades guatemaltecas.

XVIII

Las fuerzas de la República. Ejército. Finanzas

La República de Guatemala tiene un ejército, en tiempos de paz puede sumar tres mil hombres. En tiempos de guerra se refuerza con todos los reclutas que el gobierno considera apropiados. Para conseguir soldados, los agentes de policía son enviados a levantar a todos los indios y gente del pueblo que encuentren a su paso. Los criados que salieron para el servicio de sus amos y la gente del campo procedente de la ciudad para vender verduras o forraje quedan asombrados cuando los llevan a los patios del Palacio y al oírse nombrar, a pesar suyo, defensores de la patria. La autoridad no se molesta en atender sus protestas o sus quejas, tampoco escucha sus gritos ni sus plegarias; son soldados de la República y todo está dicho. Deben plegarse a tan rigurosa necesidad.

Los hijos de buena familia, todos aquellos que tienen algo que conservar y visten un traje de paño, quedan exentos de portar armas. Sólo los indios y unos pobres diablos se ven obligados a defender un país donde no sólo se les niega el libre ejercicio de sus derechos civiles, sino también todos los medios para civilizarse y para mejorar su triste suerte.¹⁴⁴ Esta forma de reclutar por la fuerza, por todo lo que conlleva de injusto, de arbitrario, de escandaloso, demuestra bastante bien cuál puede ser el valor moral del ejército.

A cada soldado le entregan un fusil y una bayoneta,¹⁴⁵ una levita de algodón y un pantalón de la misma tela; lleva un sombrero de paja. No tiene

¹⁴⁴ Véase el capítulo II de la segunda parte de este libro [N. del A.].

¹⁴⁵ El gobierno cuenta con aproximadamente 20 000 fusiles de pésima calidad. Bélgica se los vendió junto con unas traperías con las cuales se visten las tropas de la capital los días de fiesta nacional [N. del A.].

zapatos. Además, recibe para su alimento una libra y media de *tortillas*, un poco de *cecina*, carne secada al sol, y le corresponde cobrar un sueldo de un real por día, suma ciertamente importante, pero sólo se le paga si queda algo de dinero en las cajas del Estado o si, presionado por el hambre, amenaza con saquear la ciudad y derribar al gobierno.

Los oficiales se suelen elegir entre la clase *ladina*. Los coroneles y generales son numerosos en comparación con el pequeño número de reclutas en el ejército¹⁴⁶ y pertenecen a la clase llamada “española”.¹⁴⁷ Sin embargo, algunos generales son indios. Vicente Cruz, Serapio Cruz, Nufio, Paredes, Bolaños y Carrera son indios, pero esos hombres se ganaron las charreteras haciendo la guerra civil.

La ciudad de Guatemala se protege con una fortaleza edificada por un arquitecto de no sé dónde. Dicha fortaleza, construida con adobes y con troneras jamás imaginadas por Vauban, representa bastante bien un chalé suizo. La han armado con una veintena de cañones de todas las formas y calibres. Cuatro bombas bastarían para derribarla. El constructor far-sante debió reírse bastante al ver el temor inspirado por su chalet a los guatemaltecos.

Pero Guatemala queda bien defendida con los precipicios circundantes y también por la cobardía de los jefes de Estado que se confinan en la República.

¹⁴⁶ He aquí los nombres de los generales que he conocido en Guatemala: señores Carrera, capitán general; Miguel García Granados, Nicho García Granados, Bolaños, Paredes, Serapio Cruz, Benítez, Nufio, Cáscara. Aún falta una docena cuyos nombres no recuerdo. La República cuenta con unos veinte generales y unos sesenta coroneles y teniente-coroneles. Se debe reconocer que para un ejército de 3000 hombres, son muchos los oficiales generales y superiores [N. del A.].

General Miguel García Granados, participó en la guerra federal de 1826 a 1829 y fue miembro del Estado Mayor en la década de 1840; Ignacio “Nicho” García Granados, comandante militar de la ciudad de Guatemala hasta 1850; Manuel M. Bolaños, coronel del ejército, comandante general del departamento de Guatemala y, en 1854, miembro del Consejo de Estado; general Serapio Cruz, se levantó en 1848 en el Oriente del país en contra del gobierno de Carrera y dio su apoyo al intento de independencia de la región de Los Altos, pero fue derrotado por Carrera en la cuesta de Patzún el 14 de junio de ese mismo año; Narciso Benítez, general de origen colombiano, llegó a Centroamérica a finales de la década de 1820 y participó en las guerras federales [N. del E.].

¹⁴⁷ La clase llamada “española” es la clase de los *ladinos* ricos. Todos los *ladinos* acomodados pretenden ser españoles y todo el mundo dice que es español [N. del A.].

He visto a los *lucios*¹⁴⁸ de Guzmán¹⁴⁹ entrar a Guatemala. Sólo un hombre se encontraba en su puesto. Era el viejo y honrado general Cáscara,¹⁵⁰ ministro de la guerra en aquel entonces. Ese bueno y digno anciano tenía, según decían, orígenes corsos; había servido como sargento en los ejércitos de la República francesa. Me encontré con él a medianoche en una sala del Palacio de Gobierno; estaba sentado en una silla y solo, completamente solo.

—Me alegro de verlo —me dijo. Si los indios llegan, podrá dar testimonio de que el viejo Cáscara murió en su puesto.

—¿Pero no tiene a ningún oficial con usted? —pregunté.

—No, estoy solo y a quienes había encontrado aquí han ido a esconderse al arzobispado.

El viejo Cáscara terminó reuniendo a unos cuantos soldados en torno a él; hizo arrastrar un cañón hasta la entrada de una calle, y al ver llegar a los indios, disparó. Ese único cañonazo salvó la ciudad, pues mató al general Guzmán. Las bandas dirigidas por él saquearon un barrio de las afueras y se retiraron.

Al día siguiente se declaró el estado de sitio en la ciudad y se publicó un *bando*, invitando a todos los patriotas a reunirse en la plaza. Un patriota se presentó: pero no era guatemalteco sino español, se llamaba señor Horjales.

¹⁴⁸ He escrito en varias ocasiones la palabra *lucios* sin explicarla. Así se les llama a todos los indios sublevados contra el gobierno. Tomaron su nombre por un jefe llamado Lucio [N. del A.].

Véase nota 19 de segunda parte. [N. del T.].

¹⁴⁹ Agustín Guzmán, militar nacido en Comitán, Chiapas, llegó a Guatemala en 1821 con las tropas del general mexicano Vicente Filisola. En 1825 se incorporó al Ejército Federal y actuó victoriosamente en la defensa de la frontera occidental y en el sitio de Omoa entre 1829 y 1832. En 1838 participó como comandante de las Fuerzas del Estado de Los Altos, derrotando a Carrera en la batalla de Chiquimulilla el 4 de noviembre de ese año. A finales de enero de 1840, Carrera lo derrotó en la batalla de San Andrés Semetabaj, Sololá, dando fin a la experiencia separatista altense. En 1848 volvió a ponerse a las órdenes de los altenses en su nuevo intento separatista, murió en una escaramuza en la ciudad de Guatemala el 14 de octubre de 1849 [N. del E.].

¹⁵⁰ Francisco Cáscara, nació en Cerdeña, llegó a Guatemala en 1801 con el cargo de instructor de Milicias. Durante las guerras federales (1826-1829) jugó un papel importante como oficial, alcanzando el cargo de mariscal. Además, fungió como secretario de Guerra; comandante militar del departamento de Chiquimula entre 1838 y 1840; comandante general de las Fuerzas de la República en 1848 y presidente interino en 1849 [N. del E.].

Después de la escaramuza, la gente del gobierno se mostró: dieron paseos alrededor de la ciudad, construyeron fortines en la entrada de la plaza y juraron exterminar a los insurgentes si se atrevían a volver. Los insurgentes se atemorizaron y fueron a devastar la Antigua.¹⁵¹

¹⁵¹ He aquí lo escrito por un francés establecido en la Antigua, el señor J. Capuron, sobre la entrada de los *lucios* a dicha ciudad.

No hay duda alguna, la invasión de los bárbaros en la Antigua es resultado de la más negra traición. Es sabido que el jefe de los espías del corregidor ha ido a su encuentro hasta Santo Tomás, pueblo situado a una legua y media de la ciudad. León Raymundo, su jefe, ha pasado por La Guarda (puerta) a las 4 y media de la mañana y ha ido a ocupar las salidas de la ciudad, sin que nadie tuviese conocimiento de ello. Tras unos momentos de descanso, los diversos destacamentos se han introducido en la ciudad y han asaltado por sorpresa el cuartel, trepando por los tejados. Todos los soldados dormían; al despertar sobresaltados, sin oficiales ni municiones, unos han sido asesinados despiadadamente y otros han huido, la mayoría desnudos.

Durante la masacre, la plaza también había sido invadida y todas las salidas estaban cerradas cuando el corregidor don Manuel Ramírez, despertado por la balacera y creyendo en una sublevación por parte de la tropa, montó su caballo y se presentó en la plaza, seguido por seis soldados y por su mozo. A duras penas había dado unos pasos, cuando se dio cuenta de que estaba rodeado por el enemigo. Se lanza entonces, desesperado, sobre un destacamento, el cual lo recibe con una descarga a quemarropa y lo mata a los pies de su caballo. Los bandoleros, no satisfechos con ello, lo degollaron y le cortaron las venas. Tomaron al mismo tiempo la Casa Municipal, ahuyentaron a la guardia de la cárcel, asesinaron al suboficial de la plaza en la sala del Corregimiento, donde se había encerrado; abrieron las puertas de la cárcel, liberando a los malhechores, quienes se unieron a los *lucios* en el saqueo. Todos los papeles de los archivos y del secretariado de la municipalidad fueron transportados al centro de la plaza y quemados. Los salteadores, al no encontrar ninguna resistencia, se abalanzaron sobre varias tiendas de la calle del Comercio, tiraron las puertas abajo y las saquearon.

Después de tres horas de saqueo, habiéndose apoderado de 300 fusiles y de un botín, los salteadores abandonaron la ciudad, pero la imprudencia de algunas personas, quienes abrieron fuego contra los rezagados, provocó su retorno, y fue entonces cuando la casa de un español vecino mío y la mía fueron invadidas después de haber echado las puertas abajo.

En cuanto a mí, he perdido poco, había tenido tiempo para salvar a mi familia y los objetos de valor. Mi pérdida suma unas 100 piastras. El convento donde vivo ofrece en casos semejantes recursos escasos en otro lugar.

Así es pues, señor, como han sucedido los acontecimientos de la Antigua y cuyo relato usted solicitó de mí. Ahora bien, el Corregidor, es preciso decirlo, fue víctima de su propia negligencia y ha perdido la confianza pública que toda la ciudad tenía depositada en él. ¿Qué podía hacer la guarnición sin oficiales, sin municiones y estando acuartelada fuera de la plaza? Los atrincheramientos y la casa municipal eran los verdaderos puestos que debía ocupar. Compuesta por hombres elegidos al azar, habría desempeñado su papel al no poder huir y, abandonada a su suerte y sorprendida, se ha dispersado sin ofrecer la menor resistencia.

Tengo el honor de..., etcétera.

J. Capuron.

El gobierno de Guatemala saca sus recursos de las aduanas, del impuesto sobre el *aguardiente*, la *chicha*,¹⁵² la carne, el papel, etcétera.

Su presupuesto en el año 1859 era el siguiente: ingresos, 1 140 043 piastras; gastos 1 126 189 piastras; excedente: 13 854 piastras.

La deuda interior de Guatemala es de 700 000 piastras.

Su deuda exterior asciende a 500 000 piastras.

El gobierno pierde, por culpa de la improbidad de sus empleados de aduanas y por el fraude resultante de ello, la cantidad de 200 000 o 300 000 piastras cada año.

Esta carta, copiada sin alterar una sola palabra, y dirigida a mí por un honesto y muy verídico compatriota, muestra la imprevisión total de una alta autoridad guatemalteca. Tenemos ahí a un pobre corregidor, sabe que los *lucios* están en los alrededores de la ciudad, y en lugar de tomar medidas para hacerles frente, va y se acuesta a dormir olvidándose hasta de repartir cartuchos a los soldados del cuartel. Ese desgraciado corregidor, víctima de su negligencia como bien dice el señor Capuron, es una muestra ejemplar de todas las autoridades guatemaltecas [N. del A.]

Manuel Ramírez tenía el grado de coronel del ejército de Guatemala. Por su parte, el francés Jean Capuron se estableció en Guatemala después de 1825 como productor de grana en Antigua y Villanueva. En 1831 alcanzó fama cuando modernizó las estufas para beneficiar el insecto de la cochinilla. Con su socio, Alphonse Bazire, recibió en 1835 la autorización por parte del gobierno de Guatemala de importar maquinaria para moler todo tipo de harinas, despepitar algodón, fabricar vidrio y preparar cueros [N. del E.].

¹⁵² La *chicha*, licor embriagador fabricado de azúcar y maíz [N. del A.].

XIX

Acerca de la red viaria

He hablado de los *caminos reales*...

Desde mi salida de Guatemala, se ha abierto una carretera transitable, va desde la ciudad hasta Escuintla. Al parecer, el gobierno, convencido del nulo valor de sus *caminos reales*, se decidirá por fin a abrir caminos republicanos por los cuales se podrá viajar sin temor a romperse el cuello.

Se puede decir de un gobierno: “Muéstrame tus caminos y te diré lo que vales”.

XX

Las distintas clases de la sociedad

Después de la conquista de Guatemala ejecutada por Alvarado, los aventureros que lo seguían se establecieron en el país; tomaron a las mujeres por las buenas o por las malas y tuvieron hijos; los guatemaltecos son los hijos de los soldados de Alvarado.

La sociedad se divide en tres clases: el *pueblo*, los *decentes* y los *nobles*.¹⁵³

El pueblo se compone de indios, *ladinos*, *zambos* y toda la gente de posición inferior, sin importar la raza a la cual pertenezca.

A la clase de la gente decente, especie de burguesía sin crédito y sin influencia, pero honesta, trabajadora y sensata, pertenecen todas las personas que ejercen el comercio, un oficio o la industria. Tenderos, zapateros, barberos y los pequeños comerciantes son *decentes*.

La nobleza se compone de todos los ricos negociantes y de todos los honorables ciudadanos autonombrados *nobles*. Son muchos. No obstante, existe en Guatemala un hombre con el título de *marqués*; es el señor Canónigo de Aycinena.¹⁵⁴ ¿Por qué? ¿Cómo llegó a ser marqués? Nadie ha podido aclarármelo; pero en fin, se le llama señor Marqués y él firma como Marqués. Estaremos de acuerdo en que un solo marqués en una República no es demasiado y, en lo que me concierne, siempre he creído, durante mi estancia en Guatemala, considerar como noble a cualquier

¹⁵³ El nombre dado a cada una de las tres clases está en español en el texto original [N. del T.].

¹⁵⁴ Juan José Aycinena y Piñol, obispo de Trajanópolis e importante ideólogo conservador. Rector de la Universidad de San Carlos en 1828, 1840 y 1859. Ministro de Gobernación, Justicia y Negocios Eclesiásticos durante la presidencia de Mariano Rivera Paz. Influyó en la redacción de la Constitución de Guatemala de 1847 [N del E.].

persona más o menos blanca y calzada. Conocí a un terrateniente muy rico, buena persona y un poco avaro, se creía pariente de su alteza real, el Príncipe de Asturias; y a una vieja dama muy delgada, ella se creía prima de su majestad, la reina Isabel II. Al no tener ninguna pretensión por la corona de España, no me preocupé por comprobar si las afirmaciones del viejo y riquísimo hacendado y de la vieja y delgadísima dama tenían fundamento; y si la reina de España tiene una prima en Centroamérica, si el príncipe de Asturias tiene un tío en Guatemala, ¡mejor para su Majestad y para su Alteza Real!

La nobleza guatemalteca conforma el Partido *servil*. Vende madapoplán, cochinilla, índigo y otros productos coloniales. En sus negocios se lee, escrito en letras grandes y en un lugar muy aparente, este lema:

*Aquí no se fía.*¹⁵⁵

Los sacerdotes y los *nobles* reinan sobre el país mediante el señor Carrera.

Los médicos, los abogados y muchos comerciantes honestos se dicen liberales. Su liberalismo no es peligroso y los *serviles*, en nuestra opinión, no tienen porqué temerlo.

Si todo el mundo en Guatemala quisiera unirse, veríamos prosperar esta pequeña República y su pueblo, tan digno de compasión, podría por fin gozar de un poco de bienestar. Pero para lograr esto, el clero debería encerrarse en su iglesia y dejar en paz los asuntos públicos; los negociantes deberían hacer a un lado sus pretensiones de nobleza y no seguir con su afán de querer dominar a las clases llamadas por ellos inferiores, éstas, con toda justicia, tendrían tanto derecho como ellos de aspirar a una posición superior, pues todos los guatemaltecos tienen el mismo origen: son hijos de los soldados de Alvarado y de los aventureros que siguieron al conquistador. Si el Partido *servil* quisiera por fin entender lo ridículo de su vanidad, si quisiera unirse al Partido Liberal, la fortuna del país mejoraría rápidamente y su prosperidad resaltaría sobre los otros cuatro pobres y pequeños estados: El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

He mencionado en algún lugar de este libro que los guatemaltecos, pese a la admiración y al sentimiento de gratitud mostrados hacia el

¹⁵⁵ En español en el texto original [N. del T.].

excelentísimo presidente don Rafael Carrera, no estarían lejos de aceptar la tutela del gobierno español. El Partido *servil*, si convirtiese de nuevo al país en una colonia española, tendría la esperanza de estar vinculado al gobierno colonial, de obtener títulos, medallas y honores y de poder llevar un traje con más o menos galones los días de ceremonia pública. Hay miembros de la nobleza guatemalteca que darían cien zurrones de cochinitilla y cien arrobas de azúcar negro a cambio de poder lucir un pedacito de cinta en el ojal. El Partido liberal querría entregarse a los brazos de España para deshacerse del Partido *servil* y, sobre todo, para librarse del gobierno del señor Carrera. Tendría la esperanza de ver a España sacar provecho de los errores cometidos por sus antiguos gobernantes, cuya consecuencia es la pérdida de esta hermosa y rica tierra; le pedirían buenas leyes, trabajos útiles, y, en resumen, todo lo que no podrían obtener de su propio gobierno. El pueblo indio, no libertado¹⁵⁶ aún, y al cual le importa poco que el señor Carrera o cualquier otro personaje gobierne el país, sería indiferente a cualquier cambio siempre y cuando no empeorase su situación, pero esos anhelos, esos deseos situados en el corazón de muchos guatemaltecos, nadie se atreverá a expresarlos en voz alta. España, por su lado, no hará nada para fomentarlos. Sabe muy bien que Inglaterra no querría ver de vuelta sus antiguas posesiones sin hacer nada para impedirlo. Los Estados Unidos no dejarían tampoco de lanzar sus Flores y sus Walker a Cuba y a Nicaragua¹⁵⁷ para disuadir al gobierno de la reina Isabel de cualquier tentación de volver a conquistar lo perdido por sus antepasados.

A menudo he podido escuchar a las personas más inteligentes formular el deseo de volver a depender de España, pero al mismo tiempo no se hacían ninguna ilusión sobre las dificultades consecuentes.

—Acepten su situación —les decía yo—, e intenten orientar a su gobierno para adquirir de Europa lo bueno y lo útil. Sus leyes, todavía leyes de régimen colonial, ya no convienen a una nación independiente;

¹⁵⁶ Los indios no son esclavos legalmente, pero todavía lo son *de facto*. No se ha hecho nada para instruirlos y se esfuerzan por mantenerlos en un estado de profunda dependencia y sumisión [N. del A.].

¹⁵⁷ Se refiere al general y dictador ecuatoriano Juan José Flores, en diciembre de 1847 vivió desterrado en Cuba y Jamaica; y al filibustero norteamericano William Walker, quien en 1855 invadió Nicaragua y se proclamó presidente, siendo derrotado por los ejércitos aliados centroamericanos en mayo de 1857 [N. del E].

sus códigos judiciales siguen siendo los aplicados por los gobernadores cuando eran dueños del país. Estudien sus necesidades y lograrán poder satisfacerlas... Traigan a los especialistas necesarios, hagan abrir canales y carreteras; tienen hermosos ríos con la virtud de poder ser fácilmente navegables; tienen llanuras estériles, aunque podrían volverse fértiles; convoquen a los europeos, dejen de agraviarlos y trátenlos como personas que pueden hacerles inmensos favores y pronto verán cómo su país, regenerado por ellos, saldrá de la anarquía y se encaminará por fin hacia un progreso verdadero.

—Quisiéramos hacer todo eso —me contestaban—, pero para lograrlo sería necesario conseguir la unión de todo el país y la disposición real de todos los ciudadanos para trabajar por el bienestar público. Desgraciadamente, las cosas no son así y usted puede comprobar la escasez de hombres de buena voluntad en nuestra tierra.

¡Era cierto! Hombres de buena voluntad hay pocos en Guatemala y los verdaderos patriotas carecen de energía y perseverancia para encarar los abusos y enfrentarse con aquellas personas que piensan sacar rédito manteniéndolos.

XXI

Diversiones. Costumbres. Usos. Carácter de los habitantes, etcétera

En Guatemala hay un teatro, una plaza para las corridas de toros, uno o dos cafés mediocres, el paseo de Buena Vista sin un solo árbol, el del *cerro del Carmen*¹⁵⁸ que sólo tiene uno, y también las iglesias.

Los jóvenes de buena familia van al teatro, a los toros, a las iglesias y fuman el *cigarrito*¹⁵⁹ tomando chocolate; eso con respecto a los placeres ordinarios. Por la tarde, van a *comer hierro*¹⁶⁰ en honor de sus amadas. Lllaman *come hierro* a todos los enamorados que van a pelar la pava a través de las rejas de las ventanas de las señoritas. Quizá sea un efecto del clima o de la sangre floja, pero las pasiones se desarrollan muy tarde en Guatemala; los hombres de bien no se casan antes de los treinta y cinco o cuarenta años, y las señoritas deben esperar hasta los 25 años cumplidos para coronarse con flores de azahar.

A los indios les encantan las peleas de gallos. Tienen casas destinadas a dichos combates, y se gastan a veces sumas bastante elevadas en apuestas.

Guatemala quizá sea la ciudad de América donde se consume más pólvora... en fuegos artificiales. Para cada fiesta de santo o de santa, se lanzan muchos *cobetes*, y como en esta ciudad devota son muchos los santos y muy respetadas sus fiestas, los coheteros hacen buenos negocios.

Las procesiones del Viernes Santo y la fiesta del Corpus Christi son deslumbrantes. Las damas de la ciudad visten a vírgenes, santos, ángeles y los hacen desfilan por las calles en angarillas lujosamente adornadas.

¹⁵⁸ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁵⁹ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁶⁰ En español en el texto original [N. del T.].

Cuadrillas de monjes de todos los colores asisten naturalmente a esas ceremonias como para hacer resaltar, con la pobreza de sus hábitos, la pompa del clero regular. Los estudiantes de la Universidad, con largos vestidos rojos y negros, decorados en el pecho con una placa de plata donde están representados la Virgen María y *el señor San José*, desfilan de dos en dos y sirven de escolta a alguna notabilidad del calendario. Los pícaros de la ciudad, disfrazados de lacayos del Santo Oficio, cubiertos con un largo vestido negro y un sombrero cónico y alargado, enmascarados o con la cara embadurnada de hollín, corren por las calles pidiendo *medios*¹⁶¹ a todos los que admiran la procesión. A los tunantes disfrazados de esa manera se les llama *cucuruchos*.¹⁶² Las cofradías, muy numerosas, portan cada una al santo o a la santa de su devoción, y los sacerdotes caminan bajo doseles de brocado, cantando a todo pulmón con el pueblo que los sigue. Durante todo el tiempo de la procesión se lanzan *cobetes* sobre la plaza de la catedral, suenan las campanas y los indios en las puertas de las iglesias tocan una música ensordecedora para todos los habitantes del paraíso.

Cuando se llama a un sacerdote a la cabecera de un enfermo, sale siempre acompañado por monaguillos para cargar los cirios y las campanillas; ¡desgraciado quien no es devoto y no se arrodilla a su paso! Uno de nuestros cónsules generales, al pensar que no tenía ninguna obligación con respecto a las exigencias de esa costumbre, fue brutalmente insultado por el sacerdote, quien olvidando al parecer la Sagrada Eucaristía, estuvo a punto de golpear al funcionario francés, pero éste, para evitar una escena escandalosa, consideró prudente eludir los ataques de ese fanático.

El temor de experimentar yo mismo tal disgusto siempre me ha hecho evitar a los sacerdotes con portaviático.

En Guatemala todos son muy devotos.¹⁶³ Creo que el presidente de la República, los ministros, los generales, los magistrados y todos los hombres inteligentes o así considerados, le tienen mucho temor al diablo. Van a la iglesia, veneran a los santos y a las santas, visten a la Virgen y a los ángeles, se confiesan, comulgan, encienden y dedican velas a sus

¹⁶¹ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁶² En español en el texto original [N. del T.].

¹⁶³ He visto a guatemaltecos arrastrarse por las calles de rodillas para cumplir una penitencia o un voto. Tenían la espalda desnuda y cualquiera podía azotarlos... y lo hubiesen merecido ciertamente [N. del A.].

patrones; rezan, ayunan y beben agua bendita; asisten a los sermones de los capuchinos, de los dominicanos, de los agustinos recoletos, de los jesuitas, de los carmelitas y de los franciscanos, pues hay mucha gente de ese tipo en Guatemala; después, tras el sermón, tras la confesión, tras la comunión, cada devoto se esfuerza enérgicamente en no amar tanto a su prójimo como a él mismo.

Guatemala es la ciudad del chisme, de la maledicencia y de la calumnia. Las bellas damas se pasan horas enteras oyendo a sus criadas contar los cotilleos del día. Se abastecen así con los escándalos útiles para sus futuras recepciones.

Pero el maltrato ejercido no significa un odio colectivo, ni mucho menos: todos los guatemaltecos se lisonjean, se dicen zalamerías, ofrecen favores, inventan fórmulas de cortesía, se besan las manos cuando se saludan en la calle (de palabra únicamente) y besan los pies de las damas a quienes escriben.

Si usted le dice a un guatemalteco que posee una casa bonita, le contestará que su casa con todo lo de adentro está a su disposición; si le pregunta cómo está su mujer, le contestará: ¡a sus órdenes! Tales respuestas no dejan de sorprender a los extranjeros y de divertirlos a menudo por los malentendidos que puedan producir.

El carácter de los guatemaltecos es muy fácil de discernir. Si se les ve corteses, sonrientes, precavidos, complacientes, obsequiosos, también se percibe en el fondo de sus miradas, en el pliegue de sus sonrisas y en la timidez de sus gestos un no sé qué, algo que nos sugiere que la franqueza no es su cualidad dominante. Un verdadero guatemalteco nunca contradice a la persona con la cual está conversando. Dígale: el rojo es negro, o es de día cuando es de noche y él nunca le dirá: usted se equivoca. En política, puede usted hacer gala de todas las escarapelas, el guatemalteco reflejará siempre el color de usted.

Pero aunque dé la impresión de estar adhiriéndose a su opinión, él nunca cambiará la suya. El guatemalteco tiene una confianza sin límites en su persona; cree en su talento, en su ingenio, y siempre está dispuesto a poner en duda el de su prójimo. Un ministro guatemalteco me decía un día:

—¡Ah! Si hubiese estado en el lugar del señor Guizot, en 1848...

—¿Qué hubiese hecho? —le pregunté.

—Habría, habría... habría conseguido que el rey Louis-Philippe conservase el trono...

—Es usted, sin duda, un hombre hábil, dije sonriendo, y lo invito a usar esa habilidad para el provecho de su país.

El guatemalteco sólo admira lo producido por él. He conocido a algunos que habían visitado las principales capitales de Europa y quienes, hablando de Londres y París, decían:

—Es grande, ¡pero eso es todo!

Un general al que habían llevado al Louvre no podía entender porqué se guardaban ahí todas esas viejas estatuas rotas y, sobre todo, la pretensión de unos farsantes por hacerle admirar como una Venus a esa mujer grande, manca, con el rostro y el pecho picados.

El guatemalteco es muy... prudente. Tiene desarrollado en sumo grado el instinto de conservación. Una pistola descargada siempre le causa cierta emoción, la vista de una hoja desnuda de cuchillo le provoca escalofríos y el ruido de una puerta cerrándose repentinamente revoluciona su sistema nervioso. Le asustan los fantasmas y las almas en pena, y por nada del mundo se iría de viaje un viernes.

El guatemalteco se quiere mucho a sí mismo. Por su persona, sería capaz de hacer los más enormes sacrificios. Caminaría sobre el fuego si fuese necesario.

Se consuela fácilmente de sus pesares. La pérdida de su mujer o de sus hijos es algo soportado filosóficamente por él. Dice que Dios los ha vuelto a tomar para él, y esa gran verdad religiosa lo consuela rápidamente. La pérdida de su fortuna le resulta más amarga, pues no se atreve a acusar a Dios de habérsela quitado, y debe hacerse responsable o responsabilizar a otros de su desgracia.

Las mujeres en Guatemala saben tocar el piano; algunas saben cantar. Se les enseña a leer y a escribir, y nada más. La única diferencia entre una mujer de mundo y una del pueblo está en la compostura. Obviamente, lo aquí escrito tiene sus excepciones: he conocido en Guatemala a varias damas ilustradas, con las cuales he pasado muchas horas encantadoras.

XXII

Enseñanza. Periódicos. Escritores, etcétera

Guatemala cuenta con una Universidad, un Colegio, un Seminario y algunas escuelas particulares.

La Universidad hace abogados y médicos, el Seminario hace sacerdotes. No existe ninguna escuela donde se puedan estudiar las ciencias exactas. Guatemala no cuenta con ingenieros, ni con arquitectos, mecánicos, geómetras o administradores.

La República de Guatemala tiene un diario oficial.¹⁶⁴ Ese periódico publica los actos del gobierno y artículos en el tono del siguiente:

Ejercicios espirituales del patriarca San Ignacio de Loyola en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced

El viernes 22 de febrero, a las cinco de la tarde, comenzarán los santos ejercicios. Se rezará el santo Rosario con las letanías.

El 28 y los días consecutivos, a las seis y media de la mañana, se realizará la ofrenda de las obras (¿qué obras?) y a continuación se dará un sermón y se celebrará el santo sacrificio de la misa. A las diez y media, se llevará a cabo una *lectura espiritual*, y se rezará la novena del glorioso patriarca san José.

Esos mismos días, hacia las cuatro y media de la tarde, se empezará con el santo Rosario y las letanías y se seguirá dando una instrucción de cómo confesarse correctamente. Después, se dará un sermón. El día 2 de marzo, último día de los ejercicios, se celebrará la santa misa para la comunión general a las siete de la mañana. A las once, se rezará la novena; y por la tarde, después del santo Rosario, se dará un sermón de *perseverancia*, se cantará el

¹⁶⁴ Denominada entonces *Gaceta de Guatemala* [N. del E.].

himno de *san Ambrosio* y se terminará la ceremonia con la bendición del muy santo Sacramento.

Se ruega a todos los fieles aprovechar este tiempo y estos días de salvación, durante los cuales el Señor los invita a trabajar en el supremo asunto de su eterna felicidad. Es justo que tras dedicar muchos años a los intereses del cuerpo dediquemos también algunos días a los de nuestra alma.

Han sido concedidas, por diferentes pontífices, indulgencias plenarias y muchas parciales a todos los fieles asistentes a tan santos ejercicios, y el ilustrísimo señor Arzobispo concede del mismo modo ochenta días de indulgencia a todos los fieles por cada vez que asistan devotamente a alguno de los sermones mencionados, las prácticas o las instrucciones.

El Viernes Santo, tras la procesión de Jesús de Nazaret, se solemnizarán las tres horas de agonía del Señor predicando las siete palabras dichas por él en la cruz.

A. M. D. G.

He traducido literalmente este interesante artículo publicado en el diario oficial de Guatemala, con fecha del 19 de febrero de 1858.

A continuación, un artículo firmado por el protomédico de la República, el señor Quirino Flores.¹⁶⁵

Descubrimiento

Por casualidad, como siempre ocurre en los mayores e importantes descubrimientos médicos, por ejemplo para la vacuna antivariólica y el galvanismo, el abajo firmante, protomédico de la República, *tiene el agrado* de divulgar un medio descubierto, tan simple como eficaz, para hacer desaparecer como por encanto los dolores reumáticos. Consiste en cubrir la parte adolorida con una tela de seda, artículo siempre al alcance de la mano, y a doblar un pañuelo por encima, teniendo cuidado con darle varias vueltas sobre la parte enferma.

Parecería, a primera vista, que tal aplicación no tuviese más efecto que el de mantener y acumular el calor; pero les atañe a los médicos estudiar los *grandes fenómenos* excitados por tan simple medio.

Para el *lumbago*, vulgarmente llamado dolor de riñones, se doblan dos pañuelos en cuatro partes aplicándolos sobre el lugar afectado, teniendo cuidado de mantenerlos fijos con otro pañuelo.

¹⁶⁵ José Quirino Flores Arias, médico y político, fue primer médico del Hospital San Juan de Dios, vicerrector de la Universidad de San Carlos y protomédico. Varias veces diputado y alcalde de la ciudad de Guatemala [N. del E.].

Aunque hubiese podido publicar antes este preciado descubrimiento *por el bien de la humanidad* (sic), no he querido divulgarlo sin antes haberme asegurado, tras una larga experiencia, de la certeza de su eficacia.¹⁶⁶

Guatemala, a 16 de febrero 1856.

Quirino Flores.

He transcrito de la *Gaceta Oficial de Guatemala* un artículo de devoción y otro de ciencia; es todo lo que puedo hacer. Si tocase la política de la gaceta, correría el riesgo de dormirme por seis meses.

Conozco sólo un escritor serio en Guatemala. Su nombre es Alejandro Marure, y ha publicado un libro muy interesante sobre las revoluciones de Centroamérica.

El señor Arzobispo de Guatemala ha escrito, él también, una historia de su diócesis. He hojeado algunas páginas de su manuscrito. Dichas páginas no justifican una edición impresa.¹⁶⁷

Guatemala ha tenido a una mujer poeta, la señora Pepa García.¹⁶⁸ Esta señora tenía un espíritu muy crítico, muy cáustico, y todo el mundo temía

¹⁶⁶ El señor Quirino Flores es un hombre muy honesto. Estoy convencido con profunda creencia en la eficacia del remedio publicado con bondad por el bien de la humanidad. Guatemala cuenta con algunos jóvenes médicos, doctores de la Facultad de París. Estos jóvenes médicos, verdaderamente instruidos, se ven obligados, para tener clientes, a olvidar todo lo aprendido en nuestras escuelas y a ejercer la medicina como se hace en este país.

El ejercicio local es muy sencillo: consiste en frotar con aceite todo el cuerpo de los enfermos.

Algunos médicos extranjeros entregan algunas buenas prescripciones. Éstas se reparten por la ciudad y los enfermos hacen uso de ellas, no dudan de que aquello bueno para curar un mal lo sea para todos. Si le dice a los guatemaltecos que las píldoras del doctor Drivon sólo sirven para tal o tal enfermedad, le contestarán que esas píldoras son maravillosas, y se pueden tomar a modo preventivo [N. del A.].

A propósito de doctor Drivon, véase nota 54 de segunda parte [N. del E.].

¹⁶⁷ La obra de Monseñor, Arzobispo de Guatemala, ha sido, según creo, ofrecida a varios editores belgas. Al señor De Challaye, cónsul de Francia en Centroamérica, se le rogó ofrecerla a los señores Firmin Didot. Tras haber leído el manuscrito, hemos juzgado que no debía salir de Guatemala [N. del A.].

Charles Adolphe de Challaye fue nombrado cónsul de Francia en Guatemala a finales de 1847, cumplió con el cargo hasta octubre de 1849 [N. del E.].

¹⁶⁸ El autor alude a la poeta y periodista María Josefa García Granados, conocida también como "Pepita" [N. del T.].

sus mordaces epigramas. No he tenido el honor de conocer a la señora García, pues murió algún tiempo antes de mi llegada.

En Guatemala se cultiva la cochinilla y el azúcar; no se cultivan en absoluto las bellas letras.

XXIII

Política del gobierno guatemalteco

Podría sorprender que no haya tocado el tema, en estas notas, sobre la política del gobierno guatemalteco, pero no hay manera de hablar de algo inentendible, algo, con respecto a nuestras ideas... ¡simplemente inexistente! Nuestros encargados de asuntos en Centroamérica no podrían explicar la política del señor Carrera, del señor B. y de los otros tres excelentísimos presidentes de los estados de Honduras, de Nicaragua y de Costa Rica, por la sencilla razón de que estos cinco Jefes de Estado gobiernan sin plan alguno, sin reglas y totalmente a la buena de Dios.

El señor Carrera tiene ministros, consejeros de estado, diputados, magistrados; ¿podría instruirse con ellos y aprovechar sus ideas en interés del bien público? ¡Ciertamente! Pero en Guatemala, el bien público pasa después del bien de los particulares.

He dicho la verdad sobre la República de Guatemala y he sido sumamente complaciente con quienes la gobiernan.

Guatemala es un país admirable, su pueblo es excelente y sólo se requerirían algunos hombres honestos a su cabeza para civilizarlo.

...¡Esperemos que lleguen días mejores para los habitantes de Guatemala y los cinco estados de Centroamérica dejen de emplear sus fuerzas en destruirse unos a otros!

XXIV

Viajes tierra adentro.

El camino de la Antigua Guatemala.

El precio de un almanaque para un indio

El camino de Guatemala la Nueva a Guatemala la Antigua está cortado en la montaña. Se asciende y se asciende durante nueve largas leguas, a través de bonitos senderos cubiertos de cactus en flor, de árboles cargados de parásitos de todas las formas y de todos los colores. Uno de dichos parásitos, una especie de alga silvestre, sirve para hacer colchones o rellenar muebles; se le llama *barba de capuchino*¹⁶⁹ o *fibra vegetal*. Es muy común e invade todos los grandes árboles que crecen en terrenos arenosos.

Sobre la meseta de Guatemala y en las montañas circundantes existe una gran variedad de robles. Menos grandes en comparación con los de nuestros bosques, menos rectos y también menos duros, la mayoría destaca sólo por el enorme grosor de sus frutos. He recolectado bellotas de dimensión equivalente a los huevos más grandes de una gallina de la India. También se encuentra una especie de cedro cuya madera sirve para fabricar bonitos muebles. En los *barrancos* hay muchos hermosos árboles, como el *rosewood*, una especie de palisandro rojo, y el *palmolatla*, cuya madera amarilla, vetada de tonos castaños y grises, se parece mucho a la del arce de las Indias.

Algo de lo cual un extranjero no puede cansarse de admirar son los pájaros volando o encaramados en lo alto de los arbustos. La variedad de formas y la riqueza de los colores cautivan la atención de manera exclusiva.

¹⁶⁹ En español en el texto original [N. del T.].

Se refiere a la *Usnea babata*, que también tiene usos medicinales [N. del E.].

Primero están los *picaflores*,¹⁷⁰ deslumbran con su resplandor y la rapidez de su vuelo; el tucán de lomo verde, vientre rojo y pico enorme; el gorrión cuyo cuerpo pequeño es del color del oro y azabache; y el *carpintero*¹⁷¹ de fuego, oro y plata; a orillas de los torrentes, se encuentra algunas veces una especie de martín pescador, grande como una paloma, con el cuello verde, las alas rojas, el pico azulado y una cola formada con una sola pluma medio blanca y medio negra. Los loros cruzan el cielo en grupos numerosos, haciendo oír sus agudos y discordantes gritos.

Las mariposas sobresalen por sus colores tanto como las aves. Es un espectáculo realmente extraño ver a esos encantadores insectos revolotear de flor en flor, de hoja en hoja, elevarse, descender, hacer remolinos de derecha a izquierda, según los caprichos del viento, y venir bruscamente a posarse sobre una hierba o una piedra del sendero como una gran flor abierta.

A medida que se avanza por el camino hacia la Antigua, el paisaje se ensancha; las cimas de las montañas se ven rebasadas por los volcanes de Petapa,¹⁷² de Agua y de Fuego, cubiertos por un vapor transparente; su tinte azulado se esclarece o se oscurece dependiendo de si la luz es débil o intensa. Desde algunos pueblos edificados sobre las laderas de los montes asciende el humo de la choza india y a lo lejos se avistan jóvenes muchachas remontando pequeños senderos y cargando sobre sus cabezas cestas de ropa o cubetas lavadas o llenadas en algún arroyo cercano. El grito de los muleros, la campanilla de las mulas que regresan de la Antigua cargadas de cochinilla, el variadísimo canto de los pájaros, el susurro de las hojas, el estruendo del torrente rodando sobre su lecho empedrado, el perfume penetrante de las flores, todo esto se apodera de uno, encantando y aturdiendo sus sentidos.

Me detuve a almorzar en el pueblo de San Lucas. Es un pueblo grande y rico, habitado por indios dedicados al cultivo de la cochinilla. Se pueden observar alrededor de cada choza algunos pies de nopales muy bien cuidados. Los pequeños cultivadores producen la *grana*¹⁷³ más bonita y en gran parte abastecen a los negociantes de una hermosa cochinilla plateada, la

¹⁷⁰ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁷¹ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁷² De Valois se equivoca de nombre, se trata del volcán Pacaya, en dirección del entonces pueblo de Petapa [N. del E.].

¹⁷³ En español en el texto original [N. del T.].

cascarilla,¹⁷⁴ la más apreciada en todos los mercados de Europa. Cultivan pocos nopales y eso les permite vigilar el desarrollo del insecto, protegiéndolo contra el viento y la lluvia, antes de recolectarlo siempre en el momento oportuno. En las grandes plantaciones resulta imposible cuidarlo con tanto esmero.

Me había alojado en la plaza mayor, en casa de un pariente de mi *arriero* llamado Méndez, uno de los miembros del *cabildo* de San Lucas.

Después de almorzar, le pedí acercarse, le ofrecí un vaso de vino y lo felicité por el buen estado de su cabaña.

—Están todos muy cómodos en San Lucas —le dije—. No he visto ninguno de esos pobres *ranchos* que tantas veces he cruzado en mi camino. Dígame pues de dónde procede tanto bienestar...

—De nuestro trabajo, señor —contestó Méndez con una expresión de legítimo orgullo—. Aquí todos somos gente valiente y con buen corazón. Tenemos buenos brazos, y empleándolos más frecuentemente que nuestra inteligencia logramos ser tan felices como nos es permitido serlo.

—Espero que no sólo hagan trabajar sus brazos, y su inteligencia también les venga en ayuda.

—Los indios no tienen inteligencia, usted bien lo sabe...

—¿Quién lo dice?

—¡Todo el mundo!

—¿Pero quién es todo el mundo?

—¡Los *caballeros*!¹⁷⁵

—Pues al parecer, ustedes cada día desmienten esa afirmación esmerándose en mejorar su posición.

—Sí, pero no por ello dejan de considerarnos brutos y piensan que nuestra única actividad es plantar nopales y contar los reales ganados con la ventas de nuestra cosecha.

—¿Sabe leer?

—Sí, un poco.

—¿Sabe escribir?

—Una cosa va con la otra. Leo, escribo, cuento; pero todo mi conocimiento no va más allá de eso.

—Está casado, tiene hijos... ¿Los envía a la escuela?

¹⁷⁴ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁷⁵ En español en el texto original [N. del T.].

—Por supuesto. Quiero que sepan todo lo que sé, lo cual no es mucho pedir.

—Podría haber adquirido más conocimientos y sabe leer, debería leer mucho.

—¿Quiere usted, señor, hacerme perder mi reputación y deshonrarme a los ojos de la gente honesta?

—¿Pero cómo?

—Pues leyendo.

—¿Perdería su reputación y se vería deshonrado a los ojos de la gente honesta si se esforzase en instruirse?

—Sin duda alguna.

—No habla en serio, Méndez, lo que me dice no tiene sentido.

—Es evidente, señor, usted no conoce bien nuestro país. Si yo hiciese todo lo aconsejado por usted, si emplease mis cortas horas de ocio leyendo, ¿sabe lo que dirían de mí? Dirían: “Miren a Méndez el indio, Méndez el sabio, Méndez el doctor... quiere ser obispo, arzobispo...”. Todo el mundo se burlaría de mí, y si tratase de trabajar con los españoles¹⁷⁶ no dudarían en responderme: “¿Trabajar, usted? ¡Vamos pues! Usted es un sabio, nosotros queremos obreros y no necesitamos doctores”. No, señor, ¡no! No puedo aprender más de lo que sé sin arriesgarme a verme burlado y señalado por los españoles y despreciado por mis iguales, quienes tampoco perdonarían mi deseo de saber más que ellos. Le sorprenden mis palabras, ¡sin embargo es la verdad! Soy un indio, y un indio está condenado a ser ignorante toda su vida. He cultivado por un tiempo el deseo de instruirme. Había comprado en la Antigua un almanaque español con el cual se podían aprender bellas e interesantes cosas. Una noche, después de mi jornada, había reunido a algunos amigos y disfrutaba leyéndoles todo aquello interesante de mi librito. El cura pasó:¹⁷⁷

“—Méndez —me dijo—, siempre creí en ti como un hombre honrado, y me he equivocado. Solamente los holgazanes leen a esta hora. Estás despierto en vez de dormir y mañana no podrás levantarte para acudir a tu trabajo.”

Se acercó, me quitó el libro, lo hojeó y exclamó con indignación:

¹⁷⁶ La palabra español se usa aquí como un término de cortesía. Los indios llaman así a todos aquellos de quienes dependen [N. del A.].

¹⁷⁷ José Gregorio Rosales, párroco de San Lucas [N. del E.].

“—Pero infeliz, no sabes lo que tienes entre las manos; es veneno, matará tu alma y la entregará al demonio... ¿Acaso te has vuelto hereje para estar leyendo este tipo de libros?

”—Pero *padre* —le contesté—, he visto este almanaque en manos de la gente más honesta de la ciudad, y recuerdo incluso haberlo visto sobre la mesa de su merced.

”—¡Oh orgullo! ¡Oh pecado! —exclamó el *padre* juntando las manos—. ¿Pretendes pues, infeliz ignorante, compararte con tus amos? ¿Acaso no sabes que un niño no puede beber y comer como un hombre, y de la misma manera no entiendes que lo que puede digerir mi mente asfixiaría la tuya? Para castigarte por el pecado de orgullo cometido por ti, el cual has hecho cometer a tus amigos, te impongo la siguiente penitencia: recitarás por la mañana y por la noche las letanías de la Santa Virgen, ayunarás durante tres días hasta el mediodía y depositarás en la caja de tu cofradía una parte indigna en todos los aspectos, la suma de doce piastras, antes de ocho días.”

Mi almanaque me había costado tres reales: pagué doce piastras, ayuné tres días y recité durante un mes una canción poco alegre, todo ello para expiar el crimen de haber querido perfeccionar mi instrucción y compartir con mis amigos las bellas y útiles cosas aprendidas. Como puede ver, señor, debemos permanecer en la ignorancia toda nuestra vida. Durante más de seis meses, los amos con quienes trabajaba me hablaron de mi almanaque y se burlaron de mi manía de aprender cosas. ¡Ah! Definitivamente, éste no es un lugar para tener libros.

—¿Pero cumplió rigurosamente con su penitencia?

—No juraría haber ayunado los tres días enteros ni haber recitado la canción de la Virgen con exactitud; pero pagué mis doce piastras a la cofradía.

—¿Y por qué las pagó? Las condenas de su cura no son sentencias judiciales.

—El cura podría cerrarme la puerta de su iglesia e impedir de ese modo ganarme el sustento.

—¿Cree que se habría atrevido a hacer tal cosa?

—Pero por supuesto.

Me trajeron mi caballo; le dije unas palabras al oído a Méndez, le hicieron reír a carcajadas y, tras haberle agradecido lo mejor que pude su buena compañía, retomé mi camino hacia la Antigua.

XXV

Un encuentro desagradable. El sentido común y la sangre fría de Máximo

Absorto en las reflexiones inspiradas por las confidencias de Méndez, dejaba mi montura caminar a su agrado y sin preocuparme demasiado por la ruta seguida. Lo dicho por el indio de San Lucas me había puesto pensativo, y una especie de tristeza, de desencanto por la humanidad se apoderaba de mí y me afligía profundamente. Acababa de oír cómo se desvanecían aquellos hermosos sueños de mi juventud, los cuales algunas horas antes me parecían tan fáciles de lograr.

“¿Cómo? —me decía a mí mismo—, ese Méndez, ese honesto indio no podrá instruirse ni mejorar, ¡porque un sacerdote avillanado se lo prohíbe! ¡Y pensar que hay hombres en este país capaces de aprobar a ese cura y censurar a Méndez! ¡Esto no es posible! Ese indio ha debido de burlarse de mí, no me ha dicho la verdad, me ha mentado, me ha contado una historia que lo favorece y esa historia es una enorme calumnia contra su cura.”

¿Pero qué interés podía tener él en engañarme? Su gesto honesto, cándido, su reputación de buen trabajador me parecían ser garantías a favor de su veracidad. Y, además, mis estudios realizados sobre el clero guatemalteco, las observaciones recopiladas a lo largo de mi viaje sobre los curas de los pueblos, los intercambios entablados entre ellos y yo, ¿todo eso no coincidía acaso con el curioso relato de Méndez? El cura de San Lucas era un bellaco y un hipócrita como el de Gustatoya, eso me parecía cierto, sólo ejercía su sacerdocio para llenarse los bolsillos vaciando los de sus desdichados feligreses. Ese miserable sacerdote, al imponer un castigo a un hombre con ánimos de instruirse, ¿no se parece acaso a aquel

monstruoso déspota de los cuentos orientales que mandaba sacar los ojos de sus súbditos para impedirles ver el sol?

¡Cuánta paciencia, cuánta resignación, cuánta dulzura angelical necesitará el indio para soportar tantas barbaridades!¹⁷⁸ El indio, dicen los guatemaltecos, siempre es un niño, carece de raciocinio y toda la vida es preciso mantenerlo bajo tutela; pero si es un niño, es porque le impiden convertirse en un hombre, es porque comprimen su razón con las memeces que le hacen repetir con la ayuda de sus sacerdotes. Le tienen miedo y se esmeran en despojarlo de su fuerza física e intelectual. La *chicha* mata su cuerpo y el fanatismo del sacerdote mata su espíritu.

Esas reflexiones, esos discursos autorecitados me habían conducido en medio de un lindo bosquecito. Desde hacía una hora me había alejado del *camino real*, y mi caballo sin duda también había filosofado a su manera y había caminado sin rumbo. Mis muleros debían de encontrarse más adelante y no sabía por dónde pasar para alcanzarlos. Intentaba orientarme por la posición del *volcán de Agua*¹⁷⁹ cuya cima coronada de nubes azuladas aparecía a través de los árboles del bosque donde me hallaba encarcelado, por así decirlo. Pronto decidí voltear a la izquierda; pero tras cinco minutos de marcha, llegué al borde de un *barranco* infranqueable. Volví sobre mis pasos; mi caballo se enredaba las patas con las lianas y las malezas, y se impacientaba con tanto obstáculo. Estaba oscureciendo; debía, de un modo u otro, salir del bosque e intentar encontrar un camino, ¡pero no era nada fácil! Me había dejado llevar por mi montura sin mirar atrás; estaba metido en un círculo de verdor y lejos de las vías transitadas. Para ir a la Antigua, cuya dirección había localizado a partir del *volcán de Agua*, sólo podía pasar por el precipicio apenas descubierto. Finalmente, hastiado de idear planes inútiles, fustigué mi caballo y lo dirigí hacia adelante. Pronto llegué al pie de una roca grande e inclinada, detrás de la

¹⁷⁸ Algunas indias, para pagar las imposiciones de las cofradías de las cuales les obligan a ser miembros, ofrecen a sus hijos a las damas de la ciudad. Las damas los toman por unas cuantas piastras y los crían para convertirlos en sus criados. He conocido a varias damas quienes habían realizado dichas adquisiciones del todo contrarias a la constitución del país.

Es necesario añadir, para ser justo, que los niños comprados de ese modo reciben buen trato por parte de sus amos [N. del A.].

¹⁷⁹ En español en el texto original [N. del T.].

cual vislumbé unas nubes de humo. Me disponía a rodearla cuando vi a cinco indios armados con fusiles presentarse ante mí:

—*Buenos días, caballero!*¹⁸⁰ —me dijo uno de ellos—. ¿A dónde vas por ahí?

Esta pregunta era bien sencilla y, sin embargo, me parecía muy embarazosa. El indio la repitió en un tono autoritario y muy disgustante.

—¿Acaso tienes el derecho de interrogarme? —le dije con altivez—. Si estoy en este bosque es aparentemente porque me place estar aquí...

El indio se echó a reír, tomó mi caballo por las riendas y trató de hacerlo avanzar hacia la derecha.

Alcé la fusta.

—¡Ten cuidado! —me dijo—, tengo la cabeza dura y bien podrías romper en ella ese lindo látigo.

—*¡Señor! ¡Señor! ¡Por aquí!*¹⁸¹ —gritó una voz.

Giré la cabeza: era Máximo.

—¿Dónde están los demás? —le pregunté.

—Treinta están abajo, me contestó lanzándome una mirada particular y los veinte faltantes vendrán pronto.

—¡Ah! Viajas en buena compañía —dijo el indio con una sonrisa maliciosa—. ¡Cincuenta hombres de escolta! ¡No está mal! ¿Serías acaso el presidente de la República?... Tienes la piel un tanto pálida para eso...

—¿Quieres soltar mi caballo? —le respondí.

—Pero no le estoy haciendo ningún daño a tu caballo.

—¡Vamos! —dije levantando mi fusta—, eres tú quien me habrá obligado a tratarte como los españoles suelen tratar a tus semejantes...

El indio soltó las riendas y dio un paso atrás. Sus cuatro compañeros habían asistido a la escena sin chistar. Me dirigí a ellos:

—Escuchen —les dije—, tienen mal aspecto, amigos míos, con sus fusiles grandotes y seguro no tienen buena puntería... Lo que están haciendo bien podría arrastrarlos hacia un final infeliz y si quisieran escucharme, renunciarían al oficio de maleante el cual, en definitiva, no le da sustento a ningún hombre en este país.

—No somos maleantes —dijo uno de los cuatro mudos.

¹⁸⁰ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁸¹ En español en el texto original [N. del T.].

—¿Acaso te hemos robado alguna cosa? —preguntó el que había retenido mi caballo.

—No me han robado nada porque son cobardes y saben muy bien que tengo aquí, en mis fundas, dos buenos revólveres útiles para incomodarlos bastante.

—No somos maleantes, somos cazadores.

—Cazadores de bolsas, ¿no es así?

—*¡Amigos!*¹⁸² —dijo Máximo acercándose—, ustedes son lo que son y eso no nos incumbe, pero quiero darles un buen consejo. Ahí, a 200 pasos, hay 30 soldados. Sólo debo silbar para hacerlos subir, y pueden estar seguros de que, si suben, querrán saber de dónde sacaron sus fusiles y municiones. Niegan ser ladrones, aunque bien se podría creer en ustedes como un resto de la antigua tropa de *lucios* conducida por León Raymundo hasta la Antigua. Lo mejor que pueden hacer es adentrarse en el bosque, teniendo cuidado de no salir antes de 2 horas. Les he dado un buen consejo, sin embargo, hagan lo conveniente.

—¿Son acaso *lucios* pues? —pregunté a los cinco indios.

—Ya no lo somos, pero lo fuimos —contestó uno.

—¡Bien, amigos míos! Deben regresar a sus pueblos y no volver a esa guerra sin rumbo que están librando. Agustín Pérez, León Raymundo,¹⁸³ todos sus antiguos jefes han sido unos locos, unos desdichados, ellos sólo consiguieron hacerle daño a su país. Regresen con sus familias. Les voy a dar unas piastras para ayudarlos a ponerse en camino, espero no vuelvan a formar parte de una guerra demencial causante de tantos estragos...

—¡Escondan sus fusiles! —dijo Máximo—. Los comprometerían y hasta podrían llevarlos al paredón de fusilamiento.

Entregué algunas piastras a esos pobres diablos y uno de ellos me preguntó si no tenía un poco de pan para darle.

¹⁸² En español en el texto original [N. del T.].

¹⁸³ Agustín Pérez y León Raymundo, lugartenientes de Carrera, en 1847 se unieron a los *lucios* y se convirtieron en sus principales dirigentes. No se alinearon con los hermanos Cruz a raíz de que éstos pactaron con el gobierno guatemalteco a inicios de 1849. Raymundo y otros insurrectos siguieron la insurrección, al final la mayor parte de ellos falleció en combate tanto por las tropas de los Cruz como por las de Carrera. Sin un líder, para 1850 la represión y la distribución de tierras terminaron por disminuir el peligro de La Montaña para el gobierno guatemalteco [N. del E.].

—¡Desgraciadamente no! —le contesté—; pero con su dinero podrán comer en el próximo pueblo.

—Desde hace quince días hemos vivido sólo de nuestra caza —me dijo un indio—... ¡Ay señor —añadió—, somos muy desafortunados! Máximo hurgó en sus alforjas y sacó unas *tortillas* de maíz.

—Tomen esto, hijos míos —les dijo—, y créanme, ¡escondan rápido sus fusiles!

—¡Ah!, ahora tenemos piastras y no es necesario cazar —dijo un *lucio* rompiendo su fusil contra la roca.

Los otros cuatro hicieron lo mismo.

—Ustedes son buena gente —dijo Máximo. ¡Vayan! Dios los recompensará.

Nos fuimos.

—Sabes —le dije a Máximo cuando retornamos al camino—, ¿sabes que me has sacado de un gran apuro?

—Sí, ya lo creo —contestó frunciendo sus negras cejas. Pero dígame, ¿qué diablos fue a buscar en ese maldito bosque? ¡Ah, los franceses! ¡Los franceses!

—¿Qué significa eso, señor Máximo?

—Pues eso significa que son imprudentes a más no poder. He servido de *arriero* durante tres meses para el señor de Challaye.¹⁸⁴ no tiene usted la menor idea de las cosas que tuve que hacer, sin contar la pérdida de unos pedacitos de mi pellejo en más de una ocasión, para sacarlo de las malezas donde se había metido.

—Hoy, mi querido Máximo, salvaste el pellejo... y yo también.

—¡Sí! Pero roguemos a Dios no volver a caer en manos de esa gente.

—¿Les crees capaces de cometer algún crimen?...

—Señor, aquí se dice que no es bueno encontrarse cara a cara con un tigre o con un indio hambriento.

Conversando de esta manera, llegamos a la puerta de la ciudad de la Antigua, donde nuestros *mazos* se habían detenido para esperarnos.

¹⁸⁴ Charles-Alexandre de Challaye fue nombrado encargado de negocios en Francia en diciembre de 1847, en sustitución de De Vallant. En mayo de 1848 fue puesto a disposición [N. del E.].

XXVI

La Antigua. El señor Pivaral. Arresto de mi criado

Entramos de noche en la Antigua. Me alojé con mis mozos y su jefe, don Máximo, en un pequeño hotel a cargo de un español, el señor Pivaral.

Al día siguiente temprano, monté a caballo para visitar la ciudad.

La ciudad de la Antigua Guatemala se asienta sobre una amplia meseta, rodeada de un lado por una cadena de montañas arboladas y, del otro lado por el *volcán de Agua* y los volcanes de Fuego.¹⁸⁵ Fundada en 1527, fue sumergida en 1541 por una inundación producida por un lago existente entonces en el cráter del volcán, llamado *volcán de Agua* desde aquel tiempo. La ciudad se estableció un poco más lejos y soportó durante casi 200 años, más de 20 temblores y el último, el del año 1773, determinó su traslado a la llanura donde se encuentra hoy en día.¹⁸⁶

¹⁸⁵ De Valois los llama los volcanes de Fuego, cuando se trata del volcán de este nombre y el de Acatenango [N. del E.].

¹⁸⁶ Ese traslado se debió menos a los peligros de un nuevo temblor que al deseo de liberar a los habitantes de todas las exigencias de los conventos. Los abades habían encontrado la manera de apropiarse de la fortuna pública imponiendo a los habitantes contratos gracias a los cuales podían ser despojados en el presente y en el futuro. El abandono de la Antigua fue en realidad una bancarrota de los ciudadanos, y el temor de los terremotos fue el pretexto utilizado para justificarse ante los monjes. De hecho, lo que parece sustentar esta teoría son los pocos daños causados por la catástrofe de 1773. Entre una población de cuarenta mil habitantes, sólo seis personas perecieron.

En 1851 viví un temblor en la granja del Corral de Piedra. Varias construcciones fueron derribadas y la campana de la granja sonó durante cuarenta y tres minutos. Nunca olvidaré el espanto de los indios producido por cada sacudida. Al día siguiente, esa pobre gente acudía a la capilla para dar gracias a Dios por haberlos salvado [N. del A.].

Los edificios de la Antigua, sus palacios, sus conventos, sus iglesias son sólo ruinas sin ningún esplendor. Algunas calles han sido reconstruidas con los escombros de los conventos, y en las casas de esas calles, construidas según el modelo de las de Guatemala, viven mercaderes *ladinos* e indios.

La catedral, de la cual sólo quedan unos muros vacilantes donde ha crecido toda clase de matorrales y de parásitos, se sitúa frente a la gran plaza del mercado. Las iglesias de *San Juan Obispo* y de *Santa María* se encuentran en el mismo estado.

Me contaron en esta extraña ciudad un hecho que no dejó de escandalizarme profundamente: cada convento de hombres estaba en comunicación con un convento de mujeres; se iba de uno a otro por un conducto subterráneo, cuyas huellas son muy visibles aún hoy en día. ¡Pero que la vergüenza caiga sobre quien piense mal de ello! Los priores, los directores y los confesores, debían ponerse frecuentemente en comunicación con las monjas, cuyas conciencias tenían el deber de guiar y el camino más corto, quizá no el que conduzca al paraíso, era para ellos el mejor y el más seguro. Además, pasando por el subterráneo, no se arriesgaban de ninguna manera a quemarse con el sol.

Después de mi paseo por la ciudad, regresé a mi albergue. El señor Pivaral, el hotelero, estaba sentado en un rincón de la sala, leyendo, leyendo... ¡adivinen! leía a Tácito, y lo leía como un hombre amante de la buena literatura, pues meditaba cada frase, cada palabra, y escribía al margen de las páginas sus observaciones críticas o elogiosas. Ese amor de mi posadero por Tácito me inspiró cierta inquietud con respecto a mi cena; no podía suponer que se pudiese compaginar ese amor con el de los fogones y, como quería saber a qué atenerme, me acerqué al señor Pivaral y le dije:

—¿Qué lee usted, mi querido anfitrión?

El señor Pivaral apoyó sus lentes en la frente, marcó la página en el libro y, tras haberme mirado un momento de reojo, pues se molestó al ver interrumpida su placentera ocupación, me contestó:

—Leo a Tácito. ¿Eso le parece extraño, no es así, señor? Pero antes de ser cocinero, fui un hombre instruido.

—Y quiero creer que todavía lo es.

—He olvidado muchas cosas y para distraerme de las preocupaciones producidas por mi albergue, me divierto leyendo a los romanos.

—Si hubiese podido leer lo que escriben sobre la cocina, sus huéspedes estarían dichosos.

—Lucullus, Apicius, Vitellius eran gastrónomos.

—Sí señor Pivaral; ¡pero su gastronomía era muy refinada!

—Le prepararé ahora para su cena un pescado exquisito a pesar de no haber sido alimentado con la carne de mis esclavos. Espere un momento y comprobará que aunque lea a Tácito, no le dedico menos cuidado a mi cocina.

El señor Pivaral no se vanagloriaba. Era tan buen cocinero como pensador, y gozamos en su casa de una excelente cena.

Supe después que ese buen hombre había ocupado un puesto bastante alto en la diplomacia española. Cambios de fortuna y el amor lo habían conducido hasta América, y llevado a ser posadero en la Antigua. Es preciso decir que ejercía su oficio con la más alta dosis de filosofía posible. Poco le importaba la gente albergada en su casa. No se molestaba en nada por sus huéspedes y, por otra parte, les dejaba en la más completa libertad. Cuando se le pedía la cuenta siempre parecía no entender; miraba al techo, contaba con sus dedos, y tras un esfuerzo mental sostenido en vano, exclamaba:

—Pues, su cuenta, ¡hágala usted mismo! ¿Acaso sé yo cuántas botellas de vino ha bebido, cuántos cangrejos, pollos, salchichas ha comido?... Si cree que tengo todo eso en mente, se equivoca mucho en realidad. ¡Págume su deuda, por Dios! ¡Es problema de usted, no mío!

Y se volvía a sentar agarrando a su Horacio o a su Tácito.

Con frecuencia, los viajeros habían pagado muy miserablemente sus gastos de comida y de *posada*, por lo cual el señor Pivaral no reclamaba nunca. Si le hubiesen dado, por ejemplo, diez veces más de adeudado, no por ello habría tenido un gesto de agradecimiento. Cuando le decían: “señor Pivaral, ¡aquí está su dinero!”, respondía: “está bien, está bien, ¡póngalo ahí!”, y a menudo se le olvidaba recogerlo.

El señor Pivaral era un excéntrico, pero un excéntrico con un gran corazón. Si un desgraciado se presentaba a su puerta él, tan perezoso, tan meditativo, tan gruñón, se levantaba con una diligencia juvenil, hallaba la manera de componer un rostro sonriente e iba a recibir al recién llegado.

Entonces, tras haber conversado con él, corría hacia sus aparadores, sacaba alimentos siempre buenos y se los entregaba riendo al mendigo. Me han asegurado que ese hombre excelente alimentaba a casi todos los pobres de la ciudad, los vestía y les daba sin contar todo el dinero del cual pensaba poder disponer sin afectar la buena marcha de su hostelería.

Quiero decir unas palabras acerca de una aventura bastante desagradable ocurrida en la Antigua. En Guatemala había tomado para mi servicio a un criado *ladino*, llamado Severino. Ese criado no tenía muy buena reputación. Se le conocía como ladrón, borracho y mujeriego; pero esos mismos defectos también los tenían los demás criados. Un día, lo informé de todo lo recabado sobre su conducta, y me contestó con un cinismo, similar, en su boca, a la ingenuidad:

—Sí, señor, he sido, en efecto, todo lo que con tanto deleite le han contado a su merced, pero hoy he cambiado. Me agrada servirle y desde hace tres meses que estoy con usted, aún no ha tenido ningún reproche contra mí.

—¡Es cierto! ¿Pero será siempre así?

—Sí, su manera de ser me gusta, y no quiero ganarme mi despido.

Estaba verdaderamente satisfecho con los servicios de don Severino. Era limpio, activo, inteligente y no robaba; eran muchas razones para conservarlo a pesar de todo lo malo que me decían acerca de él.

Me lo había llevado a la Antigua.

Una mañana, vi entrar al señor Pivaral en mi habitación.

—Señor —me dijo—, la policía desea hablar con usted.

—Pues, señor Pivaral, hay que invitarlos a entrar.

El jefe de los alguaciles no tardó en llegar, me comunicó que don Severino acababa de apuñalar a un criado.

—¡No es posible! —exclamé—, ¿dónde está?

—Aquí está —dijo el alguacil—. ¿Su merced desea verlo?

Acudí al encuentro de Severino.

—¿Qué hiciste? —le dije en seguida.

—¡Ah! Señor, hice lo que estos perros le acaban de decir —señalaba con el puño a los alguaciles—. Pero no tema, el hombre no morirá.

—Así pues, ¿apuñalaste a un hombre?

—Sí.

—¿Pero por qué?

—Me había insultado.

—Se ha vuelto muy susceptible, señor Severino.

—Sí señor, pero algunos insultos no pueden quedar sin castigo.

—En fin, ¿qué te dijo ese hombre para apuñalarlo?

—¿Qué me dijo? ¡Ah! ¡*Carajo!*...¹⁸⁷ Lo dicho merecía más de lo recibido... ¡créame! Me ha dicho ese perro, ese maldito hijo de... me ha dicho que mi amante tenía un pie más grande que el suyo y los ojos colorados...

Se llevaron a Severino y lo condenaron a seis meses de galeras. El pobre chico había venido a este mundo siete u ocho siglos tarde. Era un verdadero caballero para las damas y debiese haber nacido en tiempos de Amadís y de los Fierabrás.

Sin ningún asunto por resolver en la Antigua, ordené conducirme hasta los volcanes de Agua y de Fuego. El señor Pivaral me consiguió guías y partí al día siguiente por la mañana para hacer una excursión causante de tantas fatigas como de encantos.

¹⁸⁷ En español en el texto original [N. del T.].

XXVII

Los volcanes

La base del *volcán de Agua* tiene una circunferencia de 16 o 18 leguas locales (72 o 90 kilómetros), la altura del cono volcánico es de 13 578 pies americanos (aproximadamente 476 metros);¹⁸⁸ su zona inferior, con una altitud de hasta cien metros, se ve cubierta por árboles gigantescos que parecen estar ahí desde la creación del mundo. Precipicios con bordes afilados y abiertos, a intervalos bastante cercanos en todo el contorno de la enorme pirámide, provocan una marcha tanto penosa como peligrosa; bloques de lava, con aristas cortantes y con las formas más extrañas, permanecen detenidos sobre la pendiente por troncos de árboles tumbados o por enormes raíces guedejosas alojadas aún sobre la roca. El color del suelo es rosado, pero modificados a cada instante por los efectos de la luz, dándole reflejos azules, lilas, anaranjados y verdes. Esos fenómenos de reflexión, producidos sólo en el *volcán de Agua*, son realmente extraordinarios, pero no se reproducen siempre de una forma tan completa. He oído contar a los indios de Santa María¹⁸⁹ que en ocasiones podían ver su pueblo resplandeciendo en una luz verde o azulada, eso solamente ocurre con un cielo de tormenta o cargado con nubes coposas, me han asegurado. El día de mi ascenso al volcán, con un cielo puro y azul, los rayos luminosos llegaban hasta nosotros perfectamente descompuestos.

¹⁸⁸ Hay un error en la cifra de la altura en metros, pues tomando en cuenta la medida en pies aludida debería de ser posiblemente 4175 metros, aunque en realidad el volcán de Agua tiene 3760 metros de altura [N. del E.].

¹⁸⁹ Se refiere al pueblo de Santa María de Jesús, Sacatepéquez, poblado cakchiquel [N. del E.].

Se puede subir a caballo hasta el pueblito de Santa María, pero llegando ahí es necesario tomar guías y seguir el camino a pie. Los indios han cortado en la lava una especie de senda fácil de remontar. Se alcanza la cima del volcán tras dos largas horas de ascensión.

El cuadro desplegado ante nuestros ojos es de una grandeza indescriptible. Al norte, se encuentra la cadena de cordilleras, la cual atraviesa esta región de América desde el istmo de Tehuantepec hasta el istmo de Panamá. Sus picos, sus cerros, sus profundidades, vistos desde esa distancia e iluminados de manera diferente, presentan a la vista las formas más inesperadas y fantásticas. Unas veces se admira el espectáculo de una ciudad árabe, con sus cúpulas redondeadas, con sus alminares alzados y sus grandes ciudadelas con sus murallas almenadas; otras es una gigantesca catedral gótica, lanzando al cielo sus miles de campaniles afilados y exponiendo sobre sus cornisas todo un mundo de quimeras monstruosas; otras veces grandes sombras pasan sobre las laderas de las montañas reproduciendo animales fácilmente confundibles con siluetas de mastodontes; finalmente, otras son ejércitos de gigantes, los jefes están montados sobre elefantes, agitan sus armas, despliegan sus estandartes y parecen realmente estar alentando a sus huestes. Al sur, la vista abarca toda la extensión azul del océano Pacífico y, gracias a un catalejo potente, se pueden contar las naves con dirección hacia las Indias o provenientes de California y que parecen, en la distancia, pájaros marinos batiendo sus alas sobre el liso oleaje.

Bajamos por el cráter inmenso y pudimos leer diversas inscripciones grabadas sobre aquellas paredes. He aquí algunas:

He subido hasta aquí, respirando como un buey;
He bebido a la salud de mi amante una copa de Château-Neuf.

Pierre Ringard, viajero.

No conozco el vino de Château-Neuf ni al señor Pierre Ringard. Sus versos son pésimos y creo poder decir lo mismo de su vino.

*Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva a la vida.*¹⁹⁰

¹⁹⁰ En español en el texto original [N. del T.].

Estos versos son de Calderón y fueron extraídos de su obra de teatro *Eco y Narciso*. Debe de ser un enamorado desesperado quien los ha grabado, quizá antes de lanzarse al vacío.

Todo canta, todo sonrío en ti, santa naturaleza,
La ola, los pájaros y las flores.
El hombre solitario, agotado, vencido por sus dolencias,
Osa reprocharte, ínfima criatura,
Su desesperanza y sus desgracias.
Sólo el hombre se niega a inclinar su rostro mohíno
Ante tu majestad...
¡ Qué importa! Él sólo tiene su vanidad,
Un oscuro horizonte, que una duda amarga confina...
Tú, ¿no tienes acaso la eternidad?

Nemo.

Lo he pasado mal durante veinte años en este país; me voy con 58 000 piastras. Les deseo a mis compatriotas que puedan hacer lo mismo.

J. C. D.

God save my Mary B...

John Clary.

Mi corazón está como un volcán, ¡apagado para siempre!
Leonora (una literata, sin duda).

La ciencia ha matado la teología: la Biblia no es más que una novela confusa si se lee aquí.

Pastor J. Lud.

Ausencias causan olvido.

Miguel S.

Alexandro Lovert de San Petersburgo,
Eduardo Legh Paget de Inglaterra,
Jose Croskey de Filadelfia,
Bebimos aquí unas botellas de champán
El día 26 de agosto de 1834.

Regresé conmovido por la grandeza del cuadro visto bajo nuestros pies. Si como lo ha escrito el pastor Lud, la Biblia leída a orillas del cráter es sólo una novela confusa, no se puede negar, sin embargo, que la grandeza de Dios se manifiesta ahí de manera indudable. Si se quiere convertir a un ateo, es preciso llevarlo a escalar esas inmensas cimas. Su corazón y su espíritu sacarán de ahí una fe ardiente incapaces de abandonarlo jamás.

Pasados unos días, resolví ir a visitar el volcán de Fuego. Tras enormes dificultades, llegué con mis guías al pie del cono volcánico. Subí con valor hasta una altura de unos cincuenta metros; pero no pude ir más allá: mis pies se hundían en la ceniza y no encontraba ninguna aspereza donde poder apoyarme para continuar mi ascensión. Me vi obligado a volver a bajar y renunciar al placer que me había propuesto alcanzar: ir a encender mi cigarro en el hogar de ese volcán.¹⁹¹

¹⁹¹ Existen 25 volcanes en Centroamérica. Únicamente 4 están activos. En la República de Guatemala hay 9; en el estado de El Salvador, 5; en los estados de Nicaragua y de Costa Rica, 11; en el estado de Honduras no hay ninguno [N. del A.].

Al igual que sus contemporáneos, De Valois desconocía el número preciso de volcanes existentes en Centroamérica, por ejemplo, sólo en Guatemala existen 33 [N. del E.].

XXVIII

Estancia en *Ciudad Vieja*

La pequeña ciudad llamada *Ciudad Vieja* fue fundada en 1525 por don Pedro de Alvarado, uno de los tenientes de Hernán Cortés. Aún se ven las ruinas de la primera capilla edificada por el conquistador para agradecerle a Dios el éxito obtenido sobre un pueblo inocente, cuya ignorancia y superstición lo incapacitaban para resistir a sus invasores. No quisiera disminuir la gloria de Hernán Cortés mostrando con qué debilidad Moctezuma intentó rechazarlo. Los escritores españoles ensalzaron tanto a su conquistador, por lo cual sería difícil colocarlo en su justo lugar. Llevó a cabo la conquista de México en 1521 y se puede decir que en ella sólo empleó la astucia.

En cuanto desembarcó en el puerto llamado Veracruz, emisarios de Moctezuma fueron a su encuentro y le ofrecieron de parte del Rey alimentos frescos, oro, plumas y piedras preciosas, invitándole a ir a México.

Tlilancalqui, el primer embajador de Moctezuma, se presentó en la nave de Cortés, examinando todo lo que veía con tanto temor y admiración. Cortés mantuvo contacto con él a través de una esclava intérprete.

—¿De dónde es usted? —le preguntó.

—Soy —contestó Tlilancalqui—, de la gran ciudad de México Tenochtitlan.

—¿Qué vino a hacer aquí?

—Vengo a saludarle en nombre de mi Señor.

—¿Cómo se llama su Señor?

—Moctezuma.

—¿Por qué lo ha enviado?

—Para saber lo que usted quiere.

—Quiero verlo.

—¡Está bien! Moctezuma me ha ordenado obsequiarle con estos presentes y comunicarle su disposición a cederle el trono, pues sólo lo guarda como un depósito.

—¿Qué haré —dijo Cortés—, para demostrar a mis hermanos mi agrado al recibir su presente?

Tlilancalqui no contestó nada, pero bebió vino de España y se embriagó como un cosaco.

Al día siguiente, Cortés le mandó decir con su esclava india que volviese a México y saludase a Moctezuma de su parte, asegurándole que dentro de ocho días iría a visitarlo (la esclava india, intérprete de Cortés, se llamaba Marina).

Tlilancalqui partió; entregó a su Rey galletas, buey salado y el vino de Jerez enviados por Cortés. El pobre embajador llegó a México, le contó a Moctezuma todo lo visto y escuchado, y le entregó los presentes del capitán español. Moctezuma ofreció las galletas al dios Huitzilopochtli, probó el jerez y se embriagó tal y como se había embriagado Tlilancalqui. Después, cuando recuperó la compostura, dirigió a su embajador este discurso conservado por la historia:

Tú sabes, mi querido Tlilancalqui, que te he colmado de favores; ya llegó el momento de demostrarme tu gratitud. ¿Qué podemos hacer, pues el gran Tloquee Nahuaque nos abandona? Te encargo a mis hijos: Yhuiltemoc, Chimalpupuca, Axayaca, Acatlxoxouhqui, Acamapich, Netzahualtecolotl y Tlacahuepan. Cuando haya muerto a manos de quienes ahora vienen, los mexicanos han de matar a mis hijos; te encargo esconderlos y ampararlos, porque después de mi muerte, ¿qué miramiento podrán tener con ellos? Por eso desde ahora los pongo en tu poder. Considéralos tus hijos y escóndelos en diferentes rincones para que al menos uno u otro pueda escapar de la masacre. No dudes de que ha de ser así, estos recién llegados nos causarán grandes desgracias, y todo lo predicho por Nezahualpilli resultará cierto. Cuando esto pase, no serán tratados como súbditos sino como esclavos. Conmigo se acabarán la potencia y el esplendor transmitidos por los antiguos soberanos de México.

Al terminar de pronunciar estas palabras, Moctezuma rompió en llanto. Tlilancalqui se esforzó en consolarlo, pero el Rey prosiguió:

Estamos entregados a esos dioses, pero a pesar de todo es necesario hacer lo posible por ayudar a estos desgraciados súbditos. He oído sobre la existencia de muchos hechiceros en tierra caliente, especialmente en Cuauhnahuac, Yauhtepec, Guaxtepec, Acapichtlan, Xohuitoco, Ocuila, Malinalco y en Tenantzingo. Comen, según dicen, el corazón de los hombres vivos y se los llevan a cuestras de noche. Quiero que se les mande llamar.

Les envió, pues, mensajeros y en seguida se pusieron bajo sus órdenes. También acudieron algunos conocedores del arte de transformarse en leones, en lobos, en serpientes y en cualquier otra especie animal. Moctezuma les anunció, en un largo discurso, la llegada de los extranjeros procedentes del cielo y les rogó emplear sus poderes para impedirles llegar hasta México.

Intenten espantarlos —les dijo—, o sumirlos en un sueño profundo durante el cual los despeñarán por los *barrancos*, o arrancarles el corazón y si no pueden impedir su llegada a México, trátenlos por lo menos de manera que les pese haber venido.

Los encantadores partieron hacia Veracruz, y en cuanto vislumbraron a los extranjeros, se repartieron para rodearlos por todas partes, pero por mucho que tomasen toda clase de formas y agotasen sus encantamientos, no pudieron hacer nada contra los españoles, *porque eran cristianos católicos*.¹⁹²

Al llegar a México, Cortés mandó arrestar a Moctezuma; lo llevó a su casa, lo encadenó y exigió ordenar la muerte de un cacique de Nahutlan, llamado Qualpopoc y de varios más, pues habían intentado oponerse a la entrada de los españoles en México. Esos desdichados fueron quemados vivos ante los ojos de su desafortunado Rey.¹⁹³

¹⁹² Véase Hernando de Alvarado Tezozómoc. *Crónica mexicana* Tomo II. Ternaux-Compans, traducción. París: P. Jannet, 28, rue des Bons-Enfants, 1853, caps. CIX y CX [N. del A.].

¹⁹³ Tal y como lo indica en la nota anterior, el autor ha copiado el texto citado de la traducción francesa de H. Ternaux-Compans de *Crónica mexicana*, escrita en 1598 por Hernando de Alvarado Tezozómoc (capítulo 112, desde la página 463 en la edición de G. Díaz). He optado por no incluir literalmente en esta traducción dicha versión original de H. de Alvarado, escrita en la lengua del siglo XVI, pues el texto de Ternaux-Compans citado por Alfred de Valois, además de estar escrito en francés del siglo XIX, no puede considerarse como una traducción exacta de la obra de H. de Alvarado, sino una adaptación. He conservado, sin embargo, la ortografía de nombres propios usada por H. de Alvarado y el estilo general de su texto [N. del T.] [Revisar nota completa.

Sin embargo los indios, indignados por la conducta de Cortés con respecto a Moctezuma, se reunieron bajo el mando de Cuauhtémoc (Cuauhtemotzin) y combatieron durante tres días contra sus crueles enemigos, amenazándolos con una guerra de exterminación si no les devolvían a su Príncipe.

Cortés, asustado por la amenaza, hizo avanzar a Moctezuma sobre la azotea de su casa y, en parte por la fuerza, en parte por una promesa, consiguió que hablase con su pueblo e intentase convencerlo de depositar las armas, pero en el momento de la aparición de Moctezuma, una piedra lanzada contra Cortés golpeó al Rey en la sien y cayó muerto.

El pesar producido por esa desgracia en los mexicanos, paralizó sus fuerzas y pronto los españoles pudieron apoderarse de la ciudad.¹⁹⁴

Pedro de Alvarado entró en Guatemala tan fácilmente como su capitán había entrado en México.

Esos audaces aventureros que dedicaban sus conquistas a santos, a santas, a la Virgen y a Jesús cometían contra los pueblos desgraciados los hechos violentos más abominables. El Dios en nombre del cual hablaban debía de parecerle a los indios un dios monstruoso y feroz, ávido de oro y de sangre, pues para satisfacerlo era necesario derramar ambas cosas siempre.

Si el inmortal genovés hubiese podido prever que el mundo entregado a España se convertiría, en manos de sus codiciosos y sangrientos capitanes, en un teatro de horrores y atrocidades, es probable que no habría tenido el valor de seguir adelante con la empresa conformada en su cerebro, cuyas consecuencias hubiesen aterrorizado su corazón de hombre honesto y de verdadero cristiano. Entre Cristóbal Colón y los aventureros españoles cabe toda la distancia existente entre el genio y la brutalidad.

El *padre A.*,¹⁹⁵ cura de *Ciudad Vieja*, me recibió con la más exquisita cortesía. Me presentó a sus señoritas, Margarita y Carmen, a su respetable madre y me hizo los honores de su iglesia con más orgullo que devoción. Me enseñó, entre otras maravillas, una preciosa corona de oro esmaltada, adornada con piedras preciosas, un regalo del emperador Carlos V a la bondadosa Virgen de *Ciudad Vieja*, y un hermoso manuscrito

¹⁹⁴ Consultar las *Memorias de Billaud-Varennes* Tomo 1. París: Plancher y Domeré editor, quai Saint Michel, casa nueva de cinco arcadas, 1821: 64 y 65 [N. del A.].

¹⁹⁵ Se trata del padre Francisco Alcántara [N. del E.].

en vitela, enriquecido con imágenes ilustradas a mano, sobre el cual iban consignados los privilegios acordados al convento de *Ciudad Vieja*. El *padre A.* está muy orgulloso de tener en su iglesia estos dos recuerdos del monje imperial.

La vivienda del cura es encantadora: está construida sobre un *patio* muy bonito con alamedas enlosadas, acompañadas con grandes cajones de mampostería plantados con árboles que dan flores. Una bonita fuente se sitúa en medio de este patio-jardín, con un amplio estanque donde nadan peces plateados y lindas *garzas* totalmente domesticadas.

El *padre A.* es rey en su pueblo. Él es quien hace y deshace. Es un hombre de sesenta años, alto, erguido, presumido; tiñe su cabello o su peluca, lleva un traje de ciudad, como la mayoría de los sacerdotes del país; habla bien el español, comprende el francés, le gustan los retruécanos y pertenece, por sus opiniones, al Partido *servil* de Guatemala.

He paseado con él por la aldea y me ha enseñado los vestigios de unas murallas cuyo origen remontan a la conquista. *Ciudad Vieja* no posee nada relevante. Sin embargo, he admirado un árbol muy hermoso sobre la plaza. Se le llama en indio *esquisúchil*; se parece al haya por su follaje y por su forma; pero se encuentra totalmente cubierto de flores blancas con un perfume delicioso; sus caracteres botánicos son los de la familia de las malváceas. Es sabido que el *gombo*,¹⁹⁶ el algodónero y el árbol del cacao pertenecen a esa familia, muy rica en especies útiles. Todos los pueblos de la República de Guatemala tienen un árbol en la plaza principal. Suele ser una *ceiba*,¹⁹⁷ algunas alcanzan una altura prodigiosa y cubren totalmente la plaza con sus ramas. Se han reproducido varios de esos árboles sobre monedas como símbolo de libertad.¹⁹⁸

Hay en *Ciudad Vieja* una familia india, según dicen es descendiente de los antiguos *caciques* del país; aún es muy venerada y el cura se ve en la obligación de contar con ella.

¹⁹⁶ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁹⁷ En español en el texto original [N. del T.].

¹⁹⁸ En 1824, la Asamblea Federal de Centroamérica prohibió la acuñación de monedas con las armas y emblemas de la monarquía española y decretó la propia: en el anverso incluía un sol naciente tras cinco volcanes y la leyenda “República Federal de Centroamérica”, en el reverso el árbol de la libertad (ceiba) con la inscripción “Libre crezca y fecundo” [N. del E.].

Quise ver a dicha familia. Vivía en una linda casita en lo alto del pueblo. El jefe, alto y bello anciano de setenta años, me recibió con cortesía y me ofreció *tiste*. Me dijo que sus ancestros habían sido los dueños del país y él se había convertido en el esclavo de todo el mundo. Había en el gesto y en la voz de ese anciano algo profundamente triste; se notaba una consciencia frente a la grandeza de su raza y el recuerdo de su inmensa caída todavía era muy doloroso. Llamó a sus hijas. Dos muchachas de veinte años, ya envejecidas, entraron en la casa y fueron a besar piadosamente la mano de su padre.

—¿No están casadas?, hice preguntar a Máximo.

—¡No señor! —contestó una de ellas—. Aquí no hay maridos para nosotras.

—Mis hijas —dijo el anciano—, sólo pueden casarse con hombres de su rango. Somos pobres señor, pero somos gente de raza noble.

Había en el orgullo del viejo cacique un sentimiento muy respetable, una especie de sacrificio en nombre de la dignidad de sus antepasados. Me despedí formulando deseos para él y para los suyos...

Un día, el *padre A.* me acompañó a un paseo por los alrededores de *Ciudad Vieja*. Llegamos a una pasarela lanzada sobre un pequeño río cubierto de árboles en flor. Una docena de muchachas jóvenes se bañaban. El cura me detuvo y me dijo:

—¿No son acaso unos lindos pececitos?

—¡Sí!, le contesté sonriendo, pero hay que dejarlos en el agua.

—¡Ah! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué bonitas son!¹⁹⁹

El *padre A.* es un epicúreo, aunque no se parece en nada a Epicuro.

¹⁹⁹ En español en el texto original [N. del T.].

XXIX

Las nopaleras

En los alrededores de la Antigua, de *Ciudad Vieja* y de Amatlán, se cultiva el nopal, ese gran cacto donde se desarrolla la *grana* cochinilla. Se han plantado llanuras inmensas con ese arbusto tanpreciado, que representa una de las principales o, para decirlo mejor, la principal industria del país.

El cultivo emplea un número considerable de indios; exige cuidados continuos y la vigilancia más activa por parte de los intendentes o directores de nopaleras.

He aquí cómo se multiplica la *grana* cochinilla:

Un indio toma algunos insectos y los envuelve en un trozo de gasa, la cual sujeta sobre una hoja de cacto con la ayuda de una espina de dicho arbusto. Al cabo de 8 a 10 días, las hojas se cubren de un polvo blanco; son los huevos del insecto. La eclosión tiene lugar 12 o 14 días más tarde. Entonces el polvo blanco desaparece y se pueden ver sobre la planta millones de pequeños grumos negros agitándose; es el insecto que se ha multiplicado y cuyo engordamiento se llevará a cabo alimentándose de la hoja de cacto. Al cabo de un mes o 6 semanas, alcanza el tamaño de un chícharo; se ha vuelto transparente, de un color violáceo y blando como una pulpa de medusa. Cuando se estima que alcanzó el término de su crecimiento, los indios lo recogen en canastas, cepillando ligeramente las hojas sobre las cuales está adherido. Una vez cosechado, se coloca en hornos para secarlo lentamente.

El tiempo de la cosecha debe ser elegido con riguroso criterio. Si se recoge demasiado temprano, da una cochinilla seca y de mala calidad, pero si se espera demasiado, se cae de las hojas y se aplasta sobre el suelo. La lluvia o un golpe de viento pueden arruinar una nopalera entera

tirando los insectos a la tierra. Por ello, los cultivadores siempre viven con mucha emoción la época de recolección. Es necesario inspeccionar sus nopales hora tras hora, estar pendientes del clima y estar listos para ordenar la cosecha en tiempo de tormenta.

La República de Guatemala exporta todos los años alrededor de 1 200 000 libras de cochinilla, esa cantidad representa un valor de 7 200 000 francos aproximadamente. Los beneficios pueden elevarse todavía en un 50 o 60 por ciento.²⁰⁰

²⁰⁰ La química, al ofrecer a la industria una variedad de nuevos tintes, ha disminuido considerablemente el precio de la cochinilla. Un nuevo color morado, descubierto en los últimos tiempos, obtenido a partir del alquitrán mineral, ha producido en los mercados de Londres y del Havre una enorme depreciación de la cochinilla de tipo mexicano.

Sería una lástima para Centroamérica que el cultivo del nopal cayese en el abandono, pues dicho cultivo emplea un número importante de indios y constituye una fuente de riqueza para el país [N. del A.].

De Valois comete un error, el color de la cochinilla es grana (rojo), de ahí su otro nombre, y no morado como afirma [N. del E.].

XXX

Amatitlán. La *Laguna*. Los indios. Una confesión inoportuna

La ciudad de Amatitlán es una ciudad india. Se asienta a orillas de una hermosa *laguna*²⁰¹ rodeada por montañas volcánicas cubiertas, en su parte inferior, por la vegetación más exuberante. La *laguna* tiene dos o tres leguas de longitud y media legua de ancho. Sobre la orilla izquierda, al pie de una montaña, cubierta por estrías sulfurosas, se pueden ver brotar tres pequeñas fuentes de agua caliente, cuyo vapor exhala un olor de asfalto muy desagradable. Los alrededores de esa bella *laguna* son muy insalubres y a la mayoría de los habitantes de Amatitlán les atormentan constantemente fiebres intermitentes, obligándolos a dejar a menudo la ciudad.

La población cuenta con unas tres a cuatro mil almas. Algunos negociantes de Guatemala se resignan a vivir en Amatitlán en la temporada de cosecha de la cochinilla, pues se cultiva ahí, como en la Antigua, a gran escala.

Los indios son trabajadores; tienen buenas casas, bien edificadas, bien amuebladas y ostentan cierto lujo en su forma de vivir. Las mujeres, menos morenas que en Guatemala, tienen por lo general rasgos bonitos; se visten limpiamente, llevan zapatos y se dedican con esmero a cuidar de su familia.

En la plaza de Amatitlán hay una iglesia y una magnífica *ceiba*, cuya sombra podría proteger a todo un regimiento. En esta plaza se venden verduras, frutas y pequeños pescados azules de la *laguna*.

Me alojé en Amatitlán en una casa habitada por una rica familia de indios. Esa buena gente me colmaba de atenciones, dándome la mayor

²⁰¹ En español en el texto original [N. del T.].

libertad e ingeniándose las para encontrar la manera de satisfacer lo mejor posible todas mis fantasías de turista. El amo de la casa se llamaba Joaquín Solario. Tenía una mujer joven a quien llamaban *n'ña* Luz,²⁰² cuyo embarazo estaba muy avanzado. Una noche que estaba tendido en mi hamaca, leyendo los periódicos de Guatemala y de El Salvador, en los cuales se intercambiaba todo tipo de improperios por aquel entonces, me sacaron de mi lectura unos gritos espantosos provenientes de un extremo de la casa. Me levanté en seguida, crucé una o dos habitaciones llenas de mujeres y les pregunté por la causa del ruido.

—¡Oh! Señor —me contestó una india—, no es nada, Luz va a dar a luz.

—¡Diablos! Si eso no es nada...

—Sí, pero estamos esperando al señor cura.²⁰³

—¿Para qué? ¿Acaso él es quien da a luz?

—No, pero él es quien confiesa...

—¿La pobre Luz está en peligro?

—No, señor; pero para aliviarse, el cura debe perdonarle sus pecados...

—¡Veamos!, dije con impaciencia y tomando a la india de la mano, no bromeemos: ¿me está diciendo que para que Luz pueda aliviarse el cura debe perdonar sus pecados?

—Sin ninguna duda.

—¿Entonces la va a confesar en este momento?

—¡Ciertamente!

—¡Qué oportuno! Pero dígame: ¿acaso todas las mujeres en la situación de Luz actúan de esta manera?

—Por supuesto, señor.

—¿Piensa que entre tanto dolor pueden recordar sus pequeños pecados?

—Deben hacerlo, si quieren que todo salga bien.

La pobre Luz seguía gimiendo, esperando al cura que no llegaba. La partera estaba a su lado y para pasar el tiempo, le hacía recitar letanías de

²⁰² *N'ña* es una alteración de la palabra niña. Se les dice niña a las damas como Dios manda, ya sean jóvenes o viejas, casadas o no; se les dice *n'ña* a las indias.

La palabra *n'ño* se le dice a los indios, y *niño* a la gente de la buena sociedad. Se le dice don y señor a todo el mundo; las palabras *doña* y *caballero* a las damas y a los hombres distinguidos. Es de buena educación llamar a una mujer casada *señorita*, y resultaría casi siempre impertinente no hacerlo [N. del A.].

²⁰³ El párroco de esta población era, en 1848, Julián Marqueli [N. del E.].

la santa Virgen, forzándola a repetir las palabras deformadas o pronunciadas entre dos sollozos. Regresé a mi habitación, abrí un libro y al no lograr entender una sola línea de lo leído, salí para tratar de encontrar a Solario, el marido de Luz, a quien quería dar un sermón, el cual aunque no tan elocuente como el de su cura, ciertamente hubiese sido más caritativo. Crucé todas las habitaciones sin encontrar un alma. Las mujeres con quienes había hablado y me habían informado de lo que acabo de narrar, habían entrado en la habitación de la enferma.

Un criado entró.

—¿Cómo está tu ama? —le dije.

—¡Oh! Está muy bien, muy bien ahora. El *padre* está limpiando su conciencia.

Hacia las cinco de la mañana, Luz dio a luz a un niño muerto. Estaba agotada sobre su cama, y su marido lloraba desconsoladamente, sosteniéndole las manos.

Me acerqué y le dije al oído:

—Mi pobre Joaquín, en mi opinión haría bien en mandar buscar a un médico a Guatemala.

—¿Para qué? —me contestó—. Mi mujer está en las puertas del paraíso y le *he dado cincuenta piastras al padre* para que se le abran las puertas.

—¿Pero qué dice la partera?

—Se fue a rezar a la iglesia... Debería hacer lo mismo..., pero no tengo el valor de dejar a mi pobre amiga...

—Joaquín, probablemente se pueda hacer algo por su esposa. Debe mandar buscar a un médico. ¿Quiere que envíe un correo a Guatemala?

—¡Sí! Pero antes, señor, quisiera pedirle un favor...

—Dígame, mi pobre amigo.

—No puedo dejar a Luz; concédame la gracia de tomar mi lugar en la iglesia y de orar por ella.

—¡De acuerdo! —dije—, pero antes de ir a la iglesia enviaré un correo a Guatemala para pedir un médico.

—Haga todo lo que usted quiera, señor.

Envié a Máximo a la capital y acudí a la iglesia para rezar por Luz. Recé con todo mi corazón, Dios lo sabe.

El cura dijo una misa en honor de la mujer de Solario y debía, tras su misa, comenzar una novena.

El doctor *** llegó a las cuatro de la tarde a casa de Solario; Luz había fallecido al mediodía.

He aquí lo que se puede leer en una recopilación de documentos sobre la historia de las posesiones españolas en América, publicada por el señor Ternaux-Compans, editorial Gide, París, 1840:

En tiempos de la idolatría de los indios, una mujer confesaba todos sus pecados al momento de dar a luz. De acuerdo con los nativos, este hecho facilitaba su labor y, cuando no era suficiente, se traía al marido para que también confesara los suyos; y para ayudar a la mujer, se le quitaba al marido su *maxtli* (calzón), se le colocaba bajo los riñones y, finalmente, como último recurso, se sacaban sangre ofrecida a los cuatro puntos cardinales.

El licenciado Palacio cuenta ese hecho extraño en una memoria dirigida al Rey de España en 1576.

Los indios sólo han conservado de su idolatría aquello permitido por los curas católicos, por ejemplo, la confesión antes del alumbramiento, lo cual les aporta siempre honorarios cuyo monto gira en torno al mayor o menor afecto del marido por su mujer. En esos extraños países se ha combatido la idolatría de los indios, reemplazándola por el fanatismo y la superstición. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos del clero guatemalteco y quizá tal vez a causa de sus esfuerzos, todavía existe un gran número de pueblos indios donde se celebra secretamente el culto de los ídolos. Un cura de Chinautla²⁰⁴ me contó que había estado a punto de ser ejecutado por sus feligreses porque había tocado a sus dioses.

En algunos pueblos, los muertos son enterrados en las iglesias. Se cava una fosa poco profunda donde se deposita el cadáver, y se allana la tierra con unas tablas. He sido testigo de un entierro de este tipo en la pequeña iglesia de Azacualpa.²⁰⁵

Quise dejar al pobre Solario llorar a su joven esposa con toda libertad y me fui de Amatitlán. Máximo escogió a un guía de su agrado, y tras llenar nuestras cajas de víveres para varios días, nos pusimos en camino con la intención de visitar las costas del océano Pacífico.

²⁰⁴ La parroquia de Chinautla era atendida en esa época por el padre Macario González [N. del E.].

²⁰⁵ Pueblo del departamento de Chalatenango, en El Salvador [N. del E.].

XXXI

Carreras a la aventura

Después de tres horas de trote (sobre la carretera de Iztapa se puede trotar), llegamos a orillas de un placentero riachuelo. Ordené detenernos y le pedí a Máximo mandar abrir la caja con las provisiones. Estábamos sentados sobre una pequeña colina cubierta de *suquinay* de bellas flores color lila y con perfume de vainilla, el aire era dulce y fresco; decidí dormir la siesta en ese lugar encantador. Máximo, a quien acababa de rogar colgar mi hamaca, asintió con la cabeza y me dijo:

—Este lugar es bonito, en efecto, pero no es muy seguro.

Y para justificar su opinión me señaló con el dedo a dos indios medio escondidos en los matorrales, quienes parecían espiar todos nuestros movimientos.

—¿Son acaso *lucios*? —le pregunté.

—¡Oh, no! —me dijo—; éstos son ladrones y nada más. ¡Mire!, ahora ya son cuatro.

—Máximo, amigo mío, cuenta usted mal... el miedo le hace ver doble.

—Pero, señor, ¡cuenta usted mismo! 1... 2... 3... 4... 5... 6... 7... ¡Ah!, bien sabía yo —dijo Máximo—, que estos pícaros... 8... 9... 10... ¡son 10, señor!

—¿Quieres averiguar lo que quieren de nosotros?

—¡Ejem! —dijo frunciendo sus negras cejas—, ellos quieren, bien lo sé, quieren robarnos.

—Tienes una muy mala opinión de tus compatriotas.

—No son mis compatriotas; son rateros.

—¡Pues veamos! ¡Ordénales hablar!

Máximo se acercó prudentemente y en voz alta e imperativa, dijo a los indios:

—¿Qué ganan con mirarnos de ese modo? ¿Qué quieren de nosotros? ¿Son *lucios*? ¿Son ladrones? No tienen aspecto de ser buenos católicos, amigos míos.

—Sin embargo, eso somos —contestó uno de los indios—; no se debe juzgar de forma imprudente, don Máximo.

—¡Ah! ¿Conoces mi nombre? —exclamó éste con sorpresa.

—Sí —contestó el indio—, y también usted conoce el mío.

—Es posible; pero aparta pues esas ramas que disimulan tu rostro.

—¿No me reconoce, don Máximo? —dijo el indio saliendo de la maleza.

—¡*Caramba!*²⁰⁶ ¡Eres tú, mi pobre Luis! ¿Qué haces aquí en tan mala compañía? Te había confundido con un malandrín. Vamos, acércate y haz acercar a tus amigos, si es que puedes responder por ellos.

En un abrir y cerrar de ojos, todos los indios se ubicaron ante nosotros, con el sombrero en la mano y gratificándonos con sus zalamerías.

—Señor —me dijo Máximo—, yo respondo por éste; pero a los demás no los conozco.

Había tomado a Luis de la mano y lo había apartado como si hubiese temido que el contacto con sus compañeros le fuese a perjudicar.

—¿Qué están haciendo en el monte? —preguntó seriamente a los indios.

—¡Nos escondemos, señor! —contestó don Luis.

—¿Por qué se esconden?

—Para no ser reclutados como soldados. Todos somos *mozos* del señor Klee;²⁰⁷ trabajamos en su nopalera de Amatitlán, pero el corregidor ha enviado patrullas para atraparnos y hemos huido al monte. ¡Oh!,

²⁰⁶ En español en el texto original [N. del T.].

²⁰⁷ Karl Friedrich Rudolph Klee, comerciante, prestamista y agricultor alemán. Llegó a Guatemala en 1828 y fundó, en sociedad con A. H. Elster, la compañía comercial Elster, Klee & Co. Dedicada a la producción y exportación de cochinilla. Fungió como cónsul general en Guatemala de la Liga Hanseática entre 1841 y 1853 y como cónsul de Prusia en Centroamérica. Después de la disolución de ésta, se asoció con George Ure Skinner, para formar la compañía Klee, Skinner & Co., que llegó a ser la más influyente del país entre las décadas de 1840 y 1850. El 25 de junio de 1847 logró la firma del Tratado de Comercio y Amistad entre la Liga Hanseática y Guatemala [N. del E.].

no somos los únicos; hay más de cincuenta *mozos* entre la espesura en este momento.

—¿Acaso le tiene miedo a ser soldado? —le pregunté a Luis.

—¡Sí, señor! —me contestó—, para nosotros la vida de soldado es muy dura.

—Pero, amigo mío, es menester para la República tener soldados, y no están actuando como buenos ciudadanos al negarse a servirla.

—Señor, no existe relación alguna entre la República y nosotros; no esperamos nada sino desgracias por parte de quienes la gobiernan y creemos lícito sustraernos al destino que quieren imponernos. Sólo podemos esperar ser golpeados en el servicio a la República y preferimos andar por el monte todo el día antes de ir a sepultarnos en los cuerpos de guardia... Por lo menos podemos volver por la noche a nuestras chozas y pasar algunas horas con nuestras mujeres y nuestros hijos.

—¡Sí! —dijo otro indio—, es mejor para nosotros, y si los *dones* de Guatemala quieren soldados, deben reclutarlos entre ellos mismos. No siempre podemos ser sus siervos y dejar matarnos en guerras de donde no sacamos ni honor, ni provecho.

—Amigos míos —dijo Máximo—, su razonamiento es erróneo. Son hijos del país y deben ayudar al país cuando los necesita.

—Pero el país no nos necesita.

—¿Quién entonces?

—Son los *chapines*²⁰⁸ y estamos hartos de ser oprimidos mientras ellos pueden seguir gozando de sus riquezas.

Máximo era un hombre a quien le gustaba quedarse con la última palabra. Apartó al indio a quien conocía y le dijo a media voz:

—Escucha: sin duda es muy desagradable verse separado de su mujer y de sus hijos, pero tu vida actual no es honorable. Hoy eres un fugitivo, mañana puedes ser un bandolero o pasar por tal... ¡y quiero evitarlo! Ya te he empleado de mozo; quiero sacarte de apuros una vez más. Vas a tomar estas dos piastras y te irás a Sonsonate,²⁰⁹ donde mi gente tiene un cargamento por llevar a Guatemala. Conoces a don Pedro, mi hermano;

²⁰⁸ Nombre asignado a las familias nobles gobernantes de la República bajo el mando del señor Carrera [N. del A.].

²⁰⁹ Departamento de El Salvador [N. del E.].

le dirás que yo te envié y él te dará trabajo. ¡Vamos! Anímate, hijo mío, los malos días pasarán y pronto podrás volver con total seguridad a tu hogar.

—Haré lo que usted me dice, don Máximo —dijo Luis con emoción—, pero mis amigos... también son personas honestas y bien quisiera que pudiese hacer algo por ellos.

—*¡Vete al diablo!*²¹⁰ —exclamó Máximo—. ¿Crees acaso que puedo dar empleo a todos los tunantes de Amatitlán?

—Pero quizá, don Pedro, pueda emplearlos.

—Eso no me concierne. Yo te he dado un buen consejo, eres libre de seguirlo o no. ¡Me da totalmente lo mismo! Si te vas para Sonsonate, ¡adiós y buen viaje! Si te quedas en el monte, te atraparán, te apalearán y después te enviarán al regimiento. ¡Es asunto tuyo y no mío! ¡Ahora déjame tranquilo y desaparece!

—Señor —dijo Luis—, los diez iremos a Sonsonate y don Pedro hará algo para ocuparnos.

—¡Está bien, vayan!

Máximo era el hombre más generoso que se pueda imaginar. Sus rudezas contra la gente de su raza, pues él mismo pertenecía a la raza india, venían siempre rectificadas por un acto de auténtica bondad. Sin sospecharlo, él acababa de salvar a diez desventurados.

El gobierno de Guatemala, con su sistema de alistamiento, produce el rechazo de los indios al servicio militar y esa pobre gente comprende ahora la injusticia de exigirles a ellos sacrificios sin ningún interés por cumplir. Esa manera violenta y salvaje de reclutar soldados arruina a los terratenientes y compromete la seguridad de los habitantes obligando a los indios a huir y a vagabundear por el campo. Para demostrar lo irritante y lo peligroso de semejante sistema, voy a transcribir una carta escrita para mí el 7 de marzo de 1849, por el señor Ph. T, ciudadano francés y cultivador de nopal en Amatitlán:

Señor:

He aquí los hechos que acaban de acontecerme: hoy, a las siete de la tarde, una patrulla bajo el mando del sargento José Antonio Polonio ha entrado por la fuerza en mi casa, ha cruzado el patio y casi ha llegado a mis apartamentos, situados al fondo del patio, para llevarse a los trabajadores refugiados ahí

²¹⁰ En español en el texto original [N. del T.].

(no debo omitir señalar que esos obreros son inocentes de cualquier delito y que, además, son mexicanos).²¹¹

El día tres de este mes, otra patrulla entró en mi nopalera para llevarse a todos los trabajadores que huían hacia el monte. Ese día, la misma patrulla había matado en la nopalera de Manuel Larrave²¹² a dos *mozos* que trataban de darse a la fuga.

Dejamos las orillas del río donde nos habíamos detenido y nos pusimos nuevamente en camino para ir a dormir a un pueblito donde Máximo tenía amigos. De vez en cuando pasábamos por amplias llanuras donde unos bueyes y unos caballos pastaban en completa libertad. El ganado de una *hacienda* se marca con hierro candente y puede alimentarse donde le plazca; en este país no se encuentra hierba y las hojas de los árboles sirven de alimento a las vacas y a los caballos en libertad. Un propietario nunca puede decir cuántas bestias tiene sobre sus tierras. La cantidad de vacas y caballos perdidos al año es enorme. Cuando se necesitan caballos, envían a los *mozos* a recorrer el llano para atrapar con *lazo* todas las bestias que estén a su alcance. La costumbre de marcar con hierro candente los caballos los desfigura mucho, pues si un caballo pasa por las manos de veinte amos diferentes, tendrá en su costado el mismo número de marcas.

Sólo vi, en toda la República de Guatemala, dos o tres haciendas bien administradas y aún les faltaba mucho por mejorar con respecto al orden y a la economía. Las tierras que seguramente podrían producir un forraje excelente están abandonadas. Nadie usa arados, rastrillos, apisonadoras. Todas las tierras se labran con la laya y el pico. Se desparrama el agua de los arroyos cuando se podría utilizar fácilmente para mejorar la naturaleza del suelo; hasta ahora, nadie ha pensado en sacar provecho de ello. En resumen, la agricultura en Guatemala no ha llegado a desarrollarse y, para decirlo más claro, es inexistente. Cuando se quiere cultivar un nuevo terreno, se incendia y después se manda a los indios a cavar; así es el arte agrícola practicado en Guatemala.

²¹¹ De acuerdo con la carta del señor T. (a la cual no he cambiado ni una palabra), parece que el gobierno guatemalteco no respeta los derechos de los extranjeros. Los obreros del señor T. son mexicanos, a pesar de ello se los quieren arrebatarse para convertirlos en soldados guatemaltecos [N. del A.].

²¹² Manuel Larrave, coronel y político, en 1848 ejerció como vicepresidente de la Asamblea Legislativa [N. del E.].

Las grandes haciendas de San Jerónimo, del Capetillo o del Naranjo²¹³ están todas administradas por capataces tan poco inteligentes como poco íntegros. Los terratenientes viven en la ciudad y se resignan a venir a visitar sus tierras sólo cuando se sienten realmente obligados a ello. A raíz de esa apatía los capataces hacen su voluntad y su administración escapa a cualquier control.

Los indios que viven en las haciendas son más o menos tratados como los siervos en Rusia. Deben cumplir con un determinado número de días de trabajo por semana y soportar todos los abusos de poder del regidor.²¹⁴ En ocasiones su venganza se concreta con dureza asesinándolo; pero tales casos son afortunadamente bastante escasos.

Si el gobierno de Guatemala se esforzase por desarrollar la agricultura favoreciendo el establecimiento de pequeñas colonias europeas en el interior de la República, vería crecer su prosperidad nuevamente en pocos años y podría civilizar en su totalidad a su pueblo, tan desgraciado y tan digno de ser atendido; pero al gobierno guatemalteco no le gustan los extranjeros, y el empeño invertido en paralizar sus esfuerzos no ayuda a incentivar el deseo de establecerse en el país.

²¹³ Propiedades situadas respectivamente en Salamá, Baja Verapaz; Alotenango, Sacatepquez; y Guatemala, Guatemala [N. del E.].

²¹⁴ Se refiere a la ley del trabajo obligatorio de origen colonial, conocida como habilitaciones o mandamientos, vigente en Guatemala hasta muy entrado el siglo xx [N. del E.].

XXXII

Escuintla. Cantantes indios. Traducciones de sus canciones. *El Salto*. Baños magníficos

Es dudoso pensar en la existencia en este mundo de un lugar más encantador, más delicioso y más admirable que el pueblito indio de Escuintla. El calor es un poco fuerte, pero se pueden encontrar espacios sombreados, elíseos, a cada paso. A Escuintla van a pasar la *temporada*²¹⁵ los guatemaltecos ricos. No viven en las casas de los indios; se construyen cabañas de follaje decoradas con flores y frutas; en el interior de esas jaulas encantadoras y aromatizadas se pasan el día y la noche, meciéndose en sus hamacas, embriagándose de chocolate y fumando el cigarrillo de hoja de maíz.

Cada mañana, la plaza del pueblo se llena de jóvenes indias con provisiones. Como única vestimenta llevan una pequeña enagua roja o amarilla que no descende más allá de lo estrictamente necesario. Su cabello, recogido con una cinta de colores vivos, ondea sobre sus hombros dorados; llevan el pecho, los brazos y los hombros desnudos. No hay duda de que una crinolina perjudicaría considerablemente la belleza de esas lindas muchachas. Su atuendo es sencillo, cómodo y ligero, en perfecta armonía con el conjunto del paisaje.

Escuintla es un lugar de placeres para los guatemaltecos. Los indios se prestan a todos sus caprichos y a todas sus fantasías cobrándoselas, por cierto, bastante caras. Una mediagua de follaje no cuesta menos de doscientas piastras por mes; un instrumentista de *marimba* cobra cuatro o cinco piastras por velada.

Máximo me había albergado en casa del alcalde del pueblo. Me encontraba ahí muy cómodo. Siete u ocho veces por día, la bella Concha, hija

²¹⁵ En español en el texto original [N. del T.].

de mi anfitrión, venía a ofrecerme sorbetes, *tiste* o chocolate. Sus dientes eran de nácar, los ojos de terciopelo y los hombros de Venus, una Venus fundida en bronce.

Una tarde me encontraba meciéndome en mi hamaca, respirando el aire fresco y perfumado por las flores de limoneros, cuando Máximo llegó y se detuvo con dos chicos jóvenes en el umbral de mi habitación.

—Señor —me dijo—, estos chicos saben cantar y, si su merced quiere escucharlos, podrán distraerlo un momento.

—Pero, Máximo, no voy a entender sus canciones —contesté.

—¡Yo creo que sí! —replicó—. Tienen una voz hermosa y dulce, escúchelos, estoy seguro de que le va a agradar.

—¡Hazlos entrar pues!

Máximo dio sus órdenes y los cantantes sacaron las guitarras debajo de sus *sarapes* y se pusieron a tocar notas para afinarlas.

La hija del alcalde entró al rato y me dijo con su dulce voz:

—¡Oh! ¡Cantan muy bonito, señor!²¹⁶

—Pues dile a tu padre y a tus hermanitas que vengan a escucharlos.

Toda la familia llegó sin tardar, tras la invitación de *Conchita*.²¹⁷

No es necesario aclarar que la música de los cantantes de Escuintla no puede compararse con la de la ópera. Cantaban en indio, haciendo gemir bajo sus dedos sus detestables guitarras. Todo el mundo aplaudía a sus gritos y retomaba las últimas palabras de cada copla.

Cuando se acabó el concierto, le rogué a Máximo traducirme las canciones interpretadas por los músicos; lo hizo de buen grado y puedo transcribir aquí una reproducción casi literal.

²¹⁶ En español en el texto original [N. del T.].

²¹⁷ Conchita es el diminutivo de Concha. Casi todos los nombres españoles se modifican de este modo. Concepción da Chón, Josefa da Pepa, Manuel da Lico, José da Pepe, etcétera [N. del A.].

En realidad las derivaciones de los nombres mencionadas por De Valois se llaman hipocorísticos, definidos por la RAE de la siguiente manera: “Dicho de un nombre: Que, en forma diminutiva, abreviada o infantil, se usa como designación cariñosa, familiar o eufemística”. De esta manera, De Valois no alcanza a discernir que Concha es un hipocorístico de Concepción y, por tanto, sinónimo de Chón; Manuel, en Guatemala, da Meme o Manolo, y Lico es hipocorístico de Federico. A los José se les dice también Chepe [N. del E.].

He aquí la primera. Es muy popular en todos los pueblos y se canta sobre todo en la costa.²¹⁸

Los leñadores

I

Se iban al monte con el hacha al hombro,
Con el hacha al hombro se iban al monte;
¡Era de noche, noche oscura; en el cielo, ni un rastro de sol!
¡Ni un rastro de sol, en el cielo; era de noche, noche oscura!
A lo lejos, se oía el mar, el mar grande,
El mar, el mar grande, se oía a lo lejos;
Quejándose tristemente, como un ciervo herido;
Como un ciervo herido, quejándose tristemente...
Se iban al monte con el hacha al hombro;
Con el hacha al hombro se iban al monte.

II

Vieron pasar un tigre de ojos brillosos,
De ojos brillosos, vieron pasar un tigre;
El horrible destructor cerca de ellos se detuvo,
Cerca de ellos se detuvo el horrible destructor;
Sonó la trompa inflando su hocico,
Inflando su hocico sonó la trompa;
Con su cola cortó dos o tres mahonias,
Dos o tres mahonias con su cola cortó...
Vieron pasar un tigre de ojos brillosos.
De ojos brillosos, vieron pasar un tigre.

III

Con el fuego de sus pupilas incendió las hierbas,
Incendió las hierbas con el fuego de sus pupilas;
Molió con sus dientes dos grandes rocas de granito,
Dos grandes rocas de granito molió con sus dientes;
Arrojó el polvo cien leguas más allá,
Cien leguas más allá arrojó el polvo;
Con sus garras de hierro excavó una fosa,

²¹⁸ Se traduce de forma literal el texto transcrito por el autor, no fue posible encontrar la versión original de las canciones citadas por Alfred de Valois [N. del T.].

Excavó una fosa con sus garras de hierro...
Con el fuego de sus pupilas incendió las hierbas,
Incendió las hierbas con el fuego de sus pupilas.

IV

Los valientes leñadores, con sus hachas de acero,
Con sus hachas de acero, los valientes leñadores;
Al destructor del monte enseñaron los destellos,
Enseñaron los destellos al destructor del monte;
Se pusieron a cantar para enfurecerlo,
Para enfurecerlo se pusieron a cantar;
Con sus hachas de acero, los valientes leñadores,
Los valientes leñadores, con sus hachas de acero.

V

¡Bribón, hermosa es tu piel, la queremos para nosotros!
¡La queremos para nosotros, bribón, hermosa es tu piel!
Con ella dormirán nuestras mujeres,
Nuestras mujeres dormirán con ella.
Jugarán con ella nuestros hijos y reirán,
Nuestros hijos reirán y jugarán con ella.
¡Bandido, llenaremos con aceite tu viejo cráneo!
¡Tu viejo cráneo, bandido, llenaremos con aceite!
Para hacer una antorcha que nos alumbrará,
¡Cómo nos alumbrará esa magnífica antorcha!
Con tu piel dormirán nuestras mujeres,
Nuestras mujeres dormirán con tu piel.

VI

Volaron de repente las hachas de los leñadores,
Las hachas de los leñadores volaron de repente.
El ladrón de la selva fue alcanzado bajo el hombro,
Fue alcanzado bajo el hombro el ladrón de la selva.
Vomitó por la boca un torrente de sangre negra,
Un torrente de sangre negra vomitó por la boca.
Dejó que lo atasen, gimiendo como un muerto,
Gimiendo como un muerto dejó que lo atasen.
Las hachas de los leñadores volaron de repente,
Volaron de repente las hachas de los leñadores.

VII

Por un barril de ron, por un gran saco de pólvora,
 Por un gran saco de pólvora, por un barril de ron,
 Los valientes leñadores vendieron al ladrón,
 Vendieron al ladrón los valientes leñadores.
 Al volver al pueblo hicieron bailar a sus mujeres,
 Hicieron bailar a sus mujeres al volver al pueblo;
 Ellas besaron en la mejilla a los cazadores,
 Besaron a los cazadores en la mejilla.
 Por un gran saco de pólvora, por un barril de ron,
 ¡Por un barril de ron, por un gran saco de pólvora!

Esta canción es ciertamente originalísima y no carece de poesía. Los cazadores exageran el monstruo al cual van a atacar para darle más mérito a su victoria; cantan para enfurecerlo, como lo hacían los héroes de Homero. Este canto tiene un indudable valor y, quizá, se reconozca que hice bien en traducirlo por completo.

He aquí, ahora, una especie de elegía no carente de cierta gracia salvaje:

Tula

A Tula, la hermosa joven de dientes blancos y ojos de oro,
 Le gustaba correr por el monte, por el monte cercano;
 Las flores que elegía para adornar su cabello,
 A la luz de sus ojos desprendían más encanto.
 Todos los pajaritos, vestidos de luz,
 Al verla acudían y besaban sus lindos labios;
 Se posaban cantando en la curva de su hombro
 Y con sus alas de oro refrescaban su seno.
 Los tigres acudían y le lamían los pies;
 Escondían con cuidado sus garras al tocarla...
 Tula, hermosa joven, era amiga de los animales:
 Pájaros, tigres, serpientes, adoraban su belleza.

Pero un día llegó al pueblo un apuesto caballero;
 Le dio a Tula un collar de coral.
 Era un don maldito, pues ella perdió el alma

Y empezó a amar al extranjero de la desdicha.
 Él se la llevó muy lejos, a su país,
 Y por nuevos amores, pronto la dejó.
 Tula, la hermosa joven de dientes blancos y ojos de oro,
 Volvió como un fantasma a vagar por los montes de antaño.
 Los pájaros que antes jugaban con su cabello
 Y acudían a besar sus lindos labios
 No la reconocieron, de lo mucho que había cambiado.
 Y los tigres, celosos porque había entregado su corazón
 Al maldito extranjero, de repente la devoraron.
 ¡Hay que amar en su país y huir de los seductores!

El estribillo de la canción es intraducible. De cierto modo, es sólo un encadenamiento de notas sin significado, cuyo único objetivo es expresar un sentimiento triste. Máximo explicó que no tenía ningún sentido y no se podía expresar en español.

Aquí anoto cómo lo dicen:

¡Tile, tileque Machixil ukla milexchixtil!
*¡Tile, tileque Machixil ukla milexchixtil!*²¹⁹

Los indios cantan en voz baja canciones contra la gente del gobierno de Guatemala. Hay una sobre el señor Carrera que lamento no poder transcribir aquí. Está llena de groserías inaceptables para mi pluma, pero voy a copiar la traducción de una sátira contra los *padres*. Me la han cantado en Escuintla y quienes la han escuchado y entendido la han aplaudido con fuerza:

Muchachas, mujeres jóvenes,
 Vayan a bañarse al río,
 Pero batan con fuerza el agua para que su espuma
 Cubra sus bellezas pues el cura acecha.
Chuhoch machli, hunaxilitique xiloteque.
Chuhoch machli, hunaxilitique xiloteque.

²¹⁹ En opinión de los lingüistas Margarita Cossich y Sergio Romero se trata quizás de alaguinac o popoluca, idiomas “mezclados” que combinan el pipil con otro de origen mesoamericano. La posible mala traducción del estribillo dificulta asegurarlo al cien por ciento y se refiere a “personas que poseen jilote” y “tizne” [N. del E.].

Muchachas, mujeres jóvenes,
Pongan flores en su cabello;
Pero que esas flores tengan espinas
Con las que el cura se pinchará los dedos
Chuboch machli, hunaxilitique xiloteque.
Chuboch machli, hunaxilitique xiloteque.

Muchachas, mujeres jóvenes,
No duerman cerca de la iglesia,
Porque el cura las haría ver
En sueño...
Chuboch machli, hunaxilitique xiloteque.
Chuboch machli, hunaxilitique xiloteque.

Muchachas, mujeres jóvenes,
Tengan reales y piastras,
Y el cura les ofrecerá
La llave de su viejo paraíso.
Chuboch machli, hunaxilitique xiloteque.
Chuboch machli, hunaxilitique xiloteque.

Se ha dicho que la poesía era un *ingenio sin sentido* y fue Newton, el gran Newton en persona, quien lo dijo. La poesía es la expresión de los sentimientos de una nación y desconocer el poder ejercido por ella en el mundo, es cometer una falta no cubierta por filósofo alguno. La poesía ha creado héroes, el positivismo sólo ha fabricado negociantes.

Los indios tienen poetas e, incluso, poetas muy maliciosos, y todo lo dicho acerca de su estupidez y de su sinrazón es totalmente necio y sin fundamento.²²⁰

²²⁰ Antes de la Conquista los aztecas o mexicas tenían poetas e incluso historiadores. Habían empezado a utilizar quipus para guardar el recuerdo de sus eventos importantes; hacia el siglo VII fue reemplazado por una escritura figurativa trazada sobre hojas de agave, tela o pieles de ciervos.

El poeta mexicana Nezahualcóyotl (fallecido hacia 1400) ha compuesto himnos y elegías más tarde traducidos al español por su sobrino-nieto [N. del A.].

De Valois se equivoca con respecto de los quipus, pues era un sistema de conteo quechua y aymara [N. del E.].

Al día siguiente, di algunos paseos alrededor de Escuintla. Máximo me llevo a *El salto*,²²¹ una hermosa catarata desprendida de una cuenca de rocas que se desliza a través de mil fisuras en sendos riachuelos que van a perderse en la selva.

El entorno de Escuintla es maravillosamente hermoso. A cada paso surgen baños de agua caliente, tibia, fría e incluso de vapor, éstos siempre están bajo la sombra de árboles cargados de flores y frutas. Durante la *temporada* ofrecen muchos placeres a los guatemaltecos y a las guatemaltecas. Los cocoteros, los mangos y los *jocotes de corona*²²² abundan en estos lugares.

Si yo fuese Dios y se me ocurriese la fantasía de crear un nuevo hombre, haría de Escuintla su paraíso; pero creo que si fuese Dios no se me ocurriría dicha fantasía.

²²¹ En español en el texto original [N. del T.].

Pequeña casacada situada en la hacienda Salto de Torola, hoy divididas su tierras entre la finca San Antonio de Torola y el ingenio El Salto, ubicados en el departamento de Escuintla [N. del E.].

²²² En español en el texto original [N. del T.].

XXXIII

El puerto de Iztapa

A Iztapa los guatemaltecos le dicen puerto, pero es sólo una caleta encaillada. Muy pocos buques se atreven a venir a descargar a este lugar. Además de la escasa seguridad ofrecida por el fondeadero, la costa de Iztapa es muy insalubre.

Unas chozas de mala calidad y un galpón denominado la *Comandancia* conforman la ciudad de Iztapa, segundo puerto de la República de Guatemala.

Los alrededores del puerto o de la ciudad son cenagosos. Basta con pasar ahí unas horas para contagiarse con fiebres que duran una eternidad.

Yo quería ver el Pacífico y el deseo me llevó a enlodarme en Iztapa, a pesar de los buenos consejos de Máximo cuando me afirmó que ese viaje me iba a desengañar acerca de su país.

Finalmente vi el Pacífico, y el gusto lo pagué con ocho días de fiebre y vómitos.²²³

²²³ Desde 1836, el gobierno guatemalteco concluyó que Iztapa no era el mejor lugar para convertirlo en puerto del Pacífico, como opción se sugirió El Zapote, sitio ubicado a unos kilómetros hacia el oeste. El ingeniero Van Gehuchte compartió la recomendación y en 1853 se ordenó allí la construcción del nuevo puerto denominado San José de Guatemala [N. del E.].

XXXIV

Regreso a Guatemala. La ciudad de Mixco.
Dama Honorata. El cónsul general de Francia
y el señor Carrera. Un francés fusilado
por órdenes del excelentísimo presidente.
El coronel Mercher, el señor Vinchon de
Quémont. Una ejecución en Guatemala, etcétera

Regresé a Guatemala pasando nuevamente por Escuintla, Santa Ana y Amatitlán. Me detuve unas horas en *Villalobos*, bonita propiedad perteneciente a un buen y amable francés, el señor Vinchon de Quémont,²²⁴ y retomé mi camino por Mixco, un lugar que quería conocer antes de regresar a Guatemala.

La ciudad de Mixco es sólo un pueblo, notable únicamente por la bella prestancia de su población, la cual alcanza unos 2000 habitantes. Según las tradiciones conservadas, al parecer Mixco fue la capital del gran reino de los cakchiqueles.²²⁵ Hoy, los indios que la habitan se consuelan, después de tanta grandeza aniquilada, bebiendo *chicha* y *aguardiente*.²²⁶

²²⁴ Charles Vinchon de Quémont. Antes de su llegada a Guatemala en 1825 como comerciante, había sido médico militar. En 1827 fue nombrado por el gobierno francés “encargado de misión”, En julio de 1837 fue nombrado cónsul interino, abandonó el cargo en abril de 1939 por la caída del gobierno liberal [N. del E.].

²²⁵ Mixco es un pueblo pokomam central, situado en el departamento de Guatemala, confundido con el sitio arqueológico de Mixco Viejo, antigua capital de los pokomames, situado en dicho departamento, cuyo nombre restaurado es Chuwa Nimá'ab'äj [N. del E.].

²²⁶ En español en el texto original [N. del T.].

Los *mixqueños*,²²⁷ así se les llama, son muy poco trabajadores y muy poco inteligentes.

Al bajar del pueblo de Mixco, se llega a la llanura donde se asienta Guatemala. Es una llanura inmensa, cortada por *barrancos* y ríos, erizada por numerosos túmulos, cuyo origen y significado no se ha podido explicar hasta ahora. La mayoría de esos túmulos de tierra cubierta de césped tiene una altura de 7 u 8 metros, con una circunferencia de 30 o 40. Distintos viajeros, a quienes les llamaron la atención, hicieron excavar algunos sin resultado. Los indios a quienes he interrogado sobre este asunto, conciben esos pequeños conos como tumbas de sus antepasados: "ahí es donde descansan sus cenizas, me dijeron; pues los ancianos aseguran que nuestros antepasados quemaban a sus muertos". Durante mucho tiempo ha existido la creencia en Guatemala de que dichos túmulos no encierran sólo cenizas de los cakchiqueles, sino tesoros, una suposición absurda pues no se puede concebir que todos los indios hayan elegido todos el mismo lugar para esconder sus riquezas, y sobre todo que hayan elevado una pirámide de tierra por encima de su escondite. En mi opinión, esos túmulos o pirámides podrían haber sido hormigueros, y creo conservar esa opinión.

Después de cuatro meses de ausencia, volví a entrar en la capital.

Había rentado una casa bastante bonita muy cerca del palacio. Entre mis huéspedes habituales había un joven tigre, un jabalí, muchos loros, un perro de caza y un bonito caballo mexicano. Todo ese personal tan variado se llevaba bien, comían de la misma escudilla y no se alborotaban demasiado.

Mis criados eran una cocinera, dama Honorata, la perla del país; una costurera planchadora y un mozo para el caballo y para las compras. Honorata era una mujer extraordinaria. Tenía unos cincuenta años; no era hermosa ni fea, pero sí era de una suciedad espantosa. Si la hubiesen visto frente a sus hornos, con el cabello desordenado como Hécate, el vestido salpicado de manchas de grasa y lleno de agujeros, las manos negras y los ojos extraviados, la hubiesen confundido con una hechicera elaborando un filtro infernal en sus malditos calderos, y por nada en el mundo hubiesen deseado probar los productos de sus elucubraciones. Pero cuando daban las cinco (había conservado los horarios de Francia para mis comidas), mi mesa estaba servida de la manera más correcta.

²²⁷ En español en el texto original [N. del T.].

El mantel estaba blanco como la leche, los vasos y los platos brillaban y espejeaban, y el olor de los manjares preparados por Honorata hubiese deleitado las papillas nerviosas del difunto Brillat-Savarin, aquel poeta del estómago y de la panza.²²⁸ Para no sufrir un desengaño en el sitio donde se expresaban los talentos de mi Vatel hembra, me había impuesto el sacrificio de no pisar nunca la cocina, dejándole a ella el gobierno absoluto de dicho lugar. Semejante determinación conllevaba bastantes inconvenientes, pero debía mantenerme firme so pena de no poder comer. Dama Honorata me robaba un poco más de lo tolerable a una cocinera, pero esos robos tenían una excusa. Ella tenía una hija en el convento de las *beatas indias* y para pagar su dote le resultaba imprescindible sacar tajada del pastel. ¡En necesario saber soportar algunos males con filosofía! Además, si Honorata me robaba, era por un motivo piadoso y verdaderamente edificante. Deseaba ver a su hija convertida en una monja y no dudaba de que estuviese en manos de ésta concederle la absolución de los pecados cometidos por ella. Aprecio a la gente religiosa y, sobre todo, a la gente religiosa que me prepara la comida. Así pues, mientras Honorata sólo me robó piastras, todo funcionó bien, pero un día se atrevió a robarme mi retrato. Eso podía comprometerme y exigí una devolución. Le pareció duro, increíble; se puso a gritar y juró dejarme en manos de las cocineras indias, pues ellas, según Honorata, no tendrían sus delicadezas ni ningún escrúpulo a la hora de despellejar a un extranjero.

—Honorata —le contesté—, sólo le estoy pidiendo mi retrato y no es, en conciencia, mucho pedir. Usted bien lo sabe, si mando llamar a un alguacil y le ruego examinar el contenido de su baúl, probablemente podría encontrar ahí varios de mis pantalones, varias de mis camisas, etcétera.

—Pero ya no tengo su retrato —dijo Honorata un poco calmada al verse amenazada con una visita del alguacil.

—Honorata, mi querida Honorata, si me ha vendido, de lo cual usted es bien capaz, debe comprarme de nuevo. Le doy un cuarto de hora para decidirlo. ¡Vaya!

Salió y regresó al cabo de cinco minutos.

²²⁸ Jean-Anthelme Brillant-Savarin, jurista francés, jugó un papel importante después de la Revolución francesa, además, fue autor del primer tratado de gastronomía titulado *Fisiología del gusto* (1825) [N. del E.].

—¡Tome! —dijo—. No se merecía lo que había hecho por usted.

Lo que hizo por mí, adivínenlo, adivínenlo si pueden. Había hecho vestir mi retrato como santo. Un pintor del país me había envuelto en un manto escarlata, me había puesto un halo de oro sobre la cabeza, una rama de lirio en la mano y un gran crucifijo sobre el costado. Me quedé atónito y enfurecí. Agarré el santo de Honorata y lo mandé al diablo...

—Afortunadamente —dijo—, todavía no estaba bendecido.

La desgraciada había querido obsequiarle un San Luis a su hija la monja, y era yo el elegido para cumplir con la misión.

Guardé conmigo por unos meses más a la peligrosa devota, pero un día me dejó para entrar al servicio del Presidente de la República. Dios quiera que no se atreva a ponerle un halo al señor Carrera, pues todos los ángeles del cielo presentarían en seguida su renuncia.

El cónsul general de Francia, el señor Fourcade,²²⁹ anduvo en dimes y diretes con el señor Carrera. La protección otorgada por el consulado a los españoles resultaba ignorada a diario, y nuestro honorable agente debía correr hasta el palacio a cada rato para obtener el respeto de los convenios firmados entre el consulado general y el supremo gobierno. He visto casas de negociantes españoles cercadas por soldados con la orden de no dejar salir a nadie.

Otro caso más grave aún fue el asesinato de un francés a manos de las tropas del señor Carrera.²³⁰ El señor cónsul general Fourcade acudió al palacio y tuvo las mayores dificultades del mundo para persuadir al excelentísimo presidente de su nulo derecho a condenar a muerte a todas las personas que podían tener el mal gusto de no reconocerlo como un gran general, un gran político y un gran hombre, por decirlo en pocas palabras. El francés asesinado era, es cierto, un individuo bastante malvado; pero fue necesario dar a entender al señor Carrera lo ilícito de mandar fusilar a un villano sin juzgarlo, y sobre todo sin darle al representante de dicha persona las garantías de un juicio bueno y leal. Después de tres

²²⁹ Véase nota 131 de segunda parte [N. del E.].

²³⁰ El francés fusilado se llamaba Baradon. Su madre vivía en Guatemala [N. del A.].

Hay confusión con el apellido, pues los documentos de Relaciones Exteriores existentes en el Archivo General de Centroamérica se cubre el caso del ciudadano francés, Carlos Barneon (o Barneond, según otras fuentes), quien fue fusilado en Mataquescuintla por su participación en la rebelión de los lucios en 1850. Agradezco el dato al colega Juan Carlos Sarazúa [N. del E.].

o cuatro horas de presenciar una larga discusión, el excelentísimo Presidente terminó reconociendo su error y ofreció, para expiar su culpa, el pago de 3000 piastras a la madre del francés ejecutado por sus soldados.

He conocido en Guatemala a dos franceses muy distinguidos. Uno era el señor coronel Mercher,²³¹ el otro el señor Vinchon de Quémont. Los dos señores, tras la caída del emperador Napoleón, a quien habían servido brillantemente, fueron expulsados por la policía de la Restauración y habían venido a refugiarse en Centroamérica. El señor Mercher había realizado en Guatemala negocios comerciales, y como a muchos otros franceses lo habían desvalijado los gobiernos de la Confederación Centroamericana. Durante veinticinco años insistió en el reconocimiento de sus justos reclamos, finalmente lo consiguió. Bajo el gobierno cobarde del rey Louis Philippe, no pudo obtener ayuda alguna por parte de nuestros cónsules; el señor Guizot había dado órdenes de no molestar al gobierno de Julio, y los agentes franceses debieron taparse a menudo los oídos para no escuchar los gritos de los pobres desdichados expoliados de manera infame por los jefes de estado de Centroamérica.

Es probable que los viejos reclamos de nuestros compatriotas fueran resueltos en 1855.

Un día volvía a casa y vi mi calle atestada de gente. Soldados contaban a una multitud alterada repartiendo culatazos a diestra y siniestra. Avancé, no sin dificultad, hasta la puerta de mi casa, y vi desfilar ante mis ojos un séquito siniestro. Bajo un paraguas de algodón rojo, caminaba, sostenido por dos curas, un desventurado indio a quien iban a fusilar. Se le detenía cada tres pasos y se le pedía encomendarse a Dios y denunciar a sus cómplices, so pena de terminar ardiendo eternamente en el infierno. El pobre reo sudaba la gota gorda, su rostro estaba lívido, tal vez le temía menos a los balazos que le aguardaban que a las atrocidades descritas por uno de sus asistentes. Llegué a casa conmovido y me enteré por mi

²³¹ Jacques Mercher, nació en el departamento francés de Calvados, fue oficial de los ejércitos imperiales franceses, en 1825 se estableció como comerciante en Centroamérica. Fue propietario de una línea de barcos dedicada al comercio de cabotaje entre Guatemala y Chile, cuyo trayecto comprendía los puertos del istmo, Colombia, Ecuador y Perú. Sus intereses fueron afectados por el apresamiento del bergantín de su propiedad Boyer el 2 de octubre de 1827, hecho que abrió un largo proceso de reclamo de compensación ante el gobierno guatemalteco. En 1852 residía en Managua, Nicaragua [N. del E.].

gente que aquel hombre era un idiota, el motivo de su ejecución era haber disparado con su pistola a una persona sin alcanzarla.

Las penas inscritas en el código penal guatemalteco son: muerte por fusilamiento, trabajos forzados o encarcelamiento.

En las galeras sólo se ve gente del pueblo; indios, *zambos* o pobres *ladinos*. A los ladrones de la alta sociedad —y los hay—, se les castiga siempre, siempre, siempre con multas, en el peor de los casos...

Hasta aquí llegué con mis notas. Creo haber sido justo y verídico en mis narraciones. He dicho que Guatemala era un país admirable, he intentado demostrar la capacidad del pueblo indio por civilizarse e integrarse al cuerpo de la nación; he señalado los vicios del gobierno, el egoísmo del clero guatemalteco, y ahora sólo puedo desear que la gente honesta de Guatemala llegue al poder y logre colmar de felicidad a su bella e interesante patria.

La colonia belga de Santo Tomás

En 1841, 1842 o 1843, se les ocurrió a algunos personajes belgas la idea de poseer colonias en América. El señor conde de Hompesch fue el propagador de este designio y supo despertar el interés del señor conde Félix de Merode. Los dos caballeros armaron pronto una compañía de colonización. Se nombró un consejo general de administración, compuesto por los señores: conde Félix de Merode, presidente; conde de Hompesch, vicepresidente; conde de Arrivabene, tesorero; barón Van Lockhorst; barón de la Peyrouse; caballero Huytens de Beaufort; coronel Rémy de Puydt; de Pouhon; caballero Vanderberghe de Binckum; Laurent Veydt, consejero provincial; caballero de Sauvage, presidente del tribunal supremo; y Mettenius, banquero.

Los banqueros de la compañía eran: en París, señores De Rothschild hermanos; en Bruselas, el Banco de Bélgica; en Mons, señor Hennecquine-Briard; en Tournay, señora Vegré-Benoit-Leman; en Courtray, señor Verbeck-Beck; en Ostende, señor Brasseur; en Lieja, señores Nagelsmackers y Cerfontaine; en Huy, señor L'Honneux-Detru; en Charleroi, señor Hennecquine-Briard; en Dresde, señores Bassenge y Cia.; en Aix-la-Chapelle / Aachen, señor Vergifasse.

El agente de cambio y bolsa de la compañía en París era el señor Noverre, y tenía por corresponsal al señor Rodier, calle Tronchet, núm. 31.

Se trata, es preciso admitirlo, de una lista bastante acertada de banqueros y administradores. Los colonos llegarían más tarde.

El consejo de administración nombró una comisión de exploración cuyos miembros fueron los señores: coronel R. de Puydt; de Binckum;²³²

²³² Remi de Puydt, y J. Van Denberghe de Binckum, autores del informe titulado *Colonisation dans l'Amérique Centrale du district de Santo-Thomas de Guatemala par la*

el capitán de Devercy; el teniente de artillería G. de Puydt; el ingeniero teniente Carette; y el barón Van Lockhorst, agregado a la comisión en calidad de dibujante.²³³

El 6 de enero de 1842, la expedición embarcada en la goleta de guerra belga Louise Marie arribó a la bahía de Santo Tomás, ubicada en extremo del golfo de Honduras.

La comisión se dispersó para estudiar el país. El coronel de Puydt, encargado de negociar la adquisición de los terrenos, partió para Guatemala, y obtuvo, por parte de la mayoría de los miembros del gobierno de dicho Estado, la concesión solicitada.

El coronel elaboró un informe. Describió Santo Tomás como un nuevo país de Jauja; realizó una pintura de género del gobierno de Guatemala; llamó Mesías al señor Carrera; citó a Volney y a Humboldt, quienes no conocían la bahía de Honduras; enumeró las minas de oro y de plata existentes en Centroamérica y alabó el clima del país; el interior de la región merecía sus alabanzas, pero la costa era muy perjudicial; publicó una larga lista de verduras y frutas que se pueden encontrar en los bosques de Santo Tomás, su efectiva descripción produjo el antojo de los campesinos belgas, por lo cual muchos de ellos quisieron ir a plantar coles a Centroamérica.

Algunos centenares de emigrantes llegaron a Santo Tomás en 1843. Unos murieron y otros huyeron hacia el interior.

La colonia fue poblada de nuevo por otra expedición de campesinos belgas y el señor conde de Hompesch, para combatir la mala opinión arraigada en Bélgica acerca de la salubridad de Santo Tomás y de sus alrededores, publicó toda clase de historias tan falsas como irracionales.

communauté de l'union, fondée par la compagnie belge de colonisation exploration du pays. Paris: Rignoux, 1844 [N. del A.].

²³³ Remi de Puydt, coronel de artillería, ex comandante de la plaza de Bruselas y cofundador de la Universidad Libre de esa capital, partió con el cargo de comisario general del gobierno belga ante el gobierno de Guatemala; Devercy, capitán del 2º regimiento de cazadores; Guillaume de Puydt, medio hermano de Remi; Antoine-Michel Carette, teniente de artillería; Baron Dirck van Lockhorst, dibujante e intérprete. Asimismo, participaban en la expedición Theodore Kint de Rodenbeek, representante del Ministerio del Interior belga; el caballero Joseph Vandenberghe de Binckum, miembro del directorio de la Compañía; y el médico Dechange, cirujano de la expedición. La goleta Louise Marie zarpó de Bélgica el 9 de noviembre de 1841 y, como lo menciona el mismo De Valois, llegó a Santo Tomás el 6 de enero de 1842 [N. del E.].

Un hombre de gran mérito, del cual ya he hablado en estas notas, el señor Martial Cloquet, fue enviado al lugar por el gobierno del Rey. Trabajó ocho años para alentar a los colonos y todo el bien realizado en ese país fue obra suya u ordenada por él. Un oficial francés, el señor Dorn,²³⁴ asistió valientemente al señor Cloquet. Elaboró un plano de la ciudad que se quería fundar, abrió calles dispuestas en abanico para recibir la brisa del mar; realizó buenos mapas del país, dio consejos a los colonos y tuvo la dicha de librar a varios de ellos de la muerte.²³⁵

Pero todos esos esfuerzos no pudieron vencer la insalubridad del clima y la compañía terminó por reconocer, finalmente, el difícil mejoramiento de aquel lugar.

En 1851, el gobierno del rey Leopoldo envió la goleta Louise Marie a Santo Tomás. Tuve el honor de conocer al comandante de dicha nave, el

²³⁴ Se trata del capitán francés Jean Dorn, entre 1841 y 1842 realizó los mapas de la expedición belga a Santo Tomás. El 23 de noviembre de 1844, Dorn se embarcó con su familia en el barco Emma, con el fin de residir en la colonia de Santo Tomás. En 1850 ocupó el cargo de agente consular de Bélgica en Guatemala [N. del A.].

²³⁵ He vivido en Santo Tomás durante diecisiete días y sólo pude salir de ahí gracias a los cuidados de los amables e inteligentes médicos de la Louise Marie.

Las hormigas de Santo Tomás son extremadamente peligrosas. ¡Desgraciado el enfermo sin guardia! Si se duerme, las hormigas se introducen en sus narices, en sus orejas, en su garganta, por todas partes donde puedan penetrar y está perdido en menos de cinco minutos.

Los mosquitos, pequeños pero numerosos sobre esta costa, son muy venenosos. Sus picaduras ásperas y ardientes producen llagas difíciles de curar.

Uno no puede sustraerse de los ataques incesantes de esos abominables insectos que se ensañan siempre con los recién llegados. En ocasiones me paseaba con el señor Cloquet y me asombré al ver cómo los mosquitos se precipitaban sobre mí mientras dejaban en reposo a mi compañero, y como le preguntaba bromeando si acaso él era inviolable para ellos, me contestó:

—Llevo ocho años viviendo aquí; mi sangre se ha empobrecido, mientras la suya sigue siendo una buena sangre europea preferida por los mosquitos. Me puedo pasear con usted sin temor a recibir picaduras...

—Entonces, mi querido amigo —le interrumpí riendo—, volvamos pronto a su casa, ya que, a pesar de la amistad que me inspira, no tengo la intención de servirle de escudo contra los agujones de sus mosquitos [N. del A.].

señor Petit²³⁶ y también al señor Celarier,²³⁷ el médico mayor de la goleta. Todos los oficiales de la marina belga quedaron convencidos de que la colonia no podía prosperar y es posible que hayan enviado al gobierno del Rey los informes respectivos.

La idea predicada por el señor conde de Hompesch pudo seducir al señor conde Félix de Merode y a los demás personajes asociados a ella; se les puede reprochar haber disimulado la verdad a su país durante demasiado tiempo y haber dado tanto crédito a los informes de la Comisión de exploración, arriesgando así la vida y la fortuna de muchos conciudadanos.

Si una colonia agrícola puede formarse en Centroamérica, debe establecerse sobre una meseta en el interior. Ahí, por lo menos, no se han de temer las fiebres de la costa; el clima es bueno y el calor no es tan excesivo como para privar de fuerzas a los trabajadores.

Si tuviese que indicar un lugar, no vacilaría en recomendar la meseta de Salamá.

²³⁶ P. L. N. Petit, tenía entonces el grado de teniente de navío, de 1846 a 1850 comandó la goleta Louise Marie, en 1851 fue ascendido a capitán de dicho navío [N. del E.].

²³⁷ Charles Louis Ceralier, cirujano de la marina belga a partir de diciembre de 1847 y de la goleta Louise Marie desde julio de 1848. Se embarcó hacia Guatemala el 22 de diciembre de 1850, regresó a Bélgica el 17 de agosto de 1851 [N. del E.].

México, Habana y Guatemala. Notas de viaje,

editado por el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, siendo el jefe de Publicaciones Salvador Tovar Mendoza, se terminó de imprimir el 10 de septiembre de 2015 en los talleres de Cromo Editores S. A. de C. V., Miravalle 703, colonia Portales Oriente, C. P. 03570, delegación Benito Juárez, México D. F. El texto estuvo al cuidado de Jorge Pérez Martínez. La formación (en tipos Caslon Pro, 11:13, 10:12 y 9:11 puntos) la llevó a cabo Judith Sánchez Durán. El diseño de los forros lo realizó Samuel Flores Osorio. El tiraje consta de 250 ejemplares en tapa rústica, impresos en *offset* sobre papel cultural de 90 gramos.

